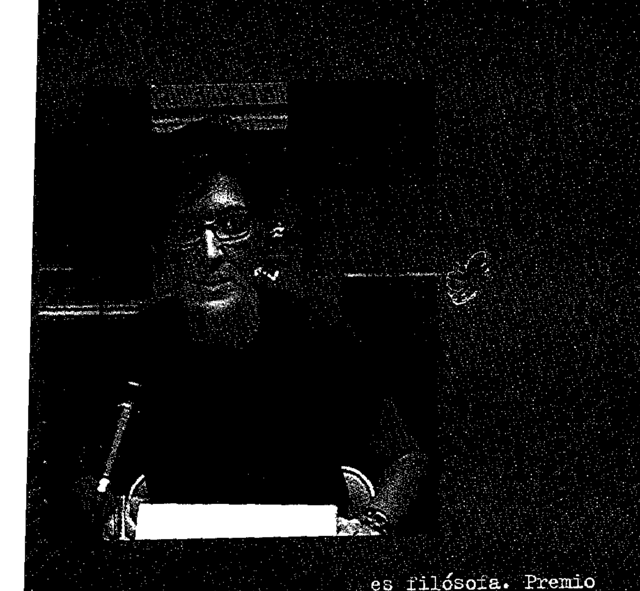

TESTO
YONQUI
BEATRIZ
PRECIADO


ESPASA



es filósofa. Premio extraordinario fin de carrera y becaria Fulbright, estudió primero Filosofía y Teoría del Género en la New School for Social Research de Nueva York, donde fue alumna de Jacques Derrida y Agnes Heller, y después en Princeton University, donde se doctora en Teoría de la Arquitectura. En 1999 llega a París gracias a una invitación de Derrida para participar en los seminarios de L'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales. Colabora en la emergencia de la teoría *queer* en Francia, formando parte del grupo de escritores del Rayon Gay dirigido por Guillaume Dustan, que marcará un giro político y literario en el contexto europeo. Publica entonces su primer libro, *Manifiesto contra-sexual*, aclamado por la crítica francesa como el nuevo libro rojo de la teoría *queer* y traducido después a cinco idiomas. A través de sus escritos y sus talleres se pondrán en marcha en Francia y en España nuevas iniciativas teóricas y políticas *drag king*, postpornográficas y transgénero. Actualmente enseña Teoría del Género en diferentes universidades nacionales y extranjeras, entre las que cabe destacar la Universidad de Paris VIII, L'Ecole des Beaux Arts de Bourges o el Programa de Estudios Independientes del Museu d'Art Contemporani de Barcelona. Es autora de numerosos ensayos, entre los que destacan: "Sex Design" (Centre Pompidou, 2007), "Multitudes Queer" (*Multitudes*, ... (*Multitudes*, 2005).

TESTO YONQUI

BEATRIZ PRECIADO

ESPASA ⓔ FÓRUM

Diseño de cubierta: más!gráfica
Imágenes de interior: diagramas: Beatriz Preciado; imagen de pág. 198:
cortesía de Annie Sprinkle, *Postporn Modernist*

Depósito legal: M. 697-2008
ISBN: 978-84-670-2693-1

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Impreso en España / Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Espasa Calpe, S. A.
Vía de las Dos Castillas, 33
Complejo Ática - Edificio 4
28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

A nuestros muertos: A., T., E., J., K., S. T.

A William

A Virginie, Pepa y Swann

ÍNDICE

Je vis dans un monde où plein de choses
que je pensais impossibles sont possibles[1].

GUILLAUME DUSTAN

Vos, quod milia multa basiorum
Legitis, male me marem putatis?
Pedicabo ego vos et irrumabo[2].

CATULO

[1] «Vivo en un mundo donde muchas cosas que pensaba imposibles son posibles», Guillaume Dustan, *Dans ma chambre,* POL, París, 1996.

[2] «Y vosotros, ¿porque habéis leído mi libro "Miles de besos", me acusáis de no ser un verdadero hombre? Yo os daré por el culo y me la mamaréis», Catulo, Verona, 87-54 a. C.

Este libro no es una autoficción. Se trata de un protocolo de intoxicación voluntaria a base de testosterona sintética que concierne el cuerpo y los afectos de B. P. Es un ensayo corporal. Una ficción, es cierto. En todo caso y si fuera necesario llevar las cosas al extremo, una ficción autopolítica o una autoteoría. Durante el tiempo que dura este ensayo suceden dos mutaciones externas en el contexto próximo del cuerpo experimental, cuyo impacto no había sido calculado, ni hubiera podido computarse como parte de este estudio, pero que constituyen los dos límites en torno a los cuales se adhiere la escritura: primero, la muerte de G. D., condensado humano de una época que se desvanece, ídolo y último representante francés de una forma de insurrección sexual a través de la escritura; y, casi simultáneamente, el tropismo del cuerpo de B. P. hacia el cuerpo de V. D., ocasión irrenunciable de perfección y de ruina. Se registran aquí tanto las micromutaciones fisiológicas y políticas provocadas por la testosterona en el cuerpo de B. P., como las modificaciones teóricas y físicas suscitadas en ese cuerpo por la pérdida, el deseo, la exaltación, el fracaso o la renuncia. No me interesan aquí mis sentimientos, en tanto que míos, perteneciéndome a mí y a nadie más que a mí. No me interesa lo que de individual hay en ellos. Sino cómo son atravesados por lo que no es mío. Por aquello que emana de la historia del planeta, de la evolución de las especies vivas, de los flujos económicos, de los residuos de las innovaciones tecnológicas, de la preparación de las guerras, del tráfico de esclavos y de mercancías, de las instituciones penitenciarias y de represión, de las redes de comunicación y vigilancia, de la producción de je-

rarquías, del encadenamiento aleatorio de técnicas y de grupos de opinión, de la transformación bioquímica de la sensibilidad, de la producción y la distribución de imágenes pornográficas. Para algunos, este texto podrá hacer oficio de un manual de bioterrorismo de género a escala molecular. Para otros será simplemente un punto en una cartografía de la extinción. No hay conclusión definitiva acerca de la verdad de mi sexo, ni profecía sobre el mundo a venir. Expongo al lector estas páginas que relatan los cruces de teorías, moléculas y afectos para dejar una huella de una experiencia política cuya duración exacta fue de doscientos treinta y seis días y noches y que continúa hoy bajo otras formas. Si el lector encuentra dispuestos aquí, sin solución de continuidad, reflexiones filosóficas, narraciones de sesiones de administración de hormonas y relatos detallados de prácticas sexuales es simplemente porque este es el modo en el que se construye y se deconstruye la subjetividad.

QUESTION: Si vous pouviez voir un documentaire sur un philosophe, sur Heidegger, Kant ou Hegel, qu'est-ce que vous désireriez voir dedans?
RÉPONSE DE JACQUES DERRIDA: Qu'ils parlent de leur vie sexuelle... You want a quick answer? Leur vie sexuelle[1].

[1] «PREGUNTA: ¿Si pudiera ver un documental sobre un filósofo, sobre Heidegger, Kant o Hegel, qué es lo que querría ver?
RESPUESTA DE JACQUES DERRIDA: Que hablen de su vida sexual. ¿Quería una respuesta rápida, no? Su vida sexual», Jacques Derrida, en *Derrida,* película de Kirby Dick y Amy Ziering Kofman, 2002.

1
TU MUERTE

El 5 de octubre Tim me anuncia tu muerte llorando. Tim te quiere, aunque tú ni siquiera le tratabas con generosidad en tus últimos libros. *C'est William,* me dice. Llora y repite: *C'est William, c'est William.* Lo han encontrado muerto en su nuevo apartamento de París. No se sabe. Ha sido hace dos días, el 3. No se sabe.

Nadie se ha enterado de tu muerte hasta ahora. Te has podrido durante dos días en la misma posición en la que caíste muerto. Es mejor así. Nadie ha venido a molestarte. Te han dejado a solas con tu cuerpo, el tiempo suficiente para abandonar toda esta miseria en calma. Lloro con Tim. No puede ser. Cuelgo y lo primero que hago es llamar a V. D. No sé por qué. Nos hemos visto dos veces. Una a solas. Eres tú el que me empujas a marcar su número. Tú escuchas nuestra conversación. Tu espíritu se estira hasta formar un vaho electromagnético por el que corren nuestras palabras. Tu fantasma es un cable que transmite nuestras voces. Mientras hablamos de tu muerte, su voz me despierta la vida dentro. *Le plus fort c'est sa voix, je crois* [1], decías tú. No me atrevo a llorar mientras hablo con ella. Cuelgo y lloro entonces a solas, porque no has querido seguir viviendo y porque, como decía tu padrastro, «un poeta muerto no escribe más» [2].

---

[1] «Lo más fuerte es su voz, yo creo», Guillaume Dustan, *Nicolas Pages,* Éditions Balland, París, 1999, pág. 17.

[2] «Un poète mort n'écrit plus», Michel Houellebecq, *Rester vivant et autres textes,* Librio, París, 1997, pág. 19.

Ese mismo día, unas horas más tarde, me aplico sobre la piel una dosis de 50 miligramos de Testogel para empezar a escribir este libro. No es la primera vez. Esa es mi dosis regular. Las cadenas de carbono $O\text{-}H_3C\text{-}H_3C\text{-}OH$ fluyen gradualmente desde mi epidermis hacia las capas internas de mi piel, hasta los vasos sanguíneos, las glándulas, las terminaciones nerviosas. No tomo testosterona para convertirme en un hombre, ni siquiera para transexualizar mi cuerpo, simplemente para traicionar lo que la sociedad ha querido hacer de mí, para escribir, para follar, para sentir una forma post-pornográfica de placer, para añadir una prótesis molecular a mi identidad transgénero *low-tech* hecha de dildos, textos e imágenes en movimiento, para vengar tu muerte.

VIDEOPENETRACIÓN

I would rather go blind than seeing you go away[3].

ETTA JAMES

20:35 horas. Tu espíritu entra por la ventana y oscurece la habitación. Enciendo todas las luces. Meto una cinta virgen en la cámara de vídeo y la coloco sobre el trípode. Inspecciono el marco. La imagen es lisa, el cuadro simétrico, el sofá de cuero negro dibuja una línea horizontal en la parte baja del cuadro. El muro blanco avanza ligeramente sobre esa línea, pero sin crear relieve. *Play.* Me dirijo al sofá. He dejado en una mesa baja, fuera del cuadro filmado, una máquina de afeitar eléctrica, un espejo pequeño, una hoja de papel blanca, una bolsa de plástico, un bote de cola hipoalergénica para uso facial, una dosis de 50 miligramos de testosterona en gel, un bote de lubricante, un gel dilatador anal, un cinturón polla con un dildo realista de caucho 24 por 6, un dildo realista negro de caucho 25 por 6, otro dildo ergonómico negro de silicona 14 por 2, una maquinilla y crema de afeitar, una palangana de plástico con agua, una toalla blanca y un libro tuyo, tu primer libro, el sublime, el principio y el final de todo. Entro en el marco. Me desnudo, pero no completamente. Guardo solo una camiseta de tirantes negra. Como para una

[3] «Preferiría quedarme ciego que verte partir», Etta James, 1967.

operación quirúrgica, expongo únicamente los órganos que se verán afectados por el instrumento. Tiro del pie del espejo y lo coloco sobre la mesa. Enchufo la máquina de afeitar eléctrica. Oigo su ruido agudo, chillón —una voz de niño cibernético que quiere escapar del motor escupe a la cara del pasado—. Gradúo las cuchillas hasta que están a un centímetro. Tu espíritu me da un signo discreto de aprobación. Me siento en el sofá, miro cómo la mitad de mi cara entra en el espejo: tengo el pelo corto y oscuro, las lentillas dibujan una aureola fina alrededor del iris, mi piel es irregular, a veces muy blanca, a veces salpicada de brillos rosados. El espejo recorta un trozo de mi rostro, sin expresión, sin centro. He sido asignada mujer, pero ese hecho no se aprecia en la imagen parcial del espejo. Comienzo a afeitarme la cabeza, de delante hacia atrás, desde el centro hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Me inclino sobre la mesa que recoge el pelo mientras cae. Abro la bolsa de plástico junto a la mesa y hago que el pelo cortado se deslice hasta caer dentro. Apago la máquina y vuelvo a graduar las cuchillas al cero. Coloco una hoja de papel blanco sobre la mesa. Vuelvo a encender la máquina y la paso de nuevo por toda la cabeza. Sobre el papel blanco cae una lluvia de pelos cortos, muy finos. Cuando la cabeza está lisa, desenchufo la máquina. Pliego la hoja de papel en dos de modo que los pelos se precipitan hacia el centro formando una línea uniforme. Forman una línea de cocaína negra. Me hago una raya de pelo. Es casi el mismo *high*. Abro el bote de cola y dibujo con el pincel húmedo un trazo sobre mi labio superior. Cojo una línea de pelo entre los dedos y la coloco sobre ese trazo hasta que queda perfectamente pegada a la piel de mi cara. Bigote de marica. Me miro en el espejo. Mi mismo ojo, con la misma aureola en torno al iris, está enmarcado ahora por un bigote. El mismo rostro, la misma piel. Idéntico e irreconocible. Miro a la cámara, levanto el labio dejando mis dientes al descubierto como hacías tú. Ese es tu gesto.

El sobre plateado que contiene la dosis de 50 miligramos de testosterona en gel es de la talla de uno de esos sobrecitos alargados de azúcar que te dan en las cafeterías. Rasgo el papel de aluminio: emerge un gel fino, transparente y frío que al tocar la piel de mi hombro izquierdo desaparece inmediatamente. Queda un vapor fresco sobre la piel, como el recuerdo de un aliento glacial, como el beso de una dama de hielo sobre el hombro.

Agito la crema de afeitar, dejo crecer una bola de espuma blanca sobre mi mano izquierda y cubro con ella todos los pelos de la pelvis, los labios de la vulva, la piel que rodea el ano. Mojo la maquinilla en el agua y empiezo a afeitarme. Los pelos y la crema flotan sobre el agua. Algunas proyecciones caen sobre el sofá o sobre el suelo. Esta vez no me corto. Cuando toda la piel entre mis piernas está completamente rasurada, me enjuago y me seco. Me coloco el arnés atándome las hebillas a cada lado de la cadera. El dildo queda super erecto delante de mí, formando un ángulo de noventa grados perfecto con la línea que dibuja la columna vertebral. El cinturón polla está suficientemente alto como para dejar al descubierto dos orificios bien distintos si me inclino. Me cubro las manos de lubricante transparente y cojo un dildo en cada mano. Los froto, los engraso, los caliento, uno en cada mano, y luego uno sobre otro, dos pollas gigantes que se enrollan una sobre la otra como en un porno gay. Sé que la cámara sigue filmando porque veo la luz roja chispeante. Suspendo mi polla de plástico sobre los párrafos tatuados para siempre sobre las páginas de *Dans ma chambre*. Ese es tu gesto. El dildo oculta una parte de la página creando un límite que permite leer ciertas palabras y esconde otras: «Nos hemos reído. Me ha acompañado en coche. Le he mirado... Me ha hecho una señal con la mano..., se había hecho de noche. Sé que debería haber..., nunca me enamoraré de él. Pero era tan bueno que me amara. Era bueno»[4].

Me meto entonces cada uno de los dildos en las aberturas de la parte inferior de mi cuerpo. Primero el negro realista, luego el ergonómico en el ano. Para mí, siempre es más fácil meterme cualquier cosa en el ano, es un espacio multidimensional, sin límites óseos. Esta vez no es distinta. Estoy de espaldas a la cámara, con las rodillas, las puntas de los pies y la cabeza apoyadas en el suelo, los brazos estirados sobre la espalda sujetando los dildos dentro de mis orificios.

Tú eres el único que podría leer este libro. Delante de esa cámara más que visible, «siento por primera vez la tentación de ha-

[4] «On a ri. Il m'a raccompagné en voiture. Je l'ai regardé. Il m'a fait un signe de la main avant / la nuit était tombée. Je sais que j'aurais dû / je ne serais jamais amoureux de lui. Mais c'était tellement bon qu'il m'aime. C'était bon», Guillaume Dustan, *Dans ma chambre,* POL, París, 1996, pág. 155.

cerme un autorretrato para ti»[5]. Dibujar una imagen de mí mismo como si fuera tú. *Drag you.* Travestirme en ti. Hacerte volver a la vida a través de esa imagen.

Ahora ya estáis todos muertos: Amelia, Hervé, Michel, Karen, Jackie, Teo y Tú. ¿Pertenezco yo más a vuestro mundo que al mundo de los vivos? ¿Acaso mi política no es la vuestra, mi casa no es la vuestra, mi cuerpo no es el vuestro? Rencarnaos en mí, tomad mi cuerpo como los extraterrestres tomaban a los americanos para convertirlos en vainas vivientes. Reencárnate en mí, posee mi lengua, mis brazos, mis sexos, mis dildos, mi sangre, mis moléculas, posee a mi chica, mi perra, habítame, vive en mí. Ven. Ven. *Please, don't leave.* Vuelve a la vida. *Hold on to my sex. Low, down, dirty. Stay with me.*

Este libro no tiene razón de ser fuera del margen de incertidumbre que existe entre yo y mis sexos, todos imaginarios, entre tres lenguas que no me pertenecen, entre tú-vivo y tú-muerto, entre mi deseo de portar tu estirpe y la imposibilidad de resucitar tu esperma, entre tus libros eternos y silenciosos y el flujo de palabras que se agolpa para salir a través de mis dedos, entre la testosterona y mi cuerpo, entre V. y mi amor por V.

De nuevo frente a la cámara: «Esta testosterona es para ti, este placer es para ti».

No miro la *miniDV* que acabo de filmar. Ni siquiera la digitalizo. La guardo en su caja roja transparente y escribo sobre la etiqueta: «3 octubre, 2006. DÍA DE TU MUERTE».

Los días que anteceden y siguen a tu muerte están marcados por mis rituales de administración de testosterona. El protocolo es doméstico; más aún, sería secreto, privado, de no ser por el hecho de que cada una de esas administraciones son filmadas y enviadas de forma anónima a una página de Internet en la que cientos de cuerpos transgénero, cuerpos en mutación de todo el planeta intercambian técnicas y saberes. En esa red audiovisual mi rostro es indiferente, mi nombre insignificante. Solo la relación estricta entre mi cuerpo y la sustancia es objeto de culto y vigilancia. Extiendo el gel sobre mis hombros. Primer instante:

[5] «J'ai pour la première fois la tentation d'un autoportrait pour toi», Hervé Guibert, *L'image fantôme*, Les Éditions de Minuit, París, 1981.

sensación de un toque sobre la piel. Esta sensación se transforma en frío y después desaparece. Luego nada durante uno o dos días. Nada. La espera. Después se instala, poco a poco, una lucidez extraordinaria de la mente acompañada de una explosión de ganas de follar, de caminar, de salir, de atravesar la ciudad entera. Este es el punto culminante en el que se manifiesta la fuerza espiritual de la testosterona mezclada con mi sangre. Se desvanecen absolutamente todas las sensaciones desagradables. A diferencia del speed, el movimiento interior no es ni agitación ni ruido. Simplemente, el sentimiento de estar en adecuación con el ritmo de la ciudad. A diferencia de la coca, no hay distorsión de la percepción de sí, ni logorrea, ni sentimiento de superioridad. Solo una impresión de fuerza que refleja la capacidad expandida de mis músculos, de mi cerebro. Mi cuerpo está presente a sí mismo. A diferencia del speed y de la coca, no hay descenso inmediato. Pasados unos días, el movimiento interior se calma, pero la sensación de fuerza, como una pirámide que ha sido desvelada por una tormenta de arena, permanece.

¿Cómo explicar lo que me ocurre? ¿Qué hacer con mi deseo de transformación? ¿Qué hacer con todos los años en los que me he definido como feminista? ¿Qué tipo de feminista seré ahora, una feminista adicta a la testosterona, o más bien un transgénero adicto al feminismo? No me queda otro remedio que revisar mis clásicos, someter las teorías a la sacudida que provoca en mí esta nueva práctica de administración de testosterona. Aceptar que el cambio que tiene lugar en mí es la mutación de una época.

2
LA ERA FARMACOPORNOGRÁFICA

Nací en 1970, momento en el que la economía del automóvil, que parecía entonces en su punto de máximo auge, comenzaba a declinar. Mi padre tenía el primer y más importante garaje de Burgos, una villa gótica de curas y militares en la que Franco había instalado la nueva capital simbólica de la España fascista. De haber ganado la guerra Hitler, la nueva Europa se habría asentado en torno a esos dos polos (cierto desiguales), Burgos y Berlín, o al menos con eso soñaba el pequeño general gallego. En el Garaje Central, así se llamaba el floreciente negocio de mi padre situado en la calle General Mola (el militar que había dirigido el levantamiento contra el régimen republicano en 1936), se guardaban los coches más caros de la ciudad, los de los ricos y los caciques. En mi casa no había libros, solo había coches. Chryslers de motor Slant Six, varios renaults Gordini, Dauphine y Ondine («los coches de las viudas», los llamaban entonces, porque tenían fama de acabar en las curvas con la vida de los maridos automovilistas), renaults D-S (que los españoles llamaban «tiburones») y algunos Standards traídos desde Inglaterra y adjudicados a los médicos. A estos había que añadir la colección de coches antiguos que mi padre había ido comprando: un mercedes «Lola Flores» negro, un citroën gris Traction Avant de los años treinta, un Ford 17 caballos, un dodge Dart Swinger, un citroën «culo-rana» de 1928 y un cadillac 8 cilindros. Mi padre invirtió en aquellos años en la industria de fabricación de ladrillos, que se vino abajo en 1975 (accidentalmente, como la dictadura) con la crisis del petróleo. Al final tuvo que acabar vendiendo su colección de coches para pagar la quiebra de la fábrica. Yo lloré por

aquellos coches. Entre tanto, yo estaba creciendo como una pequeña marimacho. Mi padre lloraría por ello.

Durante esa época, reciente y, sin embargo, ya irrecuperable, que hoy conocemos como «fordismo», la industria del automóvil sintetiza y define un modo específico de producción y de consumo, una temporalización taylorizante de la vida, una estética polícroma y lisa del objeto inanimado, una forma de pensar el espacio interior y de habitar la ciudad, un agenciamiento conflictivo del cuerpo y de la máquina, un modo discontinuo de desear y de resistir. En los años que siguen a la crisis energética y a la caída de las cadenas de montaje, se buscarán nuevos sectores portadores de las transformaciones de la economía global. Se hablará así de las industrias bioquímicas, electrónicas, informáticas o de la comunicación como nuevos soportes industriales del capitalismo... Pero estos discursos seguirán siendo insuficientes para explicar la producción de valor y de la vida en la sociedad actual.

Sin embargo, parece posible dibujar una cronología de las transformaciones de la producción industrial del último siglo desde el punto de vista del que se convertirá progresivamente en el negocio del nuevo milenio: la gestión política y técnica del cuerpo, del sexo y de la sexualidad. Dicho de otro modo, resulta hoy filosóficamente pertinente llevar a cabo un análisis sexopolítico de la economía mundial.

Si desde un punto de vista económico, la transición a un tercer tipo de capitalismo, después de los regímenes esclavista e industrial, se sitúa habitualmente en torno a los años setenta, la puesta en marcha de un nuevo tipo de «gubernamentalidad del ser vivo»[1] emerge de las ruinas urbanas, corporales, psíquicas y ecológicas de la Segunda Guerra Mundial —y en el caso de España, de la Guerra Civil.

¿Pero cómo el sexo y la sexualidad, se preguntarán, llegan a convertirse en el centro de la actividad política y económica? Síganme:

Durante el período de la guerra fría, Estados Unidos invierte más dólares en la investigación científica sobre el sexo y la sexualidad que ningún otro país a lo largo de la historia. La mutación del capitalismo a la que vamos a asistir se caracterizará no solo

[1] Michel Foucault, *Du gouvernement des vivants,* Leçons du Collège de France, 1979-1980, *Dits et Écrits,* tomo IV, Gallimard, París, 1994, págs. 641-642.

por la transformación del sexo en objeto de gestión política de la vida (como ya había intuido Foucault en su descripción «biopolítica» de los nuevos sistemas de control social), sino porque esta gestión se llevará a cabo a través de las nuevas dinámicas del tecnocapitalismo avanzado. Pensemos simplemente que el período que va desde el final de Primera Guerra Mundial a la guerra fría constituye un momento sin precedente de visibilidad de las mujeres en el espacio público, así como de emergencia de formas visibles y politizadas de la homosexualidad en lugares tan insospechados como, por ejemplo, el ejército americano[2]. El macartismo americano de los años cincuenta suma a la persecución patriótica del comunismo la lucha contra la homosexualidad como forma de antinacionalismo, al mismo tiempo que exalta los valores familiaristas de la masculinidad laboriosa y la maternidad doméstica[3]. Se abren durante este tiempo decenas de centros de investigación sobre la sexualidad en Occidente como parte de un programa de salud pública. Al mismo tiempo, los doctores George Henry y Robert L. Dickinson llevan a cabo la primera demografía de la «desviación sexual», un estudio epidemiológico conocido con el nombre de «Sex Variant»[4], al que más tarde seguirán el *Informe Kinsey* sobre la sexualidad y los protocolos de Stoller sobre la feminidad y la masculinidad. Entre tanto, los arquitectos americanos Ray y Charles Eames colaboran con el ejército americano para fabricar tablillas de sujeción de los miembros mutilados en la guerra con placas de contrachapado *playwood.* Pocos años después utilizarán el mismo material para construir los muebles que caracterizarán el diseño ligero y la arquitectura americana desechable[5]. Harry Benjamin pone en marcha y sistematiza la utilización clínica de moléculas hormonales, se comercializan las primeras moléculas naturales de progesterona y estrógeno obtenidas a partir de suero de yegua (Premarin) y algo más tarde sintéticas (Norethin-

[2] Alan Berube, *Coming Out Under Fire: The History of Gay Men and Women in World War Two,* The Free Press, Nueva York, 1990.

[3] John D'Emilio, *Sexual Politics, Sexual Communities: The Making of a Homosexual Minority in the United States, 1940-1970,* Chicago University Press, Chicago, 1983.

[4] Jennifer Terry, *An American Obsession: Science, Medicine and Homosexuality in Modern Society,* Chicago University Press, Chicago, 1999, págs. 178-218.

[5] Véase Beatriz Colomina, *Domesticity at War*, MA, MIT Press, Cambridge, 2007.

drone). En 1946 se inventa la primera píldora *antibaby* a base de estrógenos sintéticos —el estrógeno se convertirá pronto en la molécula farmacéutica más utilizada de toda la historia de la humanidad[6]—. En 1947, los laboratorios Eli Lilly (Indiana, Estados Unidos) comercializan la molécula de metadona (el más simple de los opiáceos) como analgésico, convirtiéndose en los años setenta en el tratamiento básico de sustitución en la adicción a la heroína[7]; ese mismo año, el pseudopsiquiatra norteamericano John Money inventa el término «género», diferenciándolo del tradicional «sexo» para nombrar la pertenencia de un individuo a un grupo culturalmente reconocido como «masculino» o «femenino» y afirma que es posible «modificar el género de cualquier bebé hasta los dieciocho meses»[8]. Se multiplica exponencialmente la producción de elementos transuránicos, entre ellos del plutonio, combustible nuclear empleado militarmente durante la Segunda Guerra Mundial y que ahora se convierte en material de uso en el sector civil: el nivel de toxicidad de los elementos transuránicos sobrepasa al de cualquier otro elemento terrestre, generando un nueva forma de vulnerabilidad de la vida. El *lifting* facial y diversas intervenciones de cirugía estética se convierten por primera vez en técnicas de consumo de masas en Estados Unidos y Europa. Andy Warhol se fotografía durante una operación de *lifting* facial, haciendo de su propio cuerpo uno de los objetos pop de la sociedad de consumo. Frente a la amenaza inducida por el nazismo y por las retóricas racistas de una detección de la diferencia racial o religiosa a través de los signos corporales, la «des-circuncisión», reconstrucción artificial del prepucio del pene, se convierte en una de las operaciones de cirugía estética más practicadas en Estados Unidos en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial[9]. Al mismo tiempo, se

[6] Andrea Tone, *Devices and Desires. A History of Contraceptives in America,* Hill and Wang, Nueva York, 2001.

[7] Tom Carnwath y Ian Smith, *El siglo de la heroína,* Melusina, Barcelona, 2006.

[8] John Money, John Hampson y Joan Hampson, «Imprinting and the Establishment of the Gender Role», Archives of Neurology and Psychiatry, 77, Chicago, 1957. Véase también John Money, *Sexual Signatures: On Being Man or Woman,* Little Brown, Boston, 1980.

[9] Sander L. Gilman, «Decircumcision: The First Aesthetic Surgery», *Modern Judaism* 17. 3, Oxford, 1997, págs. 201-210. Véase también Maxwell Matz, *Evolution of Plastic Surgery,* Froben Press, Nueva York, 1946, págs. 278-279.

generaliza el uso del plástico para la fabricación de objetos de la vida cotidiana. Este material viscoso y semirrígido, impermeable, aislante eléctrico y térmico, producido a partir de la multiplicación artificial de átomos de carbono en largas cadenas moleculares de compuestos orgánicos derivados del petróleo y cuya quema es altamente contaminante, definirá las condiciones materiales de una transformación ecológica a gran escala: destrucción de los recursos energéticos primitivos del planeta, consumo rápido y alta contaminación. En 1953, el soldado americano George W. Jorgensen se transforma en Christine, convirtiéndose en el primer transexual mediatizado; Hugh Hefner crea *Playboy,* la primera revista porno norteamericana difundida en quiosco, con la fotografía de Marylin Monroe desnuda en la portada del primer número. En la España franquista, la Ley de Vagos y Maleantes de 1954 incluye por primera vez a homosexuales y desviados sexuales. El comandante Antonio Vallejo-Nájera, jefe de los servicios médicos militares, y Juan José López Ibor llevan a cabo sucesivas investigaciones con el fin de examinar las raíces psicofísicas del marxismo (para descubrir el famoso «gen rojo»), la homosexualidad y la intersexualidad, preconizando, a pesar de la escasa tecnificación de las instituciones médicas durante el franquismo, la lobotomía, las terapias de modificación de conducta, el tratamiento mediante electroconvulsiones y la castración terapéutica con fines eugenésicos [10]. En 1958 se lleva a cabo en Rusia la primera faloplastia (construcción de un pene a partir de un injerto de la piel y los músculos del brazo), como parte de un proceso de cambio de sexo de mujer a hombre. En 1960, los laboratorios Eli Lilly comercializan Secobarbital, un barbitúrico con propiedades anestésicas, sedativas e hipnóticas concebido para el tratamiento de la epilepsia, el insomnio o como anestésico en operaciones breves. Secobarbital, más conocido como la «píldora roja» o *doll,* se convierte en una de las drogas

[10] Antonio Vallejo-Nájera, *La sexualización de los psicópatas,* Medicina, Madrid, 1934. Véanse también los estudios históricos recientes: J. Casos Solís, *Psiquiatría y franquismo. Período de institucionalización (1946-1960),* con un pórtico y un epílogo como homenaje a Luis Martín-Santos. También F. Fuentenebro; G. E. Berrios; I. Romero y R. Huertas García-Alejo (eds.), *Psiquiatría y cultura en España en un tiempo de silencio. Luis Martín Santos,* Necodisne Ediciones, Madrid, 1999, págs. 85-129.

de la cultura *underground* rock de los años sesenta; al mismo tiempo, Manfred E. Clynes y Nathan S. Kline utilizan por primera vez el término *cyborg* para referirse a un organismo técnicamente suplementado que podría vivir en un medio ambiente extraterrestre y operar como un «sistema homeostático integrado inconsciente»[11]. Se trataba de una rata de laboratorio a la que se la había implantado una prótesis osmótica que arrastraba en forma de rabo cibernético. En 1966 se inventan los primeros antidepresores que intervienen directamente en la síntesis del neurotransmisor serotonina, y que llevarán hasta la concepción en 1987 de la molécula de Fluxetine que será después comercializada bajo varios nombres, dependiendo del laboratorio, de los cuales el más conocido será Prozac, fabricado por Eli Lilly. En 1969 se crea, como parte de un programa de investigación militar estadounidense, *arpanet,* la primera «red de redes» de ordenadores interconectados capaces de transmitir información, que dará lugar más tarde a Internet. El 18 de septiembre de 1970 muere Jimi Hendrix, después de haber ingerido (¿accidente, suicidio, asesinato?) un cóctel farmacéutico que contenía al menos nueve píldoras de Secobarbital. En 1971 el Reino Unido establece la Ley de Abuso de Drogas, que regula el consumo y tráfico de sustancias psicotrópicas. La gravedad de los crímenes por uso y tráfico va desde la categoría A (cocaína, metadona, morfina, etc.) hasta la categoría C (cannabis, ketamina, etc.). El alcohol y el tabaco quedan fuera de esta clasificación. En 1972 Gerard Damiano realiza, con el dinero de la mafia californiana, *Deep Throat (Garganta profunda),* una de las primeras películas porno comercializadas públicamente en Estados Unidos. *Deep Throat* se convertirá en una de las películas más vistas de todos los tiempos, generando unos beneficios de explotación de más de seiscientos millones de dólares. Estalla a partir de entonces la producción cinematográfica porno, pasando de treinta películas clandestinas en 1950 a dos mil quinientas en 1970. En 1973 se retira la homosexualidad de la lista de enfermedades mentales del DSM (Manual de Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales). En 1974, el soviético Victor Konstantinovich Kalnberz patenta el

[11] M. E. Clynes y N. S. Kline, «Cyborgs and Space», *Journal of Astronautics,* American Rocket Society, Nueva York, septiembre 1960, págs. 27-31, 74-75.

primer implante de pene a base de varillas de plástico de polietileno como tratamiento de la falta de erección, creando un pene natural erecto permanentemente. Estos implantes se abandonaron en beneficio de sus variantes químicas por resultar «físicamente incómodos y emocionalmente desconcertantes». En 1977, el estado de Oklahoma introduce la primera inyección letal a base de un compuesto barbitúrico semejante a la «píldora roja» para aplicar la pena capital; un método similar había sido utilizado ya en el llamado programa Acción T4 de higiene racial de la alemania nazi, que eutanasia entre setenta y cinco mil y cien mil personas con deficiencias físicas o psíquicas, método abandonado después a causa de su alto coste farmacológico y sustituido por la cámara de gas o la simple muerte por inanición. En 1983, la transexualidad («disforia de género») se incluye en la lista del DSM como enfermedad mental. En 1984 Tom F. Lue, Emil A. Tanaghoy y Richard A. Schmidt colocan por primera vez un «marcapasos sexual» en el pene de un paciente, un sistema de electrodos implantados cerca de la próstata que permitía desatar una erección por control remoto. Durante los años ochenta, se descubren y comercializan nuevas hormonas como la DHEA o la hormona del crecimiento, así como numerosas sustancias anabolizantes que serán utilizadas legal e ilegalmente en el deporte. En 1988 se aprueba la utilización farmacológica de Sildenafil (comercializado como Viagra por los laboratorios Pfizer) para tratar la «disfunción eréctil» del pene. Se trata de un vaso dilatador sin efecto afrodisiaco que induce la producción de óxido nítrico en el cuerpo cavernoso del pene y la relajación muscular. A partir de 1996 los laboratorios americanos se lanzan a la producción sintética de la oxyntomodulina, una hormona relacionada con el sentido de la saciedad, que podría afectar a los mecanismos psicofisiológicos reguladores de la adicción y ser comercializada para provocar la pérdida de peso. A principios del nuevo milenio, cuatro millones de niños son tratados con Ritalina por hiperactividad y por el llamado Síndrome de Déficit de Atención, y más de dos millones consumen psicotrópicos destinados a controlar la depresión infantil.

Estamos frente a un nuevo tipo de capitalismo caliente, psicotrópico y punk. Estas trasformaciones recientes apuntan hacia la articulación de un conjunto de nuevos dispositivos microprostéticos de control de la subjetividad con nuevas plata-

formas técnicas biomoleculares y mediáticas. La nueva «economía-mundo» [12] no funciona sin el despliegue simultáneo e interconectado de la producción de cientos de toneladas de esteroides sintéticos, sin la difusión global de imágenes pornográficas, sin la elaboración de nuevas variedades psicotrópicas sintéticas legales e ilegales (Lexomil, Special K, Viagra, speed, cristal, Prozac, éxtasis, popper, heroína, Omeoprazol, etc.), sin la extensión a la totalidad del planeta de una forma de arquitectura urbana difusa en la que megaciudades miseria [13] se codean con nudos de alta concentración de capital, sin el tratamiento informático de signos y de transmisión numérica de comunicación.

Estos son solo algunos de los índices de aparición de un régimen postindustrial, global y mediático que llamaré a partir de ahora, tomando como referencia los procesos de gobierno biomolecular (fármaco-) y semiótico-técnico (-porno) de la subjetividad sexual, de los que la píldora y *Playboy* son paradigmáticos, «farmacopornográfico». Si bien sus líneas de fuerzas hunden sus raíces en la sociedad científica y colonial del siglo XIX, sus vectores económicos no se harán visibles hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, ocultos en principio bajo la apariencia de la economía fordista y quedando expuestos únicamente tras el progresivo desmoronamiento de esta en los años setenta.

Durante el siglo XX, período en el que se lleva a cabo la materialización farmacopornográfica, la psicología, la sexología, la endocrinología han establecido su autoridad material transformando los conceptos de psiquismo, de libido, de conciencia, de feminidad y masculinidad, de heterosexualidad y homosexualidad en realidades tangibles, en sustancias químicas, en moléculas comercializables, en cuerpos, en biotipos humanos, en bienes de intercambio gestionables por las multinacionales farmacéuticas. Si la ciencia ha alcanzado el lugar hegemónico que ocupa como discurso y como práctica en nuestra cultura, es precisamente gra-

---

[12] Utilizo aquí la conocida expresión de Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo,* Akal, Madrid, 2004.

[13] Véase Mike Davis, «Planeta de ciudades-miseria», *New Left Review,* núm. 26, Akal, Madrid, 2004, págs. 5-34.

cias a lo que Ian Hacking[14], Steve Woolgar y Bruno Latour[15] llaman su «autoridad material», es decir, su capacidad para inventar y producir artefactos vivos. Por eso la ciencia es la nueva religión de la modernidad. Porque tiene la capacidad de crear, y no simplemente de describir, la realidad[16]. El éxito de la tecnociencia contemporánea es transformar nuestra depresión en Prozac, nuestra masculinidad en testosterona, nuestra erección en Viagra, nuestra fertilidad/esterilidad en píldora, nuestro sida en triterapia. Sin que sea posible saber quién viene antes, si la depresión o el Prozac, si el Viagra o la erección, si la testosterona o la masculinidad, si la píldora o la maternidad, si la triterapia o el sida. Esta producción en auto-*feedback* es la propia del poder farmacopornográfico.

La sociedad contemporánea está habitada por subjetividades toxicopornográficas: subjetividades que se definen por la sustancia (o sustancias) que domina sus metabolismos, por las prótesis cibernéticas a través de las que se vuelven agentes, por los tipos de deseos farmacopornográficos que orientan sus acciones. Así hablaremos de sujetos Prozac, subjetos cannabis, sujetos cocaína, sujetos alcohol, sujetos ritalina, sujetos cortisona, sujetos silicona, sujetos heterovaginales, sujetos doblepenetración, sujetos Viagra, etc.

No hay nada que desvelar en la naturaleza, no hay un secreto escondido. Vivimos en la hipermodernidad punk: ya no se trata de revelar la verdad oculta de la naturaleza, sino que es necesario explicitar los procesos culturales, políticos, técnicos a través de los cuales el cuerpo como artefacto adquiere estatuto natural. El *oncomouse,* ratón de laboratorio diseñado biotecnológicamente para ser portador de un gen cancerígeno[17], se come a Heiddeg-

---

[14] Ian Hacking, *Representing and Intervening. Introductory Topics in the Philosophy of Natural Science,* Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

[15] Bruno Latour y S. Woolgar, *La vie de laboratoire. La construction des faits scientifiques,* La Découverte, París, 1979.

[16] Pero no solo la ciencia tiene este poder performativo. El arte y el activismo se parecen a las ciencias de laboratorio. Tienen también el poder de crear (y no simplemente de describir, descubrir o representar) artefactos. Como veremos más adelante, el arte, la filosofía o la literatura pueden funcionar como contra-laboratorios virtuales de producción de realidad.

[17] Donna Haraway, «When Man Is on the Menu», *Incorporations,* Jonathan Crary y Sanford Kwinter (eds.), Zone Books, Nueva York, 1992.

ger. Buffy, la televisual vampira mutante, se come a Simone de Beauvoir. El dildo, paradigma de toda prótesis de teleproducción de placer, se come la polla de Rocco Siffredi. No hay nada que desvelar en el sexo ni en la identidad sexual, no hay ningún secreto escondido. La verdad del sexo no es desvelamiento, es *sex design*.

COOPERACIÓN MASTURBATORIA

Los teóricos del postfordismo (Virno, Hardt, Negri, Corsani, Marazzi, Moulier-Boutang, etc.) han sugerido que el proceso productivo del capitalismo actual tiene en realidad como materia prima el saber, la información, la cultura y las relaciones sociales [18]. Para la teoría económica más reciente, el motor de la producción ya no está en la empresa, sino «en la sociedad en su conjunto, en la calidad de la población, en la cooperación, en las convenciones, los aprendizajes, las formas de organización que hibridan el mercado, la empresa y la sociedad» [19]. Negri y Hardt hablan de «producción biopolítica», utilizando la noción *cult* foucaultiana para nombrar las formas complejas actuales de la producción capitalista que combinan tanto «producción de símbolos, de lenguaje, de información, como producción de afectos» [20]. Nombran apelando al «trabajo de la vida», las formas de producción que emanan del cuidado corporal, de la protección del otro y de la creación de relación humana, del trabajo «femenino» de la reproducción [21], de las relaciones de comunicación y

[18] Christian Marazzi, *El sitio de los calcetines. El giro lingüístico de la economía y sus efectos sobre la política,* Akal, Madrid, 2003. Véanse también Paolo Virno, *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas,* Traficantes de Sueños, Madrid, 2003; Yann Moulier-Boutang, Antonella Corsani, Maurizio Lazzarato, Olivier Blondeau, Nick Dyer Whiteford, Carlo Vercellone, Ariel Kyrou y Enzo Rullani, *Capitalismo cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva,* Traficantes de Sueños, Madrid, 2004. Para una síntesis del debate véase Yann Moulier-Boutang, *Le capitalisme cognitif. La nouvelle grande transformation,* Éditions Amsterdam, París, 2007.

[19] Yann Moulier-Boutang, «Eclats d'économie et bruits de luttes», *Multitudes,* núm. 2, Exils, París, 2000, pág. 7. Véase también en ese mismo número el artículo de Antonella Corsani, «Vers un renouveau de l'économie politique».

[20] Toni Negri y Michael Hardt, *Multitudes,* Éditions 10/18, París, 2006, pág. 135.

[21] *Ibidem,* pág. 137; Christian Marazzi, *op. cit.*

del intercambio de saberes y afectos. Pero la mayoría de estos análisis se detienen en su descripción de esta nueva forma de producción cuando llegan a la cintura[22].

¿Pero si fueran en realidad los cuerpos insaciables de la multitud, sus pollas y sus clítoris, sus anos, sus hormonas, sus sinapsis neurosexuales, si el deseo, la excitación, la sexualidad, la seducción y el placer de la multitud fueran los motores de creación de valor en la economía contemporanea, si la cooperación fuera una «cooperación masturbatoria» y no simplemente una cooperación de cerebros?

La industria pornográfica es hoy el gran motor impulsor de la economía informática: existen más de un millón y medio de *webs* adultas accesibles desde cualquier punto del planeta. De los dieciséis mil millones de dolares anuales de beneficios de la industria del sexo, una buena parte proviene de los portales porno de Internet. Cada día, trescientos cincuenta nuevos portales porno abren sus puertas virtuales a un número exponencialmente creciente de usuarios. Si es cierto que los portales porno siguen estando en su mayoría bajo el dominio de multinacionales (*Playboy, Hotvideo, Dorcel, Hustler,* etc.), el mercado emergente del porno en Internet surge de los portales *amateurs*. El modelo del emisor único se ve desplazado en 1996 con la iniciativa de Jennifer Kaye Ringley, que instala varias *webcams* en su espacio doméstico y transmite en tiempo real un registro de su vida cotidiana a un portal de Internet. Las *JenniCams* producen en estilo documental una crónica audiovisual de sus vidas sexuales y cobran suscripciones semejantes a las de un canal televisivo (entre diez y veinte euros mensuales). Por el momento, cualquier usuario de Internet que posee un cuerpo, un ordenador, una cámara de vídeo o una *webcam,* una conexión de Internet y una cuenta bancaria puede crear su propia página porno y acceder al mercado de la industria del sexo. Se trata de la entrada del cuerpo auto-

[22] Algunas pistas en este sentido han venido desde reflexiones como las de Precarias a la Deriva, Anne Querien o Antonella Corsani. Véase «Un proyecto de mujeres de Precarias a la deriva. Precarias, cuidadoras, putas, atentas... en busca de una batalla común», http://www.sindominio.net/karakola/precarias.htm. Y Linda McDowell, «Life without Father and Ford: The New Gender Order of Post-Fordism», *Transactions of the Institute of British Geographers,* 16, págs. 400-419.

pornográfico como nueva fuerza de la economía mundial. El resultado del reciente acceso de poblaciones relativamente pauperizadas del planeta (tras la caída del muro de Berlín, los primeros en acceder a este mercado fueron los trabajadores sexuales del antiguo bloque soviético, después los de China, África y la India) a los medios técnicos de producción de ciberpornografía, provocando por primera vez una ruptura del monopolio que hasta ahora detentaban las grandes multinacionales porno. Frente a esta autonomización del trabajador sexual, las multinacionales porno se alían progresivamente con compañías publicitarias esperando atraer a sus cibervisitantes a través del acceso gratuito a sus páginas.

La industria del sexo no es únicamente el mercado más rentable de Internet, sino que es el modelo de rentabilidad máxima del mercado cibernético en su conjunto (solo comparable a la especulación financiera): inversión mínima, venta directa del producto en tiempo real, de forma única, produciendo la satisfacción inmediata del consumidor en y a través de la visita al portal. Cualquier otro portal de Internet se modela y se organiza de acuerdo con esta lógica masturbatoria de consumo pornográfico. Si los analistas comerciales que dirigen Googgle o Ebay siguen con atención las fluctuaciones del mercado ciberporno, es porque saben que la industria de la pornografía provee un modelo económico de la evolución del mercado cibernético en su conjunto.

Si tenemos en consideración que las industrias líderes del capitalismo postfordista, junto con la empresa global de la guerra, son la industria farmacéutica (bien como extensión farmacológica legal del aparato científico médico y cosmético, bien como tráfico de drogas consideradas ilegales) y la industria pornográfica, entonces habría que darle un nombre más crudo a esta «materia prima». Osemos la hipótesis: las verdaderas materias primas del proceso productivo actual son la excitación, la erección, la eyaculación, el placer y el sentimiento de autocomplacencia y de control omnipotente. El verdadero motor del capitalismo actual es el control farmacopornográfico de la subjetividad, cuyos productos son la seratonina, la testosterona, los antiácidos, la cortisona, los antibióticos, el estradiol, el alcohol y el tabaco, la morfina, la insulina, la coaína, el citrato de sidenofil (Viagra) y todo aquel complejo material-virtual que puede ayudar a la producción de

estados mentales y psicosomáticos de excitación, relajación y descarga, de omnipotencia y de total control. Aquí, incluso el dinero se vuelve un significante abstracto psicotrópico. El cuerpo adicto y sexual, el sexo y todos sus derivados semiótico-técnicos son hoy el principal recurso del capitalismo postfordista.

Si la era dominada por la economía del automóvil se denominó «fordismo», llamaremos «farmacopornismo» a esta nueva economía dominada por la industria de la píldora, por la lógica masturbatoria y por la cadena de excitación-frustración en la que esta se apoya. La industria farmacopornográfica es el oro blanco y viscoso, el polvo cristalino del capitalismo postfordista.

Hardt y Negri, releyendo Marx, nos han enseñado que durante los siglos XIX y XX la economía global se caracteriza por la hegemonía del trabajo industrial no porque este fuera dominante en términos cuantitativos, sino porque todo otro trabajo se modeliza cualitativamente con respecto a una posible industrialización[23]. Del mismo modo, la producción farmacopornográfica caracteriza hoy un nuevo período de la economía política mundial no por su preponderancia cuantitativa, sino porque cualquier otra forma de producción aspira a una producción molecular intensificada del deseo corporal semejante a la narcoticosexual. Así, el control farmacopornográfico infiltra y domina toda otra forma de producción, desde la biotecnología agraria hasta la industria *high-tech* de la comunicación.

En el período «farmacopornista», la industria farmacopornográfica sintetiza y define un modo específico de producción y de consumo, una temporalización masturbatoria de la vida, una estética virtual y alucinógena del objeto vivo, un modo particular de transformar el espacio interior en afuera y la ciudad en interioridad y «espacio basura»[24] a través de dispositivos de autovigilancia y difusión ultrarrápida de información, un modo continuo y sin reposo de desear y de resistir, de consumir y destruir, de evolucionar y de autoexinguirse.

[23] Michael Hardt y Toni Negri, *Multitudes, op. cit.*, págs. 133-134.

[24] Véase la elaboración de esta noción en Rem Koolhaas, *Espacio basura,* Gustavo Gil, Barcelona, 2007.

POTENTIA GAUDENDI

Para comprender cómo y por qué la sexualidad y el cuerpo, el cuerpo excitable, irrumpen en el centro de la acción política hasta llegar a ser objetos de una gestión estatal e industrial minuciosa a partir de finales del siglo XIX, es preciso elaborar un nuevo concepto filosófico equivalente en el dominio farmacopornográfico al concepto de fuerza de trabajo en el dominio de la economía clásica. Nombro la noción de «fuerza orgásmica» o *potentia gaudendi*[25]: se trata de la potencia (actual o virtual) de excitación (total) de un cuerpo. Esta potencia es una capacidad indeterminada, no tiene género, no es ni femenina ni masculina, ni humana ni animal, ni animada ni inanimada, no se dirige primariamente a lo femenino ni a lo masculino, no conoce la diferencia entre heterosexualidad y homosexualidad, no diferencia entre el objeto y el sujeto, no sabe tampoco la diferencia entre ser excitado, excitar o excitarse-con. No privilegia un órgano sobre otro: el pene no posee más fuerza orgásmica que la vagina, el ojo o el dedo de un pie. La fuerza orgásmica es la suma de la potencialidad de excitación inherente a cada molécula viva. La fuerza orgásmica no busca su resolución inmediata, sino que aspira a extenderse en el espacio y en el tiempo, a todo y a todos, en todo lugar y en todo momento. Es fuerza que transforma el mundo en placer-con. La fuerza orgásmica reúne al mismo tiempo todas las fuerzas somáticas y psíquicas, pone en juego todos los recursos bioquímicos y todas las estructuras del alma.

En el capitalismo farmacopornográfico, la fuerza de trabajo ha revelado su verdadero sustrato: fuerza orgásmica, *potentia gaudendi*. Lo que el capitalismo actual pone a trabajar es la potencia de correrse como tal, ya sea en su forma farmacológica (molécula digestible que se activará en el cuerpo del consumidor), en forma de representación pornográfica (como signo semiótico-técnico convertible en dato numérico y transferible a so-

[25] Trabajo aquí a partir de la noción de «potencia de actuar o fuerza de existir» que, a partir de la noción griega de *dynamis* y de su correlato metafísico escolástico, elaborara Spinoza. Véanse Baruch Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico,* Trotta, Madrid, 2000; y Gilles Deleuze, *Spinoza,* Cours de Vincennes, 1978-1980. Curso disponible en la página de la Université Paris 8 dedicada a Deleuze.

portes informáticos, televisuales o telefónicos) o en su forma de servicio sexual (como entidad farmacopornográfica viva cuya fuerza orgásmica y cuyo volumen afectivo son puestos al servicio de un consumidor por un determinado tiempo bajo un contrato más o menos formal de venta de servicio sexuales).

Lo que caracteriza a la *potentia gaudendi* no es solo su carácter no permanente y altamente maleable, sino, y sobre todo, su imposibilidad de ser poseída o conservada. La *potentia gaudendi,* como fundamento energético del farmacopornismo, no se deja reducir a objeto ni puede transformarse en propiedad privada. No solo no puedo poseer ni conservar la *potentia gaudendi* de otro, sino que tampoco puedo poseer ni conservar aquella que aparece como mía. La *potentia gaudendi* existe únicamente como evento, relación, práctica, devenir.

La fuerza orgásmica es al mismo tiempo la más abstracta y la más material de todas las fuerzas de trabajo, inextricablemente carnal y numérica, viscosa y digitalizable. Ah, gloria fantasmática o molecular transformable en capital.

El cuerpo polisexual vivo es el sustrato de la fuerza orgásmica. Este cuerpo no se reduce a un cuerpo pre-discursivo, ni tiene sus límites en la envoltura carnal que la piel bordea. Esta vida no puede entenderse como un sustrato biológico fuera de los entramados de producción y cultivo propios de la tecnociencia. Este cuerpo es una entidad tecnoviva multiconectada que incorpora tecnología [26]. Ni organismo, ni máquina: tecnocuerpo. En los años cincuenta, McLuhan, BuckMister Fuller y Wiener lo habían intuido: las tecnologías de la comunicación funcionaban como extensiones del cuerpo. Hoy la situación parece mucho más compleja: el cuerpo individual funciona como una extensión de las tecnologías globales de comunicación. Dicho con la feminista americana Donna Haraway, el cuerpo del siglo XXI es una plataforma tecnoviva, el resultado de una implosión irreversible de sujeto y objeto, de lo natural y lo artificial. De ahí que la noción misma de «vida» resulte arcaica para identificar los actores de esta nueva tecnoecología. Por ello, Donna Haraway prefiere la noción de «tecnobiopoder» a la foucaultiana de «biopoder»,

[26] Donna Haraway, *Testigo_Modesto@Segundo Milenio. HombreHembra Conoce Oncoratón, Feminismo y tecnociencia,* UOC, Barcelona, 2004, pág. 29.

puesto que ya no se trata de poder sobre la vida, de poder de gestionar y maximizar la vida, como quería Foucault, sino de poder y control sobre un todo tecnovivo conectado[27].

En el circuito de tecnoproducción de excitación no hay ni cuerpos vivos ni cuerpos muertos, sino conectores presentes o ausentes, actuales o virtuales. Las imágenes, los virus, los programas informáticos, los internautas, las voces que responden a los teléfonos rosas, los fármacos, y los animales de laboratorio en los que estos son testados, los embriones congelados, las células madre, las moléculas de alcaloides activos... no presentan en la actual economía global un valor en tanto que «vivos» o «muertos», sino en tanto que integrables en una bioelectrónica de la excitación global o no. Haraway nos recuerda que «las figuras del *cyborg*, así como la semilla, el chip, el gen, la base de datos, la bomba, el feto, la raza, el cerebro y el ecosistema, descienden de implosiones de sujetos y objetos, de lo natural y lo artificial»[28]. En este sentido, todo cuerpo, incluso un cuerpo «muerto», puede suscitar fuerza orgásmica, y por tanto ser portador de potencia de producción de capital sexual. Esta fuerza que se deja convertir en capital no reside en el bios-, tal como se entiende desde Aristóteles hasta Darwin, sino en el *tecnoeros*, en el cuerpo tecnovivo encantado y su cibernética amorosa. De aquí la conclusión: tanto biopolítica (política de control y producción de la vida) como tanatopolítica (política de control y gestión de la muerte) funcionan como farmacopornopolíticas, gestiones planetarias de la *potentia gaudendi*.

El sexo, los órganos sexuales, el pensamiento, la atracción, se desplazan al centro de la gestión tecnopolítica en la medida en la que está en juego la posibilidad de sacarle provecho a la fuerza orgásmica. Si los teóricos del postfordismo se interesan por el trabajo inmaterial, por el «trabajo no-objetividad»[29], por «el trabajo afectivo»[30], a los teóricos del capitalismo farmacopornográfico nos interesa el trabajo sexual como proceso de subjetivación, abriendo la posibilidad de hacer del sujeto una reserva interminable de corrida planetaria transformable en capital, en abstracción, en dígito.

[27] Donna Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza,* Cátedra, Madrid, 1995.

[28] Donna Haraway, *op. cit.,* 2004, pág. 29.

[29] Paolo Virno, *Gramática de la multitud, op. cit.,* pág. 85.

[30] Michael Hardt y Toni Negri, *Multitudes, op. cit.,* pág. 134.

No debemos leer esta teoría de la «fuerza orgásmica» a través de un prisma hegeliano paranoico o rousseauniano utópico/distópico: el mercado no es un poder exterior que viene a expropiar, reprimir o controlar los instintos sexuales del individuo. Nos enfrentamos, por el contrario, a la más difícil de las situaciones políticas: el cuerpo no conoce su fuerza orgásmica hasta que no la pone a trabajar.

La fuerza orgásmica en tanto que fuerza de trabajo se ha visto progresivamente regulada por un estricto control tecnobiopolítico. La misma relación de compra/venta y de dependencia que unía al capitalista y al obrero regía hasta hace poco la relación entre los géneros como relación entre eyaculador y faciliatador de eyaculación. De aquí la definición: lo femenino, lejos de ser una naturaleza, es la cualidad que cobra la fuerza orgásmica cuando puede ser convertida en mercancía, en objeto de intercambio económico, es decir, en trabajo. Evidentemente un cuerpo masculino puede ocupar (y, de hecho, ocupa ya) en el mercado de trabajo sexual una posición de género femenina, es decir, puede ver su potencia orgásmica reducida a capacidad de trabajo.

Pero el control de la potencia orgásmica no define únicamente la diferencia de género, la dicotomía femenino/masculino; sino también, y de modo más general, la diferencia tecnobiopolítica entre heterosexualidad y homosexualidad. La patologización de la masturbación y de la homosexualidad en el siglo XIX acompaña a la constitución de un régimen en el que la fuerza orgásmica colectiva es puesta a trabajar en función de la reproducción heterosexual de la especie. Esta situación se verá drásticamente transformada con la posibilidad de sacar beneficios de la masturbación a través del dispositivo pornográfico y de controlar técnicamente la reproducción sexual a través de la píldora y de la inseminación artificial.

Si pensamos, siguiendo a Marx, que «la fuerza de trabajo no es el trabajo realmente realizado, sino la simple potencia de trabajar» [31], entonces habrá que decir que cualquier cuerpo, humano o animal, real o virtual, femenino o masculino posee esta potencia maturbatoria, potencia de hacer eyacular, *potentia gaudendi,* por tanto, potencia productora de capital fijo —puesto

[31] Paolo Virno, *op. cit.,* pág. 18.

que participa en el proceso productivo sin consumirse en el proceso mismo—. Hasta ahora hemos conocido una relación directa entre pornificación del cuerpo y grado de opresión. Así, los cuerpos históricamente más pornificados han sido el cuerpo de la mujer, el cuerpo infantil, el cuerpo racializado del esclavo, el cuerpo del joven trabajador, el cuerpo homosexual. Pero no hay relación ontológica entre anatomía y *potentia gaudendi.* Corresponde al escritor francés Michel Houellebecq el mérito de haber sabido dibujar una fabulación distópica de este nuevo poder del capitalismo global para fabricar la megafurcia y el megapollón: en este contexto, el nuevo sujeto hegemónico es un cuerpo (a menudo codificado como masculino, blanco, heterosexual) farmacopornográficamente suplementado (por el Viagra, la cocaína, la pornografía, etc.), consumidor de servicios sexuales pauperizados (a menudo ejercidos por cuerpos codificados como femeninos, infantiles, racializados):

> [...] Cuando puede, el occidental *trabaja;* su trabajo suele aburrirle o exasperarle, pero él finge que le interesa. A los cincuenta años, cansado de la enseñanza, de las matemáticas y de todo lo demás, decidí descubrir el mundo. Acababa de divorciarme por tercera vez; a nivel sexual, no esperaba nada de particular. Primero viajé a Tailandia; inmediatamente después fui a Madagascar. Desde entonces no he vuelto a follar con una blanca; ni siquiera he vuelto a tener ganas de hacerlo. Créame —dijo, poniendo una mano firme en el antebrazo de Lionel—, ya no encontrará en una blanca el coño suave, dócil, flexible y musculoso, todo eso ha desaparecido por completo[32].

Aquí la potencia no se encuentra simplemente *en* el cuerpo («femenino» o «infantil») como espacio tradicionalmente imaginado como prediscursivo y natural, sino en un conjunto de representaciones que lo transforman en sexual y deseable. Se trata en todo caso de un cuerpo siempre farmacopornográfico, un cuerpo efecto de un amplio dispositivo de representación y producción cultural.

Revelar nuestra condición de trabajadores/consumidores farmacopornográficos es la condición de posibilidad de toda teoría

[32] Michel Houellebecq, *Plataforma,* Anagrama, Barcelona, 2004, pág. 104.

crítica contemporánea. Si la actual teoría de la feminización del trabajo esconde el *cum-shot,* la eyaculación videográfica detrás de la pantalla de la comunicación cooperante, es quizá porque los filósofos de la biopolítica, a diferencia de Houellebecq, prefieren no revelar su calidad de clientes del farmacopornomercado global.

En el primer tomo de *Homo Sacer,* Giorgio Agamben retoma el concepto de «vida desnuda» de Walter Benjamin para designar el estatuto biopolítico del sujeto después de Auschwitz, cuyo paradigma serían el interno del campo de concentración o el inmigrante ilegal retenido en un centro de permanencia temporal: ser reducido a existencia física, despojado de todo estatuto jurídico o de ciudadanía[33]. Podríamos añadir a esta noción de vida desnuda la de «vida farmacopornográfica», pues lo propio del cuerpo despojado de todo estatuto legal o político en nuestras sociedades postindustriales es servir como fuente de producción de *potentia gaudendi.* En este sentido, lo que caracterizaría a aquellos que según Agamben se ven reducidos a «vida desnuda» tanto en las sociedades democráticas como en los regímenes fascistas es precisamente poder ser objeto de una explotación farmacopornográfica máxima. Por ello no es de extrañar que códigos similares de representación pornográfica dominen las imágenes de los prisioneros de Abu Ghraib o Guantánamo, la representación erotizada de los adolescentes tailandeses y las páginas de *Hot Magazine.* Todos estos cuerpos funcionan ya, y de manera inagotable, como fuentes carnales y numéricas de capital eyaculante. La distinción aristotélica entre *zoe* y *bios,* vida animal desprovista de toda intencionalidad frente a la vida digna, vida dotada de sentido, de autodeterminación y sustrato del gobierno biopolítico, habría que sustituirla hoy por la distinción entre *raw* y *bio-tech,* entre crudo y biotecnoculturalmente producido, siendo esta última la condición de la vida en la era farmacopornista. La realidad biotecnológica desprovista de toda condición cívica (el cuerpo del emigrante, del deportado, del colonizado, de la actriz o del actor porno, de la trabajadora sexual, del animal de laboratorio, etc.) es la del *corpus* (ya no *homo) pornograficus,* cuya vida (condición técnica más que puramente biológica), desprovista de derechos de ciudadanía, autor y trabajo, está expuesta a

[33] Giorgio Agamben, *Homo Sacer: el poder soberano y la nuda vida,* vol. I, Pre-Textos, Valencia, 1998.

y es construida por aparatos de autovigilancia, publicitación y mediatización globales. Y todo ello en nuestras democracias postindustriales no tanto bajo el modelo distópico del campo de concentración o de exterminio, fácilmente denunciable como dispositivo de control, sino formando parte de un *burdel-laboratorio global integrado multimedia,* en el que el control de los flujos y los afectos se lleva a cabo a través de la forma pop de la excitación-frustración.

Excitar y controlar

La transformación progresiva de la cooperación sexual en principal fuerza productiva no podría darse sin el control técnico de la reproducción. De modo que no hay porno sin píldora y sin Viagra. O, inversamente, no hay Viagra ni píldora sin porno. En realidad, el nuevo tipo de producción sexual implica un control detallado y estricto de las fuerzas de reproducción de la especie. No hay pornografía sin una vigilancia y un control farmacopolítico paralelo. A ello se añade la actual industrialización de la reproducción: *in vitro,* inseminación artificial, vigilancia del embarazo, motorización y previsión intencional del parto, etc. Se desmorona así progresivamente la división sexual del trabajo tradicional. El capitalismo farmacopornográfico inaugura una nueva era en la que el mejor negocio es la producción de la especie misma, de su alma y de su cuerpo, de sus deseos y afectos. El biocapitalismo contemporáneo no produce «nada», excepto la propia especie. A pesar de que estamos acostumbrados a hablar de sociedad de consumo, los objetos que consumimos son el confeti sólido de una producción virtual psicotóxica. Consumimos aire, sueños, identidad, relación, alma. Este nuevo capitalismo farmacopornográfico funciona en realidad gracias a la gestión biomediática de la subjetividad, a través de su control molecular y de producción de conexiones virtuales audiovisuales.

La industria farmacéutica y la industria audiovisual del sexo son los dos pilares sobre los que se apoya el capitalismo contemporáneo, los dos tentáculos de un gigantesco y viscoso circuito integrado. Controlar la sexualidad de los cuerpos codificados como mujeres y hacer que se corran los cuerpos codificados como hombres; he aquí el que fue el farmacopornoprograma de la segunda

mitad del siglo XX. La píldora, el Prozac y el Viagra son a la industria farmacéutica lo que la pornografía, con su gramática de mamada, penetración y *cum-shot,* es a la industria cultural: el *jackpot* del biocapitalismo postindustrial.

El cuerpo posmoderno se vuelve al mismo tiempo colectivamente deseable y real gracias a su gestión farmacológica y a su promoción audiovisual. Vivimos en una era tóxico-porno. Dos dominios en los que Estados Unidos detenta, por el momento y quizá no por mucho tiempo, la hegemonía mundial. Estas dos fuerzas de creación de capital no dependen de una economía de la producción, sino de una economía de la invención. Como señala Philippe Pignarre, «la industria farmacéutica es uno de los sectores económicos en los que el coste de la investigación y el desarrollo son muy elevados mientras que los costes de fabricación son extremadamente bajos. A diferencia de la industria del automóvil, no hay nada más fácil que reproducir un medicamento, que asegurar su síntesis química masiva, mientras que no hay nada más difícil y costoso que inventarlo» [34]. Del mismo modo, nada menos costoso que filmar una mamada, una penetración vaginal o anal con una cámara de vídeo. Las drogas, como los orgasmos y los libros, son relativamente fáciles y baratos de fabricar. Lo difícil es su concepción, su distribución y su consumo [35]. El biocapitalismo farmacopornográfico no produce cosas. Produce ideas móviles, órganos vivos, símbolos, deseos, reacciones químicas y estados del alma. En biotecnología y en pornocomunicación no hay objeto que producir, se trata de *inventar* un sujeto y producirlo a escala global.

En el biocapitalismo, una enfermedad adviene al dominio de la realidad como consecuencia de un modelo médico y farmacéutico, como resultado de un soporte técnico e institucional capaz de explicarla discursivamente, de materializarla y tratarla de forma más o menos operativa. Desde un punto de vista farmacopolítico, el tercio de la población africana afectada por el sida *no está realmente enferma.* Los miles de seropositivos que mueren

[34] Philippe Pignarre, *Le grand secret de l'industrie pharmaceutique,* La Découverte, París, 2004, pág. 18.

[35] Maurizio Lazzarato, *Puissance de l'invention, La psychologie économique de Gabriel Tarde contre l'économie politique,* Les Empêcheurs de penser en rond, París, 2002.

cada día en el continente africano son biocuerpos precarios cuya supervivencia no ha sido *todavía* capitalizada por la industria farmacéutica occidental. Para el sistema farmacopornográfico estos cuerpos no están *ni* muertos, *ni* vivos. Existen en un estado pre-farmacopornográfico, o, lo que es lo mismo, sus vidas no son susceptibles de producir beneficio eyaculante. Son simplemente cuerpos excluidos del régimen tecnobiopolítico. Es posible imaginar el surgimiento de una industria farmacéutica oriental o africana que pudiera abastecer de triterapias o terapias retrovirales similares a bajo coste a todos los países de Asia y África. Igualmente, si no hay programas de investigación farmacológica para conseguir una vacuna de la malaria (cinco millones de muertos anuales en el continente africano) es porque los países que la necesitan no podrán pagarla. Mientras tanto, las multinacionales occidentales se embarcan en costosos programas de producción de Viagra o de nuevos tratamientos contra el cáncer de próstata. Fuera de cálculos de rentabilidad farmacopornográfica, ni las disfunciones eréctiles ni el cáncer de próstata resultan prioritarios en países donde la esperanza de vida del cuerpo humano, atacado por la tuberculosis, la malaria y el sida, no pasa de los cincuenta y cinco años[36].

En el capitalismo farmacopornográfico, el deseo sexual y la enfermedad comparten una misma plataforma de producción y cultivo: no existen sin soportes técnicos, farmacéuticos y mediáticos capaces de materializarlos.

[36] Michael Kramen y Christopher M. Snyder, «Why Is There No AIDS Vaccine?», The Center for Global Develpment National Bureau of Economic Research, Universidad de Harvard, junio 2006.

3
TESTOGEL©

Je suis comme toujours dans l'écriture à la fois le savant et le rat qu'il éventre pour l'étude[1].

HERVÉ GUIBERT

Varios meses antes de tu muerte, Del, mi maestro *gender hacker,* me regala una caja de treinta sobres de 50 miligramos de testosterona en gel que guardo durante mucho tiempo en un bote de cristal como si fueran escarabajos disecados, balas envenenadas extraídas de un cadáver, fetos de una especie desconocida, dientes de vampiro que pueden saltarte al cuello con tan solo mirarlos. En esa época paso los días rodeada de amigos trans. Algunos toman hormonas siguiendo un protocolo de cambio de sexo, otros trafican y se administran hormonas sin esperar un cambio de sexo legal y sin pasar por un protocolo psiquiátrico, sin identificarse como «disfóricos de género». Estos últimos se llaman a sí mismos «piratas del género», *gender hackers.* Yo pertenezco a este grupo de usarios de la testosterona. Somos usuarios *copyleft:* es decir, consideramos las hormonas sexuales como biocódigos libres y abiertos cuyo uso no debe estar regulado ni por el Estado ni confiscado por las compañías farmacéuticas. Cuando decido tomar mi primera dosis de testosterona no se lo digo a nadie. Como si se tratara de una droga dura, espero a estar sola en casa para probarlo. Espero a que sea de noche. Saco uno de los paquetes del bote de cristal y vuelvo a cerrarlo para asegurarme de

[1] «Yo soy como siempre en la escritura al mismo tiempo el sabio y la rata a la que destripa para su estudio».

que hoy y por primera vez consumiré una sola y única dosis. Apenas he empezado y ya me comporto como una adicta a una sustancia ilícita. Me escondo, me vigilo, me censuro, me contengo. Al día siguiente, casi a la misma hora de la noche, me administro la segunda dosis de 50 miligramos. El tercer día, la tercera dosis. Durante esos días y noches escribo el texto que acompañará al último libro de fotografías de Del. No hablo con nadie, solo escribo. Como si la escritura pudiera ser el único testigo fiable de ese proceso. Todos los demás van a traicionarme. Sé que van a juzgarme por tomar testosterona, los unos porque me voy a volver un hombre entre los hombres, porque estaba bien cuando era una chica, los otros por tomar testosterona fuera de un protocolo médico, por no querer tomar testosterona para volverme un hombre, por hacer de la testosterona una droga dura como cualquier otra, por darle mala prensa a la testosterona ahora que la legislación comenzaba a integrar a los transexuales, a garantizar que las dosis y las operaciones sean pagadas por la Seguridad Social.

La escritura es el lugar en el que habita mi adicción secreta y, al mismo tiempo, el escenario en el que mi adicción sella un pacto con la multitud. La cuarta noche no duermo. Estoy lúcida, enérgica, despierta, como la primera noche que follé con una chica cuando era una niña. A las cuatro de la mañana sigo escribiendo sin un ápice de cansancio. Sentada frente al ordenador, siento los músculos de la espalda inervados por un cable cibernético que crece desde el suelo de la ciudad y sale por mi cabeza hasta engancharse a los planetas más alejados de la Tierra. A las seis de la mañana, después de haber pasado diez horas sin apenas moverme de la silla, bebiendo solo agua, me levanto y salgo a dar una vuelta por la ciudad con Justine, la perra. Creo que es la primera vez que salgo de mi casa a las seis de la mañana sin tener ningún motivo preciso en un día de otoño. La bulldog está perpleja, no le gusta salir tan pronto, pero me sigue. Necesito respirar el aire de la ciudad, salir del espacio doméstico, caminar por la ciudad como si estuviera andando por el salón de mi casa. Bajo la rue de Belleville hasta el mercado chino, los basureros africanos construyen diques con alfombras de paño para desviar el agua de las alcantarillas. Espero a que abran el Folies, me tomo un café, devoro dos croissants y vuelvo a subir la calle. Llego a casa sudando. Noto por primera vez que mi sudor ha cambiado.

Me tumbo en el sofá, enciendo la tele, *i-tele,* solo noticias, y por primera vez en tres días, me duermo profundamente junto a Justine, inundada en ese sudor testosteronado.

ESTRUCTURA QUÍMICA de la TESTOSTERONA

ChuTe

La testosterona que me administro lleva el nombre farmacológico de Testogel. Ha sido producida por los laboratorios Besins en Montrouge, Francia. Esta es la descripción técnica del fármaco:

> TESTOGEL 50 mg es un gel transparente o ligeramente opalescente e incoloro que se presenta en sobres de 5 g. Contiene testosterona, una hormona masculina que se produce de forma natural en el organismo. Este medicamento es un tratamiento hormonal. Está indicado en los trastornos relacionados con un déficit de testosterona. Antes de iniciar el tratamiento con TESTOGEL, debe demostrarse claramente el déficit de testosterona por signos clínicos (regresión de los caracteres sexuales secundarios, modificación de la constitución corporal, astenia, disminución de la libido, disfunción eréctil, etc.). Este medicamento se

ha prescrito para su uso personal y no debe pasarlo a otras personas.

Advertencia especial: TESTOGEL no debe ser utilizado por las mujeres.

Tenga especial cuidado con TESTOGEL 50 mg, gel en sobres:

Posible transferencia de testosterona.

Si no se toman precauciones, se puede producir una transferencia de testosterona de una a otra persona mediante el contacto cutáneo estrecho y relativamente prolongado con la zona de aplicación del gel. Esta transferencia se puede evitar cubriendo la zona de aplicación con la ropa o duchándose antes del contacto.

Por tanto, se recomienda tomar las siguientes precauciones:

Lavarse las manos con agua y jabón tras la aplicación del gel.

Cubrir la zona de aplicación con ropa una vez que el gel se haya secado.

Ducharse antes de que se produzca un contacto íntimo.

Para las personas no tratadas con TESTOGEL 50 mg:

En caso de contacto con la zona de aplicación no lavada ni cubierta con ropa, lavar inmediatamente con agua y jabón la superficie cutánea sobre la que se ha podido producir una transferencia de testosterona.

Consulte con su médico si aparecen signos como acné o modificación del vello corporal.

Es preferible que se respete un intervalo de al menos seis horas entre la aplicación del gel y la ducha o el baño. Sin embargo, un baño o una ducha ocasional entre una hora y seis horas tras la aplicación del gel no debe influir de manera notable en el desarrollo del tratamiento

Para garantizar la seguridad de la pareja femenina, se aconseja al paciente, por ejemplo, dejar un intervalo prolongado entre la aplicación y el período de contacto, llevar una camiseta que cubra los lugares de aplicación durante el período de contacto o ducharse antes de mantener relaciones sexuales.

Leo este prospecto de Testogel consciente de enfrentarme a un manual de microfascismo y, al mismo tiempo, inquieta por los efectos directos o secundarios de la molécula sobre mi cuerpo. El laboratorio presupone que el usuario de testosterona es un

«hombre» que no produce naturalmente una cantidad suficiente de andrógenos y, por supuesto, que es heterosexual (las advertencias de la transferencia de la testosterona a través de la piel se dirigen a su supuesta pareja femenina). Pero ¿esta noción de hombre hace referencia a una definición cromosómica (XY), genital (que posee pene y testículos bien diferenciados) o legal (que la mención «hombre» figura sobre su carné de identidad)? Si la administración de testosterona sintética está indicada en casos de deficiencia de testosterona, ¿cuándo y bajo qué criterios es posible afirmar que un cuerpo es deficitario? ¿Son mis signos clínicos concluyentes de una falta de testosterona?, ¿acaso no es verdad que mi barba no se ha desarrollado, que mi clítoris no depasa el centímetro y medio? ¿Y cuál sería la talla ideal de un clítoris y su grado de erectibilidad? ¿Y los signos políticos?, ¿cómo medir los signos políticos? En cualquier caso, es necesario dejar de afirmarse como mujer para poder obtener una dosis de testosterona sintética legalmente. Antes de que se manifiesten los efectos de la testosterona en mi cuerpo, la condición de posibilidad para poder administrarse esta molécula es haber renunciado a mi identidad femenina. Excelente tautología política. La masculinidad y la feminidad son como la depresión o la esquizofrenia, ficciones médicas definidas únicamente de forma retroactiva con respecto a la molécula con la que se tratan. La categoría de la depresión no existe sin la molécula sintética de serotonina, del mismo modo, la masculinidad clínica no existe sin la testosterona sintética.

Decido conservar mi identidad jurídica de mujer y tomar testosterona sin entrar en un protocolo de cambio de sexo. Esto es un poco como morderle la polla al régimen farmacopornográfico. Esta posición es, por supuesto, un lujo político. De momento puedo permitírmelo porque no tengo que salir a buscar trabajo, porque vivo en una ciudad de más de ocho millones de habitantes, porque soy blanca, porque no espero ser funcionaria. Mi decisión no entra en conflicto con la posición de todos aquellos transexuales que han decidido firmar un contrato de cambio de sexo con el Estado para acceder simultáneamente a la molécula y a la identidad legal masculina [2]. En realidad, mi gesto carecería

[2] El día 1 de marzo de 2007, el Gobierno español acepta la petición de los grupos transexuales de poder acceder a un cambio de sexo legal (cambio de

de fuerza si no fuera por la armada de transexuales silenciosos para los que la molécula, el protocolo, el cambio de identidad jurídica no son un lujo. Ellos y yo estamos unidos por litros invisibles de gel: sin ellos todo esto carecería de sentido.

> MEDICAMENTO RESERVADO PARA EL VARÓN ADULTO.
>
> La dosis recomendada es de 5 g de gel (es decir, 50 mg de testosterona) aplicado una vez al día, aproximadamente a la misma hora y preferentemente por la mañana. El médico ajustará la dosis diaria en función de cada paciente, sin sobrepasar los 10 g de gel al día. El producto simplemente debe esparcirse con suavidad sobre piel limpia, seca y sana, formando una capa fina sobre ambos hombros, ambos brazos o el abdomen. Tras abrir el sobre, debe extraerse todo su contenido y aplicarse de inmediato sobre la piel. Dejar secar al menos 3-5 minutos antes de vestirse. Lavarse las manos con agua y jabón tras la aplicación. No se debe aplicar sobre la zona genital (pene y testículos) porque el alto contenido de alcohol puede producir irritación local.
>
> SIGA EXACTAMENTE LAS INSTRUCCIONES DE SU MÉDICO PARA APLICARSE.
>
> Si usted usa más TESTOGEL 50 mg, gel en sobres, del que debiera:
>
> Consulte a su médico.

El prospecto no menciona la prescripción en caso de terapia hormonal de cambio de sexo. Indudablemente, en ese caso las dosis serían distintas. La única mención a la posible adicción a la testosterona es esta discreta referencia «consulte a su médico si usted usa más Testogel del que debiera». Enumero en mi cabeza todos mis amigos que consumen más de 20 miligramos al día: H. J., P. P., R. Z., F. U., K. B., B. S., la lista podría ser interminable. No podré decir que no lo sabía.

---

nombre en el documento nacional de identidad) sin tener que pasar por una operación quirúrgica. Sin embargo, esta ley exige la transformación hormonal y social de la persona durante al menos dos años como condición de cambio de sexo (en realidad de nombre o de género sería más correcto como término) legal. En la actualidad esta medida es criticada por diversos movimientos de transexuales y transgéneros en el Estado español.

Si olvidó usar TESTOGEL 50 mg, gel en sobres:

No use una dosis doble para compensar la dosis olvidada.

POSIBLES EFECTOS ADVERSOS CON TESTOGEL 50 mg, gel en sobres:

Al igual que todos los medicamentos, TESTOGEL 50 mg, gel en sobres, puede tener efectos adversos: a veces pueden observarse en la zona de aplicación reacciones cutáneas como irritación, acné y piel seca. TESTOGEL puede provocar dolor de cabeza, caída del cabello, aparición de tensión mamaria con o sin dolor, alteraciones de la próstata, diarrea, vértigo, hipertensión arterial, alteraciones del estado de ánimo, alteraciones de las cifras de laboratorio (aumento del número de glóbulos rojos de la sangre, de los lípidos), hipersensibilidad cutánea y picores. Se han observado otras reacciones adversas durante el tratamiento con testosterona por vía oral o inyectable: hipertrofia prostática (aumento benigno de la glándula prostática) y progresión de un cáncer de próstata subclínico, prurito (picor) en todo el cuerpo, enrojecimiento en cara y cuello, náuseas, ictericia (coloración amarilla de la piel y las mucosas), aumento de la libido (deseo sexual), depresión, nerviosismo, dolor muscular, alteraciones del equilibrio electrolítico (contenido de sales en sangre), oligospermia (disminución del número de espermatozoides) y erecciones frecuentes o prolongadas.

Ciertos signos clínicos como irritabilidad, nerviosismo, aumento de peso, erecciones demasiado frecuentes o persistentes pueden indicar un efecto demasiado potente del producto: comuníqueselo a su médico, que ajustara la dosis diaria de TESTOGEL.

Deportistas y mujeres: Se advierte a los deportistas y a las mujeres que esta especialidad contiene un principio activo (testosterona) susceptible de producir un resultado positivo en un contról de dopaje.

¿Deportistas *y* mujeres? ¿Debo percibir aquí un silogismo oculto según el cual todos los deportistas son hombres, o bien se trata de que las mujeres, aunque practiquen deportes son siempre más mujeres que deportistas? Es ùn modo de trazar una frontera política al consumo de testosterona. En definitiva: advertir a deportistas *y* mujeres de que el uso de testosterona puede ser considerado como administración ilegal de una sustancia es-

timulante. Fuera de la ley. Para las mujeres, deportistas o no, tomar testosterona es una forma de dopaje.

> Guarde este prospecto. Es posible que necesite volver a leerlo.

La lista de efectos paralelos y derivados podría ser larga, pero pongo un límite a la paranoia cultural y guardo el prospecto en la carpeta destinada a este efecto: «T. Investigación». Seguramente necesite volver a leerlo.

El Testogel, dice el prospecto médico, no debe pasarse a nadie al que no se haya prescrito (por ejemplo, como Del me lo ha pasado a mí, como yo se lo he pasado a King E., como King E. se lo ha pasado a V. King, etc.), algo que es habitual en la mayoría de los fármacos antibióticos, antivirales, corticoides, etc. Pero en el caso de la testosterona, el control del «paso de la sustancia» parece más complicado, no solo porque puede haber tráfico y consumo sin prescripción médica, sino también porque la testosterona aplicada a un cuerpo puede «pasar» a otro de forma imperceptible a través de la piel. La testosterona es una de las pocas drogas que se difunde a través del sudor, de piel a piel, de cuerpo a cuerpo.

¿Cómo controlar el tráfico, como vigilar la microdifusión de finísimas gotas de sudor, la exportación y la importación de vapores, el contrabando de exhalaciones, cómo prevenir el contacto entre vahos cristalinos, cómo controlar al diablo transparente que se desliza desde otra piel a mi piel?

Cita con T.

París, 25 de noviembre de 2005. Espero a que sean de nuevo las diez de la noche para aplicarme una nueva dosis de Testogel. Me he dado una ducha para no tener que lavarme después de la aplicación. He preparado una camisa azul de obrero, una corbata y un pantalón negros para salir después a caminar con Justine. No he sentido ningún cambio desde ayer. Esperar a que lleguen los efectos de esta droga sin saber exactamente cuáles serán ni cómo ni cuándo se manifestarán. Paso las dos últimas horas en Skype, hablando con Del, eligiendo las fotografías que serán pu-

blicadas en su nuevo libro. Mis imágenes preferidas son aquellas que han sido tomadas en lugares públicos, como la serie de fotografías de la fiesta SM en el Club Casanova de finales de los ochenta. En un baño con paredes recubiertas de paneles de madera se dan cita tres cuerpos: dos lesbianas vestidas se ocupan de un tercer cuerpo medio desnudo. Con una paleta de cuero negro azotan una espalda entregada que se inclina sobre la puerta de un retrete con la camisa de cuadros enrollada en torno al cuello y un Levis 501 a la altura de las rodillas. En esta serie de fotografías del Club Casanova, el objetivo parece cambiar de interés, aproximarse o alejarse de la piel, de los objetos, buscar o esquivar las miradas, mostrar o encubrir los afectos. Una de las fotografías de esta serie deja de lado la escena principal y toma como centro de atención el suelo: los baldosines dibujan figuras geométricas, como si el Casanova fuera una catedral lésbica y aquellos dibujos secretos laberintos de un Chartres sáfico que indicaran el camino hacia un placer nunca antes experimentado. Luego la cámara vuelve hacia los cuerpos. En segundo plano, una *butch* y una *femme* desnudas buscan entre las camisas colgadas en un ropero improvisado. En primer plano Bill, una encarnación excelsa de la *butch:* pelo corto, rock, estilo años cincuenta, rostro impecablemente blanco, cigarrillo inclinado ligeramente hacia el lado izquierdo, una pequeña medalla al cuello que el grano denso de la fotografía en blanco y negro no deja reconocer en detalle, una cazadora Perfecto negra sobre un torso desnudo, nada debajo, solo un *jockstrap* blanco en el que destaca el bulto de un *packing* y un cinturón negro con tachuelas metálicas del que cuelga un manojo de llaves múltiples y brillantes. A su izquierda, una *butch* menuda apoya su cráneo rapado en un extintor. Hablamos solo de las fotos. Aunque es Del el que me ha regalado los sobres de Testogel, no le digo que cuelgo para aplicarme una dosis. Le digo solamente que tengo que colgar. Me retiene aún unos minutos más, me adula, y llego tarde a mi cita de las diez con T. Un minuto después ya ha sucedido: he abierto el paquete plateado y el gel frío y transparente ya ha desaparecido bajo la piel de mis brazos. Queda solo un frescor de menta que tira de mis hombros hacia el cielo.

No hay ninguna droga tan pura como la testosterona en gel. No tiene olor alguno. Sin embargo, un día después de la administración, mi sudor se hace más ácido y más dulzón. Emana de mí

un olor a muñeco de plástico calentado al sol o de licor de manzana olvidado en el fondo de un vaso. Es mi cuerpo el que reacciona a la molécula. La testosterona no tiene sabor. No tiene color. No deja huella. La molécula de testosterona se disuelve en la piel como un fantasma atraviesa un muro. Entra sin llamar. Penetra sin marcar. No es necesario ni fumarla, ni esnifarla, ni inyectarla, ni tan siquiera tragarla. Basta con acercarla a la piel y así, por simple vecindad con el cuerpo, desaparece para diluirse en mi sangre.

4
HISTORIA DE LA TECNOSEXUALIDAD

Pensando en las transformaciones de la sociedad europea de finales del siglo XVIII, Foucault describe el paso de lo que él llama una «sociedad soberana» a una «sociedad disciplinaria» como el desplazamiento de una forma de poder que decide y ritualiza la muerte a una nueva forma de poder que calcula técnicamente la vida en términos de población, salud e interés nacional. Foucault llama *biopoder* a esta nueva forma de poder productor, difuso y tentacular. El poder desborda así el dominio de lo jurídico, del ámbito punitivo, para volverse una fuerza que penetra y constituye el cuerpo del individuo moderno[1]. Este poder ya no se comporta como una ley coercitiva, como un mandato negativo, sino que, más versátil y acogedor, adquiere la forma de una tecnología política general, metamorfoseándose en arquitecturas disciplinarias (prisión, cuartel, escuela, hospital, etc.), textos científicos, tablas estadísticas, cálculos demográficos, modos de empleo, recomendaciones de uso, calendarios de regulación de vida y proyectos de higiene pública. Foucault había intuido la centralidad del sexo y de la sexualidad en el moderno arte de gobernar la vida: los procesos de histerización del cuerpo femenino, la pedagogía del sexo del niño, la regulación de las conductas de procreación y la psiquiatrización de placeres perversos serán para Foucault los ejes de este proyecto, al que caracteriza, no

[1] Michel Foucault, «Las relaciones de poder penetran en los cuerpos», *Microfísica del poder,* La Piqueta, Madrid, 1992, pág. 156.

sin ironía, como un proceso de modernización de la sexualidad[2].

He denominado *sexopolítica*[3], siguiendo las intuiciones de Michel Foucault, Monique Wittig y Judith Butler, a una de las formas dominantes de esta acción biopolítica que emergen con el capitalismo disciplinario. El *sexo,* su verdad, su visibilidad, sus formas de exteriorización, la *sexualidad,* los modos normales y patológicos del placer, y la *raza,* su pureza o su degeneración, son tres potentes ficciones somáticas que obsesionan al mundo occidental a partir del siglo XIX hasta constituir el horizonte de toda acción teórica, científica y política contemporánea. Son ficciones somáticas no porque no tengan realidad material, sino porque su existencia depende de lo que Judith Butler ha denominado la repetición performativa[4] de procesos de construcción política.

En el interior de las formas de producción y control disciplinarias, la sexopolítica se desmarca como uno de los modos dominantes de la acción biopolítica a finales del siglo XIX. El sexo entra a formar parte de los cálculos del poder, de modo que el discurso sobre la masculinidad y la feminidad y las técnicas de normalización de las identidades sexuales se transforman en agentes de control y modelización de la vida: en 1868 se inventan las identidades sexuales y su clasificación taxonómica y psicopatológica; Krafft-Ebing elabora una enciclopedia de las sexualidades normales y perversas; estas identidades sexuales se vuelven por primera vez objeto de vigilancia y represión jurídica[5]; las leyes de criminalización de la sodomía se extienden en Europa a finales del siglo XIX; se codifica visualmente la «diferencia sexual» como verdad anatómica, se conciben como entidades anatómicas las trompas de Falopio, las glándulas de Bartolino y el clítoris; una de las diferencias políticas constitutivas de Occidente (ser hombre o mujer) se resuelve en una banal ecuación: tener o no tener un

[2] Michel Foucault, *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber,* Siglo XXI, México, 1977.

[3] Beatriz Preciado, «Multitudes Queer», *Multitudes,* núm. 12, París, 2002, págs. 17-25.

[4] Véase la noción de repetición performativa en Judith Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad,* Paidós, México, 2001, págs. 160-176. Véase también Judith Butler, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»,* Paidós, Buenos Aires, 2002.

[5] Richard von Krafft-Ebing, *Psicopatía sexual,* El ateneo, Buenos Aires, 1955.

pene de un centímetro y medio en el momento del nacimiento; se llevan a cabo los primeros experimentos de inseminación artificial en animales; se interviene con la ayuda de instrumentos mecánicos sobre la producción del placer femenino; mientras por una lado se prohíbe y se controla la masturbación, por otro se medicaliza el orgasmo femenino entendido como crisis histérica; se mecaniza y domestica el orgasmo masculino a través de una incipiente codificación pornográfica... La maquinaria está lista, el cuerpo, dócil o rabioso, preparado.

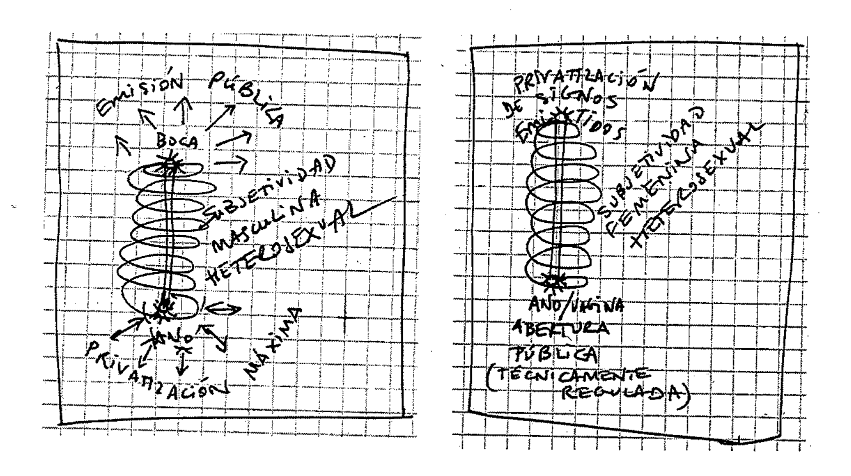
Podríamos denominar «Imperio sexual» (sexualizando la casta expresión de Hardt y Negri[6]) a este sistema de construcción biopolítica que toma como centro somático de invención y control de la subjetividad el «sexo» del individuo moderno. La sexopolítica disciplinaria occidental de finales del siglo XIX y buena parte del XX no puede reducirse a una regulación de las condiciones de reproducción de la vida, ni a los procesos biológicos que «conciernen la población». El cuerpo heterosexual, uno de los artefactos con más éxito gubernamental de la sexopolítica decimonónica, es el producto de una división del trabajo de la carne según la cual cada órgano se define con respecto a su función, tanto reproductora como productora de masculinidad o feminidad, de normalidad o de perversión. Una sexualidad implica una territorialización precisa de la boca, de la vagina, de la mano, del pene, del ano, de la piel. De este modo, el *pensamiento straight* —por retomar la expresión que Monique Wittig elabora en los años ochenta para hablar de la heterosexualidad no como una práctica sexual, sino como un régimen político[7]— asegura la relación estructural entre la producción de la identidad de género y la producción de ciertos órganos (en detrimento de otros) como órganos sexuales y reproductivos. Buena parte de este trabajo disciplinario consistirá en extraer el ano de los circuitos de producción de placer. Deleuze y Guattari: el ano es el primer órgano privatizado, colocado fuera del campo social, aquel que sirvió como modelo de toda posterior privatización, al mismo tiempo que el dinero expresaba el nuevo estado de abstracción de flujos[8]. El

[6] Toni Negri y Michael Hardt, *Imperio,* Paidós, Barcelona, 2000.

[7] Monique Wittig, *El pensamiento heterosexual,* Egales, Madrid, 2006.

[8] Guilles Deleuze y Félix Guattari, *El antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia,* Paidós, Barcelona, 1985, pág. 148.

ano, como centro de producción de placer (en este sentido próximo de la boca o de la mano, órganos que serán también fuertemente controlados por la regulación sexopolítica decimonónica antimasturbación y antihomosexualidad), no tiene género, no es ni masculino ni femenino, produce un cortocircuito en la división sexual, es un centro de pasividad primordial, lugar abyecto por excelencia próximo del detritus y de la mierda, agujero negro universal por el que se cuelan los géneros, los sexos, las identidades, el capital. Occidente dibuja un tubo con dos orificios, una boca emisora de signos públicos y un ano impenetrable, y enrolla en torno a estos una subjetividad masculina y heterosexual que adquiere estatus de cuerpo social privilegiado.



Hasta el siglo XVII, coincidiendo con un régimen soberano de sexualidad, la epistemología sexual está dominada por lo que el historiador Thomas Laqueur llama «un sistema de semejanzas» que permite leer la anatomía sexual femenina como una variación débil, interiorizada y degenerada del único sexo que tiene existencia ontológica: el sexo masculino [9]. Los ovarios son entendidos como testículos interiorizados y la vagina como un pene invertido que sirve de receptáculo, según una metáfora de inseminación

[9] Thomas Laqueur, *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud,* Cátedra, Madrid, 1994.

agrícola, al sexo masculino. El aborto y el infanticidio son prácticas corrientes no reguladas por entidades estatales, sino por los diferentes poderes económico-políticos a los que el cuerpo gestante se encuentra atado en cada caso (tribu, casa feudal, *pater familias,* etc.). Se trata, podríamos decir siguiendo a Laqueur, de un modelo mono-sexual (masculino) del que surgen dos expresiones sociales y políticas jerárquicamente diferenciadas: «el hombre», canon de lo humano, y «la mujer», receptáculo reproductivo. Aquí la asignación del sexo depende no solo de la morfología exterior de los órganos sexuales, sino, y sobre todo, de la capacidad reproductiva y del rol social. Así, por ejemplo, una mujer barbuda que es capaz de gestar y amamantar a su hijo, con independencia de la forma y talla de su vulva y su clítoris, será considerada mujer. De algún modo podríamos pensar en estas configuraciones somatopolíticas como «monosexuales» (siguiendo a Laqueur) o incluso como pre-sexuales, puesto que en ellas el sexo y la sexualidad (pensemos que incluso el término «sexualidad» no será inventado hasta 1880) no parecen constituir determinaciones políticas que superen las asignaciones de esclavo y hombre libre, de ciudadano o meteco, de señor o siervo. No quiere decir que no hubiera diferencias entre masculinidad y feminidad, o entre diferentes modos de producir placer sexual, sino que estos no determinaban aún cristalizaciones de la subjetividad política.

A partir del siglo XVIII, la epistemología visual que rige la sexopolítica moderna, si seguimos el análisis de Laqueur, depende de un «sistema de oposiciones» y ya no de semejanzas. Se dibuja así una nueva anatomía sexual en la que el sexo femenino ya no es una inversión o una interiorización del sexo masculino, sino un sexo enteramente diferente cuyas formas y funciones responden a una lógica propia. Laqueur llega a afirmar que en el despertar de la modernidad y del capitalismo es preciso inventar una estética de la diferencia sexual porque la jerarquía política entre hombres y mujeres comienza a ser cuestionada. De este modo, la nueva verdad anatómica viene a operar aquí como legitimación de la organización política de lo social.

Este régimen sexopolítico se abre con la invención del sujeto sexual a través de la patologización de la masturbación [10]. Esta so-

[10] Thomas Laqueur, *Solitary Sex. A Cultural History of Masturbation,* Zone Books, Nueva York, 2003.

ciedad, que es más la de mis abuelos que la de mis padres, más la de mis padres que mía, será una sociedad dominada por la diferencia sexual y por la producción del invíduo como poseedor de una identidad y de una (y única) verdad sexual. El punto culminante de estas tecnologías rígidas y pesadas de producción de identidad sexual se alcanzará en torno a 1868, momento de la patologización de la homosexualidad y de la normalización burguesa de la heterosexualidad. El producto del cuerpo reproductor pertenece al *pater familias* y por extensión al Estado y a Dios; por tanto, el aborto y el infanticidio postparto, aunque prácticas corrientes, están muy vigilados y son severamente castigados por la ley.

Dentro de este sistema de reconocimiento, la divergencia corporal frente a la norma (talla y forma de los órganos sexuales, vello facial, forma y talla de los senos) es considerada como monstruosidad, violación de las leyes de la naturaleza, o perversión, violación de las leyes morales. Junto con la elevación de la diferencia sexual a categoría no solo natural, sino trascendental (como si estuviera más allá de todo contexto histórico o cultural), aparecen también las diferencias oposicionales entre homosexualidad y heterosexualidad, entre sadismo, masoquismo y pedofilia, entre normalidad y perversión. Aquello que hasta ahora eran simples prácticas sexuales se transforman en identidades y en condiciones políticas que deben ser estudiadas, repertoriadas, perseguidas, castigadas, curadas. Se inventan así el niño masturbador y el monstruo sexual. Cada cuerpo, nos dice Foucault, se vuelve un «individuo que es necesario corregir» [11]. La mujer barbuda, bajo esta nueva mirada epistemosexual, se convierte en objeto de observación científica o de espectáculo circense. Este doble movimiento, vigilancia medicojurídica y espectacularización mediática, exacerbado a través de técnicas informáticas y digitales de visión y difusión de información, será una de las características del régimen farmacopornográfico que comienza su expansión a mediados del siglo XX.

Los dispositivos sexopolíticos disciplinarios que acompañan a esta nueva estética de la diferencia sexual y de las identidades sexuales son técnicas mecánicas, semióticas y arquitectónicas de

[11] Michel Foucault, *Les Anormaux*. Cours au Collège de France, 1974-1975, Gallimard, París, 1999, pág. 53.

naturalización del sexo. Se agrupan aquí atlas de anatomía sexual, tratados de maximización de los recursos naturales en función del crecimiento de la población, textos jurídicos sobre la penalización del travestismo o de la sodomía, esposas que atan la mano de la niña masturbadora a la cama, hierros que separan las piernas de la joven histérica, películas de plata sobre las que se inscriben las imágenes fotográficas del ano dilatado del homosexual pasivo, camisas de fuerza que sujetan el cuerpo indomable de la mujer masculina... [12]. Nos encontramos frente a sistemas duros y externos de producción de la subjetividad. Se trata de ortopedias políticas, de exoesqueletos disciplinarios. Estos dispositivos de producción de la subjetividad sexual toman la forma de arquitecturas exteriores al cuerpo. El modelo de estas técnicas de subjetivación, siguiendo a Foucault, podría ser la arquitectura de la prisión (y en particular el panóptico), del asilo o de la caserna. Si pensamos en dispositivos de subjetivación sexopolítica habría que hablar más bien de la expansión tentacular de la arquitectura doméstica, de la división privado-público, pero también de los dispositivos ginecológicos y la invención de la ortopedia sexual (el corsé, el *speculum,* el vibrador médico) y de nuevas técnicas mediáticas de control y representación (fotografía, cine, pornografía incipiente), del desarrollo de las técnicas psicológicas de introspección y confesión, de la gestión del comercio sexual, paralela al control doméstico heterosexual, a través de los burdeles metropolitanos o de los burdeles coloniales [13].

Si es verdad que hasta aquí el análisis de Foucault (apuntalado por las cuñas documentales de Laqueur), aunque histórica y cronológicamente inexacto, parece críticamente agudo, no es menos cierto que esta perspicacia se hace menos intensa a medida que su análisis se aproxima a la sociedades contemporáneas. Foucault parece pasar por alto un conjunto de transformaciones profundas de las tecnologías de producción de subjetividad que

[12] Véase, por ejemplo, una historia visual de la histeria: Georges Didi-Huberman, *La invención de la histeria,* Cátedra, Madrid, 2007.

[13] Véanse dos ejemplos de crítica de la estructura colonial de la prostitución europea: Christelle Taraud, *La prostitution coloniale, Algérie, Tunisie, Maroc 1830-1962,* Payot, París, 2003, y «Urbanisme, hygienisme et prostitution a Casablanca dans les annees 1920», *French Colonial History,* vol. 7, 2006, págs. 97-100; Louise White, *The Comforts of Home: Prostitution in Colonial Nairobi,* Chicago University Press, Chicago, 1990.

EPISTEMOLOGÍA SEXUAL de OCCIDENTE

— RÉGIMEN SOBERANO —— S.XVIII —— RÉGIMEN DISCIPLINARIO

RÉGIMEN SOBERANO <FOUCAULT>	RÉGIMEN DISCIPLINARIO <FOUCAULT>
	BIO-SEXO-POLÍTICA
	PRODUCCIÓN y CONTROL del SEXO Y DE LA SEXUALIDAD
LÓGICA MONOSEXUAL	SEXO-"GOUVERNEMENTALITÉ"
	"CENSURA PRODUCTIVA"
SISTEMA de SEMEJANZAS <LAQUEUR> →	SISTEMA de DIFERENCIAS <LAQUEUR>
HOMBRE: MODELO DE PERFECCIÓN MASCULINIDAD SEXUAL NATURAL	LÓGICA BI-SEXUAL
SEXO = MASCULINO-EXTERIORIDAD-ACCIÓN [FEMENINO-INTERIORIDAD-PASIVIDAD]	DIMORFISMO SEXUAL RETÓRICA CIENTÍFICO-TÉCNICA de la DIFERENCIA SEXUAL
	→ ORTOPEDIAS SEXOPOLÍTICAS REPRESIÓN de la MASTURBACIÓN
SEXUALIDAD = REPRODUCCIÓN CONTROL SIMBÓLICO – MITOLOGÍAS RELIGIOSAS	→ INVENCIÓN de las IDENTIDADES SEXUALES (c1868)
	HETERO/HOMOSEXUALES = TIPOS VISUALES
	CONTROL SEMIÓTICO-TÉCNICO MITOLOGÍAS CIENTÍFICAS

BIO-SEXO (POLÍTICAMENTE PRODUCIDO COMO: NATURAL, INMUTABLE, TRASCENDENTAL)

REGINEN FARMACOPORNOGRÁFICO

BOMBAS 1945

[DELEUZE ≠ GUATTARI: "SOCIEDAD de CONTROL" <BOURROUGHS>]

ERA NUCLEAR — MEDIO AMBIENTE TÓXICO
CUERPO PRÓTESIS POLÍTICO-TÉCNICA [HARAWAY: CYBORG]

→ TECNOLOGÍAS BLANDAS y MICROPOLÍTICAS DE CONTROL Y PRODUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD

→ LÓGICA POLI-SEXUAL: SISTEMA de SEMEJANZAS y DIFERENCIAS SINTÉTICAS

→ INVENCIÓN de la CATEGORÍA de GENERO <J. MONEY 1947>
NUEVA RETÓRICA CIENTÍFICO-TÉCNICA
DESPLAZAMIENTO de la CATEGORÍA de SEXO
NUEVA DISTINCIÓN: BIO≠TECNO

SINTÉTICO
MALEABLE
PERFORMATIVO <BUTLER>
CÓDIGO CULTURAL

→ SEPARACIÓN TÉCNICA SEXUALIDAD ≠ REPRODUCCIÓN
(ERA POST-SEXUAL) INVENCIÓN de la PÍLDORA

→ NUEVOS CÓDIGOS VISUALES PORNOGRÁFICOS
PRODUCCIÓN, CIRCULACIÓN RÁPIDA de la IMAGEN
NUEVOS SOPORTES DIGITALES

PRODUCCIÓN FARMACOPORNOGRÁFICA de la SUBJETIVIDAD

se suceden a partir de la Segunda Guerra Mundial y que nos obligan a conceptualizar un tercer régimen de subjetivación, un tercer sistema de saber-poder, ni soberano ni disciplinario, ni premoderno ni moderno, un régimen que tome en consideración el impacto de las nuevas tecnologías del cuerpo en la construcción de la subjetividad. Deleuze y Guattari en el Postscriptum de *Mille Plateaux*, inspirándose en Williams S. Burroughs, llaman «sociedad de control» a este «nuevo monstruo» de la organización de lo social que deriva de este control biopolítico[14]. Yo prefiero denominarla, leyendo a Burroughs con Bukowski, sociedad farmacopornográfica: chute y eyaculación políticamente programados. He aquí las dos divisas de este nuevo control sexomicroinformático.

El contexto somatopolítico (de producción tecnopolítica del cuerpo) posterior a la Segunda Guerra Mundial parece estar dominado por un conjunto de nuevas tecnologías del cuerpo (biotecnologías, cirugía, endocrinología, etc.) y de la representación (fotografía, cine, televisión, cibernética, etc.) que infiltran y penetran la vida cotidiana como nunca lo habían hecho antes. Se trata de tecnologías biomoleculares, digitales y de transmisión de información a alta velocidad: es la era de tecnologías blandas, ligeras, viscosas, de tecnologías gelatinosas, inyectables, aspirables, incorporables —la testosterona que yo me administro, por ejemplo, pertenece a este tipo de tecnologías blandas—. Nos encontramos ante lo que podríamos llamar con Zygmunt Bauman, una forma sofisticada de control «líquido»[15].

Si en la sociedad disciplinar las tecnologías de subjetivación controlaban el cuerpo desde el exterior como un aparato ortoarquitectónico externo, en la sociedad farmacopornográfica, las tecnologías entran a formar parte del cuerpo, se diluyen en él, se convierten en cuerpo. Aquí la relación cuerpo-poder se vuelve tautológica: la tecnopolítica toma la forma del cuerpo, se incorpora. Un primer signo de transformación del régimen de somatopoder a mediados del siglo XX será la electrificación, digitalización y molecularización de estos dispositivos de control y

[14] Guilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil Mesetas*, Epílogo, Pre-Textos, Valencia, 1994.

[15] Zygmunt Bauman, *Liquid Modernity*, Polity Press, Cambridge, 2000.

producción de la diferencia sexual y de las identidades sexuales. Poco a poco, los mecanismos ortopédicosexuales y arquitectónicos disciplinarios se ven absorbidos por técnicas microinformáticas, farmacológicas y audiovisuales ligeras y de transmisión rápida. Si en la sociedad disciplinaria, la arquitectura y la ortopedia sirven como modelos para entender la relación cuerpo-poder, en la sociedad farmacopornográfica el modelo de acción sobre el cuerpo es la microprostética: el poder actúa a través de una molécula que viene a formar parte de nuestro sistema inmunitario, de la silicona que toma la forma de senos, de un neurotransmisor que modifica nuestra forma de percibir y actuar, de una hormona y su acción sistémica sobre el hambre, el sueño, la excitación sexual, la agresividad o la descodificación social de nuestra feminidad y masculinidad. Asistiremos así progresivamente a la miniaturización, internalización e introversión (movimiento de torsión hacia el interior, hacia el espacio considerado como íntimo, privado) reflexiva de los dispositivos de vigilancia y de control propios del régimen sexopolítico disciplinario. Lo propio de estas nuevas tecnologías blandas de microcontrol es tomar la forma del cuerpo que controlan, transformarse en cuerpo, hasta volverse inseparables e indistinguibles de él, devenir subjetividad. Aquí el cuerpo ya no habita los lugares disciplinarios, sino que está habitado por ellos, siendo su estructura biomolecular y orgánica el último resorte de estos sistemas de control. Horror y exaltación de la potencia política del cuerpo.

5
EL CUERPO DE V. D. ENTRA A FORMAR PARTE DEL CONTEXTO EXPERIMENTAL

Yo la había visto dos veces antes de tu muerte, aunque nunca contigo. La primera cuando estrenaron *Baise Moi (Fóllame),* la segunda, cinco años después, cinco días antes de tu muerte, el 27 de septiembre de 2005, en el concierto de Lydia Lunch en París, en Le Divan du Monde. Y es mi cuerpo como entidad prostética del poder, como plataforma microexcitable de resistencia, el que se enamora. Sucede de este modo.

Primavera de 2000. Bajo la presión de una asociación de extrema derecha, el Consejo de Estado del Gobierno socialista decide retirar el visado de explotación en cines de la película *Baise Moi.* Una república de censores aterrados de su propia adicción pornográfica y de la posible visibilidad de sus pollas flácidas atacan la película para decir, cabrones de mierda, «no a la pornografía», e impiden su difusión en sala, y la prohíben en todos los cines, y la reducen al DVD; la sacan del ámbito público para encerrarla en el consumo doméstico, para evitar que los niños y las niñas del futuro aprendan que si te la meten sin consentimiento puedes coger una pistola y abrirle al que lo ha hecho un boquete que va desde su ano hasta su cerebro de heterogallito abusivo. En realidad dicen «no» al único feminismo que podría salvarnos, al feminismo que podría desplazarles de sus hegemonías farmacopornocráticas. Voy al MK2 de Odeon, en París, donde un pequeño comité de apoyo, creado por Catherine Breillat, espera a las directoras. En esa época trabajo con varios grupos de

lesbianas rebeldes, de maricas que están hasta el culo del gueto gay y del dólar rosa, de trans que no aguantan los protocolos médicos. Es el principio de las políticas *queer* en Europa, y como todo principio, está acompañado de una euforia alegre e inocente. Durante meses me dedico a tiempo completo a organizar lo que entonces yo creo será una revolución pansexual inminente: la disolución de la identidad sexual en una multiplicidad de deseos, prácticas y estéticas, la invención de nuevas sensibilidades, nuevas formas de vida colectiva..., todo eso me parece entonces posible, real, inevitable. Unos cuantos activistas *queer* nos reunimos en mi casa, rue Jean Pierre Timbaud, y hacemos unos folletos, doscientas fotocopias, no hay pasta para más. La idea es barrer la fuerza pornopolítica de la película para la parroquia *queer*, no porque las dos protagonistas sean lesbianas o alguna banalidad de ese tipo, sino porque se lo cargan todo, porque son dos tías francoárabes que liquidan a una tropa de blancos mientras se follan a todos los chicos guapos que se encuentran. Eso sí, el hecho de que estén las dos superbuenas ayuda a la causa *queer*. Me siento un poco absurda cuando veo a V. D. por primera vez a la salida del cine. Tengo las manos llenas de fotocopias, así que solo puede darle una mientras la felicito. Me impresionan sus brazos de labradora nórdica, sus pasos definitivamente guerrilleros. V. está puesta de alcohol, de coca, de anfetas, supongo; Coralie también, pero se las ve muy seguras del rollo, capaces de cerrarle la boca a cualquier ideólogo de extrema derecha. Son dos perras sin amo ladrando a las masas de intelectuales republicanos que denuncian la violencia sexual de las protagonistas de la película. Nadine y Manu son las heroínas de una posible revolución *queer*, digo yo, pero a ellas esto parece sonarles a chino. Terrorismo de género, de clase y de raza directamente en vena. Eso sí les dice algo. Al verla, entre otra gente que conozco y desconozco, siento inmediatamente que quiero follarla. Follarme a V. D. Ese debe ser un sentimiento común. Me gusta más allá de toda referencia concreta al hecho de que, al parecer, sea heterosexual. O quizá por eso, y por el placer de saber que un día dejará de serlo para convertirse en mi puta. En la puta de las lesbianas y de los trans, en la jefa de los hombres-niña. Pienso que tiene que ver con el título de su libro, con las actrices de la película, con cómo se tiran todo lo que encuentran. No me impresiona ese sentimiento, más bien me avergüenza porque tiene algo de respuesta inconsciente

a un mecanismo publicitario, como si el poder performativo de sus palabras «B-a-i-s-e-M-o-i», atacara directamente a mi polla de plástico, a mi deseo sintético de follármela. No entiendo, sin embargo, por qué me gusta precisamente ELLA. Ni Coralie, con su belleza de gran dama de burdel asiático medio nazi, ni Raffaela, rabiosa y saltarina como un pitbull lésbico, ni tampoco Karen, que se deja acariciar por ese turbión caliente de la multitud como una diosa de arena se deja deshacer poco a poco por las olas de un mar agitado. Todas sus perras me llevan hasta ella. Ellas son su harén, sus amazonas, sus calientes lobas irascibles, sus damas de compañía asesinas, sus guardaespaldas tatuadas, sus putas ilustradas, pero yo la quiero a ella. Ella es la zorra alfa. Ella es para mí. Lo que me extraña es la certeza con la que su presencia me impacta. Pero no hago nada para tirármela, estoy demasiado ocupada con las políticas *queer.* Acabo de publicar el *Manifiesto* en tu colección y pese a su extrañeza editorial, no funciona mal. Me invitan de todos los rincones de Francia, sobre todo las asociaciones gays y lesbianas, viajo a más de veinte ciudades francesas en las que me reciben las presidentas y los presidentes de asociaciones con nombre de club-Med homosexual o transexual, *femme-entre-elles, la-voie-des-femmes,* trans-formation, *lafleurbleu,* ama-zones, *le chemin de Sapho, les violettes...,* voy a hacer presentaciones a las grandes librerías, pero solo el día del orgullo gay. La dosis justa de discriminación positiva. No gano un duro con todos esos viajes; las asociaciones tardan meses en pagar los billetes de tren, más bien acabo siempre por gastar dinero. La ruina. Pero aprendo a pensar en público, aprendo a amar a las masas, a recibir su amor extenso e impersonal. Todavía casi nadie habla de teoría *queer* en Francia. Solamente una socióloga local ha recuperado la interpretación butleriana del género e intenta hacer de ella una pequeña boutique, pero tiene demasiada prisa por blanquearse los dientes y presentar una versión televisiva y *queer* de la parada de los monstruos como para perder el tiempo en los procesos que requieren agenciamiento colectivo. Así que en esos días, estoy demasiado ocupada organizando talleres *drag king,* dando conferencias sobre feminismo americano, sobre la lectura butleriana de Foucault y Derrida, impartiendo seminarios sobre la historia de la sexualidad en la era de la electricidad, como para ocuparme de mi vida sexual.

El problema es que cuando vuelvo a encontrarla han pasado cinco años. Durante ese tiempo, mientras yo me he alejado de las

políticas *queer,* ella se ha embarcado en una empresa heterosexual en quiebra y ha acabado perdiéndolo todo. Después de la ruptura con P. M., después de la muerte de K., V. D. «querría que la quebrara un rayo o la metieran una bala en la nuca, que la mataran como a un animal» [1]. ¿Seré yo capaz de darle lo que busca?

Septiembre de 2005. Cinco días antes de tu muerte. La veo nada más entrar en la sala. Ahora es rubia. Parece mucho más joven que la primera vez, como si en estos años hubiera caminado de regreso a su adolescencia. Está junto al escenario con una cámara. Su mirada llega a mí antes que su cuerpo. El efecto avispero que crea el movimiento de sus fans transforma la sala entera en un remolino que avanza hacia mí. Tengo el pelo largo. He escondido buena parte de mi cabeza en un gorro negro de invierno, como para evitar que mis ideas se dispersen o sean vistas desde el exterior. Estoy abominable, pero masculina, y eso me da seguridad. Nos acercamos para compartir un tímido beso en la mejilla: su olor es intenso, animal. Intercambiamos también algunas palabras. No es posible acceder en mi memoria al detalle de la conversación. Algunos instantes permanecen como un fragmento de cine mudo en mi cerebro. Sé que se pronunciaron las frases: «ahora soy lesbiana» y «quería follar contigo desde la primera vez que te vi».

Nos encontramos en un momento fractal, al borde de una tragedia tecnogriega: ella acaba de empezar a salir con tías, yo acabo de empezar a tomar testosterona. Ella se está volviendo lesbiana y yo me estoy volviendo algo distinto de una chica. A ella le gustan las tetas y a mí las pollas. Pero ella es lo que estoy buscando. Yo soy lo que está buscando. Tiene la polla que busco y tengo las tetas que quiere. Cualquiera de esas líneas de vida podría haber avanzado en otra dirección, pero han venido todas directamente hacia nosotros y se han cruzado exactamente aquí, bajo su piel y la mía.

Nos vemos de nuevo dos días después del concierto de Lydia Lunch. Tú aún estás vivo. No sé entonces que el suelo sobre el

[1] «Aimerait bien se faire foudroyer, ou qu'on lui mette une balle dans la nuque, qu'on l'achève comme un animal», Virginie Despentes, *Bye Bye Blondie,* Grasset, París, 2004, pág. 13.

que nos apoyamos se prepara para girar bruscamente. Vendrán tu muerte, mi adicción a la testosterona, el amor de V. D.

PRIMER CONTRATO SEXUAL

Nuestro primer contrato es explícito: ella es la puta, yo soy el transexual. Me lleva a un hotel de Pigalle. No es ni de día ni de noche. Una tarde translúcida de invierno. Al entrar en la habitación, me paga para que sea su esclavo esa noche, enciende la televisión como para que haya testigos de lo que está a punto de ocurrir. Sin dar tiempo para más, me dice: «Mañana te irás antes de que yo me haya despertado». Deja su bolso sobre la silla, se desnuda. Se echa sobre la cama, estira los brazos, dibuja eses con su cuerpo. La miro sin saber si debo o no quitarme también la ropa. No me quito nada. Me acuesta junto a ella. Es sábado, la Star Academy francesa va a deshacerse hoy de otra de sus víctimas. Ella comenta las oportunidades de los participantes como si estuviera vestida: prefiere al candidato más viejo de todos, con sus gafas de cristales anaranjados, es el más rock, apuesta. Yo observo cada detalle de la habitación. La miro de reojo. Bajo los haces cambiantes de luz de la televisión, veo la forma de las aureolas de sus pechos, una alergia o un eczema sobre el plexo solar, el resto de su piel muy blanca, el pelo del pubis corto y ligeramente rubio. Imagino después mis propias aureolas bajo el jersey, mi pubis completamente afeitado, un corte de hoja de afeitar en la parte derecha, la alquimia de la testosterona en mi sangre, me imagino sin polla y con polla alternativamente, los dos cuerpos se suceden como en un juego de balancín. Pero sé que cuando me desnude ella solamente verá uno de esos cuerpos. Esa reducción de mi cuerpo a imagen fija me asusta. Guardo la ropa unos minutos todavía para disfrutar de la doble posibilidad. Si me quito la ropa ella no sabrá si tengo o no una erección. Para mí esa erección es una evidencia, tanto en el cuerpo sin polla como en el cuerpo con polla.

Pero, de repente, ella se inclina sobre mí, me maneja las piernas, no me toca la pelvis, sube hacia la cintura sin detenerse en el pecho. Saco la lengua. Ella busca esa lengua con su boca. Cuando los labios se acercan hasta tocarse, la lengua se afila como una flecha. Su boca se folla mi lengua subiendo y bajando

rápidamente. Ella ha encontrado mi erección. A veces un mechón de su pelo rubio entra en esa mecánica. Ella lo retira delicadamente con la mano, aprovechando para besarme la punta de la lengua al subir la cabeza. Cambia de ritmo. Cuando mi lengua sale de su boca, sujeta ese músculo haciendo un anillo con su mano. Sus uñas son impecablemente rojas. Sus gestos son precisos, *classe*. Los cuerpos giran juntos, las pelvis se acercan magnéticamente, los sexos al mismo tiempo unidos y separados por el tejido del pantalón, después soy yo el que me follo su boca con la lengua. Una y otra vez hasta que la saliva cae en chorros sobre su pecho. Los cuerpos giran de nuevo y se levantan ligeramente. Sigo con la boca ese circuito de saliva y bajo hasta su sexo. Ella gime como una puta: «Cherie, cheri». Chupo su sexo mientras le digo, tirando de su cabeza hacia atrás: «Mañana me iré cuando yo quiera, zorra». La luz violacea de la televisión inunda la habitación. Digo eso, pero en realidad tengo miedo de ella. Miedo de que ella me eche a la calle en medio de la noche. Miedo de que se levante y se ponga a gritarme. Miedo de que arraque los enchufes de la habitación con las uñas. Entre tanto, ella ha estirado los dos brazos y se agarra al cabezal acolchado de la cama. Está lista para correrse. Me levanto dejándola así, como a un animal descuartizado. Pienso en irme en ese momento para aumentar mi cuota de masculinidad. Pero en lugar de irme, me coloco un arnés con un dildo 22 por 4. Vuelvo sobre ella para follarla. Y lo hago. Así pasa un tiempo indeterminado, ni largo ni corto, hasta que los dos nos corremos, primero yo, luego mi puta. Ella se duerme después. Muevo sus brazos totalmente desarmados. Me levanto y voy al baño a lavar mi dildo. Lo saco del arnés y lo enjabono. La espuma chorrea entre mis manos. Lo aclaro con agua y lo adhiero por la ventosa a los baldosines, dejándolo como un órgano erecto que crece en la pared y sale al encuentro de un posible visitante. Lo guardaré cuando esté totalmente seco. Vuelvo a la habitación. Ella duerme, no ha cambiado de posición, sus párpados se agitan, pero su rostro está inerte. Acaban de expulsar a un adolescente rubio de la Star Academy y la mitad del público grita desconsolada. Me acuesto a su lado. No puedo dormir. Deseo que amanezca para poder irme. Pero inesperadamente me duermo: en sueños sé que yo soy su puta. Cuando me despierto la mañana siguiente ella ya no está. Arranco el dildo de la pared del baño, me visto y abandono el hotel.

Alfa hembras

Hasta aquí no puedo afirmar que mi insurrección de género me haya situado en una posición de víctima. En realidad, mi amor con V. D. es la culminación de una carrera sexual de alto conquistador sin polla que se inicia en mi tierna infancia: desde cuarto del antiguo EGB, salgo únicamente con las chicas más *sex* de la clase y no estoy dispuesto a declinar ese estatus. Con catorce años, mi primera psicoanalista me explica que lo que yo quiero es echarle un pulso a Dios. No entiendo su insistencia en que debo renunciar, para alcanzar la salud mental, a mi deseo de follar únicamente con el *top* de la fémina, con las alfa hembras, con las superputitas, un deseo que ella llama «megalómano». Si considera ese deseo como excesivo es porque no soy un bio-hombre; si no ese deseo llevaría simplemente el título de «auto-estima».

Desde niña poseo una polla fantasmática de obrero. Reacciono a casi cualquier culo que se mueve. Me da lo mismo que sean culos de niña o de mamá, de burguesa o de paisana, de marica, de monja, de lesbiana o de zorra. La respuesta es inmediata en mi sexo cerebral. Todas las chicas, las más guapas, las más heterosexuales, esas que esperan a un príncipe azul naturalmente testosteronado, están en realidad destinadas, aún sin saberlo, a volverse perras penetradas por mis dildos. Hasta los doce años estoy en un colegio no mixto y católico. Un verdadero paraíso lésbico. Las mejores niñas son para mí. Antes de haber tenido la ocasión de cruzar la calle y encontrarse con los niños del colegio de enfrente, ya han metido su lengua dentro de mi boca. Son mías. Y, desde luego, esa gravitación de todo lo femenino hacia mí, no es debida en ningún caso a mi belleza: a los cuatro años me diagnostican una deformación maxilofacial que se acentuará radicalmente durante mi adolescencia hasta llegar a lo grotesco. Me convierto con los años en un monstruo miope de mentón pronunciado, de brazos y piernas largos y dramáticamente delgados. Pero durante buena parte de mi infancia y mi adolescencia, sin duda gracias a algún secreto que yo desconozco, las chicas se sienten atraídas por mí. Dicen que no son lesbianas, se lamentan, lloran después de dejarse tocar las tetas como gatas en celo, me dejan de hablar después de haberse bajado las bragas en mi habitación, me delatan a la profesora después de haberse encerrado conmigo en los baños diciendo que yo les cuento historias sucias.

Pero guardan las cartas que les envío, coleccionan trozos de baldosín con sus nombres escritos en rotulador rosa que yo hago para ellas. Luchan unas contra otras como guerreras poseídas por acaparar mi atención en el patio durante los recreos. Son mías. Están marcadas para siempre con el fuego de la Revolución. Un día, yo tengo diez años, alguien llama a mi casa y le dice a mi madre: «Su hija es un marimacho», y cuelga. Desde entonces mi madre lee todos mis cuadernos, escruta todos mis bolsillos, me hace todos los días la cartera para asegurarse de que no llevo o traigo nada raro. Mi madre se convierte en un detective privado contratado por el régimen heteropatriarcal para desactivar mi incipiente terrorismo de género: vigilancia e inspección doméstica, interrogatorio, prohibición, reclusión, censura..., estos son los sofisticados métodos que el sistema pone a disposición de una simple ama de casa del período español inmediatamente postfranquista para extirpar el deseo masculino que habita mi cuerpo de niña.

Mi madre y yo discutimos a menudo. Ella me pregunta si me drogo, si me acuesto con chicos, si tomo la píldora, si le robo el dinero que guarda en el armario entre las sábanas. Yo respondo «no» a cada pregunta. Insiste. Me dice que las chicas como yo abortan. Que si mi padre se entera me mata. Yo digo que no a cada cosa que me dice. Se inventa un culebrón. Creo que me acusa de ser una furcia para evitar enfrentarse a lo que ya sabe. Me previene que si salgo con chavales de ETA me atará y no me dejará salir más de casa. Me tortura hasta que finalmente se lo digo. Simplemente. Como una confirmación a sus miedos más profundos. Mucho peor que ser una furcia cualquiera, que acostarse con todos, que abortar. Yo también estoy aterrorizada. Pero después de haber resistido a su implacable sistema de vigilancia heterosexual, disfruto de ese momento de verdad. Le digo con una crueldad glacial: me gustan las chicas. E inmediatamente después, sin dejarle espacio para una respuesta: soy lesbiana, tortillera, bollera, marimacho, soy un chico, pero tú no te das cuenta. Y no me quiero vestir con las faldas que tú me compras. No quiero esos zapatos. No quiero esas camisetas con lazos. No quiero esas horquillas. No quiero esos camisones. No quiero llevar el pelo largo. No quiero ponerme sujetador. No quiero hablar como las niñas. Ni quiero tener novio. No quiero casarme. No quiero peinar las muñecas. No quiero ser guapa. No quiero quedarme en

casa por la noche. No quiero que me trates como a una niña. Soy un chico, lo ves —le digo levantándome la camiseta y mostrándole mis pezones erectos en un pecho todavía inexistente—, y merezco el mismo respeto que mi padre.

Esos son, por decirlo siguiendo a Judith Butler, los «abusos del preformativo»[2] que me han constituido: nací durante la dictadura en una pequeña ciudad española dominada por el franquismo católico, me asignaron sexo femenino, hicieron del español mi lengua materna, me educaron para ser una niña modelo, me pagaron colegios caros y clases particulares de latín.

Hoy habito distintas megaciudades occidentales (en general, de entre cuatro y ocho millones de habitantes, teniendo en cuenta las periferias) en las que sobrevivo sexual y políticamente gracias a un tejido micro-comunitario *underground.* Mi vida está hecha de circulaciones entre distintos lugares que son al mismo tiempo centros de producción de discursos dominantes y periferias culturales. Transito entre tres lenguas que ya no considero ni mías ni extranjeras. Incorporo una condición bollo-transgenérica, hecha de múltiples biocódigos, algunos de los cuales son normativos, otros son espacios de resistencia y algunos posibles puntos de invención de subjectividad. En cada caso se trata de medioambientes artificiales, islas sintéticas de subjetivación injertadas en el tejido sexo-urbano dominante.

Veinte años después, cuando vuelvo a la ciudad en la que nací para visitar a mis padres, me encuentro con algunas de las niñas que yo amaba en la infancia. Se han casado, tienen hijos, se tiñen el pelo en colores realmente naturales, llevan abrigos de pieles y luchan activamente contra la relajación de los músculos del cuello. Me saludan con sorpresa aterrada. Me dicen: «No has cambiado». Sigo siendo el niño que iba al colegio de niñas con ellas. Ellas, sin embargo, las más burguesas como las más proletarias, ya han pasado sus mejores años heterosexuales y se aproximan ahora a abordar la cuarentena apoyadas únicamente por la esperanza del rejuvenecimiento técnico. Algunas están contentas de tener hijos, o se justifican por no haberlos tenido, otras parecen indiferentes, algunas siguen enamoradas de sus maridos, o dicen estarlo, otras parecen indiferentes. Pero en algún lugar, en

[2] Judith Butler, *Lenguaje, poder e identidad,* Síntesis, Madrid, 1997, págs. 80-117.

un corte del tiempo siguen siendo mis niñas, mis perras. Todavía están a tiempo de la revolución.

ADICCIÓN

No la veo durante unos días. Ella me escribe diciéndome que no podemos seguir, que no va a ser posible, que después de P. M. no puede entrar de nuevo en una relación así, en la que hay tantos niveles de conexión, en la que todo fluye como el agua. El quinto día sin ella vuelvo a administrarme una dosis de 50 miligramos de testosterona. Esa noche no duermo. Me levanto varias veces para releer sus *e-mails*. Los filtro, los examino, los leo como los monjes medievales leían la Biblia. Gracia en el desciframiento. *Quis potest fallere amantem?* Me siento un par de horas en el sofá, en la oscuridad y entro en un estado próximo a la autohipnosis. Noto que las cuatro últimas dosis de 50 miligramos interactúan por primera vez hasta formar un bloque químico que me coloca. Siento que la piel del interior de mi boca se ha vuelto más espesa. Dentro, siento la lengua como un músculo eréctil. Siento que podría atravesar el cristal de la ventana con el puño. Siento que podría saltar hasta el balcón de enfrente y follar a la vecina si me esperara con las piernas abiertas. Pero esta vez la testosterona, como biosuplemento energético activado en un programa cultural femenino, me lleva a ordenar y limpiar frenéticamente mi apartamento durante toda la noche. Primero, una categorización profunda y eficaz. Casi no hago ruido. Los movimientos son precisos, los ojos, los brazos y las piernas avanzan y retroceden de forma sucesiva, derecha, izquierda, delante, atrás: en mi biblioteca desplazo todos los Foucault que se han amontonado en cyberpolíticas hasta la F, recoloco el Tomatis, dos Elias, dos Bourdieu, el Joe Spencer, un Ragan, tres Haraway, un Virno, una pila de Butler en tres lenguas, dos Davis, el Nina Roberts, pongo los Lemebel en primera línea, la foto Pedro y Paco vestidos de Fridas Kahlo con los corazones heridos unidos por sondas transparentes, tiro la traducción al inglés de Flaubert a la basura, recupero el *Rester Vivant* de Houellebecq que está en la otra habitación para ponerlo sobre mi mesa. Levanto todas las sillas, deplazo el sofá, la cama, el mueble de la televisión y un baúl para barrer y pasar una mopa con jabón antibacteriano. Se trata en

este caso de una operación de desinfección. La perra no me sigue en este delirio testosterónico. No se mueve de la cama ni siquiera cuando la levanto treinta centímetros por encima del suelo para sacar todo lo que hay debajo. En menos de veinticinco minutos he hecho toda la casa. Son las 5:35. Abro todas las ventanas. El aire de la noche entra como un vampiro que me exhala su aliento directamente en los pasillos del neocortex. Y como las otras veces, vuelvo a sentir ese deseo irrefrenable de salir, de sentir la ciudad despertarse bajo mis pies. Y salgo.

Así pasan varios días T.

Y por fin llega su respuesta: «Ven».

Ella me lleva al Terrace Hotel para hacer de mí su puta. Yo estoy completamente colocado de testosterona. Experimento, como un espectador de mi propio cuerpo, la abertura de nuevos centros celulares de recepción de la excitación, de la agresividad, de la fuerza. Pero no se trata de un estado permanente. La debilidad puede atacarme en cualquier momento: puedo volver a sentirme enamorada, frágil, y eso simplemente como una certeza somática, sin necesidad de contarme ninguna historia. Apenas hemos entrado en el hotel, ella se dirige a la recepción, dice su nombre anónimo, abre su bolso Chanel de gran dama, saca su tarjeta de crédito y paga todo por adelantado, incluso dos Coca-Colas y dos Toblerones del minibar que serán próximamente consumidos. No hago un solo gesto que pueda indicar mi deseo de pagar. El contrato es ese. Ella paga y yo la follo. Ella me paga por hacer de ella mi puta.

Subimos a pie hasta el tercer piso. En las escaleras me dice: *Je veux pouvoir te sucer ici, tout de suite.* Abre la puerta de la habitación. Se desnuda sin hablarme. Se tumba en la cama y gime tocándose los pezones. Ven. Ven. Follamos en el Terrace Hotel del piso 18, donde ella y C. T. T. filmaron la escena de *Baise Moi* en la que Karen y Raffaela bailan juntas. Antes, en la playa, el mar en el fondo, el coche sobre la arena, Manu le ha dicho a Nadine: «Propongo que sigamos juntas». Mientras bailan la música repite: *It's to see what I want to see, it's to feel what I want to feel.* Ese placer no se parece a ningún otro, ni siquiera al placer de masturbarse frente a la televisión o al placer de fumar; es el placer de saber que estarán juntas pase lo que pase. Luego salen a robar tarjetas de crédito y se cargan a una tía en un cajero. Vuelven, escogen dos chavales, se los suben a la habita-

ción, la misma en la que V. y yo follamos ahora, y se miran, de una cama a otra, compartiendo el placer de hacerse penetrar al mismo tiempo.

Ese día, en la misma habitación que Karen y Raff, follamos por primera vez a pelo. Su pelvis se pega a mi pelvis, su vulva se engancha a la mía, nuestros sexos se muerden como las bocas de dos perras que se reconocen. Mientras follamos siento que toda mi historia política, que todos mis años de feminismo avanzan directamente hacia el centro de su cuerpo, se derraman sobre ella como encontrando en su piel su verdadera y única playa. Mientras me corro encima, borbotean a mi lado Wittig y Davis, Woolf y Solanas, la Pasionaria y Kate Bornstein. Ella está cubierta de mi feminismo como por una eyaculación fina, como por un océano de purpurina política.

Me despierto después con su mano dentro de mi vagina. Su cuerpo entero emergiendo de mi pelvis es mi polla. Pero las venas de sus brazos tienen mucha más clase que las venas de una bio-polla. Agarro su brazo con las dos manos, lo froto de abajo arriba, como haciéndole una paja contrasexual. Subo después las manos hacia su hombro derecho, a su cuello, le meto dos dedos en la boca. Me chupa los dedos sin sacar su mano de mi cuerpo. El placer resulta de esta organización de potencias, de esta jerarquía de funciones cuya estabilidad es necesariamente precaria. Seguimos así como un animal bicéfalo en equilibrio, hasta que yo me corro en su mano, hasta que mi mano se corre en su boca.

Salimos del hotel. Me duelen los codos de follarla. Follarla es más duro que trabajar en la fábrica, más duro que conducir un camión cargado de nitroglicerina en una película del Oeste. Me arranca la piel cada vez que lo hacemos.

5
EL CUERPO DE V. D. ENTRA A FORMAR PARTE DEL CONTEXTO EXPERIMENTAL

Yo la había visto dos veces antes de tu muerte, aunque nunca contigo. La primera cuando estrenaron *Baise Moi (Fóllame),* la segunda, cinco años después, cinco días antes de tu muerte, el 27 de septiembre de 2005, en el concierto de Lydia Lunch en París, en Le Divan du Monde. Y es mi cuerpo como entidad prostética del poder, como plataforma microexcitable de resistencia, el que se enamora. Sucede de este modo.

Primavera de 2000. Bajo la presión de una asociación de extrema derecha, el Consejo de Estado del Gobierno socialista decide retirar el visado de explotación en cines de la película *Baise Moi.* Una república de censores aterrados de su propia adicción pornográfica y de la posible visibilidad de sus pollas flácidas atacan la película para decir, cabrones de mierda, «no a la pornografía», e impiden su difusión en sala, y la prohíben en todos los cines, y la reducen al DVD; la sacan del ámbito público para encerrarla en el consumo doméstico, para evitar que los niños y las niñas del futuro aprendan que si te la meten sin consentimiento puedes coger una pistola y abrirle al que lo ha hecho un boquete que va desde su ano hasta su cerebro de heterogallito abusivo. En realidad dicen «no» al único feminismo que podría salvarnos, al feminismo que podría desplazarles de sus hegemonías farmacopornocráticas. Voy al MK2 de Odeon, en París, donde un pequeño comité de apoyo, creado por Catherine Breillat, espera a las directoras. En esa época trabajo con varios grupos de

lesbianas rebeldes, de maricas que están hasta el culo del gueto gay y del dólar rosa, de trans que no aguantan los protocolos médicos. Es el principio de las políticas *queer* en Europa, y como todo principio, está acompañado de una euforia alegre e inocente. Durante meses me dedico a tiempo completo a organizar lo que entonces yo creo será una revolución pansexual inminente: la disolución de la identidad sexual en una multiplicidad de deseos, prácticas y estéticas, la invención de nuevas sensibilidades, nuevas formas de vida colectiva..., todo eso me parece entonces posible, real, inevitable. Unos cuantos activistas *queer* nos reunimos en mi casa, rue Jean Pierre Timbaud, y hacemos unos folletos, doscientas fotocopias, no hay pasta para más. La idea es barrer la fuerza pornopolítica de la película para la parroquia *queer*, no porque las dos protagonistas sean lesbianas o alguna banalidad de ese tipo, sino porque se lo cargan todo, porque son dos tías francoárabes que liquidan a una tropa de blancos mientras se follan a todos los chicos guapos que se encuentran. Eso sí, el hecho de que estén las dos superbuenas ayuda a la causa *queer*. Me siento un poco absurda cuando veo a V. D. por primera vez a la salida del cine. Tengo las manos llenas de fotocopias, así que solo puede darle una mientras la felicito. Me impresionan sus brazos de labradora nórdica, sus pasos definitivamente guerrilleros. V. está puesta de alcohol, de coca, de anfetas, supongo; Coralie también, pero se las ve muy seguras del rollo, capaces de cerrarle la boca a cualquier ideólogo de extrema derecha. Son dos perras sin amo ladrando a las masas de intelectuales republicanos que denuncian la violencia sexual de las protagonistas de la película. Nadine y Manu son las heroínas de una posible revolución *queer*, digo yo, pero a ellas esto parece sonarles a chino. Terrorismo de género, de clase y de raza directamente en vena. Eso sí les dice algo. Al verla, entre otra gente que conozco y desconozco, siento inmediatamente que quiero follarla. Follarme a V. D. Ese debe ser un sentimiento común. Me gusta más allá de toda referencia concreta al hecho de que, al parecer, sea heterosexual. O quizá por eso, y por el placer de saber que un día dejará de serlo para convertirse en mi puta. En la puta de las lesbianas y de los trans, en la jefa de los hombres-niña. Pienso que tiene que ver con el título de su libro, con las actrices de la película, con cómo se tiran todo lo que encuentran. No me impresiona ese sentimiento, más bien me avergüenza porque tiene algo de respuesta inconsciente

a un mecanismo publicitario, como si el poder performativo de sus palabras «B-a-i-s-e-M-o-i», atacara directamente a mi polla de plástico, a mi deseo sintético de follármela. No entiendo, sin embargo, por qué me gusta precisamente ELLA. Ni Coralie, con su belleza de gran dama de burdel asiático medio nazi, ni Raffaela, rabiosa y saltarina como un pitbull lésbico, ni tampoco Karen, que se deja acariciar por ese turbión caliente de la multitud como una diosa de arena se deja deshacer poco a poco por las olas de un mar agitado. Todas sus perras me llevan hasta ella. Ellas son su harén, sus amazonas, sus calientes lobas irascibles, sus damas de compañía asesinas, sus guardaespaldas tatuadas, sus putas ilustradas, pero yo la quiero a ella. Ella es la zorra alfa. Ella es para mí. Lo que me extraña es la certeza con la que su presencia me impacta. Pero no hago nada para tirármela, estoy demasiado ocupada con las políticas *queer.* Acabo de publicar el *Manifiesto* en tu colección y pese a su extrañeza editorial, no funciona mal. Me invitan de todos los rincones de Francia, sobre todo las asociaciones gays y lesbianas, viajo a más de veinte ciudades francesas en las que me reciben las presidentas y los presidentes de asociaciones con nombre de club-Med homosexual o transexual, *femme-entre-elles, la-voie-des-femmes,* trans-formation, *lafleurbleu,* ama-zones, *le chemin de Sapho, les violettes...,* voy a hacer presentaciones a las grandes librerías, pero solo el día del orgullo gay. La dosis justa de discriminación positiva. No gano un duro con todos esos viajes; las asociaciones tardan meses en pagar los billetes de tren, más bien acabo siempre por gastar dinero. La ruina. Pero aprendo a pensar en público, aprendo a amar a las masas, a recibir su amor extenso e impersonal. Todavía casi nadie habla de teoría *queer* en Francia. Solamente una socióloga local ha recuperado la interpretación butleriana del género e intenta hacer de ella una pequeña boutique, pero tiene demasiada prisa por blanquearse los dientes y presentar una versión televisiva y *queer* de la parada de los monstruos como para perder el tiempo en los procesos que requieren agenciamiento colectivo. Así que en esos días, estoy demasiado ocupada organizando talleres *drag king,* dando conferencias sobre feminismo americano, sobre la lectura butleriana de Foucault y Derrida, impartiendo seminarios sobre la historia de la sexualidad en la era de la electricidad, como para ocuparme de mi vida sexual.

El problema es que cuando vuelvo a encontrarla han pasado cinco años. Durante ese tiempo, mientras yo me he alejado de las

políticas *queer,* ella se ha embarcado en una empresa heterosexual en quiebra y ha acabado perdiéndolo todo. Después de la ruptura con P. M., después de la muerte de K., V. D. «querría que la quebrara un rayo o la metieran una bala en la nuca, que la mataran como a un animal» [1]. ¿Seré yo capaz de darle lo que busca?

Septiembre de 2005. Cinco días antes de tu muerte. La veo nada más entrar en la sala. Ahora es rubia. Parece mucho más joven que la primera vez, como si en estos años hubiera caminado de regreso a su adolescencia. Está junto al escenario con una cámara. Su mirada llega a mí antes que su cuerpo. El efecto avispero que crea el movimiento de sus fans transforma la sala entera en un remolino que avanza hacia mí. Tengo el pelo largo. He escondido buena parte de mi cabeza en un gorro negro de invierno, como para evitar que mis ideas se dispersen o sean vistas desde el exterior. Estoy abominable, pero masculina, y eso me da seguridad. Nos acercamos para compartir un tímido beso en la mejilla: su olor es intenso, animal. Intercambiamos también algunas palabras. No es posible acceder en mi memoria al detalle de la conversación. Algunos instantes permanecen como un fragmento de cine mudo en mi cerebro. Sé que se pronunciaron las frases: «ahora soy lesbiana» y «quería follar contigo desde la primera vez que te vi».

Nos encontramos en un momento fractal, al borde de una tragedia tecnogriega: ella acaba de empezar a salir con tías, yo acabo de empezar a tomar testosterona. Ella se está volviendo lesbiana y yo me estoy volviendo algo distinto de una chica. A ella le gustan las tetas y a mí las pollas. Pero ella es lo que estoy buscando. Yo soy lo que está buscando. Tiene la polla que busco y tengo las tetas que quiere. Cualquiera de esas líneas de vida podría haber avanzado en otra dirección, pero han venido todas directamente hacia nosotros y se han cruzado exactamente aquí, bajo su piel y la mía.

Nos vemos de nuevo dos días después del concierto de Lydia Lunch. Tú aún estás vivo. No sé entonces que el suelo sobre el

[1] «Aimerait bien se faire foudroyer, ou qu'on lui mette une balle dans la nuque, qu'on l'achève comme un animal», Virginie Despentes, *Bye Bye Blondie,* Grasset, París, 2004, pág. 13.

que nos apoyamos se prepara para girar bruscamente. Vendrán tu muerte, mi adicción a la testosterona, el amor de V. D.

PRIMER CONTRATO SEXUAL

Nuestro primer contrato es explícito: ella es la puta, yo soy el transexual. Me lleva a un hotel de Pigalle. No es ni de día ni de noche. Una tarde translúcida de invierno. Al entrar en la habitación, me paga para que sea su esclavo esa noche, enciende la televisión como para que haya testigos de lo que está a punto de ocurrir. Sin dar tiempo para más, me dice: «Mañana te irás antes de que yo me haya despertado». Deja su bolso sobre la silla, se desnuda. Se echa sobre la cama, estira los brazos, dibuja eses con su cuerpo. La miro sin saber si debo o no quitarme también la ropa. No me quito nada. Me acuesta junto a ella. Es sábado, la Star Academy francesa va a deshacerse hoy de otra de sus víctimas. Ella comenta las oportunidades de los participantes como si estuviera vestida: prefiere al candidato más viejo de todos, con sus gafas de cristales anaranjados, es el más rock, apuesta. Yo observo cada detalle de la habitación. La miro de reojo. Bajo los haces cambiantes de luz de la televisión, veo la forma de las aureolas de sus pechos, una alergia o un eczema sobre el plexo solar, el resto de su piel muy blanca, el pelo del pubis corto y ligeramente rubio. Imagino después mis propias aureolas bajo el jersey, mi pubis completamente afeitado, un corte de hoja de afeitar en la parte derecha, la alquimia de la testosterona en mi sangre, me imagino sin polla y con polla alternativamente, los dos cuerpos se suceden como en un juego de balancín. Pero sé que cuando me desnude ella solamente verá uno de esos cuerpos. Esa reducción de mi cuerpo a imagen fija me asusta. Guardo la ropa unos minutos todavía para disfrutar de la doble posibilidad. Si me quito la ropa ella no sabrá si tengo o no una erección. Para mí esa erección es una evidencia, tanto en el cuerpo sin polla como en el cuerpo con polla.

Pero, de repente, ella se inclina sobre mí, me maneja las piernas, no me toca la pelvis, sube hacia la cintura sin detenerse en el pecho. Saco la lengua. Ella busca esa lengua con su boca. Cuando los labios se acercan hasta tocarse, la lengua se afila como una flecha. Su boca se folla mi lengua subiendo y bajando

rápidamente. Ella ha encontrado mi erección. A veces un mechón de su pelo rubio entra en esa mecánica. Ella lo retira delicadamente con la mano, aprovechando para besarme la punta de la lengua al subir la cabeza. Cambia de ritmo. Cuando mi lengua sale de su boca, sujeta ese músculo haciendo un anillo con su mano. Sus uñas son impecablemente rojas. Sus gestos son precisos, *classe*. Los cuerpos giran juntos, las pelvis se acercan magnéticamente, los sexos al mismo tiempo unidos y separados por el tejido del pantalón, después soy yo el que me follo su boca con la lengua. Una y otra vez hasta que la saliva cae en chorros sobre su pecho. Los cuerpos giran de nuevo y se levantan ligeramente. Sigo con la boca ese circuito de saliva y bajo hasta su sexo. Ella gime como una puta: «Cherie, cheri». Chupo su sexo mientras le digo, tirando de su cabeza hacia atrás: «Mañana me iré cuando yo quiera, zorra». La luz violacea de la televisión inunda la habitación. Digo eso, pero en realidad tengo miedo de ella. Miedo de que ella me eche a la calle en medio de la noche. Miedo de que se levante y se ponga a gritarme. Miedo de que arraque los enchufes de la habitación con las uñas. Entre tanto, ella ha estirado los dos brazos y se agarra al cabezal acolchado de la cama. Está lista para correrse. Me levanto dejándola así, como a un animal descuartizado. Pienso en irme en ese momento para aumentar mi cuota de masculinidad. Pero en lugar de irme, me coloco un arnés con un dildo 22 por 4. Vuelvo sobre ella para follarla. Y lo hago. Así pasa un tiempo indeterminado, ni largo ni corto, hasta que los dos nos corremos, primero yo, luego mi puta. Ella se duerme después. Muevo sus brazos totalmente desarmados. Me levanto y voy al baño a lavar mi dildo. Lo saco del arnés y lo enjabono. La espuma chorrea entre mis manos. Lo aclaro con agua y lo adhiero por la ventosa a los baldosines, dejándolo como un órgano erecto que crece en la pared y sale al encuentro de un posible visitante. Lo guardaré cuando esté totalmente seco. Vuelvo a la habitación. Ella duerme, no ha cambiado de posición, sus párpados se agitan, pero su rostro está inerte. Acaban de expulsar a un adolescente rubio de la Star Academy y la mitad del público grita desconsolada. Me acuesto a su lado. No puedo dormir. Deseo que amanezca para poder irme. Pero inesperadamente me duermo: en sueños sé que yo soy su puta. Cuando me despierto la mañana siguiente ella ya no está. Arranco el dildo de la pared del baño, me visto y abandono el hotel.

Alfa hembras

Hasta aquí no puedo afirmar que mi insurrección de género me haya situado en una posición de víctima. En realidad, mi amor con V. D. es la culminación de una carrera sexual de alto conquistador sin polla que se inicia en mi tierna infancia: desde cuarto del antiguo EGB, salgo únicamente con las chicas más *sex* de la clase y no estoy dispuesto a declinar ese estatus. Con catorce años, mi primera psicoanalista me explica que lo que yo quiero es echarle un pulso a Dios. No entiendo su insistencia en que debo renunciar, para alcanzar la salud mental, a mi deseo de follar únicamente con el *top* de la fémina, con las alfa hembras, con las superputitas, un deseo que ella llama «megalómano». Si considera ese deseo como excesivo es porque no soy un bio-hombre; si no ese deseo llevaría simplemente el título de «auto-estima».

Desde niña poseo una polla fantasmática de obrero. Reacciono a casi cualquier culo que se mueve. Me da lo mismo que sean culos de niña o de mamá, de burguesa o de paisana, de marica, de monja, de lesbiana o de zorra. La respuesta es inmediata en mi sexo cerebral. Todas las chicas, las más guapas, las más heterosexuales, esas que esperan a un príncipe azul naturalmente testosteronado, están en realidad destinadas, aún sin saberlo, a volverse perras penetradas por mis dildos. Hasta los doce años estoy en un colegio no mixto y católico. Un verdadero paraíso lésbico. Las mejores niñas son para mí. Antes de haber tenido la ocasión de cruzar la calle y encontrarse con los niños del colegio de enfrente, ya han metido su lengua dentro de mi boca. Son mías. Y, desde luego, esa gravitación de todo lo femenino hacia mí, no es debida en ningún caso a mi belleza: a los cuatro años me diagnostican una deformación maxilofacial que se acentuará radicalmente durante mi adolescencia hasta llegar a lo grotesco. Me convierto con los años en un monstruo miope de mentón pronunciado, de brazos y piernas largos y dramáticamente delgados. Pero durante buena parte de mi infancia y mi adolescencia, sin duda gracias a algún secreto que yo desconozco, las chicas se sienten atraídas por mí. Dicen que no son lesbianas, se lamentan, lloran después de dejarse tocar las tetas como gatas en celo, me dejan de hablar después de haberse bajado las bragas en mi habitación, me delatan a la profesora después de haberse encerrado conmigo en los baños diciendo que yo les cuento historias sucias.

Pero guardan las cartas que les envío, coleccionan trozos de baldosín con sus nombres escritos en rotulador rosa que yo hago para ellas. Luchan unas contra otras como guerreras poseídas por acaparar mi atención en el patio durante los recreos. Son mías. Están marcadas para siempre con el fuego de la Revolución. Un día, yo tengo diez años, alguien llama a mi casa y le dice a mi madre: «Su hija es un marimacho», y cuelga. Desde entonces mi madre lee todos mis cuadernos, escruta todos mis bolsillos, me hace todos los días la cartera para asegurarse de que no llevo o traigo nada raro. Mi madre se convierte en un detective privado contratado por el régimen heteropatriarcal para desactivar mi incipiente terrorismo de género: vigilancia e inspección doméstica, interrogatorio, prohibición, reclusión, censura..., estos son los sofisticados métodos que el sistema pone a disposición de una simple ama de casa del período español inmediatamente postfranquista para extirpar el deseo masculino que habita mi cuerpo de niña.

Mi madre y yo discutimos a menudo. Ella me pregunta si me drogo, si me acuesto con chicos, si tomo la píldora, si le robo el dinero que guarda en el armario entre las sábanas. Yo respondo «no» a cada pregunta. Insiste. Me dice que las chicas como yo abortan. Que si mi padre se entera me mata. Yo digo que no a cada cosa que me dice. Se inventa un culebrón. Creo que me acusa de ser una furcia para evitar enfrentarse a lo que ya sabe. Me previene que si salgo con chavales de ETA me atará y no me dejará salir más de casa. Me tortura hasta que finalmente se lo digo. Simplemente. Como una confirmación a sus miedos más profundos. Mucho peor que ser una furcia cualquiera, que acostarse con todos, que abortar. Yo también estoy aterrorizada. Pero después de haber resistido a su implacable sistema de vigilancia heterosexual, disfruto de ese momento de verdad. Le digo con una crueldad glacial: me gustan las chicas. E inmediatamente después, sin dejarle espacio para una respuesta: soy lesbiana, tortillera, bollera, marimacho, soy un chico, pero tú no te das cuenta. Y no me quiero vestir con las faldas que tú me compras. No quiero esos zapatos. No quiero esas camisetas con lazos. No quiero esas horquillas. No quiero esos camisones. No quiero llevar el pelo largo. No quiero ponerme sujetador. No quiero hablar como las niñas. Ni quiero tener novio. No quiero casarme. No quiero peinar las muñecas. No quiero ser guapa. No quiero quedarme en

casa por la noche. No quiero que me trates como a una niña. Soy un chico, lo ves —le digo levantándome la camiseta y mostrándole mis pezones erectos en un pecho todavía inexistente—, y merezco el mismo respeto que mi padre.

Esos son, por decirlo siguiendo a Judith Butler, los «abusos del preformativo»[2] que me han constituido: nací durante la dictadura en una pequeña ciudad española dominada por el franquismo católico, me asignaron sexo femenino, hicieron del español mi lengua materna, me educaron para ser una niña modelo, me pagaron colegios caros y clases particulares de latín.

Hoy habito distintas megaciudades occidentales (en general, de entre cuatro y ocho millones de habitantes, teniendo en cuenta las periferias) en las que sobrevivo sexual y políticamente gracias a un tejido micro-comunitario *underground.* Mi vida está hecha de circulaciones entre distintos lugares que son al mismo tiempo centros de producción de discursos dominantes y periferias culturales. Transito entre tres lenguas que ya no considero ni mías ni extranjeras. Incorporo una condición bollo-transgenérica, hecha de múltiples biocódigos, algunos de los cuales son normativos, otros son espacios de resistencia y algunos posibles puntos de invención de subjectividad. En cada caso se trata de medioambientes artificiales, islas sintéticas de subjetivación injertadas en el tejido sexo-urbano dominante.

Veinte años después, cuando vuelvo a la ciudad en la que nací para visitar a mis padres, me encuentro con algunas de las niñas que yo amaba en la infancia. Se han casado, tienen hijos, se tiñen el pelo en colores realmente naturales, llevan abrigos de pieles y luchan activamente contra la relajación de los músculos del cuello. Me saludan con sorpresa aterrada. Me dicen: «No has cambiado». Sigo siendo el niño que iba al colegio de niñas con ellas. Ellas, sin embargo, las más burguesas como las más proletarias, ya han pasado sus mejores años heterosexuales y se aproximan ahora a abordar la cuarentena apoyadas únicamente por la esperanza del rejuvenecimiento técnico. Algunas están contentas de tener hijos, o se justifican por no haberlos tenido, otras parecen indiferentes, algunas siguen enamoradas de sus maridos, o dicen estarlo, otras parecen indiferentes. Pero en algún lugar, en

[2] Judith Butler, *Lenguaje, poder e identidad,* Síntesis, Madrid, 1997, págs. 80-117.

un corte del tiempo siguen siendo mis niñas, mis perras. Todavía están a tiempo de la revolución.

ADICCIÓN

No la veo durante unos días. Ella me escribe diciéndome que no podemos seguir, que no va a ser posible, que después de P. M. no puede entrar de nuevo en una relación así, en la que hay tantos niveles de conexión, en la que todo fluye como el agua. El quinto día sin ella vuelvo a administrarme una dosis de 50 miligramos de testosterona. Esa noche no duermo. Me levanto varias veces para releer sus *e-mails*. Los filtro, los examino, los leo como los monjes medievales leían la Biblia. Gracia en el desciframiento. *Quis potest fallere amantem?* Me siento un par de horas en el sofá, en la oscuridad y entro en un estado próximo a la autohipnosis. Noto que las cuatro últimas dosis de 50 miligramos interactúan por primera vez hasta formar un bloque químico que me coloca. Siento que la piel del interior de mi boca se ha vuelto más espesa. Dentro, siento la lengua como un músculo eréctil. Siento que podría atravesar el cristal de la ventana con el puño. Siento que podría saltar hasta el balcón de enfrente y follar a la vecina si me esperara con las piernas abiertas. Pero esta vez la testosterona, como biosuplemento energético activado en un programa cultural femenino, me lleva a ordenar y limpiar frenéticamente mi apartamento durante toda la noche. Primero, una categorización profunda y eficaz. Casi no hago ruido. Los movimientos son precisos, los ojos, los brazos y las piernas avanzan y retroceden de forma sucesiva, derecha, izquierda, delante, atrás: en mi biblioteca desplazo todos los Foucault que se han amontonado en cyberpolíticas hasta la F, recoloco el Tomatis, dos Elias, dos Bourdieu, el Joe Spencer, un Ragan, tres Haraway, un Virno, una pila de Butler en tres lenguas, dos Davis, el Nina Roberts, pongo los Lemebel en primera línea, la foto Pedro y Paco vestidos de Fridas Kahlo con los corazones heridos unidos por sondas transparentes, tiro la traducción al inglés de Flaubert a la basura, recupero el *Rester Vivant* de Houellebecq que está en la otra habitación para ponerlo sobre mi mesa. Levanto todas las sillas, deplazo el sofá, la cama, el mueble de la televisión y un baúl para barrer y pasar una mopa con jabón antibacteriano. Se trata en

este caso de una operación de desinfección. La perra no me sigue en este delirio testosterónico. No se mueve de la cama ni siquiera cuando la levanto treinta centímetros por encima del suelo para sacar todo lo que hay debajo. En menos de veinticinco minutos he hecho toda la casa. Son las 5:35. Abro todas las ventanas. El aire de la noche entra como un vampiro que me exhala su aliento directamente en los pasillos del neocortex. Y como las otras veces, vuelvo a sentir ese deseo irrefrenable de salir, de sentir la ciudad despertarse bajo mis pies. Y salgo.

Así pasan varios días T.

Y por fin llega su respuesta: «Ven».

Ella me lleva al Terrace Hotel para hacer de mí su puta. Yo estoy completamente colocado de testosterona. Experimento, como un espectador de mi propio cuerpo, la abertura de nuevos centros celulares de recepción de la excitación, de la agresividad, de la fuerza. Pero no se trata de un estado permanente. La debilidad puede atacarme en cualquier momento: puedo volver a sentirme enamorada, frágil, y eso simplemente como una certeza somática, sin necesidad de contarme ninguna historia. Apenas hemos entrado en el hotel, ella se dirige a la recepción, dice su nombre anónimo, abre su bolso Chanel de gran dama, saca su tarjeta de crédito y paga todo por adelantado, incluso dos Coca-Colas y dos Toblerones del minibar que serán próximamente consumidos. No hago un solo gesto que pueda indicar mi deseo de pagar. El contrato es ese. Ella paga y yo la follo. Ella me paga por hacer de ella mi puta.

Subimos a pie hasta el tercer piso. En las escaleras me dice: *Je veux pouvoir te sucer ici, tout de suite.* Abre la puerta de la habitación. Se desnuda sin hablarme. Se tumba en la cama y gime tocándose los pezones. Ven. Ven. Follamos en el Terrace Hotel del piso 18, donde ella y C. T. T. filmaron la escena de *Baise Moi* en la que Karen y Raffaela bailan juntas. Antes, en la playa, el mar en el fondo, el coche sobre la arena, Manu le ha dicho a Nadine: «Propongo que sigamos juntas». Mientras bailan la música repite: *It's to see what I want to see, it's to feel what I want to feel.* Ese placer no se parece a ningún otro, ni siquiera al placer de masturbarse frente a la televisión o al placer de fumar; es el placer de saber que estarán juntas pase lo que pase. Luego salen a robar tarjetas de crédito y se cargan a una tía en un cajero. Vuelven, escogen dos chavales, se los suben a la habita-

ción, la misma en la que V. y yo follamos ahora, y se miran, de una cama a otra, compartiendo el placer de hacerse penetrar al mismo tiempo.

Ese día, en la misma habitación que Karen y Raff, follamos por primera vez a pelo. Su pelvis se pega a mi pelvis, su vulva se engancha a la mía, nuestros sexos se muerden como las bocas de dos perras que se reconocen. Mientras follamos siento que toda mi historia política, que todos mis años de feminismo avanzan directamente hacia el centro de su cuerpo, se derraman sobre ella como encontrando en su piel su verdadera y única playa. Mientras me corro encima, borbotean a mi lado Wittig y Davis, Woolf y Solanas, la Pasionaria y Kate Bornstein. Ella está cubierta de mi feminismo como por una eyaculación fina, como por un océano de purpurina política.

Me despierto después con su mano dentro de mi vagina. Su cuerpo entero emergiendo de mi pelvis es mi polla. Pero las venas de sus brazos tienen mucha más clase que las venas de una bio-polla. Agarro su brazo con las dos manos, lo froto de abajo arriba, como haciéndole una paja contrasexual. Subo después las manos hacia su hombro derecho, a su cuello, le meto dos dedos en la boca. Me chupa los dedos sin sacar su mano de mi cuerpo. El placer resulta de esta organización de potencias, de esta jerarquía de funciones cuya estabilidad es necesariamente precaria. Seguimos así como un animal bicéfalo en equilibrio, hasta que yo me corro en su mano, hasta que mi mano se corre en su boca.

Salimos del hotel. Me duelen los codos de follarla. Follarla es más duro que trabajar en la fábrica, más duro que conducir un camión cargado de nitroglicerina en una película del Oeste. Me arranca la piel cada vez que lo hacemos.

6
TECNOGÉNERO

La invención de la categoría de «género» *(gender)* constituye el índice de emergencia del nuevo régimen farmacopornográfico de la sexualidad. Lejos de ser la creación de la agenda feminista de los años sesenta, la categoría de género pertenece al discurso biotecnológico de finales de los años cuarenta. El género, la masculinidad y la feminidad son inventos de la Segunda Guerra Mundial que conocerán su plena expansión comercial durante la guerra fría como la comida enlatada, el ordenador, las sillas de plástico, la energía nuclear, la televisión, la tarjeta de crédito, el bolígrafo desechable, el código de barras, la cama hinchable o el satélite artificial. Digámoslo cuanto antes: este nuevo modelo no se caracteriza simplemente por la transformación del sexo en objeto de gestión política de la vida, sino, y sobre todo, por el hecho de que esta gestión se opera a través de las nuevas dinámicas del tecno-capitalismo avanzado.

A la rigidez del sexo del siglo XIX, John Money, el psicólogo infantil encargado del tratamiento de los bebés intersexuales, va a oponer la plasticidad tecnológica del género. Utiliza por primera vez la noción de *gender* en 1947 y la desarrolla clínicamente más tarde con Anke Ehrhardt y Joan y John Hampson para hablar de la posibilidad de modificar hormonal y quirúrgicamente el sexo de los bebés nacidos con órganos genitales y/o cromosomas que la medicina, con sus criterios visuales y discursivos, no puede clasificar solo como femeninos o masculinos [1]. Cuando

[1] Money, Hampson y Hampson, *op. cit.*, 1957, págs. 333-336.

Money utiliza la noción de «género» para nombrar el «sexo psicológico», piensa sobre todo en la posibilidad de utilizar la tecnología para modificar el cuerpo según un ideal regulador preexistente que prescribe cómo debe ser un cuerpo humano femenino o masculino[2]. Si en el sistema disciplinario decimonónico, el sexo era natural, definitivo, intransferible y trascendental; el género aparece ahora como sintético, maleable, variable, susceptible de ser transferido, imitado, producido y reproducido técnicamente.

Es curioso que cuando el feminismo de los años setenta retoma la noción de género para hacer de ella un instrumento de análisis crítico de la opresión de las mujeres, esta dimensión de producción técnica se perderá en beneficio de un constructivismo cultural *light*. El género aparecerá de forma progresiva, en los textos iniciáticos de Margaret Mead, Mary MacIntosh o Ann Oakley, como la «construcción social y cultural de la diferencia sexual»[3], generando dos escollos residuales cuyos desastrosos efectos siguen presentes en las actuales «políticas de género» de carácter estatal o europeo: el sexo, entendido biológicamente no está sujeto a construcción cultural, mientras que el género enuncia, especialmente, la diferencia social, cultural y política de las mujeres en una sociedad y un momento histórico determinado. No es extraño que sea este el contexto que lleve al feminismo al callejón sin salida de los debates esencialismo/constructivismo, donde se afianzarán políticas estatales capaces de recuperar la retórica feminista como parte de un programa más amplio de control social.

Teresa de Lauretis es, junto con Judith Butler y Denise Riley, una de las primeras teóricas que a partir de los años ochenta van a examinar el marco epistemológico que opera en los discursos feministas. Es posible hablar de «teoría» feminista, nos advierte De Lauretis, solo cuando esta interroga sus propios fundamentos e interpretaciones críticas, sus términos, sus prácticas lingüísticas

---

[2] Joanne Meyerowitz, *How Sex Changed. A History of Transexuality in the United States,* Harvard University Press, Cambridge, 2002, págs. 98-129.

[3] Uno de los primeros textos en los que esta diferencia aparece tematizada claramente es: Ann Oakley, *Sex, Gender and Society,* Temple Smith, Londres, 1972. Véase también Christine Delphy, «Penser le genre: problèmes et résistances», *L'Ennemi Principal,* Nouvelles Questions Féministes, París, 2001.

y de producción de visibilidad. De Lauretis se pregunta cuál es el sujeto político que el feminismo como discurso y práctica de representación produce. La conclusión, lejos de toda autocomplacencia, es extremadamente crítica: el feminismo funciona o puede funcionar como un instrumento de normalización y de control político si reduce su sujeto a «las mujeres». Bajo la aparente neutralidad y universalidad del término «mujer» se ocultan una multiplicidad de vectores de producción de subjetividad: en términos de raza, de clase, de sexualidad, de edad, de diferencia corporal, geopolítica, etc. Dicho en términos lauretianos, el sujeto del feminismo es inevitablemente *excéntrico,* no coincide con «las mujeres», sino que se presenta como una fuerza de desplazamiento, como una práctica de transformación de la subjetividad[4].

La máquina cinematográfica y sus modos específicos de registro, proyección, montaje, significación y descoficación servirán a De Lauretis como modelo para pensar la producción de la subjetividad sexual y de género. El sistema farmacopornográfico, podríamos decir siguiendo a De Lauretis, funciona como una máquina de representación somática, donde texto, imagen y corporalidad fluyen en el interior de un circuito cibernético. El género, en esta interpretación semiótico-política de De Lauretis, es el efecto de un sistema de significación, de modos de producción y de descodificación de signos visuales y textuales políticamente regulados. El sujeto es al mismo tiempo un productor y un intérprete de signos, siempre implicado en un proceso corporal de significación, representación y autorepresentación. «El género no es —escribe De Lauretis llevando la crítica del poder disciplinario de Foucault y la semiótica cinematográfica de Metz hasta el feminismo— un simple derivado del sexo anatómico o biológico, sino una construcción sociocultural, una representación, o mejor aún, el efecto del cruce de las representaciones discursivas y visuales que emanan de los diferentes dispositivos institucionales: la familia, la religión, el sistema educativo, los medios de comunicación, la medicina o la legislación; pero también de fuentes menos evidentes, como el lenguaje, el arte, la literatura, el cine y la teoría».

[4] Teresa de Lauretis, «Eccentric Subjects: Feminist Theory and Historical Consciousness», *Feminist Studies,* 16, 1990, págs. 115-150.

Por ello prefiere el término «género» al término «mujeres» y el término «tecnología» al de «opresión». Allí donde el feminismo de los setenta veía opresión de mujeres, verá De Lauretis, exorcizando el fantasma de la mujer-víctima y del hombre-opresor, el funcionamiento de un conjunto de tecnologías de género que si bien operan de modo heterogéneo sobre los hombres y las mujeres, producen no solo diferencias de género (hombre/mujer), sino también diferencias sexuales (homo/hétero, perverso, sado/maso...), raciales, de clase, corporalidad, edad, etc.

De Lauretis propone como campo posible de trabajo para el feminismo el análisis de las diferentes «tecnologías de género» que operan socialmente produciendo (siempre de forma precaria e inestable) sujetos de enunciación y de acción. La investigación de estas tecnologías del género no pueden en ningún caso reducirse a un estudio estadístico o sociológico de la situación de las mujeres en los distintos ámbitos de la producción de discurso, representación o corporalidad[5]. No se trata tampoco de que el género sea una diferencia cultural (a veces técnica; otras meramente ritual o performativa) que venga a modificar una base (el sexo) biológicamente dada. Es la subjetividad en su conjunto la que se produce en los circuitos tecno-orgánicos codificados en términos de género, de sexo, de raza, de sexualidad a través de los que circula el capital farmacopornográfico.

El género, como la píldora y el *oncomouse,* no emergen en el discurso político del feminismo, sino en los laboratorios del farmacopornismo. Dicho de otro modo, el negocio del farmacopornismo son las tecnologías del género, del sexo, de la sexualidad y de la raza. Tecnologías de producción de ficciones somáticas. Mientras Money trafica el género de los bebés hasta restituir sus tiernos cuerpos en sexo masculino o sexo femenino, el doctor Harry Benjamin administra estrógenos y testosterona a un nuevo tipo de paciente de la medicina estatal, un paciente adulto que dice no identificarse con el género que le fue asignado en el momento del nacimiento[6]. Surge así, en medio de la guerra fría, una

[5] Teresa de Lauretis, *Tecnologies of Gender, Essays on Theory, Film and Fiction,* Indiana University Press, Bloomington, 1987.

[6] Curiosamente, los criterios de asignación de género y los criterios de reasignación en caso de transexualidad ponen en marcha dos modelos metafísicos del cuerpo casi irreconciliables. Por una parte, los criterios de asignación de

nueva distinción ontológico-sexual entre los hombres y mujeres «bio», aquellos que conservan el género que les fue asignado en el momento del nacimiento, y los hombres y las mujeres «trans» o «tecno», aquellos que apelarán a las tecnologías hormonales, quirúrgicas y/o legales para modificar esa asignación. Esta distinción entre bio-hombre/bio-mujer y trans-hombre/trans-mujer aparece en realidad a finales del siglo XX en las comunidades transexuales de Estados Unidos e Inglaterra, más sexotecnificadas y más organizadas políticamente que en otros países de Europa o de Oriente, para denominar respectivamente a aquellas personas que se identifican con el sexo que les ha sido asignado en el nacimiento (bio) y aquellos que contestan esa asignación y desean modificarla con la ayuda de procedimientos técnicos, prostéticos, performativos y/o legales (trans). Utilizaré a partir de aquí esta nomenclatura sabiendo que ambos estatutos de género (bio y trans) son técnicamente producidos. Ambos dependen de métodos de reconocimiento visual, de producción performativa y

sexo masculino o femenino que permiten decidir si un cuerpo es «femenino» o «masculino» en el momento del nacimiento (o *in uterus,* a través de la ecografía o la videoecografía) dependen de un modelo de reconocimiento visual que se pretende empírico, y donde los significantes (cromosomas, talla de los genitales, etc.) se presentan como verdades científicas. Aquí, hacer visible un cuerpo implica asignarlo unívoca y definitivamente como masculino *o* femenino. Estamos aquí frente a una ontología escópica: lo real es lo visible. Sin embargo, la idea según la cual existe un verdadero «sexo psicológico» distinto de aquel que ha sido asignado en el nacimiento, el sentimiento interior de ser un «hombre» o una «mujer» pertenece a un modelo de lo radicalmente invisible, no representable, a un modelo que se asemeja al del inconsciente freudiano, es decir, a una ontología inmaterial: lo real no se ofrece a los sentidos, es por definición aquello que escapa a la descodificación sensible. Si estos dos modelos pueden funcionar juntos es gracias a un bioplatonicismo común que les sujeta, como tirando de ellos desde arriba. Habría que imaginar los ideales biopolíticos de la masculinidad y la feminidad como esencias transcendentales elevadas desde las que cuelgan, en suspensión, estéticas de género, códigos normativos de reconocimiento visual, invisibles convicciones psicológicas que conducen al sujeto a afirmarse como masculino o femenino, como hombre o mujer, como heterosexual u homosexual, como bio- o trans-. Ni los criterios visuales que rigen la asignación de sexo en el nacimiento, ni los criterios psicológicos que hacen que alguien se considere «interiormente» como hombre o mujer tienen realidad material. Ambos son ideales reguladores, ficciones políticas que encuentran en la biosubjetividad individual su soporte somático. Esta oposición es discutida por Judith Butler en *Deshacer el género, op. cit.,* págs. 89-112.

de control morfológico comunes. La diferencia entre uno y otro depende de la resistencia a la norma, de la conciencia de los procesos técnicos (farmacopornográficos) de la producción de la masculinidad y la feminidad, y del reconocimiento social en el espacio público. No hay aquí un juicio de valor implícito: el género trans no es mejor ni más político que el género bio. Hay transexuales, por ejemplo, que afirman haber nacido «encerrados en el cuerpo del sexo contrario» y que creen que los dispositivos técnicos puestos a su servicio por la medicina contemporánea no son sino formas de desvelar su *aténtico* y *verdadero* sexo. Otros transexuales afirman su condición *gender queer,* de desviados de género, y rechazan las asignaciones hombre y mujer como imposiciones normativas. Por el momento, la diferencia (política más que somática) entre personas biogénero y personas transgénero parece abismal y dramática, pero se volverá obsoleta durante los siglos venideros.

Judith Butler ha definido agudamente el género como un sistema de reglas, convenciones, normas sociales y prácticas institucionales que producen *performativamente* el sujeto que pretenden describir. A través de una lectura cruzada de Austin, Derrida y Foucault, Butler ha identificado el género no como una esencia o una verdad psicológica, sino como una práctica discursiva y corporal performativa a través de la cual el sujeto adquiere inteligibilidad social y reconocimiento político. Me interesa investigar aquí la dimensión semiótico-técnica de esa producción performativa. Así, la noción de *gender* inventada por Money es, ante todo, un instrumento de racionalización del ser vivo donde el cuerpo es tan solo uno de los parámetros. *Género* es una noción necesaria para la aparición y el desarrollo de una serie de técnicas farmacopornográficas de normalización y transformación del ser vivo —como la fotografía de los «desviados», la identificación celular, el análisis y la terapia hormonales, la lectura cromosómica o la cirugía transexual e intersexual—. Sería por ello más correcto, en términos ontopolíticos, hablar de «tecnogénero» si queremos dar cuenta del conjunto de técnicas fotográficas, biotecnológicas, quirúrgicas, farmacológicas, cinematográficas o cibernéticas que constituyen performativamente la materialidad de los sexos.

Así, por ejemplo, antes de la aparición y el perfeccionamiento de las técnicas hormonales y quirúrgicas en torno a 1950, la invención de la fotografía a finales del siglo XIX será crucial para la

producción del nuevo sujeto sexual y de su verdad visual. Si bien es cierto que este proceso de producción de la diferencia sexual a través de técnicas de representación del cuerpo había ya comenzado en el siglo XVII con el dibujo anatómico y pornográfico [7], la fotografía dará por primera vez un valor de realismo visual a esta producción técnica del cuerpo. Tomemos, por ejemplo, una de las imágenes habituales de la representación de los llamados hermafroditas y de los invertidos de esta época realizada por Nadar en 1860: un cuerpo denominado «X» en las historias médicas aparece acostado, las piernas abiertas, cubierto tan solo de una combinación blanca que ha sido levantada hasta el pecho, dejando al descubierto su pelvis. Los órganos sexuales son expuestos a la mirada fotográfica por una mano externa. La imagen da cuenta de su propio proceso de producción discursiva. Comparte los códigos de la representación pornográfica que aparecen en esta misma época: la mano del médico al mismo tiempo oculta y muestra los órganos sexuales estableciendo así una relación de poder entre el sujeto y el objeto de la representación. El rostro y, sobre todo, los ojos del paciente han sido borrados; el paciente no puede ser agente de su propia representación. La verdad del sexo toma aquí el carácter de una revelación visual, proceso en el que la fotografía participa como un catalizador ontológico que explicita una realidad que no podría manifestarse de otro modo.

Un siglo después, en 1980, la antropóloga Susan Kessler denunciará los códigos estéticos (por ejemplo, talla y forma del pene o el clítoris) que dominan los protocolos médicos de asignación del sexo de los bebés en el momento del nacimiento en nuestra sociedad. Si estos códigos visuales no parecen haberse modificado excesivamente desde finales del siglo XIX, las actuales posibilidades técnicas de modificación del cuerpo introducen diferencias sustanciales en el proceso de asignación y producción de la feminidad y la masculinidad en la era farmacopornográfica: el proceso de normalización (asignación, reasignación), que antes solo podía llevarse a cabo a través de la representación discursiva o fotográfica, se inscribe ahora en la estructura misma del ser vivo a través de técnicas quirúrgicas y endicronológicas. Así, por ejemplo, si un bebé nace con un pene que, de acuerdo a estos

[7] Thomas Laqueur, *op. cit.*, 1994, págs. 154-163.

criterios somatopolíticos visuales, aparece como excesivamente pequeño, el llamado «micropene» será amputado, los genitales reconstruidos en forma de vagina y se le aplicará una terapia de sustitución hormonal a base de estrógenos y progesterona para asegurar que su desarrollo «sexual» exterior sea identificable como femenino [8]. Lejos de la rigidez y de la exterioridad de las técnicas de normalización del cuerpo desplegadas por los sistemas disciplinarios de finales del siglo XIX y principios del XX, las nuevas técnicas de género del bio-capitalismo farmacopornográfico son flexibles, internas y asimilables. El género del siglo XXI funciona como un dispositivo abstracto de subjetivación técnica: se pega, se corta, se desplaza, se cita, se imita, se traga, se inyecta, se injerta, se digitaliza, se copia, se diseña, se compra, se vende, se modifica, se hipoteca, se transfiere, se *download,* se aplica, se transcribe, se falsifica, se ejecuta, se certifica, se permuta, se dosifica, se suministra, se extrae, se contrae, se sustrae, se niega, se reniega, se traiciona, muta.

El régimen farmacopornográfico de la sexualidad no puede funcionar sin la circulación de una enorme cantidad de flujos semioticotécnicos: flujos de hormonas, flujos de silicona, flujos digitales, textuales y de la representación..., en definitiva, sin un tráfico constante de biocódigos de género. En esta economía política del sexo, la normalización de la diferencia depende del control, de la reapropiación y del uso de esos flujos de género.

La cartografía sexual de Occidente a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, con su perenne división sexual y su clasificación de sexualidades normales y desviadas, depende de la gestión legal y mercantil de las moléculas que dominan la producción de los fenotipos (singos externos) que culturalmente reconocemos como femeninos y masculinos, normales o desviantes, sexuales o neutros (por ejemplo, el vello facial, la talla y forma de los genitales, el tono de la voz, etc.), de la gestión técnopolítica de la reproducción de la especie, del control farmacológico de nuestros sistemas inmunitarios y de su resistencia a la agresión, la enfermedad y la muerte. La misma «mujer barbuda» que en el

[8] Susan Kessler, «The Medical Construction of Gender: Case Management of Intersex Infants», *Signs: Journal of Women in Culture and Society,* 16, I, 1990; y Susan Kessler y Wendy McKenna, *Gender: An Ethnomethodological Approach,* John Wiley, Nueva York, 1990.

sistema sexodisciplinario decimonónico había sido considerada como una anomalía monstruosa, cuyo cuerpo se había hecho visible dentro de los cánones espectaculares del circo y de los *freak shows*, se convierte, en el sistema farmacopornográfico, en un caso clínico de «hirsutismo» y, por tanto, en potencial usuaria del sistema de sanidad y en consumidora de moléculas de fabricación técnica destinadas a la normalización hormonal (androcura para neutralizar su producción de testosterona). Feminidad-vello-invisibilidad-visibilidad-circo-hirsutismo-androcura-cosmética-invisibilidad-feminidad. Su cuerpo circula así por distintos espacios: si su lugar era antes el circo o la oscuridad, hoy es la clínica estética, con sus técnicas cosméticas de depilación y de regulación del crecimiento del vello facial.

El género (feminidad/masculinidad) no es ni un concepto, ni una ideología, ni una *performance:* se trata de una ecología política. La certeza de ser hombre o mujer es una ficción somaticopolítica producida por un conjunto de tecnologías de domesticación del cuerpo, por un conjunto de técnicas farmacológicas y audiovisuales que fijan y delimitan nuestras potencialidades somáticas funcionando como filtros que producen distorsiones permanentes de la realidad que nos rodea. El género funciona como un programa operativo a través del cual se producen percepciones sensoriales que toman la forma de afectos, deseos, acciones, creencias, identidades. Uno de los resultados característicos de esta tecnología de género es la producción de un saber interior sobre sí mismo, de un sentido del yo sexual que aparece como una realidad emocional evidente a la conciencia: «soy hombre», «soy mujer», «soy heterosexual», «soy homosexual» son algunas de las formulaciones que condensan saberes específicos sobre uno mismo, actuando como núcleos biopolíticos y simbólicos duros en torno a los cuales es posible aglutinar todo un conjunto de prácticas y discursos. La testosterona corresponde, junto con la oxitocina, la serotonina, la codeína, la cortisona, el estrógeno, el Omeoprazol, etc., al conjunto de moléculas disponibles hoy para fabricar la subjetividad y sus afectos.

Estamos equipados tecnobiopolíticamente para follar, reproducirnos o controlar técnicamente la posibilidad de la reproducción. Vivimos bajo el control de tecnologías moleculares, de camisas de fuerza hormonales destinadas a mantener las estructuras de poder de género: las chicas blancas hiperestrogenadas lloran-

do por los chicos que las follan y las dejan tiradas, las chicas no-blancas amenazadas sistemáticamente de violación o de violencia, los chicos blancos controlando sus asquerosas pulsiones sexuales, los chicos no-blancos perseguidos por el poder estatal que criminaliza y castiga sus asquerosas y violentas pulsiones sexuales. Y el Estado sacando placer de la producción y del control de nuestra repugnante subjetividad. De nuevo, chute y eyaculación. Violencia de género = violencia del sistema de género.

El objetivo de estas tecnologías farmacopornográficas es la producción de una prótesis política viva: un cuerpo suficientemente dócil como para poner su *potentia gaudendi*, su capacidad total y abstracta de crear placer, al servicio de la producción de capital. Fuera de estas ecologías somaticopolíticas que regulan el género y la sexualidad, no hay ni hombres ni mujeres, del mismo modo que no hay ni heterosexualidad ni homosexualidad.

Nos equipan molecularmente para asegurar la complicidad con las formaciones represivas dominantes. Pero el cuerpo farmacopornográfico, como antes el cuerpo sexo-disciplinado de finales del siglo XIX, y a diferencia de lo afirmado por Foucault, no es dócil[9]. No es un simple efecto de los sistemas farmacopornográficos de control, sino que es primero y ante todo potencia de vida, *potentia gaudendi* que aspira a trasferirse a todo y a todos, ganas de correrese con el universo, fuerza de transformación del todo planetario tecnocultural interconectado.

Llamo «programación de género» a una tecnología psicopolítica de modelización de la subjetividad que permite producir sujetos que se piensan y actúan como cuerpos individuales, que se autocomprenden como espacios y propiedades privadas, con una identidad de género y una sexualidad fijas. La programación de género dominante parte de la siguiente premisa: un individido = un cuerpo = un sexo = un género = una sexualidad. Desmontar estas programaciones de género, proceso de deconstrucción que podría asemejarse a lo que Judith Butler denomina *undoing gender*[10], implica a menudo un conjunto de operaciones de desnaturalización y desidentificación: el dispositivo *drag king* y la

[9] Michel Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión,* cap. 1, parte III: «Cuerpos dóciles», Siglo XXI, Madrid, 1996.

[10] Judith Butler, *Deshacer el género,* Paidós, Barcelona, 2006.

autoexperimentación hormonal, son tan solo dos de estas operaciones.

Existe una multiplicidad de modelos de *genderización,* de programaciones de género, dependiendo del momento histórico, del contexto político y cultural. Algunos de ellos han perdido su potencial de subjetivación (los sistemas de *genderización* matriarcal o la pedofilia griega, por ejemplo) porque las ecologías políticas que los activaban han desaparecido. Otros se encuentran en plena transformación. Este es el caso de nuestro propio modelo de *genderización.*

En el régimen farmacopornográfico, el género se construye en esas redes de materialización biopolítica y se reproduce y consolida socialmente a través de su transformación en espectáculo, en imagen en movimiento, en dígito, en cybercódigo. No hay género masculino y femenino más que frente a un público, es decir, como construcción somato-discursiva de carácter colectivo, frente a la comunidad científica o la red. El género es público, es comunidad científica, es red.

Algunos códigos semiotico-técnicos de la feminidad pertenecientes a la ecología política farmacopornográfica:

Mujercitas, el coraje de las madres, la píldora, cóctel hipercargado de estrógenos y progesterona, el honor de las vírgenes; *La bella durmiente,* la bulimia, el deseo de un hijo, la vergüenza de la desfloración; *La sirenita,* el silencio frente a la violación; *Cenicienta,* la inmoralidad última del aborto, los pastelitos, saber hacer una buena mamada, el Lexomil, la vergüenza de no haberlo hecho todavía; *Lo que el viento se llevó,* decir no cuando quieres decir sí, quedarse en casa, tener las manos pequeñas, los zapatitos de Audrey Hepburn, la codeína, el cuidado del cabello, la moda, decir sí cuando quieres decir no, la anorexia, el secreto de saber que quien te gusta realmente es tu amiga, el miedo a envejecer, la necesidad constante de estar a dieta, el imperativo de la belleza, la cleptomanía, la compasión, la cocina, la sensualidad desesperada de Marilyn Monroe, la manicura, no hacer ruido al pasar, no hacer ruido al comer, no hacer ruido, el algodón inmaculado y cancerígeno del Tampax, la certitud de la maternidad como lazo natural, no saber gritar, no saber pegar, no saber matar, no saber mucho de casi nada o saber mucho de todo pero no

poder afirmarlo, saber esperar, la elegancia discreta de lady Di, el Prozac, el miedo de ser una perra calentona, el Valium, la necesidad del *string,* saber contenerse, dejarse dar por el culo cuando hace falta, resignarse, la depilación justa del pubis, la depresión, la seda, las bolsitas de lavanda que huelen bien, la sonrisa, la momificación en vida del rostro liso de la juventud, el amor antes que el sexo, el cáncer de mama, ser una mantenida, que tu marido te deje por otra más joven...

Algunos códigos semiotico-técnicos de la masculinidad pertenecientes a la ecología política farmacopornográfica:

Río Grande, el fútbol, *Rocky,* llevar los pantalones, saber dar una hostia cuando es necesario; *Scarface,* saber levantar la voz; *Platoon,* saber matar, los medios de comunicación, la úlcera de estómago, la precariedad de la parternidad como lazo natural, el buzo, el sudor, la guerra (aunque sea en su versión televisiva), Bruce Willis, la Intifada, la velocidad, el terrorismo, el sexo por el sexo, que se te levante como a Rocco Siffredi, saber beber, ganar dinero, Omeoprazol, la ciudad, el bar, las putas, el boxeo, el garage, la vergüenza de que no se te levante como a Rocco Siffredi, el Viagra, el cáncer de próstata, la nariz rota, la filosofía, la gastronomía, tener las manos sucias, Bruce Lee, pagar una pensión a tu ex mujer, la violencia doméstica, las películas de horror, el porno, el juego, las apuestas, los ministerios, el Gobierno, el Estado, la dirección de empresa, la charcutería, la pesca y la caza, las botas, la corbata, la barba de dos días, el alcohol, el infarto, la calvicie, la fórmula 1, el viaje a la Luna, la borrachera, colgarse, los relojes grandes, los callos en las manos, cerrar el ano, la camaradería, las carcajadas, la inteligencia, el saber enciclopédico, la obsesión sexual, el donjuanismo, la misoginia, ser un *skin,* los *serial-killers,* el *heavy-metal,* dejar a tu mujer por otra más joven, el miedo a que te den por el culo, no ver a tus hijos después del divorcio, las ganas de que te den por el culo...

Antes pensaba que solo los que erámos como yo estábamos bien jodidos. Porque no somos ni seremos nunca ni mujercitas ni héroes de *Río Grande.* Ahora sé que en realidad todos estamos bien jodidos, no seremos nunca ni mujercitas ni héroes de *Río Grande.*

Nuestras sociedades contemporáneas son enormes laboratorios sexopolíticos en los que se producen los géneros. El cuerpo, los cuerpos de todos y cada uno de nosotros, son los preciosos enclaves en los que se libran complejas transacciones de poder. Mi cuerpo = el cuerpo de la multitud. Eso que llamamos sexo, pero también el género, la masculinidad y la feminidad, y la sexualidad son «técnicas del cuerpo» [11], extensiones biotecnológicas pertenecientes al sistema sexopolítico cuyo objetivo es la producción, reproducción y expansión colonial de la vida heterosexual humana sobre el planeta.

La historia de la normalización de género en Occidente está marcada por la invención, la combinación sintética y la comercialización de nuevas moléculas de gestión del cuerpo (fármaco-), así como de nuevas técnicas de representación (-porno) del género y de la sexualidad. La gestión farmacopornográfica (hormonal, quirúrgica, audiovisual) del género que comienza a partir de la Segunda Guerra Mundial forma parte de un conjunto más amplio de tecnologías de producción de la especie. Lo propio de este mecanismo cultural que en otros tiempos los marxistas dieron en llamar «ideología» es funcionar como un dispositivo técnico de producción fantasmático-prostética de cuerpos-subjetividad. Sin duda, el género (la masculinidad y la feminidad) es uno de los productos somático-mediáticos, farmacopornográficos, al mismo tiempo cuerpo e idea, entidad viva y código digital, que ha sido fabricado con mayor éxito por la industria farmacéutica y de la comunicación de finales del siglo XX.

A partir de la Segunda Gerra Mundial, se crean «en laboratorio» los nuevos ideales biopolíticos de la masculinidad y la feminidad. Estos ideales de género no pueden existir en estado puro, existen únicamente dentro de nuestros *tecno-ecosistemas sexuales confinados*. En tanto que sujetos sexuales, habitamos parques de atracciones biocapitalistas. Somos hombres y mujeres de laboratorio. Efectos de una suerte de bioplatonicismo político-científico. Pero estamos vivos: al mismo tiempo materializamos el poder del sistema farmacopornográfico y su posibilidad de fallo.

[11] Marcel Mauss, «Techniques du corps» (1934) en *Sociologie et anthropologie*, PUF, París, 2001.

Si el concepto de género introduce una ruptura es precisamente porque constituye el primer momento reflexivo de esta economía de construcción de la diferencia sexual. A partir de aquí ya no hay marcha atrás. Money es a la historia de la sexualidad lo que Hegel es a la historia de la filosofía y Einstein es a la concepción del espacio-tiempo. El principio del final, la explosión del sexo-naturaleza, de la naturaleza-historia, del tiempo y el espacio como linealidad y extensión. Con la noción de género, el discurso médico deja al descubierto sus fundaciones arbitrarias, su carácter constructivista, abriendo al mismo tiempo la vía a nuevas formas de resistencia y de acción política. Cuando hablo de una ruptura introducida por la noción de género no pretendo designar el paso de un paradigma político a otro radicalmente distinto, ni una ruptura epistemológica que provocaría una forma de discontinuidad radical. Se trata más bien de una superposición de estratos a través de la cual diferentes técnicas de escritura del ser vivo se entrelazan y se re-escriben. El cuerpo en la era farmacopornográfica no es una materia pasiva, sino un interfaz tecno-orgánico, un sistema tecno-vivo segmentado y territorializado por diferentes modelos políticos (textuales, informáticos, bioquímicos). No hay aquí sucesión de modelos que serán superados históricamente por otros, ni rupturas, ni discontinuidades radicales, sino simultaneidad inconexa, acción transversal de varios modelos somatopolíticos que operan y constituyen, siguiendo diversas intensidades, diversos índices de penetración, diversos grados de efectividad en la producción de la subjetividad.

Daré solamente un ejemplo de esta yuxtaposición de ficciones somáticas que operan sobre nuestros cuerpos. ¿Cómo explicar que a principios del siglo XXI, la rinoplastia (la operación de nariz) sea considerada cirugía estética mientras que la vaginoplastia (construcción quirúrgica de una vagina) y la faloplastia (construcción quirúrgica de un pene) sean consideradas operaciones de cambio de sexo? [12]. Podríamos decir que en la actualidad, y dentro de un mismo cuerpo, la nariz y los órganos sexuales se ven atravesados por dos regímenes netamente diferentes de po-

[12] Dean Spader, «Mutilating Gender», *The Transgender Studies Reader,* Susan Stryker y Stephen Whittle (eds.), Routledge, Nueva York, 2006, págs. 315-332.

der. Mientras que la nariz está regulada por un poder farmacopornográfico en el que un órgano se considera como propiedad individual y como objeto del mercado, los genitales siguen encerrados en un régimen pre-moderno y casi soberano de poder que los considera como propiedad del Estado (y por extensión, en este modelo teocrático, de Dios) y dependientes de una ley trascendental e inmutable. Pero el estatuto de los órganos en la sociedad farmacopornográfica está viéndose alterado rápidamente, de modo que una multiplicidad cambiante de regimenes de producción operan simultáneamente sobre un cuerpo. Aquellos que sobrevivan a la mutación en curso verán sus cuerpos cambiar de sistema semitótico-técnico, o, dicho de otro modo, dejarán de ser el cuerpo que fueron.

El crepúsculo de la heterosexualidad como naturaleza

Leyendo a Monique Wittig con Foucault, a Butler con Negri, podemos decir que la heterosexualidad es, ante todo, un concepto económico que designa una posición específica en el seno de las relaciones de producción y de intercambio basada en la reducción del trabajo sexual, del trabajo de gestación y del trabajo de crianza y cuidado de los cuerpos a trabajo no remunerado [13]. Lo propio de este sistema económico sexual es funcionar a través de lo que podríamos llamar con Judith Butler la coerción performativa, es decir, a través de procesos semioticotécnicos, lingüísticos y corporales de repetición regulada impuestos por convenciones culturales. La ascensión del capitalismo resulta inimaginable sin la institucionalización del dispositivo heterosexual como modo de transformación en plusvalía de los servicios sexuales, de gestación, de cuidado y crianza realizados por las mujeres y no remunerados históricamente. Podríamos así hablar de una deuda de trabajo sexual no pagada que los hombres heterosexuales habrían contraído históricamente con las mujeres del mismo modo que los países ricos se permiten hablar de una deuda externa de los países pobres. Si la deuda por servicios sexuales se abonara, correspondería a todas las mujeres del planeta

[13] Monique Wittig, *El pensamiento heterosexual*, Egales, Madrid, 2005.

una renta vital suficiente para vivir sin trabajar durante el resto de sus vidas.

Pero la heterosexualidad no ha existido siempre. Más aún, si atendemos a los signos de tecnificación y de informatización del género que emergen a partir de la Segunda Guerra Mundial, podemos afirmar sin lugar a dudas que la heterosexualidad está llamada a desaparecer un día. De hecho, está desapareciendo. Esto no quiere decir que no habrá a partir de ahora relaciones sexuales entre bio-hombres y bio-mujeres, sino que las condiciones de la producción sexual (de cuerpos y de placeres) están cambiado drásticamente, y que estas se vuelven cada vez más similares a la producción de cuerpos y de placeres desviantes, sometidas a las mismas regulaciones farmacopornográficas, estando todos los cuerpos sometidos a los mismos procesos de producción tecno-biopolítica. Dicho de otro modo, en el tiempo presente, todas las formas de sexualidad y de producción de placer, todas las economías libidinales y biopolíticas están sujetas a un mismo régimen de producción farmacopornográfico, a las mismas tecnologías moleculares y digitales de producción del sexo, del género y de la sexualidad. Una de las características del régimen biopolítico heterosexual era el establecimiento, a través de un sistema científico de diagnóstico y clasificación del cuerpo, de una linealidad causal entre sexo anatómico (genitales femeninos o masculinos), género (apariencia, rol social, eso que después Judith Butler denominará *performance* femenina o masculina) y sexualidad (heterosexual o perversa). Según este modelo establecido por la psicopatología del siglo XIX a través de manuales como la *Psychopathia Sexualis* de Krafft-Ebing, a un sexo masculino le correspondía naturalmente una expresión de género masculino y una orientación heterosexual. Cualquier desviación de esta cadena causal estaba considerada como una patología. El descubrimiento, más bien la invención, de las hormonas sexuales y la posibilidad de su elaboración sintética a mediados del siglo XX modificará el carácter irreversible de las formaciones identitarias (tanto genitales, como de género o de sexualidad). Así, desde 1960, los mismos compuestos estrogenados serán utilizados para el control de la fertilidad de las bio-mujeres (cuerpos que la medicina valida como femeninos en el nacimiento y cuyo proceso de feminización político-técnico será considerado como parte de un devenir

natural) y para el cambio de sexo en casos de transexualidad femenina (M2F, de hombre a mujer); la misma testosterona hará girar las ruedas del Tour de Francia y transformará los cuerpos de los transexuales F2M, de mujer a hombre.

Esta maquinaria tecno-viva de la que formamos parte no es un todo coherente e integrado. Los dos polos de la industria farmacopornográfica (fármaco y porno) funcionan más en oposición que en convergencia. Mientras la industria pornográfica produce en su mayoría representaciones normativas (sexo = pentración con bio-pene) e idealizadas de la práctica heterosexual y homosexual ofreciendo como justificación de la asimetría entre bio-hombres y bio-mujeres una diferencia anatómicamente fundada (bio-hombre = bio-pene, bio-mujer = bio-vagina), la industria farmacológica, biotecnolgógica y las nuevas técnicas de reproducción asistida, a pesar de seguir funcionando dentro de un marco legal heteronormativo, no dejan de desdibujar las fronteras entre los géneros y de hacer del dispositivo político económico heterosexual en su conjunto una medida de gestion de la subjetividad obsoleta.

La dialéctica entre fármaco y porno se manifesta ya a través de las contradicciones entre diversos biocódigos *(low-tech* o *high-tech)* de la subjetividad que proceden de regímenes diferentes de producción del cuerpo. Así, por ejemplo, familias (heterosexuales, homosexuales o monoparentales) donde la reproducción se ha llevado a cabo a través de fecundación *in vitro* con semen de donante anónimo siguen después funcionando dentro de un sistema político-legal heterosexual donde los ideales performativos de la masculinidad y la filiación no han sido cuestionados. Por otra parte, los biocódigos de producción de subjetividad (tanto performativos como farmacológicos, del Viagra a la testosterona pasando por la estética del cuerpo gay o las prácticas sexuales con órganos sintéticos) circulan en el mercado farmacopornográfico sin que sea posible fijar completamente los procesos de producción de subjetividad que estos desencadenan. Cabe esperar la expresión grotesca y desproporcionada de biocódigos que hasta ahora pertenecían a las configuraciones decimonónicas femeninas, masculinas, heterosexuales, homosexuales o incluso a las más recientes transexuales desligados de una identidad sexual o de una subjetividad política precisa, de una forma de vida, o de un programa político. Así, por ejemplo, los códigos visuales que

rigen la reciente transformación del rostro de Courtney Love, emblemática figura del rock *underground,* no difieren de los utilizados para dar forma a la nueva cara rejuvenecida de la reina de España, de la actriz Pamela Anderson, de Chen Lili, la mujer transexual participante en el concurso Miss Universo en 2004, de la estrella lésbica Ellen DeGeneres o para la remodelación del rostro de una bio-mujer anónima de clase obrera que gana una cirugía estética total gracias al programa televisual americano Extreme Makeover (Cambio radical). Asistimos, por tanto, a una horizontalización de las técnicas de producción del cuerpo que no establece diferencias entre identidades de clase, raza o sexuales, entre la cultura musical *underground,* la alta sociedad y la industria porno. De este desfase farmacopornográfico es posible deducir que pronto la heterosexualidad será únicamente una estética farmacopornográfica entre otras, una sexualidad *retro* cuyo estilo podrá ser imitado, denigrado o exaltado por las diferentes generaciones a venir, un estilo quizás exportable a otras latitudes, pero absolutamente fallido y decadente en nuestras sociedades judeocristianas democráticas.

Cuarenta años después de la invención de las píldoras a base de estrógenos o progesterona, todos los cuerpos sexuales se ven sujetos a una misma plataforma farmacopornográfica común. Hoy un bio-hombre se administrará un complemento hormonal a base de testosterona para aumentar su rendimiento deportivo, a una adolescente se le instalará un implante subcutáneo que libere un compuesto de estrógenos y de progesterona como método anticonceptivo activo durante tres años, una bio-mujer que se define como hombre podrá firmar un protocolo de cambio de sexo y acceder a una terapia endocrinológica a base de testosterona que le permitirá desarrollar barba y bigote, aumentar su musculatura y pasar socialmente como hombre en menos de ocho meses, una bio-mujer de sesenta años descubrirá que la ingestión durante más de veinte años de vida de una alta dosis de estrógenos y progesterona en sus píldoras anticonceptivas le ha producido una insuficiencia renal o un cáncer de pecho que tendrá que ser tratado con una quimioterapia semejante a la administrada a las víctimas de Chernóbil, una pareja heterosexual recurrirá a la inseminación *in vitro* tras descubrir que el varón de la pareja no puede producir espermatozoides suficientemente móviles para fecundar el

óvulo de su compañera debido a un alto consumo de tabaco y alcohol, etc.

Todo ello indica que las diversas identidades sexuales, los modos diversos de hacer sexo y producir placer, las maneras plurales de expresar el género coexisten con un «devenir-común» [14] de las tecnologías de producción del género, del sexo y de la sexualidad.

[14] Véase la noción de «devenir-común» en Negri y Hardt, *Multitudes, op. cit.*, pág. 142.

7
DEVENIR T.

Durante seis meses, Victor, el amante que he abandonado para estar con V. D., trabaja en una empresa de teléfono rosa. Cada día sale de casa a las seis de la tarde y vuelve a la una de la mañana. Nos levantamos a las once, desayunamos, leemos el periódico con MTV de fondo, sacamos a Justine al parque, volvemos a casa, follamos hasta las cinco de la tarde. Vamos hasta el límite de ser dos chavales. Juntos somos dos gays. Con la sola diferencia de que no tenemos ni un duro, ni trabajo fijo, ni casa, ni nada. No tenemos *backroom* a la que ir a follar por las noches. Tampoco tenemos dos pollas, pero tenemos casi la misma cantidad de dildos que todas las pollas que pasan en una noche por una *backroom*. Además, durante esos meses de 2004, la cuestión de la falta estructural de espacios de sexo libre para las lesbianas, los *kings* y los chicos trans en París, aunque es un problema, no nos resulta difícil de soportar. Follamos todo el día a dos. En cuanto tenemos un minuto libre. El proceso de iniciación a la silicona puede ser largo. Al principio soy yo la que le follo. Victor es pequeño, un metro cincuenta y tantos, tiene la cintura estrecha y las caderas anchas de procreadora árabe. Su vagina *king* se lo traga todo. Cualquier talla. No me molesto en empezar con las tallas medianas, vamos directamente a la XL.

Victor es un sumiso insuperable. Se deja meter todo lo que encuentro. Sonríe cuando se corre y no se cansa. A las cinco y media coge cada día el autobús 69 que le lleva a su trabajo de masturbador vocal. Se va siempre de casa con la piel hiperoxigenada, pero con las piernas temblorosas. Dormita en el autobús antes de llegar al trabajo. Hace de puta por teléfono durante seis

horas. Le va especialmente bien desde que ha pasado a ocuparse de los clientes sadomasoquistas. Todos esos contratos que hace en casa conmigo acaban por calmar la miseria sexual de una banda de pringados que pasan el día colgados al teléfono. Eso es lo que la izquierda radical llama «poner la vida a trabajar» para no decir hacer una paja a la polla planetaria: se trata de la transformación de nuestros recursos sexuales en trabajo, de nuestra sensibilidad en materia comerciable, de nuestra memoria erótica en texto que pasará a venderse por número de signos, de nuestros contratos sexuales en escenarios anónimos que podrán ser repetidos por actores indiferentes. Durante esas siete horas en las que Victor pone «su vida a trabajar», yo escribo un texto, he acumulado ya casi mil páginas, sobre el impacto del feminismo en el discurso estético y político contemporáneo por el que el Gobierno francés me paga lo suficiente para comer y pagar mis facturas, el salario mínimo de la filosofía. Me encierro en mi estudio, meto a fondo un Enrique Morente, me instalo en mi mesa como un piloto en una nave espacial y leo a Foucault, Sloterdijk, BuckMisterfuller o escribo un artículo no pagado sobre la segregación sexual del espacio público. La proximidad entre el sexo y la filosofía me calma. Esas horas son preciosas, de una soledad diáfana, de una paz abstracta. Un equilibrio constituido por dos masas igualmente flotantes en el cerebro, la lectura fluye en escritura y viceversa. Sin ansiedad. Estoy a punto de concluir las primeras seiscientas páginas de *Ano Público,* una entrevista a mí misma en la que explico las razones por las que abandoné las políticas *queer;* pero no pienso publicarlas, las considero todavía insuficientes, demasiado tiernas para la brutalidad del siglo presente, ostensiblemente egoístas para hacer frente al dolor colectivo que se acerca con la desaparición progresiva de todo lo vivo. Salgo de la isla de la lectura-escritura con ayuda de la televisión. Las noticias del mundo heterosexual: i-tele. P. M. con una camisa de leopardo y unas gafas de espejo, y B. B. con un *look* de jesuita pop discuten acerca de la vida de Janis Joplin. Evidentemente, era lesbiana. En ese momento, todavía no sé que P. M., con su camisa de leopardo, es la persona que ha destrozado el corazón del futuro amor de mi vida. Eso me permite continuar con mi vida normal de una forma automática y despreocupada. Cuando Victor vuelve, yo le espero con la cena hecha. A veces nos queda algo de energía para follar treinta o cuarenta minutos. Otras veces folla-

mos únicamente con la boca, besos interminables que emiten señales eléctricas que se reciben en cualquier parte del cuerpo. Otras nos dormimos directamente después de cenar con Justine. Esos meses son un túnel largísimo de días de sexo *king,* de rituales tántricos, de hacerse *packings* entre hermanos, días de incesto y de sueño vampírico que atravieso en un estado semi-consciente con la seguridad de que algo o alguien acabará sacándome de ese paraíso infernal. Lo que no había imaginado era que V. D., tu muerte y la testosterona eran el final del túnel. En ese caso, y quién sabe si solo en ese caso o de forma general, el total desconocimiento del futuro era la condición de posibilidad para seguir viviendo en el presente. Del mismo modo que es necesario olvidar para seguir viviendo, es necesario también desconocer el futuro para poder esperar cándidamente a que pase el tiempo. En el punto más álgido de su carrera, el arquitecto Adolf Loos quema todos sus dibujos, sus escritos, sus cartas, sus diarios, sus fetiches. Lo quema todo. Construye con ese fuego un archivo de humo, una masa densa de olvido a partir de la cual será posible vivir de nuevo. Nadie volvería a enamorarse si tuviera un recuerdo psicosomático preciso de su última ruptura o si supera de antemano de forma detallada las circunstancias exactas del final del amor que se dispone a comenzar en ese momento. Si hubiera sabido que tu muerte y el amor de V. D., la adicción a T. eran el final del túnel, entonces la excitación, el miedo, el deseo irreprimible me hubieran impedido vivir. De nuevo, no estar en lo cierto, no saber, parece afirmarse contrariamente a lo que pensaban Freud y Marx como una condición de la supervivencia biopolítica.

Entre tanto, disfruto de lo que tengo. El placer único de escribir en inglés, en francés, en español, de caminar de una lengua a otra como tránsito de la masculinidad, a la feminidad, a la transexualidad. El placer de la multiplicidad. Tres lenguajes artificiales que crecen enmarañados, que luchan por convertirse o no convertirse en una sola lengua. Mezclándose. Encontrando sentido solo en esta mezcla. Producción entre especies. Escribo sobre lo que más me importa en una lengua que no me pertenece. Eso es lo que Derrida llamaba el monolingüismo del otro [1]. Ninguna de las lenguas que hablo me pertenece y, sin embargo, no hay

[1] Jacques Derrida, *El monolingüismo del otro o la prótesis de origen,* Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1997.

otro modo de hablar, no hay otro modo de amar. Ninguno de los sexos que incorporo posee densidad ontológica y, sin embargo, no hay otro modo de ser cuerpo. Desposesión en el origen.

ESTADO-SOFÁ-CUERPO-MOLÉCULA

Durante los dos meses que preceden tu muerte, me despierto sistemáticamente, cada noche, a las cuatro de la mañana. La hora a la que paren las vacas, a la que cazan las lechuzas. En la Tele 5 francesa pasan la serie completa de documentales sobre el origen de la vida en el planeta de la BBC. La historia de lo orgánico se despliega ante mí cada noche con una lentitud insomne. Me calma pensar que un día fui una bacteria y que volveré a serlo. El instinto de supervivencia y el instinto de muerte se confunden. Mi yo bacteriano me ayuda a dormir. Durante más de dos mil años llovió sobre la Tierra hasta que las cuencas vacías en las que antes estaban los océanos que se evaporaron con la explosión de un meteorito gigante se volvieron a llenar de agua. Pienso que si los océanos se han secado y se han vuelto a llenar, también mi corazón puede vaciarse de política y volverse a llenar. Todavía no sé que pronto mi corazón se llenará de tu muerte y, casi simultáneamente, del amor de V. D.

Durante el día, mi existencia oscila entre la actividad frenética y el vacío total. En los períodos de vacío, paso la mayor parte del tiempo sentada en el sofá. No busco una posición cómoda, ni un gesto elegante, dejo caer mi volumen informe sobre la superficie rectangular del sofá y espero. Durante esas horas horizontales sudo, tiemblo, a veces, raramente, lloro y, de vez en cuando, logro dormirme. Apenas salgo de casa, solo para sacar a Justine. Cuando salgo compro el periódico, pero no leo. Compro comida, pero no como. La perra, ella sí come. Este sofá podría ser la cama de un hospital psiquiátrico. Eso es lo que es, una delegación doméstica de las instituciones médicas y jurídicas de la República francesa, un país del que ni siquiera soy ciudadana. El sofá es un tentáculo del sistema de control que se ha instalado en mi espacio individual en forma de mueble de compañía. Es un aparato político, un espacio público de vigilancia y desactivación, que tiene la ventaja, respecto a otras insituciones clásicas como la prisión o el hospital, de contribuir a mantener la ficción de que

este apartamento, estos cuarenta y siete metros cuadrados cerrados con llave, son mi territorio privado. La paranoia se extiende desde el sofá hasta mi piel. Mi cuerpo podría ser un centro de reclusión a vida, un tentáculo consciente del sistema de control instalado en mi estructura biológica, un tentáculo del farmacopoder que ahora lleva mi propio nombre. Mi cuerpo, mis células son el aparato político por excelencia, un espacio público-privado de vigilancia y activación que tiene la ventaja, respecto a otras instituciones clásicas como el colegio o el ejército, de contribuir a mantener la ficción de que mi subjetividad y su soporte bioquímico, estas células, este metro ochenta aparentemente impenetrable, son mis únicas y últimas pertenencias individuales. ¿Cómo voy a escapar de esta prisión íntima? ¿Dónde voy a ir? ¿Qué puedo hacer? ¿Qué me cabe esperar?

Busco entre los libros claves de supervivencia. Me agarro a la biografía de Foucault, las *Trois ecologies* de Guattari, la biografía de Benjamin, sus escritos, Violette Leduc, Genet, de nuevo Wittig, Edmund White. Pero sobre todo están tus libros. No pienso en llamarte cuando peor estoy. De vez en cuando recibo un mensaje tuyo agresivo en mi teléfono. «Cuándo vas a escribir algo que merezca la pena». «Tú o yo. Deja de atacarme». No te respondo. Nunca. No sé de qué me hablas. No sé qué decirte. Si supieras por lo que estoy pasando. Pero no te haces ni la menor idea. Tus mensajes estúpidos me calman porque me permiten esquivar la cuestión: no te llamo para decirte que voy a empezar con la testosterona. Debería llamarte y decirte que ahora que voy a volverme uno de los tuyos quizá podamos realizar el viejo sueño de darnos por el culo mutuamente. Pero como no sé que esos días son los últimos antes de tu muerte, me chuto en silencio y no te llamo.

Paso días enteros revisando archivos del feminismo americano de los setenta. Algunas voces quedan para siempre grabadas en mi memoria. Otras desaparecen para siempre. Queda Faith Ringgold y su manera de decirle al presentador de la entrevista en 1972 que el único modo de sobrevivir al enemigo es reírse de él en su puta cara. Ella no se ríe, al contrario, le grita, le interrumpe cuando habla, no le presta la mínima atención. La risa es una forma de resistencia, de supervivencia, un modo de ganar fuerza. El grito también. Cuando se pertenece a un grupo oprimido hay que aprender a reírse en la cara del enemigo, dice Ringgold. El problema es que las cosas ya no están tan claras, ya no se sabe

quién es el opresor y quién es el oprimido. O más bien es duro saberse al mismo tiempo opresor y oprimido: supongo que, en ese caso, habrá que reírse de uno mismo.

Se imprime en mí la voz de Jill Johnston: «Hasta que todas las mujeres no sean lesbianas no habrá revolución política». Nancy Angelo y Candance Compton. «Escucha. No pienes que voy a dejar mi vida entre estas cuatro paredes. No me obligues. Escucha. Estoy harta de vivir encerrada en este cuerpo. Estoy enferma». Mi alma es una vaina sexual en la que mi cuerpo ha sido enrollado, un cofre cerrado, una tumba, una trampa. Soy un mensaje político fascista que viaja a la deriva en una botella. Mi cuerpo es el mensaje, mi alma es la botella. Explotar. Eso es lo único que me pone.

Cada día intento cortar uno de los hilos que me atan al programa cultural de feminización en el que he crecido, pero la feminidad se pega a mí como una mano grasienta. Es como la mano caliente de una madre, como el sonido oceánico del español en mis sueños. Como Faith Wilding en su *performance* de la *WomanHouse Project,* sigo esperando que alquien me abrace, esperando que la vida comience, esperado que alguien me ame, esperando que llegue el placer, esperando... Pero también soy un hombre trans. Con T. o sin T. A esta lista de esperas femeninas hay que añadir la lista interminable de formas de esperar a que llegue la masculinidad: esperando que me crezca la barba, esperando afeitarme, esperando que me crezca una polla bajo el vientre, esperando que las chicas me miren como si fuera un hombre, esperando que los hombres me hablen como a uno de ellos, esperando tirarme a todas las gatitas, esperando el poder, esperando el reconocimiento, esperando el placer, esperando... Me pregunto en qué momento ya es demasiado tarde para volver sobre ese proceso de *genderización.* O acaso, pasado un determinado umbral, ese proceso resulta irreversible. ¿Cúal es la temporalidad propia de la producción del género? ¿Cuál es su línea de construcción propia, su direccionalidad?

Valerie Solanas, en su *Scum Manifesto* de 1968, había visto las cosas con una cierta precisión[2]. Cuarenta años después, solo un elemento parece haber cambiado: todas las caracterísiticas grotescas que Solanas atribuye a los hombres en la sociedad capitalista de finales del siglo XX parecen hoy hacerse extensibles a

[2] Valerie Solanas, *Scum Manifesto,* AK Press, Nueva York, 1996.

las mujeres. Hombres y mujeres son hoy bio-productos de un sistema sexual esquizoide abocado a la autodestrucción. Los hombres y las mujeres son criaturas «deficientes, emocionalmente limitadas», «deficientes emocionales», criaturas «egocéntricas, encerradas en sí mismas, incapaces de empatía, identificación, amor, amistad, afección o ternura», son «unidades aisladas», criaturas a las que el rígido sistema clase-sexo-género-raza obliga a una autovigilancia y un autocontrol constantes, dedicando a este agenciamiento brutal de sus subjetividades un tiempo comparable a la extensión total de sus vidas; criaturas físicamente débiles una vez que toda su potencia vital ha sido utilizada en la contención de su propia multiplicidad corporal, incapaces de encontrar satisfacción en la vida, políticamente muertas antes de haber dejado de respirar. No quiero el género femenino que me fue asignado en el nacimiento. No quiero tampoco el género masculino que la medicina transexual me promete y que el Estado me acabará otorgando si me porto bien. No quiero.

DEVENIR MOLECULAR DE LA POLÍTICA

Cuando me administro una dosis de gel de testosterona o me inyecto una dosis líquida me estoy suministrando en realidad una cadena de significantes políticos que se materializa hasta adquirir la forma de una molécula asimilable por mi cuerpo. Lo que me administro no es simplemente la hormona, la molécula; es el concepto de hormona: una serie de signos, de textos, de discursos, el proceso a través del cual la hormona llegó a sinterizarse, la secuencia técnica a través de la cual llegó a materializarse en el laboratorio. Me inyecto una cadena carbonada esteroide y cristalina, y con ella un trozo de historia de la modernidad, me administro una serie de transacciones económicas y un conjunto de decisiones farmacéuticas, de ensayos clínicos, de grupos de opinión, me conecto a las redes barrocas de intercambios y de flujos económicos y políticos que patentan la vida: la electricidad, los programas de investigación genética, la hiperurbanización, la masacre de los bosques de la biosfera, la invención de nuevas especies de laboratorio, la oveja *Dolly*, el avance del ébola que devasta el continente africano, la mutación del virus del sida, las minas antipersona y la transmisión de información *broadband*. Me con-

vierto así en uno de los conectores somáticos a través de los cuales circula el poder, el deseo, la libertad, la sumisión, el capital, la basura y la rebelión.

Como cuerpo, y ese es el único interés de ser sujeto-cuerpo, de ser un sistema tecno-vivo, soy la plataforma que hace posible la materialización de la imaginación política. La molécula de testosterona hace de mí inmediatamente algo completamente distinto a una bio-mujer. Incluso cuando los cambios provocados por la molécula son socialmente imperceptibles. Me vuelvo una auto-cobaya de experimentación de los efectos del aumento intencional de testosterona en un cuerpo de bio-mujer. La rata se humaniza. Lo humano se vuelve roedor. Y yo: *testo-girl, techno-boy.* Soy un puerto de inserción de $C_{19}H_{28}O_2$. Soy al mismo tiempo una terminal de uno de los aparatos de control del poder estatal, y un punto de fuga por el que se escapa la voluntad de control del sistema. Soy la molécula y el Estado, soy la rata de laboratorio y el sujeto científico que lleva a cabo la investigación, soy el detritus de una operación química y la materia prima a partir de la cual se elabora una nueva especie en la línea, siempre aleatoria, de la evolución de la vida. Soy T.

El diablo en gel

Después de la quinta administración de Testogel he empezado a distinguir variaciones de amplitud en la excitación, en la tensión muscular, en la tendencia de mi cuerpo a exteriorizarse. Todas las sustancias son venenos. La única diferencia entre un veneno y un medicamento es la dosis. ¿Pero cuál es la dosis justa de testosterona? ¿La que produce mi cuerpo u otra? ¿Qué sería una justicia hormonal? Y si hay una justicia hormonal, ¿debería yo aplicarme esta justicia a mí mismo?

La testosterona es el diablo en un gel transparente.

En un cuerpo de bio-mujer, en mi cuerpo, la administración por vía cutánea de 50 milogramos de testosterona en gel dos veces por semana durante tres meses no es fácilmente detectable a simple vista. Sin embargo, modifica de forma sustantiva la composición hormonal de mi cuerpo. *Modus molecularis.* Se trata de una transformación posible de mi propia ontología endocrinológica. Los cambios no son puramente artificiales. La testosterona

externa viene a insertarse en un campo molecular de posibilidades presente en mi propio cuerpo. No hay rechazo, sino asimilación, incorporación. *Mit-T-sein.* Ser-con-la-testosterona.

La testosterona no modifica radicalmente la percepción de la realidad, ni el sentido de la identidad. Esta dosis de testosterona no es suficiente en un cuerpo de bio-mujer para producir cambios exteriores reconocibles en términos de lo que la medicina dominante denomina «masculinización» (barba, bigote, masa muscular aparente, cambio de la voz, etc.). No modifica el modo en el que los otros descodifican mi género. Siempre he sido un cuerpo andrógino y las microdosis de testosterona que me administro no cambian esta situación. Sin embargo, producen cambios sutiles pero determinantes en mis afectos, en la percepción interna de mi propio cuerpo, en la excitación sexual, en mi olor corporal, en la resistencia al cansancio.

Pero la testosterona no es la masculinidad. En realidad, nada permite afirmar que los efectos producidos por la testosterona son masculinos. Lo único que podemos decir es que hasta ahora han sido en su mayoría propiedad exclusiva de los bio-hombres. La masculinidad es tan solo uno de los posibles subproductos políticos (no biológicos) de la administración de testosterona. Ni el único ni el que será socialmente dominante a largo plazo.

El consumo de testosterona, como el consumo de estrógeno o de progesterona en el caso de la píldora, no depende de no se sabe qué construcciones culturales de género que vendrán a influir en el modo en el que actuamos o pensamos. No. Nos confrontamos aquí directamente a la producción de la materialidad del género. Aquí todo es cuestión de dosis, de regularidad, de miligramos, de forma y modo de administración de la molécula, de hábito, de *praxis*. Lo que me ocurre podría describirse en términos de una revolución molecular. Seguramente Félix Guattari no pensaba en bio-mujeres que se autoadministran testosterona cuando elaboró ese concepto de «revolución molecular» para hablar de las revueltas francesas de Mayo del 68, aunque sí pensaba en las modificaciones estructurales generadas por cambios microplíticos como el consumo de drogas, la transformación de las conductas sexuales o la invención de nuevos lenguajes[3]. En este

[3] Félix Guattari, *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares,* Traficantes de Sueños, Madrid, 2005, págs. 53-54.

contexto, este término podría apuntar hacia un tipo de homeopatía política del género. No se trata de pasar de mujer a hombre o de hombre a mujer, sino de infectar las bases moleculares de la producción de la diferencia sexual. Puesto que estos dos estados, hombre y mujer, no existen sino como efectos políticos fantasmáticos de procesos técnicos de normalización. Se trata de intervenir en este proceso de producción de forma consciente e intencional hasta lograr formas viables de incorporación de género, de producir una nueva plataforma sexual y afectiva, ni masculina ni femenina, en el sentido farmacopornográfico del término, que permita la transformación de la especie.

Es cierto que para un cuerpo acostumbrado a regular su metabolismo hormonal en torno a la producción de estrógeno, el aumento intencional de testosterona en sangre es una reprogramación endocrinológica. La totalidad de las funciones del cuerpo se ven afectadas por una pequeña modificación hormonal: las ganas de comer y de follar, la regulación del riego sanguíneo y la asimilación de los minerales, el ritmo biológico del sueño, la capacidad de esfuerzo físico, el tono muscular, el metabolismo, el sentido del olfato y del gusto. En definitiva, toda la fisiología química del organismo. Pero a pesar de que ninguna de estas modificaciones pueda calificarse como masculina, de todos los efectos psíquicos y corporales causados por la autointoxicación a base de testosterona en gel, el sentimiento de transgresión de los límites del género que me ha sido impuesto socialmente es, sin duda, el más intenso. En realidad, el nuevo metabolismo de la testosterona en mi cuerpo no es efectivo en términos de masculinización sin la existencia de un programa político previo que interpreta estas variaciones como parte de un deseo, vigilado por el régimen farmacopornográfico, de cambio de sexo. Sin este deseo, sin la ilusión de la posibilidad de transitar de una ficción del sexo a otra, la aplicación de testosterona es simplemente, como el Prozac, la coca o el speed, un buen chute.

8
FARMACOPODER

Farmacea (Farmaqueia) *es también un nombre común que significa la administración del* fármacon, *de la droga: del remedio y/o del veneno. «Envenenamiento» no era el sentido menos corriente de «farmacea». [...] Sócrates compara con una droga* (fármacon) *los textos escritos que Fedro ha llevado. Ese fármacon, esa «medicina», ese filtro, a la vez remedio y veneno, se introduce ya en el cuerpo del discurso con toda su ambivalencia. [...] El* fármacon *sería una sustancia, con todo lo que esa palabra puede connotar, en realidad de materia de virtudes ocultas, de profundidad criptada que niega su ambivalencia al análisis, si no debiésemos llegar más adelante a reconocerla como la anti-sustancia misma: lo que resiste a todo filosofema, lo que excede indefinidamente como no-identidad, no-esencia, no-sustancia, y proporcionándole de esa manera la inagotable adversidad de su fondo y de su ausencia de fondo. Operando por seducción, el* fármacon *hace salir de las vías y de las leyes generales, naturales o habituales. [...] Lo propio del* fármacon *consiste en cierta inconsistencia, en cierta impropiedad, y de que esa no-identidad consigo le permite siempre el ser vuelto contra sí mismo. En esa vuelta hay ciencia y hay muerte. Que se consignan en un solo y mismo tipo en la estructura del* fármacon: *nombre único de esa poción que hay que esperar. Y que hay incluso que, como Sócrates, merecer*[1].

JACQUES DERRIDA

[1] «La farmacia de Platón», *La diseminación,* Fundamentos, Madrid, 1975, págs. 102-103, 179.

Brujería narcoticosexual

La hegemonía del poder farmacopornográfico que se vuelve explícita a finales del siglo XX hunde sus raíces en el origen de la modernidad capitalista, en las transformaciones de la economía medieval de finales del siglo XV que darán paso a las economías industriales, a los Estados-Nación y a los regímenes de saber científico-técnicos occidentales.

La inquisición condena a los cultivadores, recolectores, y conocedores de preparaciones a base de plantas, considerándolos brujas, alquimistas y parteras como herejes o desviantes satánicos: se inicia así un proceso de expropiación de saberes populares, de criminalización de prácticas de «intoxicación voluntaria» y de privatización de germoplasmas vegetales que culminará en la modernidad con la persecución del cultivo, el uso y el tráfico de drogas, la progresiva transformación de los recursos naturales en patentes farmacológicas y la confiscación de todo saber autoexperimental de administración de sustancias por las insitituciones jurídico-médicas[2].

Resulta curioso pensar que los ungüentos medievales se aplicaban de forma muy similar a la testosterona en gel que yo me administro hoy. La mayoría de los preparados medievales de carácter alucinógeno se asimilaban por vía tópica, mezclados con una pomada hecha a base de grasa (humana o animal) untándose en la nuca, debajo de las axilas y en el vientre. Los historiadores contemporáneos de las tradiciones farmacológicas medievales y de la inquisición coinciden en afirmar que buena parte de las visiones y los actos mágicos condenados por la inquisición como satánicos se deben al uso accidental o intencional de sustancias psicoactivas. Basándose en los registros de los inquisidores de la época, así como en tratados ancestrales de herborística, los investigadores farmacológicos actuales han podido identificar las diferentes sustancias alucinógenas y narcóticas de extracción vegetal.

Muchas de las recetas para preparar ungüentos y brebajes que datan de la época medieval coinciden en mencionar entre sus ingredientes solanáceos psicoactivos como beleño, estramo-

---

[2] Richard Stallman, «Biopiracy or Bioprivateering?», *Multitudes*, núm. 1, París, marzo 2000, págs. 114-117.

nio, belladona y mandrágora. Casi todas ellas incluyen también extractos preparados a partir de plantas como la adormidera (opio, heroína, morfina) y el cáñamo (marihuana, hachís); sapos cuya piel, ahora se sabe, contiene principios psicotrópicos; y cierta «harina moteada de cereal» que probablemente estaba hecha con espigas de trigo parasitadas por el hongo del que se extrajo por primera vez LSD. Las visiones alucinógenas dignas de las retóricas de Deleuze y Guattari (devenir animal, devenir vegetal, intercambio sexual con machos cabríos, viajes astrales, etc.) eran en realidad el efecto psicotrópico causado en el organismo por la ingestión o la aplicación cutánea de estas plantas que presentan virtudes alucinógenas y afrodisíacas.

En épocas de intensa sequía y pobreza aumenta la fabricación del pan a base de cereales como el centeno que pueden contener micotoxinas, metabolitos producidos por los mohos del pan que ejercen un efecto tóxico sobre el organismo de los mamíferos causando alucinaciones y vómitos. Hoy sabemos que las víctimas del Ignis Sacer (fuego sagrado de San Antonio) estaban expuestas a los efectos alucinógenos de la Dietilamida del Ácido Lisérgico (conocido ahora como LSD), una micotoxina que aparece durante el horneado del pan elaborado con trigo contaminado por el cornezuelo del centeno y otras micotoxinas como alcaloides de la belladona procedentes del fruto de la raíz de la mandrágora. Algunas de estas micotoxinas estarán más tarde en la base de la fabricación de los antibióticos[3]. En 1960 un profesor de la Universidad de Gotinga siguió paso a paso las instrucciones para preparar una pomada extraída de un libro del siglo XV. Junto con otros colegas, se untó con ella la nuca y las

[3] Entre el grupo de las plantas solanáceas se encuentran las drogas con mayor tradición en la historia de la hechicería: la belladona *(atropa belladona),* el beleño *(hyoscyamus niger),* la mandrágora *(mandragora officinarum),* algunas daturas emparentadas con la sustancia mexicana toloache *(datura inoxia)* y el floripondio *(brugamsia aurea, suaveolens* y *arborea).* Estas especies contienen principios activos como la atropina, la escopolamina y la hyoscamina. Brailowsky explica que, a diferencia de otros alucinógenos, estos no incrementan la percepción sensorial, aunque sus efectos «ocurren a muy diversos niveles: sequedad de la boca, taquicardia, aumento de la temperatura corporal, dilatación de las pupilas, confusión mental, obnubilación de la conciencia y pérdida de la memoria reciente. En dosis elevadas se presenta somnolencia, delirio y coma». Véase Simón Brailowsky, *Las sustancias de los sueños: neuropsicofarmacología,* Fondo de Cultura Económica, CONACYT, México, 1995.

axilas. Todos los investigadores reportaron haberse sumergido en «un sopor de veinticuatro horas, donde soñaron con audaces vuelos, danzas frenéticas y otras extrañas aventuras del tipo vinculado a las orgías medievales».

Durante los procesos inquisitoriales de la década de 1330 en Carcassonne —donde aparece por vez primera el antiguo rito del *sabbath* bajo ese nombre—, las transcripciones de un juicio a una mujer acusada de practicar la brujería consignan declaraciones como esta: «Se encontró con un macho cabrío gigantesco, al que saludó y al que se abandonó. El macho cabrío, a cambio, le hizo conocer las plantas venenosas, cociendo en calderos, sobre un fuego maldito, hierbas envenenadas... Desde entonces se ocupa en la confección de ciertos ingredientes y brebajes perjudiciales». En el Fuero Juzgo —ordenamiento jurídico de la monarquía visigótica— aparecen varias disposiciones que configuran la cacería contra la «infame secta brujeril» y contra el uso ancestral de ciertas drogas. La Ley Sálica (424 d. C.) y el Concilio de Agde (506 d. C.) pugnaban ya por el exterminio de brujas y por la excomunión «a hechiceros, a vampiros y a quienes los consulten»[4]. Así, la receta y la autoadministración de cualquier fármaco no aprobado por los jerarcas del culto cristiano comenzó a castigarse con la hoguera.

Fue así que herbolarios, hechiceras, bardos, druidas, sacerdotisas y pontífices de otros cultos, así como todos aquellos que se atrevían a hacer uso de drogas —ya fuera con fines terapéuticos, rituales o simplemente recreativos—, resultaron confinados a la categoría de «infames» y acabaron siendo perseguidos, sin distinción alguna, bajo el cargo de brujería. La inquisición actúa aquí como una instancia de control y represión tanto del saber farmacológico de las mujeres de las clases populares como de la *potentia gaudendi* que reside en algunas de estas plantas y en diversas formas de preparación para su ingestión.

La activista feminista y bruja pagana Starhawk entiende la persecución de las brujas que tiene lugar en Europa entre 1430 y 1740 (y que se extiende también a las colonias americanas) como parte de un proceso de erradicación de saberes y poderes populares y de consolidación de un poder y un saber experto y

[4] *Ibidem*, pág. 6.

hegemónico imprescindible para la implantación progresiva del capitalismo a escala global[5].

El *Malleus Maleficarum,* gramatica de la inquisición y de sus técnicas de extracción de saber, condena especialmente la sexualidad de las mujeres, el intercambio sexual no reproductivo (la sodomía, la masturbación) y la experimentación con sustancias psicoactivas[6]. La inquisición, señala Starhawk, castiga la agresividad sexual y el goce de las mujeres, e impone pasividad, sumisión y silencio en las prácticas heterosexuales[7]. De nuevo resulta sorprendente la coincidencia de la emergencia del capitalismo protoindustrial y de las formas científicas de producción y transmisión de saber con la exterminación de los sectores de la población que poseían formas de saber farmacomágico, de la aparición de nuevos modos de segmentación, clausura y cercado de la tierra, con la expansión de la ganadería bovina que sustentará la futura industria textil, la expansión colonial en América, África, la India y Extremo Oriente con la invención en Europa de formas serviles y esclavistas de trabajo asalariado.

Las mujeres, a pesar de la idea comúnmente divulgada, no se incorporan al mercado de trabajo durante el siglo XX, sino que sus prácticas de saber y producción de riqueza son cuidadosamente expropiadas de los circuitos de la economía medieval para consolidar sobre esa exclusión el naciente capitalismo. Como ha señalado Angela Davis, la condición de las mujeres blancas acabará transformándose durante el siglo XIX con la degradación económica de la figura del ama de casa y la creación de los ideales burgueses de la esposa y la madre, junto con la pauperización esclavista de la economía doméstica[8].

Para Starhawk, el drenaje de los lagos y marismas, la tala de los bosques y el cercado de las tierras que acompaña a la invención de la propiedad privada agrícola y ganadera al final de la edad media, destruye al mismo tiempo la comunidad pagana, el lugar en el que residen las fuerzas míticas del imaginario popular

[5] Starhawk, *Femmes, magie et politique,* Les Empêcheurs de penser en rond, París, 2003, pág. 271.

[6] Arthur Evans, *Witcraft and the Gay Counter-Culture,* Fag Rag Books, Boston, 1981.

[7] Starhawk, *op. cit.,* pág. 293.

[8] Angela Davis, *op. cit.,* pág. 13.

hegemónico imprescindible para la implantación progresiva del capitalismo a escala global[5].

El *Malleus Maleficarum,* gramatica de la inquisición y de sus técnicas de extracción de saber, condena especialmente la sexualidad de las mujeres, el intercambio sexual no reproductivo (la sodomía, la masturbación) y la experimentación con sustancias psicoactivas[6]. La inquisición, señala Starhawk, castiga la agresividad sexual y el goce de las mujeres, e impone pasividad, sumisión y silencio en las prácticas heterosexuales[7]. De nuevo resulta sorprendente la coincidencia de la emergencia del capitalismo protoindustrial y de las formas científicas de producción y transmisión de saber con la exterminación de los sectores de la población que poseían formas de saber farmacomágico, de la aparición de nuevos modos de segmentación, clausura y cercado de la tierra, con la expansión de la ganadería bovina que sustentará la futura industria textil, la expansión colonial en América, África, la India y Extremo Oriente con la invención en Europa de formas serviles y esclavistas de trabajo asalariado.

Las mujeres, a pesar de la idea comúnmente divulgada, no se incorporan al mercado de trabajo durante el siglo XX, sino que sus prácticas de saber y producción de riqueza son cuidadosamente expropiadas de los circuitos de la economía medieval para consolidar sobre esa exclusión el naciente capitalismo. Como ha señalado Angela Davis, la condición de las mujeres blancas acabará transformándose durante el siglo XIX con la degradación económica de la figura del ama de casa y la creación de los ideales burgueses de la esposa y la madre, junto con la pauperización esclavista de la economía doméstica[8].

Para Starhawk, el drenaje de los lagos y marismas, la tala de los bosques y el cercado de las tierras que acompaña a la invención de la propiedad privada agrícola y ganadera al final de la edad media, destruye al mismo tiempo la comunidad pagana, el lugar en el que residen las fuerzas míticas del imaginario popular

[5] Starhawk, *Femmes, magie et politique,* Les Empêcheurs de penser en rond, París, 2003, pág. 271.

[6] Arthur Evans, *Witcraft and the Gay Counter-Culture,* Fag Rag Books, Boston, 1981.

[7] Starhawk, *op. cit.,* pág. 293.

[8] Angela Davis, *op. cit.,* pág. 13.

y el ecosistema en el que se producen las plantas y las sustancias utilizadas en el «arte de la brujería»:

> Las persecuciones de brujas están relacionadas con otros cambios importantes de conciencia que se produjeron entre los siglos XVI y XVII. La ascensión del profesionalismo en numerosas esferas de la vida implicaba que aquellos servicios que las personas practicaban para ellas mismas, para sus vecinos o sus familias fueran ahora realizados por corporaciones de expertos pagados que tenían una licencia o algún otro medio de reconocimiento de su calidad como guardianes de un corpus de saber reservado y garantizado oficialmente... La Iglesia católica había servido durante siglos como modelo de corporación que dispensaba las gracias necesarias. Las brujas y los herejes fueron acusados de propagar o de recibir gracias de un origen sin clasificación, que carecía del sello de garantía oficial, en definitiva acusados de transmitir un saber no reconocido. Los poderes de las brujas, utilizados para hacer el mal o para curar, eran considerados como demoníacos porque emanaban de una fuerte no instituida[9].

En la época medieval, las mujeres se ocupan del cuidado y la sanación del cuerpo gracias a un saber tradicional basado en la utilización de hierbas y en la práctica de ritos. Estas mujeres que curan, mujeres sabias y parteras, conocidas también como brujas, meigas, van a representar una amenaza para las nuevas sociedades profesionales en torno a las que se federan los nuevos saberes expertos que pronto serán validados como científicos, como la medicina, que comienza a organizarse como gremio en el siglo XVI[10]. Se crean así licencias para el ejercicio de la profesión médica que excluyen los saberes farmacológicos de las mujeres, las parteras y las brujas.

La persecución de las brujas a finales de la Edad Media puede entenderse como una guerra de saberes expertos contra los saberes populares y no profesionalizados, una guerra de los saberes heteropatriarcales frente a los saberes narcoticosexuales tradicionalmente ejercidos por las mujeres y los brujos no autoriza-

[9] Starhawk, *op. cit.,* págs. 273-274.
[10] *Ibidem,* pág. 275.

dos. Se trata de exterminar o confiscar una cierta ecología del cuerpo y del alma, un tratamiento alucinógeno del dolor, del placer, de la excitación, y de erradicar las formas de subjetivación que se producen a través de la experiencia colectiva y corporal de rituales, procedimientos de transmisión de símbolos y procesos de asimilación de sustancias alucinógenas y sexualmente activas. La persecución de la brujería que abre la modernidad esconde, bajo las acusaciones de heretismo y apostasía (renegar de dios), la criminalización de las prácticas de «intoxicación voluntaria» y de autoexperimentación con sustancias alucinógenas y con su propia sexualidad. Sobre este olvido inducido se asentará la modernidad eléctrica y hormonal.

FICCIONES SOMÁTICAS. LA INVENCIÓN DE LAS HORMONAS SEXUALES

Suaves fermentations de la subjectivité creuse en elle-même[11].

PETER SLOTERDIJK

Todo lo que somos hoy, nuestro modo de comprendernos a nosotros mismos como cuerpos libres y deseantes se pone en marcha con la imprenta, la Revolución industrial, el magnetismo y su transformación en electricidad, el transporte rápido, la comunicación a larga distancia, la organización de la ciudad moderna y su retícula racional, el desplazamiento de millones de cuerpos humanos desde África hasta Europa y América como músculos y sexos pensantes utilizables para producir riqueza y placer, la comercialización con cuerpos blancos como prótesis de trabajo asalariado en el capitalismo industrial, la transformación de la superficie del planeta en una única e interminable vía férrea... No es extraño que en este contexto dominado por la comunicación, el viaje, el intercambio, la conexión y la influencia aparezca un interés creciente por la circulación de fluidos y la transmisión de la información dentro del cuerpo que acabará dando lugar a la invención de la hormona como secreción comunicante.

[11] «Dulces fermentaciones de la subjetividad, en sí misma vacía», Peter Sloterdijk, *Ecumenes,* Sphères III, 2003.

Desde principios del siglo XX hasta hoy, el proceso de imaginación, de conceptualización y de producción técnica de las hormonas se lleva a cabo con animales y secundariamente con cobayas humanas procedentes, en general, de las instituciones de reclusión disciplinaria (ejército, prisión, hospital psiquiátrico, escuela, etc.) o de las poblaciones colonizadas cuya soberanía biopolítica está sujeta a un dominio colonial, político o económico exterior. Cuerpos de rata, de conejo, de gallina, de toro, de cerdo, cuerpos infrahumanos de «negro», de «loco», de «marica», de «criminal»... Nuestros modelos de género, no solo como modelos conceptuales, sino como materializaciones químicas, como plataformas tecno-vivas, se producen en la encrucijada entre lo humano y animal. Más aún, humano y animal son ficciones somáticas, productos tecnobioculturales de estas prácticas de materialización discursivas, que al mismo tiempo los unen y los separan [12].

En 1767, el anatomista Hunter comienza a experimentar con el transplante de testículos en ratas castradas y llega a la conclusión de que existe una relación entre los testículos y la masculinidad. Un siglo después, Arnold Adolf Berthold, fisiólogo de la Universidad de Gotinga, desarrolla una serie de experimentos sobre gallos, a los que extirpa los testículos, re-transplantándoselos después en otro lugar del cuerpo. Este tratado será uno de los primeros en utilizar la retórica heterosexual de superioridad masculina y de complementariedad de los sexos para explicar las variaciones de las secreciones internas [13]. Pero lo que me interesa aquí, al margen de la opereta heterocientífica que le hace ver en los gallos con testículo «guerreros perseguidores de gallinas» y

---

[12] *Donna Haraway, Testigo_Modesto@Segundo_Milenio. HombreHembra©_Conoce_Oncoratón,* UOC, Barcelona, 2004.

[13] Este tratado de anatomía y fisiología de Berthold ha sido abundantemente comentado por lectoras feministas contemporáneas, como Nelly Oudshoorn o Anne Fausto-Sterling, debido a la intensidad de sus metáforas de género. Existen varios relatos detallados y críticos de la historia cultural de las prácticas científico-técnicas que han llevado a la invención de las hormonas como artefactos farmacológicos: Anne Fausto-Sterling, *Cuerpos sexuados,* Melusina, Barcelona, 2006, pág. 183; y Nelly Oudshoorn, *Beyond the Natural Body: An Archeology of Sex Hormones,* Routledge, Nueva York, 1994.

Véase también Chandak Sengoopta, *The Most Secret Quintessence of Life, Sex, Glands, and Hormones, 1850-1950,* Chicago University Press, Chicago y Londres, 2006, págs. 33-36.

en los castrados «lánguidos y pacíficos» capones, es el modo en que se piensa la secreción interna como información difusa. Su tratado concluye que debe haber una transmisión química y no nerviosa de la información contenida en los testículos, puesto que sus secreciones parecen distribuirse a través de la sangre a todo el cuerpo, con indiferencia del lugar en el que los testículos son reimplantados. El modelo sexo-inalámbrico *(wireless sex)* está en marcha.

Hacia finales del siglo XIX, parece plausible que «las secreciones internas» de ciertos órganos puedan explicar el funcionamiento de procesos fisiológicos en diferentes lugares del cuerpo [14]. Charles-Edouard Brown-Séquard, fundador de la llamada *organothérapie* (el tratamiento con estracto de órganos) presta atención a las glándulas sexuales y decide emplear «el extracto de órganos animales» con fines terapeúticos. Según Brown-Séquard los testículos podrán garantizar juventud y vigor eternos a los varones. Del mismo modo, usa filtros a base de ovarios de cobaya para curar diversas enfermedades uterinas y casos de histeria [15]. Pero lo más interesante de Brown-Séquard, aquello que va a situarle al límite de las convenciones científicas de su tiempo, es su deseo de autoexperimentación, el modo en el que, fascinado por el suplemento que promete el extracto, utiliza su propio cuerpo como campo de ensayo clínico. En 1889, nos recuerda Sengoopta, Brown-Séquard «arruina su carrera al anunciar a sus colegas de la Société de Biologie de París que se había inyectado a sí mismo extractos de testículos de cobaya y perro prensados» [16]. Los resultados, dijo, fueron «espectaculares». Había experimentado un renovado vigor y un incremento de la claridad mental. Igualmente, según su informe, aquellas pacientes femeninas a las que había administrado jugo de ovarios de cobaya filtrado habían experimentado mejoría física y mental. Aunque muchos médicos respondieron a las afirmaciones de Brown-Séquard con algo más que cierto especticismo, la organoterapia adquirió

[14] Nelly Oudshoorn, «Hormones Technique et Corps. L'archéologie des hormones sexuelles. 1923-1940», *Annales,* HSS (julio-octubre 1998), págs. 775-793.

[15] *Ibidem,* pág. 779.

[16] Chandak Sengoopta, *op. cit.,* págs. 36-37. Véase también Anne Fausto-Sterling, *op. cit.,* pág. 182.

una enorme popularidad... «Al cabo de una década, sin embargo, los nuevos tratamientos quedaron desacreditados. Brown-Séquard admitió que los efectos de las inyecciones testiculares eran de corta duración y, probablemente, resultado del poder de sugestión» [17]. Este experimento fallido de Brown-Séquard servirá, sin embargo, para elaborar una primera teoría de la transmisión de información a distancia en la que las secreciones se entienden por primera vez como «mensajes químicos» [18].

1905. El mismo año en que Freud escribe sus *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad,* el doctor Ernest Henry Starling inventa el concepto de hormona. Mientras Freud imagina una nueva geografía invisible a la que denomina «inconsciente», un espacio virtual, al mismo tiempo subterráneo y paralelo al cuerpo en el que juegan el deseo, los afectos y la identidad sexual del sujeto, la ciencia y el Estado atacan al cuerpo y a la sexualidad para hacer de ellos núcleos de gestión técnica del individuo moderno. Mientras Freud inventa la sexualidad como una entidad independiente del sexo anatómico, Starling y Bayliss comienzan a pensar las reacciones humanas como efectos de sustancias que se emiten en diferentes lugares del cuerpo. Starling y Bayliss descubren una sustancia que estimula la secreción pancreática. La llaman «secretina» y la definen como paradigma de un nuevo tipo de funcionamiento corporal que denominan «hormona», del griego *horman,* excitar, poner en marcha. En un momento de plena expansión de las tecnologías de transporte y telecomunicación van a pensar las hormonas de acuerdo con una temprana teoría de la información: «Estos mensajes químicos u hormonas, como podríamos llamarlas —dicen— deben ser transportadas por las sangre desde el órgano donde se producen hasta el órgano en el que actúan» [19]. Mientras Freud contempla el sujeto como un profundo terreno cuyos estratos escondidos deben ser sacados a la luz a través de una paciente escavación lingüística, Starling y Bayliss dibujan una nueva imagen del individuo moderno: un complejo entramado de circuitos densamente conectados que emiten, reciben y descondifican

[17] Nelly Oudshoorn, *op. cit.,* pág. 779.

[18] Anne Fausto-Sterling, *op. cit.,* pág. 184.

[19] Ernst Starling, *The Croonian Lectures on the Chemical Correlations of the Body,* Women's Printing Society, Londres, 1905, pág. 6.

información bioquímica. Frente a la arqueología freudiana del yo, emerge un nuevo sujeto hormonal, electroquímico, mediático y ultra-conectado.



Entre 1860 y 1905, años en los que se elabora el concepto de hormona, James Clerk Maxwell predice la existencia de las ondas radiofónicas, Heinrich Rudolph Hertz demuestra que la variaciones rápidas de corriente eléctrica se pueden proyectar en el espacio en forma de ondas similares a la luz o el calor, dando lugar a la invención de la telegrafía y la radio; mientras tanto, la prensa y la difusión postal se convierten en fenómenos populares. La teoría hormonal forma parte de un intento de pensar el cuerpo como un sistema de comunicación. La endocrinología resultará de esta modelización del cuerpo de acuerdo a una teoría de la difusión y tratamiento de la información en un mundo que se vuelve progresivamente global. Para Starling y Bayliss lo que caracteriza a la hormona es su capacidad de «actuar a distancia», de ser emitida en un lugar e influir en el funcionamiento de otro lugar distante del cuerpo. La hormona como modelo de comunicación implica esta capacidad de teleacción, de modificar un órgano a través de la emisión distante de información biocodificada. Pensada como teletransmisor, la hormona es transporte, difusión, exportación, uso extra-doméstico, escape, fuga, éxodo, intercambio, lectura, traducción, descodificación, carta posal, mensaje telefónico. La

hormona, pensada como la deconstrucción derridiana piensa la escritura, es telecinemática. Nos encontramos aquí con una nueva manera de entender el poder y la subjetivación, distinta a la propuesta por la descripción de Foucault de los dispositivos disciplinarios ortopédicos y arquitectónicos del panóptico o de la prisión. La primera teoría hormonal es una *media theory,* una teoría de la comunicación en la que el cuerpo ya no es simplemente un medio en el que se emite, se difunde y se colecta información, sino el efecto material de estos intercambios semioticotécnicos.

El dispositivo de subjetivación que podemos reconstruir a partir de la teoría hormonal de principios del siglo XX es un conjunto de redes institucionales y técnicas en las que se producen artefactos vivos que, dentro de un determinado contexto cultural, adquieren reconocimiento político [20]. El nuevo sujeto sexual farmacopornográfico emerge de una arquitectura científico-técnica que conecta elementos tan heterogéneos como barcos coloniales, testículos de ballena, soldados impotentes, recintos penitenciarios, embarazos de esclavas, textos bioquímicos y dinero. Las industrias farmacéuticas de principios del siglo XX, que trabajan con una teoría experimental según la cual las hormonas se producen y se almacenan en las gónadas, se encuentran frente a la dificultad de procurarse grandes cantidades de ovarios y testículos (tanto animales como humanos). Los laboratorios farmacéuticos se instalan junto a los mataderos y «firman contratos con ellos para poder asegurarse una provisión regular de glándulas animales» [21]. En un intento de acabar con la penuria de extractos gonádicos, Alan Parkes, un fisiólogo inglés, admite haberse procurado «ovarios de una ballena azul» con la ayuda del Museo Británico [22]. Se espera, asimismo, la ejecución de condenados para poder recuperar los testículos [23]. Se crean así las primeras redes de tráfico estable de

[20] No hay aquí diferencia entre dispositivo y ser vivo como pretende Agamben, sino que el ser tecno-vivo emerge de un proceso de agenciamiento técnico. Véase Giorgio Agamben, *Qu'est-ce qu'un dispositif?,* Rivages, París, 2007.

[21] Nelly Oudshoorn, *op. cit.,* pág. 782; A. E. Clarke, «Research Materials and Reproductive Sciencie in the United States, 1910-1940, en L. Gerald Geison (ed.), *Phisiology in the American Context, 1850-1940,* American Physiological Society, Nueva York, 1987, págs. 329-331.

[22] N. Oudshoorn, *op. cit.,* pág. 783.

[23] David Hamilton, *The Monkey Gand Affair,* Chatto and Windus, Londres, 1986.

materiales orgánicos entre ginecólogos, científicos de laboratorio, industrias farmacéuticas (que son, en general, las que tienen contratos con los mataderos), cárceles y mataderos. Las hormonas emergen de este tráfico. Son ese tráfico. Cada vez que me administro una dosis de testosterona acepto ese pacto. Soy la ballena azul y sus enormes ovarios. Me vuelvo el toro degollado del matadero, el condenado a muerte y sus testículos recuperados para la ciencia. Establezco un contrato en el que todo mi deseo se alimenta —y alimenta retroactivamente— las cadenas globales que transforman células vivas en capital.

En 1926, este tráfico intenso de flujos, tejidos y órganos para detectar aquellas materias primas a través de las cuales «fabricar» hormonas, conduce finalmente a dos ginecólogos alemanes a afirmar que los índices más elevados de hormonas podrían encontrarse en la orina humana [24]. Golpe de magia, desacralización de las gónadas como soporte orgánico de las hormonas y modificación radical de los espacios institucionales que hasta ahora detentan el poder de investigación hormonal. Si hasta ese momento el poder lo tienen los grupos farmacéuticos que han firmado contratos con los mataderos para procurarse testículos u ovarios de animales sacrificados, el descubrimiento de que la orina es una reserva de hormonas modifica las relaciones de poder entre los grupos de producción: ahora serán las clínicas ginecólogicas las que estarán en primera línea de producción experimental, porque son las instituciones médicas donde resulta más fácil obtener la orina de las mujeres embarazadas [25]. Para procurarse la orina masculina, sin embargo, los laboratorios farmacéuticos tendrán que dirigirse a las instituciones no médicas, a aquellos espacios en los que se concentra un gran número de bio-productores: el colegio, la fábrica, la prisión. «En 1931, el químico alemán Adolf Butenandt recoge veinticinco mil litros de orina en los locales de la policía berlinesa. Así llega a aislar 50 miligramos de una sustancia cristalina a la que por primera vez llama «androsterona», pensando que se trata de la hormona masculina por excelencia» [26].

---

[24] Hans O. Haterius, «The Female Sex Hormones», *The Ohio Journal of Science,* V. 37, núm. 6, noviembre 1937, págs. 397-198.

[25] N. Oudshoorn, *op. cit.,* pág. 784.

[26] Adolf Butenandt recibirá el Premio Nobel en 1939 por sus investigaciones endocronológicas, aunque el Gobierno nazi le impedirá recoger el premio

El proceso de aislamiento y de producción técnica de las hormonas permite dibujar una cartografía de los espacios sexopolíticos disciplinarios y localizar las diferentes instituciones de encierro y de control de la feminidad y de la masculinidad como enclaves técnicos de producción del género.

Se establece así un tráfico de fluidos humanos entre diferentes instituciones disciplinarias de reclusión que finalmente pertenecen a un mismo sistema de producción del cuerpo-capital: la clínica ginecológica, el hospital, la fábrica, la prisión, el laboratorio, la industria farmacéutica. Los fluidos del cuerpo de las mujeres deberán transitar también de un espacio disciplinario, pero difícilmente accesible farmacológicamente (el espacio doméstico) a aquellos espacios donde los mecanismos de gestión pública tienen más fácil anclaje (el hospital, el centro ginecológico) para volver después a la aparente privacidad del hogar, donde pronto llegarán las hormonas en forma de píldora. Los cuerpos racializados, en las rutas del esclavismo o de la exterminación racial, los cuerpos marcados como «discapacitados» o sexualmente anormales se insertarán con rapidez en esta capitalización del cuerpo del viviente que trabaja en la producción del animal y del hombre, de lo normal y lo desviado, del humano civilizado y del humano civilizable. Así, buena parte de los ensayos clínicos con hormonas se llevarán a cabo en enclaves coloniales (por ejemplo, la píldora será probada entre la población negra de Puerto Rico), en enclaves psiquiátricos (los homosexuales y los transexuales serán considerados como enfermos mentales y sometidos a violentos procedimientos quirúrgicos y hormonales [27]), en recintos penitenciarios y correcionales hasta que las técnicas hormonales puedan ser absorbidas por el anonimato cotidiano de los espacios domésticos y de los colegios.

Pero decir hormona es decir transexualidad. El modelo de estudio y de producción de hormonas es la transexualidad ani-

hasta el año 1949. Véase Jonathan Petropoulos y John K. Roth (ed.), *Gray Zones: Ambiguity and Compromise in the Holocaust and its aftermath,* Bergham Books, Nueva York, 2006, págs. 339-360.

[27] El doctor Walter Freeman extendió a partir de 1945 la práctica de la lobotomía prefrontal (conocida también como «operación del picahielo») como cura de la neurosis, psicosis, esquizofrenia y homosexualidad. La lobotomía sera progresivamente sustituida por la administración de Clorpromazina y otros fármacos psicotrópicos.

mal, aunque la noción de transexualidad no aparecerá sino más tarde de la mano del médico americano Harry Benjamin: «A finales del siglo XIX, los investigadores comienzan a estudiar las sustancias químicas contenidas en las glándulas sexuales por medio de técnicas de castración y de transplante..., y denominan hormona masculina o femenina a las sustancias aisladas en las gónadas que provocan, después de la castración, la reaparición del órgano respectivamente masculino o femenino»[28]. Cualquier modificación que aparece tras la administración de una sustancia después de la castración se considera como relevante. Se trataba de prácticas fáciles y relativamente baratas realizadas con ratas, conejos o gallinas. Para la experimentación de hormonas llamadas femeninas se considera la modificación de órganos reproductores internos: el crecimiento del útero y la queratinización de las células epiteliales de la vagina. En el caso de las hormonas masculinas, por ejemplo, se considera significativo el «crecimiento de la cresta en los gallos castrados» y de «las vesículas seminales de los ratones». Paradójicamente, el concepto psicológico de transexualidad que popularizara Benjamin en 1966 surge de estos juegos de corta y pega en el cuerpo animal, a pesar de que la noción de «sexo psicológico» entra en contradicción con la de «animalidad».

A partir de los años treinta, la clasificación hormonal se vuelve más compleja, parece claro por primera vez que no hay hormonas específicas de cada sexo, sino que todos los cuerpos producen tanto estrógenos como testosterona; la diferencia está en la cantidad variable de esa producción. Sin embargo, la terminología de hormonas masculinas y femeninas y su utilización técnica permanecen estables.

Es en este contexto en el que las hormonas, primero el estrógeno y la progesterona, después la testosterona, pasan der ser moléculas a ser medicamentos, de ser cadenas carbonadas silenciosas a ser entidades políticas que puede legalmente introducirse en un cuerpo humano de forma intencional y deliberada, realidades sujetas a protocolos apoyados por un conjunto de instituciones, convertidos en lenguaje, en imagen, en producto, en capital, en deseo colectivo. Así es como llegarán hasta mí.

[28] N. Oudshoorn, *op. cit.,* págs. 779-780.

POP-CONTROL. MODOS DE LA SUBJETIVACIÓN FARMACOPORNOGRÁFICA

El estrógeno y la progesterona, bases moleculares de la producción de la píldora anticonceptiva, son hoy, incrementándose desde su invención en 1951, las sustancias más fabricadas por la industria farmacéutica mundial, convirtiéndose así en las moléculas sintéticas más utilizadas de toda la historia de la medicina [29]. Lo curioso no es esta producción masiva e industrial de las hormonas denominadas «sexuales», sino el hecho de que estas moléculas sean utilizadas con prioridad y casi exclusivamente sobre el cuerpo de las mujeres, al menos hasta principios del siglo XXI. La bio-feminidad tal y como la conocemos hoy en Occidente no existe sin un conjunto de dispositivos mediáticos y biomoleculares. Las bio-mujeres son artefactos industriales modernos, tecnoorganismos de laboratorio, como las hormonas. Este desequilibrio farmacológico en la producción del género comienza a verse modificado en 1998 con el descubrimiento de los efectos de un sildenafilo sobre el pene. Cuando François d'Eaubonne inventa en 1969 el término «falocracia» para hablar de la dominación simbólica y política del falo en la cultura occidental, no hubiera podido imaginar que ese mismo falo sería en realidad objeto de una intensa vigilancia y que se convertiría en el centro de una creciente normalización biopolítica. Entre mediados del siglo XX, cuando el psiquiatra Harry Benjamin descubre el efecto de las hormonas sexuales sobre la respuesta genital a la excitación, y los albores del XXI, cuando los laboratorios Pfizer, Bayer y Lilly se disputan, bajo los nombres de Viagra, Levitra o Cialis, la comercialización de una molécula vasodilatadora capaz de provocar y mantener la erección, la masculinidad deja de ser un coto cerrado de privilegios naturales para convertirse en un dominio de capitalización e ingeniería política. La primera década de este nuevo milenio ha sido un momento sin precedentes de ansiedad política y especulación económica en torno al pene. Hoy, más que de falocracia, habría que hablar de «falocontrol», de un conjunto de dispositivos políticos que luchan por diseñar los límites

[29] Véase J. Wolffers, A. Hardon y J. Janssen, *Marketing Fertility. Women, Menstruation and the Pharmaceutical Industry,* Wenos, Ámsterdam, 1989.

de la nueva masculinidad. Se acabó el tiempo de la complaciente victimización femenina: entramos en una época en la que el control tecnomolecular de los géneros se extenderá a todo y a todos. El siglo XXI será el siglo de la producción y control farmacopornográfico de la masculinidad. El Viagra y la testosterona son las divisas de esta nueva producción molecular de la masculinidad.

Durante el siglo XX, es cierto, la investigación hormonal está marcada por un desequilibrio político: mientras que el interés por los testículos y las hormonas masculinas está dirigido a virilizar y sexualizar a los hombres, asociándose desde el principio la testosterona a la juventud, la fuerza, el deseo sexual, el vigor y la energía vital; los proyectos de investigación de las hormonas consideradas como femeninas buscan controlar la sexualidad de las mujeres y su capacidad de reproducción.

En ambos casos el objetivo es una capitalización del ser vivo: la industria farmacéutica invierte en la investigación sobre hormonas femeninas esperando encontrar el ellas una fuente de riqueza a gran escala. Como nos recuerda la historiadora de la ciencia Nelly Oudshoorn, «a finales de los años treinta, en el proceso de selección de temas de estudios, después de la transformación de materias primas, las mujeres y la reproducción se vuelven el objetivo central de la investigación. El organismo masculino desaparece poco a poco del triángulo ginecología-laboratorio-industria farmacéutica como objeto de estudio»[30].

La ablación de ovarios se practica desde la década de 1870 como remedio, se pensaba en la época, para diversos «desarreglos de la menstruación y diversas enfermedades nerviosas atribuidas a los ovarios»[31]. Las castraciones terapéuticas durante el siglo XIX, incluida la castración penal (cuyos fundamentos están relacionados tanto con la producción de la raza como con la del género), practicada en Estados Unidos sobre sujetos negros para castigar la violación de mujeres blancas[32], la castración eugenésica (quirúrgica o química) de los «enfermos» y «débiles mentales» y la castración terapéutica de los «psicópatas sexuales», no afectarán al macho heterosexual blanco de clase media cuya masculi-

[30] N. Oudshoorn, *op. cit.*, pág. 788.

[31] Harold Speert, *Obstetrics and Gynecology. A History and Iconography*, Informa Healthcare, Nueva York, 2004, pág. 407.

[32] Véase Angela Davis, *Mujeres, raza y clase*, cap. 11, Akal, Madrid, 2004.

nidad y sus enclaves orgánicos, los testículos y el pene, son culturalmente demasiado preciosos como para ser pura y simplemente extirpados[33].

A principios del siglo XX, por primera vez, la naciente industria farmacéutica se interesa por la producción de preparaciones a base de estractos de ovarios en el tratamiento de la histeria, los problemas de fecundidad en las bio-mujeres y de estratos de testículos disecados de animales en el tratamiento de la impotencia o la fatiga sexual. Los alemanes son los primeros en experimentar durante la guerra con derivados de la testosterona en animales, en perros, pero también en humanos. En Alemania, la colecta y la transformación de la orina en la década de 1930 serán llevadas a cabo por los laboratorios Schering AG, que se convertirán después en el líder de producción y venta de la píldora anticonceptiva Yasmin.

En los países ricos, a partir de la Segunda Guerra Mundial, las enfermedades infecciosas dejan paso a las enfermedades ligadas al envejecimiento y a la gestión de la sexualidad, de modificación de los afectos y de control del psiquismo, de producción del yo y regulación de la reproducción y del sistema inmunitario del cuerpo en un medio ambiente hostil. Es aquí donde la producción y comercialización de hormonas sintéticas encuentra su verdadero emplazamiento farmacopornográfico.

A partir de 1950 irrumpe la utilización deportiva de la testosterona. Los laboratorios del doctor Ziegler, en Alemania, producen Dianantol (una variante oral de esteroides anabolizantes poco eficaz, puesto que la molécula de testosterona se ve atacada por las encimas del estómago) y, sobre todo, Methandosterolone (una variante inyectable más eficaz). En los años sesenta, los esteroides anabolizantes pasan al mercado farmacéutico junto con la hormona del crecimiento. A partir de entonces, todos los esteroides, testosterona, anabolizantes, etc., están a la venta en el mercado farmacológico médico o en el mercado libre o negro paralelos. Hoy, la página del Instituto Americano de la Salud (AHI) advierte que la testosterona es una «droga adictiva» y, sobre todo, que «el consumo masculino de andrógenos a largo plazo

[33] Véase Piotr O. Scholz, *Eunuchs and Castrati: A Cultural History*. Marcus Weiner Publishers, Princeton, 2001; Gary Taylor, *Castration: A Abreviated History of Western Manhood,* Routledge, Nueva York, 2002.

reduce la capacidad natural de producir la hormona y puede causar ginecomastia» (es decir, crecimiento del pecho en los hombres, lo que en la jerga de los culturistas, consumidores por excelencia de andrógenos, se conoce como *bitch teets,* tetas de perra). No se pueden comprar libremente en el mercado. Pero se pueden obtener muchas variantes de esteroides anabolizantes en varias páginas de venta en Internet en las que se encuentra de todo: esteroides, Prozac, Zoloft, Viagra, Xenical (una molécula que induce la saciedad y promete el adelgazamiento), Ziagen (una triterapia de tratamiento del VIH)..., casi de todo.

El panóptico comestible

La invención de la píldora como nanotécnica de modificiación hormonal doméstica, portable y comestible, es contemporánea de la invención de la noción de género, de la fabricación de la bomba atómica, de los primeros transplantes de silicona, de las primeras prótesis electrificadas, del ordenador, de la formica y de las sillas en contrachapado. La primera píldora anticonceptiva fue inventada, casi por error, por Gregory Pincus y los laboratorios Searle en 1951, bajo la forma de molécula de norethindrone, una variante sintética y asimilable por vía oral de la molécula activa de progesterona. Al explorar las redes económicas y técnicas que llevarán a la producción de la píldora, descubrimos con sorpresa que la píldora emerge en el marco de una investigación experimental de ayuda a la procreación de familias blancas católicas estériles [34]. Los procesos de investigación y de evaluación de su eficacia técnica dejan al descubierto sus raíces coloniales: la acción y la eficacia de la primera píldora anticonceptiva será evaluada en la isla de Puerto Rico, entre las mujeres de la población negra local y, simultáneamente, entre varios grupos de pacientes psiquiátricos del Worcester State Hospital y entre los reclusos de la prisión del Estado de Oregón entre 1956 y 1957: se evaluará la eficacia de la píldora para controlar la na-

[34] Sobre la invención de la píldora, véase Andrea Tone, *Devices and Desires. A History of Contraceptives in America,* Hill and Wang, Nueva York, 2001, págs. 203-285.

talidad entre las mujeres, y su eficacia para controlar y disminuir la libido y las «tendencias homosexuales» entre los hombres. Un análisis transversal de los espacios geopolíticos e institucionales, así como de las implicaciones raciales, sexuales y de género de la utilización de las primeras moléculas de estrógeno y progesterona sintética, permite definir la píldora no solo como un método de control de la reproducción, sino, y sobre todo, como un método de producción y de purificación de la raza, una técnica eugenésica de control de la reproducción de la especie[35]. La píldora funciona como una pieza semiótico-material (al mismo tiempo máquina y discurso) clave dentro de la gramática racista de la cultura occidental, obsesionada por la contaminación de los linajes, la pureza de la raza, la separación de los sexos y el control de los géneros[36].

Más aún, la píldora opera desde el principio como una técnica no de control de la reproducción, sino de producción y control de género. La primera píldora inventada, aunque eficaz como control de natalidad, fue rechazada por el Instituto Americano de la Salud (AHI), porque, al suprimir totalmente las reglas, venía a poner en cuestión, según el comité científico, la feminidad de las mujeres americanas. Así se inventa una segunda píldora, igualmente eficaz, pero con una diferencia: su capacidad para reproducir técnicamente los ritmos de los ciclos menstruales naturales.

Si es posible hablar con Judith Butler de una producción performativa del género, habría que indicar que aquello que es imitado aquí no es únicamente una representación teatral o un código semiótico, sino más bien la totalidad biológica del viviente. He llamado a este proceso, pensando en las expresiones *drag queen* (hombre biológicamente definido que practica una forma visible de feminidad) y *drag king* (mujer biológicamente definida que practica una forma visible de masculinidad), bio-*drag*, travestismo somático: producción farmacopornográfica de ficciones somáticas de feminidad y masculinidad. Aquello que es representado e imitado técnicamente a través de la píldora ya no es un có-

[35] Sobre píldora y purificación racial, véase Dorothy Roberts, *Killing the Black Body: Race, Reproduction and the Meaning of Liberty,* Vintage, Nueva York, 1997.

[36] Sobre la «vida pura» como objetivo del tecnobiopoder, véase Donna Haraway, *op. cit.,* 2004, págs. 78-82.

digo vestimentario o un estilo corporal, sino un proceso biológico; más precisamente, el ciclo menstrual.

Los procesos de feminización ligados a la producción, la distribución y el consumo de la píldora muestran que las hormonas son ficciones sexopolíticas, metáforas técno-vivas que pueden ser tragadas, digeridas, asimiladas, incorporadas, artefactos farmacopornográficos capaces de crear formaciones corporales que se integran en organismos políticos más amplios, como las instituciones médico-legales, los Estados-Nación o las redes globales del circulación del capital.

Gracias a la administración masiva y en altas dosis de estrógenos y de progesterona a las bio-mujeres occidentales de la posguerra, la feminidad puede ser producida y reproducida en estado puro. Esta nueva feminidad microprostética es una técnica farmacopornográfica patentada y lista para ser comercializada, transferida, implantada en cualquier cuerpo viviente. Las altas dosis de estrógenos y progesterona administradas durante esta época se afirman poco a poco como cancerígenas y responsables de diferentes alteraciones cardiovasculares, sin que por ello disminuya el consumo de la píldora (más bien el consumo ha aumentado exponencialmente desde los años setenta) o sean modificadas las consignas de la Organización Mundial de la Salud.

La cantidad de estrógeno que contiene un tratamiento mensual ha pasado de 150 microgramos, y hasta 200 miligramos de progesterona en los años sesenta, a 10 microgramos de estrógeno e incluso 15 miligramos de diferentes variades de progestinas en los actuales planes anticonceptivos. Para ganar seguridad con dosis mínimas, la actual micropíldora (método más recetado durante los períodos de lactancia) administra dosis más pequeñas durante más días, disminuyendo los días de píldora placebo durante los que se produce lo que podríamos llamar una *tecno-regla,* es decir, una sangrado técnicamente inducido que produce la ilusión del ciclo natural. Se trata de métodos técnicos bio-*drag,* cuyo objetivo es la «mímesis del ciclo fisiológico normal»[37]. Estas técnicas de intervención hormonal, desde la segunda píldora de

[37] «Mimicking the normal physiological cycle», en Anna Glasier, «Contraception, Past and Future», Lothian Primary Care NHS Trust and University of Edinburgh Department of Reproduction and Development, EH4 1NL, Edimburgo, 2002.

Pincus hasta la actual micropíldora, funcionan de acuerdo con un principio de acción paradójico: primero interrumpen el ciclo hormonal natural; después provocan técnicamente un ciclo artificial que permite restituir una ilusión de naturaleza. La primera de estas acciones es anticonceptiva; la segunda deriva de una intención de producción farmacopornográfica del género: hacer que el cuerpo de las tecno-mujeres del siglo XX siga pareciendo efecto de leyes naturales inmutables, transhistóricas y transculturales.

Un estudio reciente llevado a cabo en la Universidad de Boston muestra la relación entre consumo de la píldora anticonceptiva, la baja de los niveles de biodisponibilidad de testosterona (se reduce entre un 40 y un 60 por 100) y la caída de la libido en mujeres. El equipo de la Universidad de Boston advierte que la utilización de estrógeno sintético puede modificar la producción hormonal global. El mismo estudio propone la administración de testosterona en gel a bajas dosis para aumentar la función sexual en las mujeres consumidoras de la píldora[38]. Sin embargo, la administración de testosterona para mujeres sigue siendo hoy un tabú hormonal de carácter político. Resulta interesante la producción doble y paradójica de la feminidad en el régimen farmacopornográfico (similar a la relación entre represión de la masturbación y producción de la crisis histérica por medios mecánicos en el régimen sexodisciplinario del siglo XIX[39]): por una parte, se administra la píldora a las bio-mujeres de forma generalizada; por otra, se busca un modo farmacológico de paliar depresión y frigidez. La bio-mujer del siglo XXI surge como resultado de este cortocircuito somatopolítico; su subjetividad se modula en el estrecho margen de agenciamiento creado por estos campos de fuerza divergentes.

La formación de la sociedad farmacopornográfica se caracteriza por la aparición, a mediados del siglo XX, de dos fuerzas de producción de la subjetividad sexual: por una lado, lo hemos vis-

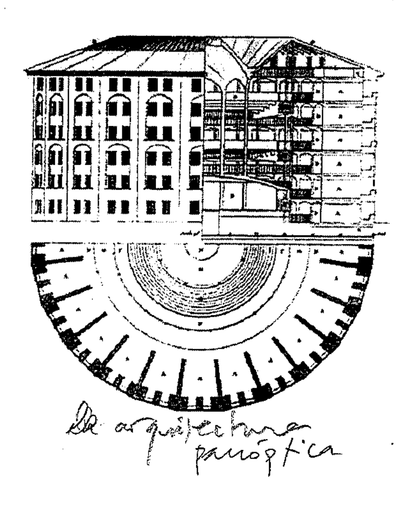
[38] Katrina Woznicki, «Birth Control Pills May Produce Protracted Effects on Testosterone Levels», *Medpage Today Staff Writer,* enero 2003, 2006; Panzer *et al.,* «Impact of Oral Contraceptives on Sex Hormone-Binding Globulin and Androgen Levels: A Retrospective Study in Women with Sexual Dysfunction», *The Journal of Sexual Medicine,* enero 2006, págs. 104-113.

[39] Véase el análisis de esta producción paradójica en Beatriz Preciado, *Manifiesto contra-sexual,* Opera Prima, Madrid, 2002.

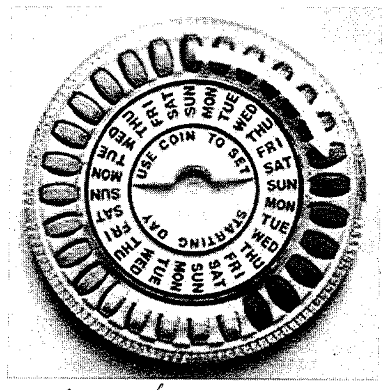
to, la introducción de la noción de «género» como dispositivo técnico, visual y performativo de sexuación del cuerpo, y la reorganización del sistema médico-jurídico, educativo y mediático que hasta ahora articulaba las nociones de normalidad y perversión en torno a la díada heterosexualidad/homosexualidad y que, a partir de ahora, contemplará la posibilidad de modificar técnicamente el cuerpo del individuo para «fabricar un alma»[40] masculina o femenina. Por otro lado asistimos a la progresiva infiltración de las técnicas de control social del sistema decimonónico disciplinario dentro del cuerpo individual. Ya no se trata ni de castigar las infracciones sexuales de los individuos ni de vigilar y corregir sus desviaciones a través de un código de leyes externas, sino de modificar sus cuerpos en tanto que plataforma viva de órganos, flujos, neurotransmisores y posibilidades de conexión y agenciamiento, haciendo de estos al mismo tiempo el instrumento, el soporte y el efecto de un programa político. Cierto, estamos ante una forma de control social, pero de «control-pop», por oposición al control frío y disciplinario que Foucault había caracterizado con el modelo de prisión de Jeremy y Samuel Bentham, el panóptico.

El panóptico, recordemos, aparece primero como modelo de arquitectura industrial (y no carcelaria) inventado por el ingeniero naval Samuel Bentham, hermano del filósofo Jeremy Bentham, en 1786 respondiendo a un encargo del príncipe ruso Grigori Potemkin. Se trataba de una «casa de inspección» industrial diseñada para maximizar la vigilancia, el control y la enseñanza de los obreros de un poblado-fábrica. La estructura arquitectónica en forma de dos anillos concéntricos de Bentham contiene una torre de vigilancia en el centro entorno a la que se distribuye radialmente un conjunto de celdas. Cada una de ellas presenta dos ventanas, una exterior para que entre la luz y otra interior dirigida hacia la torre de vigilancia. Los ocupantes de las celdas se encontrarían aislados unos de otros por paredes y sujetos al escrutinio (audiovisual) colectivo e individual de un vigilante en la torre, una posición que idealmente, imagina Foucault, podría estar vacía u ocupada por el ojo abstracto de Dios, que permanecería oculto.

[40] Según la expresión de Michel Foucault en *Vigilar y castigar,* Siglo XXI, México, 1976.



la arquitectura panóptica



la píldora anticonceptiva

A partir de este modelo original se crearán a lo largo de los siglos XIX y XX centros escolares y disciplinarios como la cárcel de Rahway, New Jersey, en Estados Unidos, las cárceles de Dublín, Bogota o la Isla de los Pinos en Cuba, o la cárcel de Mataró en España, diseñada por Elies Rogent, entre otros. Para Foucault, el panóptico no es un simple centro disciplinario. Es el *modelo* del poder-saber disciplinario como «ortopedia social» [41]: el poder y sus modos específicos de conocimiento y vigilancia se materializan en una arquitectura exterior (ya tome esta la forma final de la prisión, el colegio, el hospital, el cuartel o la fábrica) que automatiza el movimiento, controla la mirada, temporaliza la acción y ritualiza las prácticas cotidianas. La finalidad de tales arquitecturas no es dar hábitat ni representar al individuo, sino que, como auténticos dispositivos performativos, tienden a producir el sujeto que dicen albergar. El condenado, el alumno, el enfermo, el soldado y el obrero son los precipitados políticos de estas tecnologías de subjetivación.

El historiador del arte Aby Warburg nos ha legado un método iconográfico para pensar la transmisión y la supervivencia de formas a través de las diferentes mutaciones culturales. En su *Atlas Mnemosyne* (1924-1929), Warburg compone una posible historia visual de Europa hecha de dos mil imágenes, entre las

[41] Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas,* Gedisa, Barcelona, 1995, pág. 98.

que se encuentran tanto esculturas románicas, como mapas de distintas épocas, cartografías darwinianas de la evolución animal, frescos renacentistas, óleos cristianos o fotografías de principios del siglo XX. Inspirándose en este método de trazabilidad visual es posible detectar, no sin cierto escalofrío, la supervivencia del modelo de Bentham en el diseño original de la plaqueta de píldoras anticonceptivas comercializada a gran escala a partir de los años sesenta. Dicho de otro modo, la píldora anticonceptiva es el panóptico comestible. La ortopedia social ha dejado paso a la microprostética sexopolítica.

Se trata de un dispositivo ligero, portable, individualizado y afable que permite modificar el comportamiento, temporalizar la acción, regular la actividad sexual, controlar el crecimiento de la población y diseñar la apariencia sexual (refeminizándola sintéticamente) de los cuerpos que se lo autoadministran. La torre de vigilancia ha sido sustituida ahora por los ojos de la consumidora dócil de la píldora, que sin necesidad de mirada exterior, regula su propia administración siguiendo el calendario espacial propuesto por la plaqueta circular o rectangular. El látigo se ha visto remplazado por el cómodo sistema de administración oral. La celda es ahora el cuerpo mismo de la consumidora que se ve modificado bioquímicamente, sin que una vez ingerido el compuesto hormonal puedan determinarse los efectos exactos ni su procedencia. Las puniciones y los sermones educativos se han transformado aquí en recompensas y promesas de libertad y emancipación sexual para la mujer. La píldora (como lo es el Prozac, el Viagra, el Tepazepam, o la Ritalina) es un laboratorio estatal miniaturizado instalado en el cuerpo de cada consumidora. Se lleva a cabo de este modo el derrumbamiento de las instituciones de reclusión que anuciaron Deleuze y Guattari en su epílogo a *Mil Mesetas*. Ahora ya no es necesario encerrar al individuo para someterlo a pruebas bioquímicas, pedagógicas o penales, puesto que la experimentación sobre el alma humana puede llevarse a cabo en el precioso enclave del cuerpo individual, bajo la supervisión atenta e íntima del propio individuo. Todo esto puede suceder *libremente,* y en beneficio de la *emancipación* sexual del cuerpo controlado.

Entre el panóptico y la píldora las diferencias son importantes. Marcan, en apenas un siglo de distancia, la transformación

de un programa disciplinario en un programa farmacopornográfico. En un caso nos encontramos con una arquitectura política externa que define la posición del cuerpo en un espacio colectivamente regulado, crea posiciones de poder específicas (vigilante/vigilado, enfermo/doctor, profesor/estudiante, etc.) y permite generar un saber (visual, estadístico, demográfico) acerca de los individuos controlados. En el otro, nos enfrentamos a un dispositivo que, sin dejar de aumentar su eficacia, ha reducido su escala hasta convertirse en una técnica biomolecular individualmente consumible por vía oral. En la era farmacopornográfica, el cuerpo se traga el poder. Se trata de un control democrático y privatizado, absorbible, aspirable, de fácil administración, cuya difusión nunca había sido tan rápida e indetectable a través del cuerpo social. Las representaciones dominantes de la era farmacopornográfica —píldora, prótesis, felación y doble penetración— comparten una misma relación entre cuerpo y poder: deseo de infiltración, absorción, ocupación total. Podríamos caer en la tentación de representar esta relación según un modelo dialéctico de dominación/opresión como un movimiento unidireccional en el que el poder, exterior, miniaturizado y líquido, infiltra el cuerpo dócil de los individuos. No. No es el poder el que infiltra desde fuera, es el cuerpo el que desea poder, el que busca tragárselo, comérselo, administrárselo, metérselo, más, cada vez más, por cada orificio, por cada vía posible de aplicación. Hacérselo con el poder. *Baise Moi,* «fóllame», dice el cuerpo mientras busca formas de autocontrol y autoexterminación. Spinoza con Despentes: «¿Por qué los hombres desean su propia esclavitud?».

La plaqueta mensual de píldoras, con el imperativo de administración cotidiana, pero al mismo tiempo con la posibilidad del olvido o de la gestión incorrecta, con su temporalidad ritual, su diseño pop multicolor próximo de las latas Campbell inmortalizadas en 1960 por Andy Warhol, recuerda a un calendario químico en el que todos y cada uno de los días están señalados por la presencia indispensable de una pastilla. Su presentación en forma circular invita a seguir el movimiento del tiempo en un reloj, con su alarma [42] que anuncia la hora de la

[42] Las primeras plaquetas de píldoras anticonceptivas incluían un dispositivo de alarma que recordaba a la consumidora la hora y fecha de la ingestión.

ingestión opera como un dispositivo de autovigilancia doméstica de la sexualidad femenina, como si se tratara de una versión molecular, endocrinológica y *high-tech* de un mandala, del libro de las horas, o del examen de conciencia cotidiano de los *Ejercicios* de Loyola. Se trata de una microprótesis hormonal que permite, además de regular la ovulación, producir el alma del sujeto heterosexual mujer moderno. El alma químicamente regulada de la putita heterosexual sujeta a los deseos sexuales del bio-macho de Occidente. Fuera de este microfascismo pop, molecular y ultrainvidualizado, resulta difícil explicar cómo la píldora ha podido ser privilegiada médica y jurídicamente como método anticonceptivo frente a otros métodos menos tóxicos y con menos efectos secundarios que requieren una menor atención cotidiana, como la vasectomía (esterilización masculina) reversible o no, la anticoncepción hormonal masculina, la RU-486 o píldora del día después, o incluso el aborto masivo por aspiración uterina en los estadios tempranos de la gestación [43].

Pero la píldora, dominada por la necesidad de la decisión individual de la ingestión y por el cálculo temporal de la toma, induce inmediatamente el accidente, cuenta con el accidente, lo programa, piensa el accidente como posibilidad *sine qua non* de la sexualidad femenina. La lógica heterosexista que domina la píldora parece responder a esta doble y contradictora demanda: toda mujer debe al mismo tiempo ser fértil (y serlo a través de inseminación heterosexual) y ser capaz de reducir en cada caso la posibilidad de su fertilidad de modo asintóticamente próximo a cero, pero sin reducirlo completamente (en cuyo caso, la posibilidad de una relación heterosexual con su ecuación sexo = reproducción parecería carecer de interés), de modo que la concepción accidental sea posible. Único problema: la gestión individual y autónoma de la píldora por la mujer parece introducir una posibilidad de agenciamiento político.

A partir de los años cincuenta, la construcción de la bio-feminidad es, en todo caso, un proceso de travestismo somatopolítico (bio-*drag*). Se trata de un proceso de travestismo molecular,

[43] Discuto sobre la píldora con V. D., que, sin duda, tiene más experiencia que yo en tanto que consumidora. Ella propone sustituirla por un método drástico de democratización del aborto gratuito: transformar cada McDonald's en un servicio ginecológico de aborto libre y gratuito en todos los barrios urbanos.

de una transformación de la estructura de la vida y no simplemente de un disfraz o una máscara, como pretenden a menudo las teorías postmodernas del género [44]. Los senos, por ejemplo, cuyo peso, forma y consistencia adquieren relevancia estética [45] (en el sentido médico del término), se transforman progresivamente en un centro somático de producción de género. Se presentan ahora como el enclave de nuevas patologías como la hipomastia (síndrome de senos pequeños) o el cáncer de mama, que aparece al mismo tiempo que las técnicas de mastectomía (ablación quirúrgica de la mama) y de reconstrucción del pecho con implantes sintéticos y cuyo número de incidencias aumenta de manera exponencial a partir de los años sesenta [46]. Bomba de hidrógeno, píldora anticonceptiva, implantes de silicona, cáncer de mama... Desde la ablación hasta la reconstrucción pasando por el aumento, el seno del siglo XX funciona ante todo como una prótesis, es prótesis antes de ser bio-seno. O, dicho de otro modo, todo bio-seno existe en relación a su propia prótesis sintética. Por tanto, cabría más bien hablar de tecno-seno, tanto para las bio-mujeres como para las transexuales operadas, que de seno femenino natural frente a seno prostético.

Desde principios del siglo XX, los nuevos materiales sintéticos, las estructuras arquitectónicas y las técnicas de *collage* artístico y de montaje cinematográfico se desplazan al dominio de la transformación corporal [47]. Por ejemplo, la parafina será una de las primeras sustancias utilizadas para la construcción de las llamadas *island flaps,* cubiertas para los implantes de pecho, pero también para los implantes de testículo (especialmente utilizados en el caso de soldados que han perdido un/los testículo/s durante la guerra), así como para la reconstrucción de la llamada «na-

---

[44] El extremo de estas sería, por ejemplo, Jean Baudrillard; pero también se han hecho lecturas de «reducción performativa» de los textos de Judith Butler o de Sue Ellen Case.

[45] Sander L. Gilman, *Making the Body Beautiful. A Cultural History of Aesthetic Surgery,* Princeton University Press, Princeton, 2000.

[46] Elizabeth Haiken, *Venus Envy. A History of Cosmetic Surgery,* The John Hopkins University Press, Baltimore, 1999.

[47] Véase el insólito estudio sobre la relación entre la estética surrealista y el asesinato de la Dalia Negra que dará título a la novela de James Elroy: Mark Nelson y Sarah Hudson Bayliss, *Exquisite Corpse. Surrealism and the Black Dahlia Murder,* Bulfinch, Londres, 2006.

riz sifilítica». En los años veinte, la parafina deja paso a la goma arábiga, el caucho, la celulosa, el marfil o diferentes metales. En 1949, el ivalón, un derivado del alcohol polivinílico, es utilizado para llevar a cabo el primer implante de mama por inyección subcutánea. Las primeras destinatarias de estos implantes rudimentarios son las trabajadoras sexuales japonesas del período inmediatamente posterior a la posguerra, cuyos cuerpos sufrirán un proceso de estandardización según los criterios de consumo heterosexual del ejército americano[48]. La mutación del cuerpo se lleva a cabo a escala global: los cuerpos que se vieron afectados por las radiaciones de plutonio de la bomba atómica lo serán ahora por los polímeros de polysiloxan. A partir de 1953, la silicona pura se convierte en el material líder en la producción de implantes prostéticos. Poco después, la compañía Down Corning comercializa el primer tubo de gel de silicona para uso clínico. Su utilización, a pesar de su alta toxicidad, durará hasta principios de los años noventa.

La dimensión de producción farmacopornográfica del cuerpo, eso que podríamos llamar bio-*drag* o *camp somático,* no depende aquí, como podríamos pensar a primera vista, de la utilización de materiales sintéticos para la reconstrucción de una normalidad corporal supuestamente natural. De hecho, una de las primeras técnicas de reconstrucción de seno aparece a finales del siglo XIX, cuando el doctor Vinzent Czerny decide recuperar la masa voluminosa de un lipoma que crece sobre la espalda de una de sus pacientes para compensar una ablación de seno por medio de un autotransplante[49]. Años más tarde, siguiendo el mismo principio, se desarrollan, por ejemplo, los autotransplantes de grasa corporal en las operaciones de *lifting* y de remodelación corporal.

La diferencia entre bio- y tecno- no es una diferencia entre lo orgánico y lo inorgánico. No se trata aquí de evaluar el paso de lo biológico a lo sintético, sino de señalar la aparición de un nuevo tipo de corporalidad. Las nuevas técnicas de producción del cuerpo no son fieles a una taxonomía clásica según la cual a cada órgano y a cada tejido corresponde una única función y un único

[48] Véase Marilyn Yalom, *A History of the Breast,* Ballantine Publishing Group, Nueva York, 1997, págs. 236-238.

[49] Sander L. Gilman, *op. cit.,* 2000, pág. 249

emplazamiento. Lejos de respetar una totalidad formal o material del cuerpo, la biotecnología y las técnicas prostéticas combinan modos de representación que provienen del cine y de la arquitectura, como el montaje o el *modeling* en 3D. La nueva tecnología quirúrgica que ha hecho posible la aplicación de los ideales farmacopornográficos de la sexualidad (gestión técnica de la masculinidad y de la feminidad, medicalización del orgasmo y del deseo sexual, telecontrol de la función fastasmática de la sexualidad, etc.) pone en marcha procesos de construcción tectónica del cuerpo según los cuales los órganos, los tejidos, los fluidos y, en último término, las moléculas, se transforman en materias primas a partir de las cuales se fabrica una nueva apariencia de naturaleza.

Control microprostético

De acuerdo con este mismo programa sexopolítico, durante los últimos veinte años, las industrias farmacéuticas han dejado de lado la investigación de la posible producción de una píldora masculina o de la esterilización temporal. Los esfuerzos científicos se han concentrado en el desarrollo de nuevos métodos de administración de hormonas para mujeres que reduzcan el margen de agenciamiento introducido por el método de administración individual de la píldora. Muchos de los actuales ensayos clínicos tienen como objetivo la producción de una técnica de administración hormonal que evite la vía oral: se habla así de las ventajas de una reducción de la asimilación de los esteroides a través del hígado, de la reducción del riesgo de olvido y la mejora de la asimilación a través de la posible emisión en sangre de dosis constantes de hormonas. En los años ochenta, aparecen los primeros combinados de estrógenos y progesterona inyectables una vez al mes. Progresivamente, durante la década de 1990, asistimos a una comercialización de los implantes a base de progestogen: desde los seis bastoncillos de progesterona siliconada implantados bajo la piel del brazo (Norplant), hasta los dos bastoncillos (Norplant 2, Jadelle), o simplemente uno (Implanón). Estos implantes cuya difusión hormonal tiene, por el momento, una duración de entre uno y cinco años, resultan, una vez instalados bajo la piel, invisibles y casi indetectables (¡cuando no irrecuperables!). De nuevo es posible identificar aquí el devenir

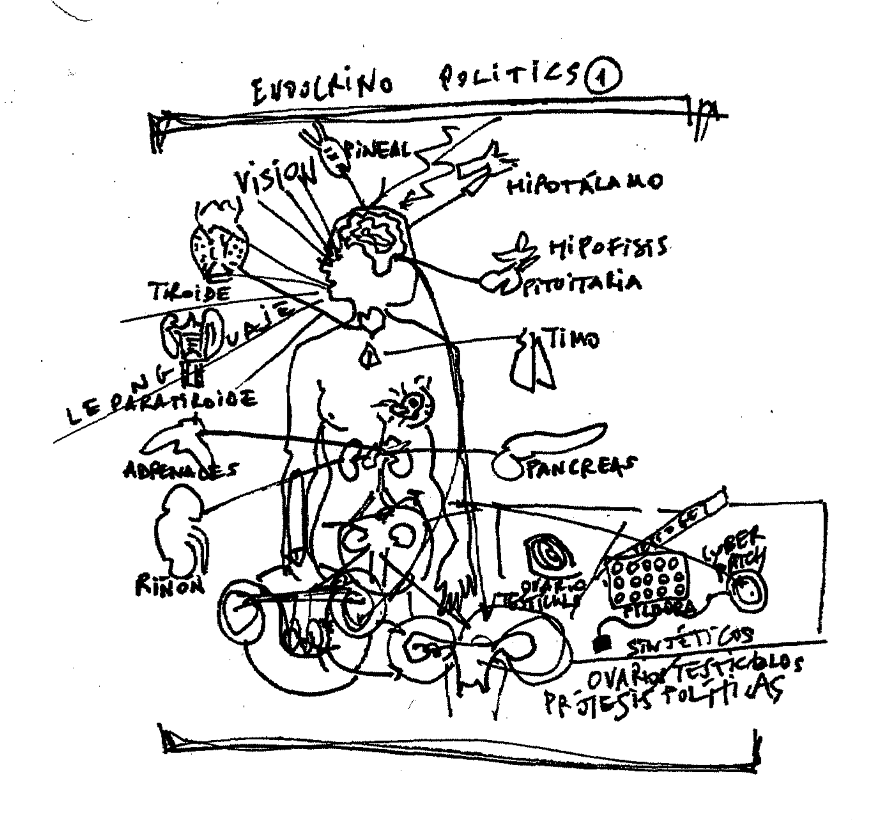
líquido y microprostético de las técnicas de control de la sexualidad que antes eran rígidas, exteriores y visibles. Del panóptico que se traga pasamos progresivamente al panóptico que se inyecta, se instala hasta confundirse con la estructura del viviente.

El Implanón no resulta demasiado diferente del clásico implante intrauterino (DIU), especialmente en el modelo que produce una difusión intrauterina de progesterona. La diferencia reside en el lugar de inserción en el cuerpo. De algún modo, el Implanón, instalado subcutáneamente en el brazo, produce la ilusión de una menor intervención en la sexualidad, puesto que el dispositivo no toca directamente los órganos considerados culturalmente como sexuales. Otros dispositivos de administración y comercialización reciente son el anillo vaginal (que se inserta en la vagina durante veintiún días y se retira durante cinco días para producir una simulación de regla natural) y, sobre todo, el cada vez más utilizado *patch* anticonceptivo transdérmico. Ambos contienen ethinilestradiol combinado con progesterona.

En el otro lado de la ecuación de género, el actual aumento de la producción de testosterona sintética como terapia de sustitución en bio-hombres mayores de los cincuenta años ha abierto nuevas perspectivas de investigación y comercialización hormonales. El laboratio alemán Schering, líder mundial en contracepción con la píldora Yasmin, se enfrenta desde hace tiempo con una competencia comercial cada vez más intensa. Interesados en permanecer a la cabeza de este mercado en expansión, Schering lanza en 2004 los primeros ensayos clínicos para evaluar la eficacia de diversos anticonceptivos por implante o inyección en hombres que disminuyen la concentración de los niveles de esperma. Este tipo de anticonceptivo masculino, basado en principios próximos a la píldora femenina, actuaría gracias a una composición a base de progestogén para suprimir la producción de espermatozoides, combinado con una terapia de sustitución a base de testosterona para mantener los niveles de libido y erección. Si estudiamos la composición de esta posible píldora anticonceptiva para bio-hombres desde un punto de vista farmacopornográfico, surge una pregunta inevitable: ¿por qué durante todo el siglo XX no se ha fabricado ningún método de contracepción de administración oral para bio-hombres?, ¿por qué ninguna píldora anticonceptiva femenina está combinada hoy con microdosis de testosterona para «mantener los niveles de libido» o la intensidad y

la frecuencia de los orgasmos? En todo caso, el desafío farmacopornográfico del siglo XXI será comercializar un máximo de compuestos hormonales para bio-hombres (a menudo fabricados a base de testosterona, pero reduciendo el riesgo cancerígeno) sin poner en cuestión el carácter natural de la masculinidad.

Me sorprende la frecuencia con la que los ginecólogos que he visitado durante los últimos quince años me proponen, indiferentes a mi afirmación en la sexualidad lesbiana, dildónica o anal, la píldora como método anticonceptivo, elogiando sus virtudes para «regular el ciclo menstrual», «mejorar la calidad de la piel» o «aliviar los dolores de la regla», sin mencionar sus efectos secundarios, excepto su interacción cancerígena en el caso del consumo de tabaco —donde el responsable parece más bien el tabaco que la píldora—. La cuestión es administrarme la dosis farmacopornográfica necesaria de estrógenos y progesterona para transformarme en una hembra sumisa, de grandes senos, humor depresivo pero estable, sexualidad pasiva o frigidez.



Para compensar la relación establecida científicamente entre píldora y cáncer, las nuevas píldoras se afirman como instrumentos de belleza y feminización: nos encontramos aquí frente a una gestión molecular de la refeminización corporal. Por una parte, las compañías farmacéuticas hablan hoy del deseo de producir una píldora anticonceptiva a base de «moduladores selectivos de los receptores de estrógenos (SERMS) que disminuiría el riesgo de cáncer de mama» —algo así como el equivalente hormonal de la mantequilla que reduce los niveles de colesterol, o de la metadona como droga de sustitución que reduce la adicción a la heroína—. Paralelamente, asistimos a la comercialización creciente de la llamada píldora abortiva o del día después RU-486, especialmente en países como China, sujetos a un régimen sexopolítico en el que el control de la natalidad es un principio moral por encima de principios como el de «respeto a la vida» (¿qué vida?, ¿la vida técnica?) que domina aún hoy nuestros hipócritas regímenes farmacopornográficos de Occidente.

La píldora como dispositivo performativo clave del régimen farmacopornográfico pasa de ser una simple técnica de control de la natalidad a proyectarse como programa de producción cosmética de feminidad: aparece cada vez más como una terapia en el tratamiento del acné, del llamado hirsutismo (bello corporal y facial en las mujeres) o el aumento del volumen y mejora de la forma del pecho. Se fabrican así nuevas píldoras a base de progesterona como la Drospirenone comercializada en Alemania, que debido a sus propiedades antimineralocorticoides prometen una disminución de la retención de líquidos y una pérdida de peso corporal. Asimismo, las terapias hormonales parecen seducir hoy a un público de consumidoras que desearía reducir la frecuencia y la intensidad de las reglas. Ya no se trataría tanto de una utilización contraceptiva (o únicamente contraceptiva), sino de gestión de los ciclos menstruales (así, los nuevos implantes prometen una eliminación total de las reglas entre uno y cinco años). Como sabemos, esta posibilidad no es nueva; bien al contrario ese fue uno de los efectos colaterales de la primera píldora inventada por Pincus y Carl Djerassi en 1953. Mientras en los años cincuenta, cuando emergían lentamente de un dispositivo sexopolítico disciplinario, estos efectos parecían incompatibles con la metafísica de género que establecía una ecuación entre feminidad y maternidad, hoy, en plena expansión de un modelo sexopolítico farmacopornográfico en el

que una multitud de consumidores tendrán acceso a la producción molecular de su género y su sexualidad según fluctuaciones del mercado farmacológico, los nuevos implantes y píldoras anuncian un nuevo tipo de feminidad *high-tech:* la tecno-*barbie,* eternamente joven y supersexualizada, casi totalmente infértil y sin reglas. En una era de «guerra limpia» ultratecnológica habita una nueva mujer limpia, producto de una multiplicidad de microtecnologías de gestión de su subjetividad sexual, acompañada de un super-macho estéril y cuyas erecciones son técnicamente producidas por una combinación sabia de Viagra y códigos audiovisuales pornográficos transmitidos por vía informática.

Con la creación, a partir de los años setenta, de las terapias de sustitución hormonal post-menopaúsicas a base de estrógenos y progesterona (especialemente en gel, muy similar al Testogel que yo me administro, en *patch,* pero también en *spray* nasal) y su expansión a partir de la década de 1990, la tecno-mujer del siglo XXI se convierte en una potencial consumidora de hormonas sintéticas durante, casi cincuenta años: a los cuarenta de tratamiento anticonceptivo vienen a sumarse hoy diez o quince años de tratamiento post-menopaúsico. Veremos también en un futuro reciente la aparición de otros métodos, hoy experimentales: la llamada vacuna anticonceptiva o inmunocontracepción que vacuna al organismo contra el desarrollo del embrión o contra la aceptación del espermatozoide por parte del óvulo. Todos estos métodos de anticoncepción, compiten en la búsqueda de recursos económicos para apoyar la investigación clínica con la urgencia de los métodos de barrera, de prevención o de vacuna del VIH.

La hormona enemiga: testosterona y terrorismo de género

El siglo XXI se abre con el primer intento de comercialización de un *patch* de testosterona para bio-mujeres. En 2004, después de varios años de test clínicos, la Food and Drug Administration de Estados Unidos niega la autorización a los laboratorios Proctor & Gamble para comercializar Intrinsa, el primer *patch* que suministra 300 microgramos al día de testosterona para bio-mujeres, considerado una terapia de sustitución para tratar el llamado Hypoactive Sexual Desire Disorder (HSDD), desorden se-

xual hipoactivo o falta de deseo sexual[50]. El producto estaría destinado, según estos laboratorios, a «mujeres que han sufrido una ablación de los ovarios», pero espera indirectamente alcanzar un público mucho más amplio: como sabemos, por el estudio de la Universidad de Boston, el de todas las consumidoras de la píldora anticonceptiva que sufren un descenso de los niveles de testosterona. Por supuesto, la evaluación de los riesgos hormonales que lleva a cabo la Food and Drug Administration en este caso es muy distinta a la efectuada cuando se trataba de aprobar la utilización de estrógeno o de progesterona en casos de ablación de ovarios o de menopausia. Varios artículos, incluso el publicado en el tímido *Times,* denuncian el «carácter político» de esta decisión médica, e insisten en la influencia que la cantidad de «miembros conservadores» del comité del Federal Drug Administration ha podido tener en ella. El comité ha considerado que «a pesar de los resultados esperanzadores de esta sustancia utilizada para mejorar la vida sexual de las pacientes, su uso no parece justificado». Más sorprendente resulta la calificación de la testosterona para mujeres por parte del comité como una *lifestyle drug,* una «droga de estilo de vida», algo así como el éxtasis o el *popper,* pero para mujeres menopaúsicas. En lugar del «orgasmo expandido» que prometía Intrinsia a base de testosterona, la FDA propone un conjunto de drogas legales para estimular la función sexual en las bio-mujeres: cremas vasodilatadores de administración vaginal (Orexia, Provesta, Vigorelle, Estravil, etc.). Mientras los bio-hombres serán inmediatamente consumidores legales de Viagra y de testosterona, a las bio-mujeres se les proponen cremas de dudosa eficacia (a un coste de una media de sesenta dólares por bote de crema) a base de complementos dietéticos naturales como L-Arginine, Damiana Leaf, Herba Leonori, Ginkgo Biloba, que no se consideran «medicamentos dedicados a curar ninguna enfermedad» y cuya eficacia no necesita ser probada por la FDA.

Sin embargo, el mercado que parece esperar la Intrinsa podría ser enorme. Un estudio reciente llevado a cabo en Estados Unidos por una compañía farmacéutica que explora el mercado potencial de estimulantes sexuales entre bio-mujeres, arroja los

[50] Intrinsa acaba de recibir una licencia de explotación farmacéutica a partir de marzo de 2007 en Reino Unido y el resto de Europa.

siguientes resultados: el 46 por 100 de las mujeres dicen no haber tenido nunca un orgasmo, y el 64 por 100 de las mujeres casadas afirman tener una vida sexual insatisfactoria. Mientras que el régimen sexopolítico disciplinario de los siglos XVIII y XIX patologiza y medicaliza el deseo sexual de las mujeres considerándolo como causa de histeria, masturbación, ninfomanía, perversión u homosexualidad, el nuevo régimen farmacopornográfico sanciona, por primera vez, la falta de deseo y placer sexuales en la mujer: he aquí el nombre de esta nueva enfermedad: FSD, Female Sexual Dysfunction (Disfunción Sexual de la Mujer). Según estas estimaciones, diez millones de mujeres en Estados Unidos serían candidatas a una terapia de deseo y rendimiento sexual, además de los treinta millones de mujeres menopaúsicas que podrían acceder de manera progresiva a la categoría de consumidoras potenciales del producto. ¿Cuáles podrían ser las razones por las que el FDA estadounidense rechazaría un mercado tan esperanzador? El capitalismo farmacopornográfico choca frente a sus límites de género, que siguen funcionando de acuerdo a modelos de feminidad y masculinidad decimonónicos. Estas barreras caerán cuando sea posible paliar los efectos secundarios de la testosterona en mujeres («virilización», «hirsutismo») indeseables en un régimen heterosexual por medios farmacológicos y técnicos comercializables.

El futuro super-hombre T.

Frente a la restricción en la administración de microdosis de testosterona a bio-mujeres, la testosterona se viene utilizando ya durante más de tres décadas en terapias de sustitución hormonal para bio-hombres. El método de administración más común es el de AndroGel, una difusión en gel de testosterona, semejante al Testogel que yo me administro, producida por Unimed Pharmaceuticals en Illinois.

Los esteroides anabolizantes, derivados más o menos próximos de la testosterona, se utilizan desde los años treinta para tratar hipogonadismo, una condición en la que los bio-testículos de un hombre no producen suficiente cantidad de testosterona. Tecnologías del género y tecnologías de la guerra: mismo negocio. Antes de 1950, el Gobierno alemán nazi y después el

Gobierno norteamericano son los primeros en experimentar con la administración de dosis de testosterona en animales, pero también con sus propios soldados bio-hombres, así como con la población civil en los campos de concentración y con los prisioneros de guerra. A partir de los años ochenta, la testosterona se extiende como droga farmacológica. En 2006, en Estados Unidos, cuatro millones de bio-hombres están sujetos a una terapia de sustitución hormonal a base de testosterona. Clínicamente «no producen suficiente cantidad», aunque la cantidad normal, como hemos visto, no deja de ser una conjetura política más que una certeza científica. A ello habrá que añadir, los bio-hombres en el ejército, los enfermos de sida que toman testosterona como terapia de sustitución combinada a una triterapia, etc.

Pfizer, líder farmacológico mundial, alcanza en 2005 los dos mil millones y medio de dólares de beneficios con Viagra. Este es un mercado sin precedentes, porque es un mercado virtual de bio-*drag;* solo la pornografía se le asemeja: trece millones de americanos de más de cuarenta y cinco años padecen lo que ahora se ha dado en llamar *Low-T syndrom,* síndrome de baja testosterona. Síntomas: falta de libido, disfunción erectil, fatiga, depresión, etc. En definitiva, la vida ordinaria de cualquier bio-hombre medio.

Existe una institucionalización desigual del cuerpo masculino y femenino en los circuitos de producción de saber y de artefactos biomédicos [51]. El cuerpo de las mujeres, incluso de aquellas que aparecen como normales, las femeninas, las heterosexuales, las que no son ni frígidas ni histéricas, ni putas ni ninfómanas, el cuerpo de las perfectas madres potenciales, está de todos modos siempre sujeto a vigilancia y a regulación. Por definición, el cuerpo femenino nunca es completamente normal fuera de las técnicas que hacen de él un cuerpo social.

Desde el punto de vista de las teorías científico-técnicas, resulta hoy evidente que el estrógeno, la progesterona y la testos-

[51] Curiosamente, la andrología (estudio de la fisiología y de la patología del sistema reproductor y sexual masculino) no se desarrolla hasta los años sesenta en los países nórdicos y en Estados Unidos. De este modo, la investigación sobre la reproducción masculina queda en un estado larvario hasta prácticamente finales de los años noventa, cuando el control de la erección aparece de nuevo como una preocupación terapéutica.

terona son sustancias producidas por cualquier cuerpo independientemente de su sexo (asignado políticamente en el nacimiento), y que todas ellas, junto con las moléculas segregadas por el páncreas, el hipotálamo, la paratiroides, la tiroides, el thymus y el cuerpo pineal, funcionan de manera sistémica y descentralizada. Las bio-mujeres también producen testosterona, tanto en los ovarios como en las glándulas adrenales. Más aún, hoy sabemos que en las bio-mujeres la testosterona podría ser responsable del desarrollo de los músculos, del crecimiento de los huesos y del deseo sexual.

La diferencia se encuentra en microcantidades hormonales presentes en cada cuerpo y en el número de receptores hormonales y en la interacción sistémica con otras hormonas y receptores. Tras examinar varios manuales de endocrinología clínica, podemos afirmar que la cuestión de la cantidad de testosterona «normal» que producen bio-hombres y bio-mujeres parece relativa o, al menos, sujeta a un amplio grado de interpretación. Los valores normales de testosterona en sangre en los cuerpos considerados políticamente como varones varían entre 437 y 707 nanogramos por decilitro. Pero es posible encontrar un cuerpo que produce tan solo 125 nanogramos por decilitro y cuyo sexo políticamente asignado es masculino. Los valores de testosterona para los cuerpos considerados como bio-mujeres varían entre 24 y 47 nanogramos por decilitro. Según otro manual de endicrinología clínica, por ejemplo, la cantidad «normal» de producción de testosterona en un bio-hombre adulto varía entre 260 y 1.000 nanogramos por decilitro de sangre. Puede llegar hasta 2.000 nanogramos en la adolescencia. En las bio-mujeres es de entre 15 y 70 nanogramos por decilitro de sangre. A este caos epistémico hay que añadir algunos datos absurdos que emergen de la investigación científica: la testosterona aumenta el deseo de fumar, pero el consumo de cigarrillos baja la producción de testosterona, la testosterona aumenta la agresividad y la libido y actuar agresivamente y follar aumenta los niveles de testosterona. El estrés inhibe la producción de testosterona. En definitiva nos hallamos ante un extenso dominio de no-saber y de posible intervención tecnicopolítica.

Frente a esta complejidad, una implacable retórica política de género, semejante a la elaborada por Steinach a principios del siglo XX, sigue dominando la clasificación hormonal y su gestión

técnica. Mientras que los programas experimentales que dan lugar a la producción de dosis comercializables de testosterona, estrógeno o progesterona se apoyan en una teoría ultraconstructivista del sexo y de la sexualidad, los criterios de comercialización y distribución pública de estas moléculas siguen respondiendo a una metafísica naturalista del género que afirma la existencia biológica e históricamente inmutable de dos sexos (hombre y mujer), dos géneros (femenino y masculino) y, recientemente, dos sexualidades (heterosexual y homosexual) fijas e inmutables, fuera de las cuales se extiende un ámbito de desviación y patología.

Por el momento, ninguno de los estados occidentales ha aceptado la legalización de la administración libre de la testosterona a las bio-mujeres, puesto que correría el riesgo de enfrentarse social y políticamente a una virilización semiotécnica de la población femenina. Dos pequeños problemas somatopolíticos que modificarían la descodificación visual y auditiva del género: el vello fácil y el cambio de la voz. Resulta asombroso que en Occidente, a principios del siglo XXI, en una sociedad extremadamente *high-tech* en la gestión de la reproducción, la descodificación del género se reduzca al vello facial y al timbre de la voz. Digamos entonces que el vello facial y la voz, y no el pene o la vagina, no los cromosomas X o Y, son los significantes cultural de género dominantes de nuestra sociedad. Dejemos entonces de hablar de hombres y mujeres y digamos simplemente: cuerpos con vello facial o sin vello facial, cuerpos con voz aguda o grave. Esto no son detalles, son importantes significantes sexopolíticos que podrían poner en cuestión la pertenencia natural de la virilidad a los bio-hombres. El problema último: desvelar el carácter técnicamente construido de los géneros, tanto de la masculinidad como de la feminidad.

Mientras escribo este libro, distintos gobiernos europeos, entre ellos el francés y la Generalitat de Catalunya, investigan la utilización de técnicas de «castración química» como tratamiento penal (más que terapéutico) de los criminales sexuales (especialmente de los pedófilos). La intención del presidente del Gobierno francés Nicolas Sarkozy, hecha pública el 21 de agosto de 2007, de crear una ley que prescriba la utilización de terapias de castración química para tratar a los delincuentes sexuales es un eslabón más en la escalada de los poderes políticos por producir y controlar la sexualidad masculina. Cabría preguntarse: ¿cuáles

son los procesos de transformación corporal que desata realmente la llamada castración química? ¿Cuándo, cómo y sobre qué cuerpos han sido ya utilizadas medidas similares de gestión farmacológica de la identidad? ¿Cuáles son las ficciones políticas de masculinidad y de feminidad que subyacen a dicha proposición de ley y qué tipo de sujeto pretendemos producir colectivamente?

Rastreemos nuestro archivo farmacopolítico: la llamada castración química consiste en la administración de un cóctel más o menos cargado de antiandrógenos (acetato de ciproterona, progestógenos o reguladores de la gonadotropina), es decir, de moléculas inhibidoras de la producción de testosterona. Si bien es cierto que uno de los efectos de los antiandrógenos puede ser la disminución del deseo sexual (siempre que se piense el deseo sexual en términos de excitación y respuesta eréctil), lo que no se señala a menudo es que los efectos secundarios de estos fármacos son la disminución del tamaño del pene, el desarrollo de pechos, la modificación del volumen muscular y el aumento de la acumulación de grasas en torno a las caderas. Se trata de un proceso de feminización hormonal. Por ello no deberíamos extrañarnos al descubrir que fármacos de efecto antiandrógeno semejante sean utilizados (de forma voluntaria) por transexuales que desean iniciar un proceso de feminización y cambio de sexo.

Cuando exploramos la historia política de este fármaco, aprendemos que fue usado en los años cincuenta como parte del tratamiento contra la homosexualidad masculina: esa fue la terapia aplicada por la justicia inglesa a Alan Turing, uno de los inventores de la ciencia computacional moderna quien, acusado de «homosexualidad, indecencia grave y perversión sexual», se vio obligado a someterse a una terapia hormonal que probablemente le llevó al suicidio. Paradójicamente, y como prueba de una cierta confusión científica, el mismo fármaco forma parte de los actuales experimentos con la llamada «bomba gay», un compuesto molecular a base de hormonas con el que el ejército norteamericano pretende transformar a sus enemigos en homosexuales.

Lo que estos datos dejan al descubierto es que la castración química (o mejor, la feminización hormonal) es un dispositivo farmacopolítico destinado no tanto a la reducción de las agresiones sexuales, sino a la modificación del género del presunto agresor. Valga señalar que tales terapias están únicamente pensadas

en función de la figura masculina de lo que Sarkozy llama el «predador sexual». El modo de castigar y controlar la sexualidad masculina es transformarla simbólica y corporalmente en femenina. Se produce así un doble efecto del que ya conocemos sus resultados: la criminalización política de la sexualidad masculina y la victimización de la sexualidad femenina.

La erección, y por extensión, la masculinidad, pensada como un impulso involuntario que debe ser políticamente controlado, es siempre efecto de una regulación química: producida o aumentada a través de vasodilatadores (no olvidemos que François Evrad, sujeto frente al que se desata la polémica de la ley francesa, llevaba una plaqueta de pastillas Viagra en el bolsillo en el momento de la violación), o controlada y reprimida en el caso de la castración química. De forma paralela, la sexualidad femenina se construye como territorio pasivo sobre el que se ejerce la violencia de la sexualidad masculina. Pero seamos conscientes: no hay aquí destinos biológicos, sino programas farmacopolíticos.

Una democratización del consumo de las hormonas hasta hoy consideradas como sexuales exigiría una modificación radical de nuestras topografías sexuales y de género. La testosterona es dinamita para el régimen heterosexual. Ya no se trataría simplemente de afirmar la existencia de cuatro o cinco sexos como quieren algunos científicos y teóricos de la sexualidad[52], sino de aceptar el carácter radicalmente tecnoconstruido, irreductiblemente múltiple, plástico y mutable de las identidades de género y sexuales.

La píldora y el feminismo de Estado

El golpe maestro del régimen farmacopornográfico es haberse servido de las retóricas revolucionarias del movimiento feminista de los años sesenta para hacer pasar la nueva gestión farmacopornográfica del cuerpo por una etapa de la liberación sexual (en el caso de la píldora) y para devolver la gestión de la producción de representaciones pornográficas y del mercado de la pros-

[52] Véase Anne Fausto-Sterlin, «The Five Sexes: Why Male and Female Are Not Enough», *The Sciences*, marzo 1993, págs. 20-24.

titución al Estado (en el caso de la demanda de abolición de la prostitución y penalización de la pornografía)[53]. En el caso de la pornografía, el resultado de estas medidas será la reducción de la industria del sexo a economía sumergida, la marginalización y la pauperización de sus trabajadores. En el caso de la llamada «política de planificación familiar», el resultado es la administración indiscriminada de progesterona y estrógeno a toda bio-mujer en edad fértil. Podemos afirmar, no sin cierto escalofrío, que el feminismo liberal abolicionista ha podido funcionar como uno de los aparatos ideológicos para-estatales del régimen farmacopornográfico. En esta situación no nos quedan muchas opciones: es preciso poner en práctica un feminismo molecular y post-pornográfico contra el feminismo de Estado. Es necesario reapropiarse del lenguaje que el feminismo liberal nos ha expropiado para poner en marcha una nueva revolución farmacopornográfica.

Después de la Primera Guerra Mundial, precisamente en el momento en el que las mujeres estaban accediendo al espacio público, a los medios de comunicación, a la práctica política, a la escritura, el régimen farmacopornográfico pone en marcha nuevas medidas de control molecular del género: a partir de 1956 se administran, a través de la píldora, dosis masivas de estrógenos o progesterona a todas las bio-mujeres adultas en edad de hacerse con el poder, es decir, desde la adolescencia hasta la menopausia. Se trata simplemente de un violento método de re-feminización técnica de las bio-mujeres camuflado bajo la forma de control de la natalidad y, por tanto, inocentemente bienvenido por el feminismo como una nueva técnica que forma parte del proceso de liberación sexual. El feminismo podía haber pensado en métodos de contracepción más inteligentes, pero optó por el control-pop, aquel que permitía al Estado y a las multinacionales farmacopornográficas emergentes un control más sutil y, al mismo tiempo, más directo del cuerpo de las bio-mujeres. El feminismo podía haber promulgado como método anticonceptivo la masturbación técnica obligatoria, la huelga sexual de las mujeres heterosexua-

[53] El caso más llamativo de utilización del feminismo como técnica estatal de control de la prostitución y la pornografía tuvo lugar durante los años noventa en Canadá, donde el Estado se sirvió de las retóricas feministas para desarrollar políticas abolicionistas.

les y fértiles, el lesbianismo masivo, la ligadura de trompas obligatoria desde la adolescencia, el aborto libre y gratuito, incluso el infanticidio, si fuera necesario. Un escenario aún más prometedor: era posible, desde un punto de vista biotecnológico, haber exigido la administración a todas las mujeres en edad gestante de una microdosis mensual de testosterona como método al mismo tiempo anticonceptivo y de regulación política del género. Esta medida hubiera terminado de una vez con la diferencia sexual y con la hegemonía heterosexual. Eso no significa que las bio-mujeres (testosteronadas) no seguirían follando con los bio-hombres, sino que esa práctica no podría continuar siendo interpretada como meramente heterosexual. No tendría ningún fin reproductor; además, no sería el encuentro sexual entre dos personas de sexo opuesto, sino más bien sexo gay con posibilidad de penetración vaginal. Más aún, el feminismo de posguerra podía haberse interesado por la gestión del cuerpo de los bio-hombres: haber declarado de interés nacional la castración, la homosexualidad, el uso obligatorio del preservativo, la obturación de los canales seminales, la administración generalizada de una androcura (que disminuye la producción de testosterona en los bio-hombres), etc. Había, efectivamente, buenas soluciones, pero el feminismo liberal hizo un pacto diabólico con el sistema farmacopornográfico.

Testo-tráfico

Como droga, la testosterona es hoy relativamente fácil de traficar. La mayor parte de la testosterona circula en el mercado negro deportivo. Puede ser administrada por inyección subcutánea, en gel, en parche de piel, como implante de microdifusión, o en inhalador de aerosol. En 2006, los periódicos deportivos llaman a la testosterona, «la verdadera ganadora del Tour de Francia» y no dudan en afirmar que la testosterona es «la droga de los campeones». En los últimos meses varios deportistas de élite han dado positivo en el test de testosterona sintética en sangre. Me enternece leer las entrevistas en las que declaran pataleando: «Esa testosterona es mía, es natural, mía». Pobres imbéciles. Es como si Pamela Anderson pretendiera hacer pasar sus tetas de silicona de 115 E por naturales simplemente porque es una bio-

mujer. No resulta complicado ir a una de las páginas de Internet para culturistas y encargar un envío por correo de diez dosis de 250 miligramos por setenta y cinco dólares. Esta es la paradoja del estricto control jurídico que parece dominar el régimen farmacopornográfico: todo está a la venta.

Teniendo en cuenta los efectos físicos, sociales y políticos de la testosterona hay que decir que no es cara. Realmente, si las esclavas y los esclavos negros durante la guerra de secesión hubieran podido administrarse 250 miligramos semanales de una molécula que permitiera cambiar el modo en el que los otros descodifican la raza habría sido difícil imaginar que esa molécula hubiera estado disponible de forma relativamente fácil y barata en el mercado y que los cuerpos racializados no hubieran hecho un uso masivo de ella. Lo que no resulta explicable hoy, en una situación en la que la inferioridad política de las mujeres se oculta tras una aparente igualdad legal, es por qué no hay una masa de bio-mujeres que trafican y consumen testosterona para acceder a la posición hegemónica. Quizá, simplemente, las bio-mujeres no quieren el poder, prefieren seguir teniendo excusas para no triunfar, para no ganar dinero, para no tomar decisiones por sí mismas, para no dirigir los países en los que habitan, para no ser las únicas responsables de su placer sexual, de su mediocridad o de su éxito. Por supuesto, la masculinización hormonal no es el único modo de acceder al poder político, pero sería en todo caso el más rápido, el que generaría mayor confusión social, un modo de dinamitar para siempre la hegemonía natural de los brazos peludos.

La testosterona aplicada a un cuerpo de mujer distorsiona la relación de un cuerpo con la línea del tiempo y su valor en el mercado heterosexual. Existe una lógica temporal de género asimétrica. La feminidad se devalúa tres veces más rápido que la masculinidad. Dicho de otro modo, una mujer (bio- o tecno-) de cuarenta y cinco años está fuera del mercado heterosexual, mientras que un hombre debe esperar a los sesenta y cinco para quedar obsoleto. Podríamos calcular la edad real en la economía heterocapitalista de una mujer sumándole quince años para acercarle a su equivalente masculino, restándole dos por cada suplemento de belleza (talla de pecho, delgadez, largura y espesor del pelo, etc.) y sumándole dos años por cada detrimento político y social (divorcio, número de hijos —cada hijo suma dos

años—, desempleo, etc.). Tomemos un ejemplo: Hélène tiene treinta y dos años, es una bio-mujer divorciada con un hijo, se conserva en buena forma, hace yoga, es guapa, aunque no tiene un cuerpo perfecto, está delgada y trabaja en una compañía de seguros: 32 + 15 + 2 + 2 – 2 – 2 – 2 = 45. Esta es la dura realidad. Tendrá que dejar de pensar que tiene unos frescos 32 años, porque su edad real en la economía heterocapitalista es de cuarenta y cinco años. *Bye bye* Hélène. Otra posible solución para Hélène es pasar al mercado de la economía lesbiana paralela donde la edad real disminuye dramáticamente. Así, una mujer que en la economía heterocapitalista tiene cuarenta y cinco años puede formar parte del mercado lésbico con un estatuto de cuasi adolescente. Bingo.

Contemplemos por un momento la posibilidad de una revolución molecular de los géneros: ¿qué pasaría si las bio-mujeres comenzaran a administrarse colectiva y masivamente dosis suficientes de testosterona como para ser identificadas socialmente como bio-hombres? ¿Qué valor tendría entonces la masculinidad natural? Este experimento político-hormonal se vuelve todavía más interesante si pensamos que estos futuros tecno-hombres, o esta nueva especie de bio-mujeres mutantes camufladas en cuerpos reconocibles como masculinos serían capaces de engendrar y de dar a luz sin perder eso que la psicoanalista Julia Kristiva llama, sin que nadie cuestione públicamente su salud mental o política, «el genio femenino»: la maternidad biológica. Tras seis meses de administración de 400 miligramos al mes, el vello corporal y el timbre de voz se vuelven irreversibles. Solo es necesario interrumpir la administración de testosterona durante unos meses para que, sin perder el vello o la voz, las reglas vuelvan a aparecer y con ellas la posibilidad del embarazo, la gestación y el parto. Habría que imaginar el «genio femenino» con barba y bigote, estilo Marx, o algo más contemporáneo quizá, como Manu Chao, pero con una cavidad orgánica accesible a la reproducción. *Welcome to the freak mother house.* La inseminación sería posible tanto por intercambio sexual de flujos reproductivos como por inseminación médicamente controlada. Imaginemos, por ejemplo, dos cuerpos masculinos, un tecno-hombre que sigue conservando una vagina y un útero siendo penetrado vaginalmente por un bio-hombre con un bio-pene dotado de espermatozoides fértiles (algo que parece cada vez más escaso en la ecología sexual

contemporánea). Vista desde el exterior, esta escena corresponde a la estética de la pornografía gay del siglo XX, pero en realidad sobrepasa el sexo gay y el sexo heterosexual para apuntar a un futuro tecno-sexo. Por supuesto, como tecno-hombre, también sería posible inseminarse con esperma de un donante en condiciones médicas. En todo caso estaríamos frente a una nueva especie de bio-reproductores masculinos. ¿Acaso no serían ellos la nueva élite cultural y política? ¿Y acaso no habría que decir, parafraseando a Kristeva, que esta especie estaría dotada de «tecnogenio femenino»?

El otro día, Kael T. Block, un fotográfo francés trans, nos envió la primera fotografía de esta nueva especie de gestadores de élite. Un joven moreno, con barba y bigote, desafía a la cámara bajándose ligeramente su calzoncillo para mostrar una tripa de embarazado de seis o siete meses. Una sombra del vello puntúa el perfil de la eclipse del vientre, que contrariamente a la curva trazada por la tripa cervecera de bio-macho de base, crece armoniosamente desde el pecho para hundirse después en la pelvis. Y a pesar de ello, nada resulta femenino en ese cuerpo: la imagen carece de la inocencia infantil, de la suavidad de polvo de talco, con la que son representadas las escasas embarazadas que acceden a la prensa femenina. No hay nada que haga presentir la futura maternidad. Estamos frente a un tecno-macho reproductor.

La caja negra hormonal

Las actuales teorías de «programación fetal»[54] proponen que el nivel de testosterona *in utero* determina el futuro sexo anatómico del bebé: si el feto posee cromosomas XY, pero no recibe suficiente cantidad de testosterona uterina acabará desarrollando genitales femeninos. En el nivel molecular existiría un registro químico de la vida fetal que permitiría predecir el futuro físico y psíquico del sujeto a venir. Como si en el líquido amniótico encontráramos la composición química del alma. Como si el líquido amniótico fuera una especie de caja química negra de la

[54] Simon Baron-Cohen, Svetlana Lutchmaya y Rebecca Knickmeyer, *Prenatal Testosterone in Mind. Amniotic Fluid Studies,* MIT Press, Cambridge, 2006.

subjetividad. Paralelamente, un estudio de la Universidad de Liverpool (2003) avanza la hipótesis de que los varones homosexuales han sido expuestos a índices más elevados de testosterona intrauterina que los varones heterosexuales. Según este estudio los niveles de testosterona *in utero* están relacionados con el desarrollo posterior de comportamientos considerados culturalmente como masculinos o femeninos.

El biólogo pop contemporáneo James Michael Howard se ha dedicado a reconstruir la historia de la humanidad desde el punto de vista de la presencia y cantidad de testosterona en el cuerpo: según esta historia esteroide y hegeliana de la humanidad, el aumento de testosterona en sangre de los invididuos de una determinada población habría conducido históricamente a importantes transformaciones evolutivas[55]. Así, por ejemplo, el aumento de testosterona tanto en los individuos hombres como mujeres habría empujado a algunos de los primeros homínidos del Plioceno a abandonar los poblados sedentarios de África y a lanzarse a la conquista de nuevas tierras europeas; la testosterona explicaría la ebullición cultural griega, el desarrollo del Imperio romano, el resurgir intelectual del Renacimiento y la Revolución industrial. Dentro de este modelo, la testosterona sería también la responsable de la esquizofrenia, la depresión, el transtorno bipolar, la anorexia y la bulimia, la expansión del sida en África, etc.[56]. En definitiva, la testosterona y, por supuesto, no el estrógeno sería el motor bioquímico de la historia, la base molecular de la subjetividad. Sin embargo, esta hipótesis-ficción no depende tanto de la composición química de la testosterona en sí como de la cantidad. Se trataría de una cuestión de dosis: una cantidad excesiva de testosterona explicaría también en cada caso el embrutecimiento y el retroceso, la entrada de cada una de esas civilizaciones en un período oscuro y decadente.

¿Formaba yo parte de ese giro evolutivo? Y si la respuesta era afirmativa, ¿de qué tipo de transformación se trataría?, ¿sería este un momento de expansión de la humanidad o un momento de contracción y de repliegue? Sin duda, esa hipótesis era absurda porque se basa en dos prejuicios políticos: primero, considera

---

[55] James Michael Howard, «Hormones in Mamalian Evolution», *Biology Forum,* 2001, págs. 177-184.

[56] *Ibidem.*

la testosterona como la base molecular de la masculinidad, y segundo, considera la historia de la humanidad como el producto de la acción de los hombres, poseedores de índices relevantes de testosterona, de modo que una relación posible entre niveles de testosterona en sangre y evolución histórica de la especie pueda ser establecida. En todo caso, lo que no prevé Howard es que las mujeres puedan modificar técnicamente sus niveles de testosterona. ¿Podrían 50 miligramos semanales, más allá de mi cuerpo, representar un desplazamiento evolutivo de la especie?

Desde que me administro testosterona veo a los hombres y a las mujeres que pasan cada día a mi lado, en el metro, en el supermercado, en el museo, como cuerpos cuya descodificación política ha sido abusiva y brutalmente determinada en función de la cantidad de testosterona que producen o se administran. Mientras espero en la cola del cine para ver *King Kong* con V. D., me divierto tomando cada una de las figuras humanas que están en mi campo visual, aumentando o disminuyendo de forma mental su nivel de testosterona. Los bio-hombres parecen simplemente mujeres más o menos testosteronadas a las que se les ha añadido una plusvalía política, a las que se les ha dicho desde pequeñas: «Tú vales más que ellas, el mundo es tuyo, ellas son tuyas, tu polla es dueña de todo». Las bio-mujeres resultan hombres quirúrgica y endocrinológicamente tratados; más o menos sofisticados entramados de colágeno sintético, silicona implantada, estrógeno activo y falta de reconocimiento político.

9
TESTOMONO

La semana pasada, en el curso de una noche de trabajo a base de Testogel, las barreras ceden y puedo finalmente concebir los detalles de la formación de los géneros hasta la condición sexuada. Todo encuentra su lugar, los mecanismos se encadenan:

$$\text{Masculino} \times \text{Homo} \times \text{Sado} \times \text{Testosterona} \times \text{Estrógeno}$$
$$= \text{Trans} = \propto$$
$$\text{Femenino} \times \text{Hetero} \times \text{Maso} \times \text{Estrógeno} \times \text{Testosterona}$$

Esnifar cocaína. Ingerir codeína. Inyectarse morfina. Fumar nicotina. Tomar Prozac. Comer anfetaminas. Tomar Heptamyl. Beber alcohol. Cambiar al Subotex. Volver al Special-K. Meterse heroína. Pasarse con la novocaína. Liarse con el crack. Fumar cannabis. Tragar éxtasis. Tomar aspirina. Aspirar piedras de cristal. Tomar Lexomil... Aplicarse Testogel. Toxicidad aristocrática.

¿Quién querría cambiar de estado mental cuando es posible cambiar de sexo? ¿Quién querría cambiar de humor cuando es posible cambiar de identidad? He aquí la superioridad sexopolítica de los esteroides.

Se trata de saber si lo que queremos es cambiar el mundo para experimentarlo con el mismo sistema sensorial que ya tenemos o si es preciso cambiar el cuerpo como filtro de la percepción a través del que pasa el mundo. ¿Qué es preferible, cambiar de personalidad y guardar mi cuerpo, o cambiar de cuerpo y conservar mi modo actual de procesar la realidad? Falso dilema. Mi personalidad surge de este desfase entre cuerpo y realidad.

Poder-chicas-orgasmos-adrenalina-lujo-reconocimiento social-éxito-glucosa-aceptación familiar-inclusión-potencia-tensión-camaradería-ascenso económico. En un plazo de seis meses, esta es la plusvalía política que procura a una bio-mujer la ingestión de testosterona.

La testosterona es como el dinero: gratificación inmediata, plataforma abstracta de producción de poder: pero sin la caída en picado de la coca, sin el agujero en el estómago que sigue al paso del cristal, sin la ridícula autocomplaciencia que deja el Prozac. Solo hay otra droga como la testosterona: la heroína. Pero ambas resultan políticamente onerosas: exclusión, marginalización, des-socialización..., y en el caso de la testosterona, cáncer (como casi toda sustancia industrial) y calvicie (un mal menor fácilmente resignificable prostéticamente).

Pienso en aplicarme otra dosis, esta vez la última, otra vez la última. ¿Me estoy volviendo testosteronómana?

A partir de mi propia experiencia, de mi propio ejercicio de intoxicación hormonal voluntaria, desarrollo una teoría (totalmente absurda) de la atracción heterosexual. Algo que resulta para mí inexplicable desde que soy una niña. La teoría de explicación de la heterosexualidad como técnica de «suplementación hormonal» hacia la que avanzan mis pruebas es jodida, no me conviene, arroja una verdad que me inquieta. Dice así: las bio-mujeres llamadas «heterosexuales» buscan frotarse una y otra vez contra los hombres (bio- o tecno-) para obtener su dosis de testosterona a través del sudor. Así de simple, las bio-tías se acuestan con los bio-tíos (o con los tecno-tíos) para conseguir su dosis de T. frotándose contra sus pieles. Esto permitirá explicar también por qué las trabajadoras sexuales se masculinizan progresivamente: porque desarrollan más vello facial que las bio-mujeres que trabajan, por ejemplo, como cajeras en El Corte Inglés. Al frotarse varias veces al día con el sudor testosteronado de sus clientes acaban aumentando su cantidad de testosterona en sangre. Todo esto puede ser un delirio mío, el efecto en mi cerebro de un exceso de lectura endocrinológica o simplemente el modo en que uno de los circuitos hormonales de nuestro tejido político funciona en realidad. Quizá me esté volviendo loco o quizá estoy poseída por tu espíritu.

Tu esperma y mis óvulos

Te siento a mi lado como si estuvieras vivo. Me acuerdo: vienes a buscarme hasta la rue Jean Pierre Timbaud. No subes. No quieres ver a la socióloga porque te agota. Es como una profesora de provincias que te pregunta todo el tiempo si ya has hecho tus deberes, dices. Me esperas en el café que está junto al Centro de Reéducation du Genoux. Pedimos dos cafés. No tomamos alcohol. Nos reservamos para ver si hay algo de coca, de cristal o de exta esta noche en el bar Leather. No tienes un buen día. No te has afeitado, llevas la misma camiseta blanca con un jersey de algodón azul y el mismo pantalón vaquero que llevabas hace dos días. *Je te trouve sexe.* Exhalas testosterona. Me dices que hace tiempo que no follas con nadie. Que te estás volviendo lesbiana. Yo solo pienso en follar. Aunque tampoco follo con nadie de momento. Tomas dos cafés dobles, uno tras otro. Yo dos cortados. No me miras a los ojos mientras me hablas. Miras mis manos, haces bolas con el mantel de papel y me las tiras. Yo te digo que me dejes de dar la vara. Te doy un puñetazo en el hombro, muy suavemente, un golpe seco, como para pedirte que vuelvas a la vida. Hablamos de mezclar tu esperma y mis óvulos. No sé cómo llegamos hasta ahí. Nadie le ha pedido nada a nadie. Tú estás leyendo *Reglas para el parque humano,* de Sloterdijk. Si la explosión de las dos primeras bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, en 1945, señala el principio de un apocalipsis geopolítico, la aparición de *Dolly,* la primera oveja clonada, señala el principio de un apocalipsis biológico. Lo humano no existe bajo el signo de lo divino, sino de lo monstruoso. Lo humano es LoHumano©, dices. Tú te crees más importante que Heidegger, que Habermas y que Sloterdijk, y lo eres. Solo yo estoy a tu altura. Tú y yo anticipamos el monstruo futuro. Hablamos de reproducción artificial. Tú dices que eso no debería llamarse reproducción, sino producción artificial: fabricación de una especie enteramente nueva. La especie de los postjudíos y los postcatólicos, la especie de los que vienen después de esta esquizosexualidad de ser hetero u homosexual, de ser tío o tía. Somos realistas. Habría que empezar por filtrar tu esperma seropositivo. Tú dices que todo el procedimiento, los análisis, el filtrado, la congelación, la inseminación, nos saldría demasiado caro, que no tenemos ese dinero. Podríamos pedir una beca al Centre National du Livre, explicándoles

que queremos hacer una autoficción política sobre el proceso de recombinación genética de tu esperma de sidoso y mis óvulos de bollera trans. Teniendo en cuenta la cantidad de litros de esperma que has eyaculado hasta ahora, podríamos verdaderamente haber inseminado a la mitad del planeta. Si hubieras vendido tu esperma antes de ser seropositivo, ahora tendrías algo de pasta para pagar el filtrado y la inseminación, o podríamos volver a comprar una muestra incontaminada de tu esperma. Pero, seguramente, antes de tener el sida no te habría interesado diseminar tus genes. Hablamos de filtrar tu esperma para separar los espermatozoides portadores del virus de inmunodeficiencia adquirida de los no portadores. Separar las células débiles de las fuertes. Las malas de las buenas. Yo sé que me odias por contemplar la posibilidad del filtrado, aunque eres tú quien insiste en que deberíamos hacerlo de ese modo. Me odias porque no soy capaz de pedirte ese esperma maligno sin más, de hacerte una paja aquí mismo y meterme tu esperma contaminado en mi coño; me odias porque, como tú, tengo miedo a la muerte. ¿Qué pasaría si fuera uno de tus espermatozoides portadores del sida el que llevara el gen del que será el futuro salvador del planeta? Nos preguntamos si el deseo, la necesidad, la obsesión, la vergüenza de filtrar tu semen es eugenésica, si se debe eliminar una potencialidad de vida porque es portadora de un virus letal. Sí, ese deseo es eugenésico, lo es, en el fondo ni tú ni yo soportamos la idea de la reproducción. Ni de tu estirpe ni de la mía. La paternidad y la maternidad son siempre un compromiso entre un nazismo eugenésico y la compulsión de la repetición. Pero ¿qué es más eugenésico, producir técnicamente el bien, o dejar que la vida luche a dentelladas con la muerte hasta que una de las dos gane? Al fin y al cabo, si uno de tus espermatozoides portadores del virus consigue fecundar uno de mis óvulos, si nuestros cromosomas llegan a recombinarse y si la célula formada llega a reproducirse formando un blastómero capaz de implantarse en mi útero testosteronado, entonces deberíamos considerar que ambas células han superado con éxito la prueba de la vida. Quizá el cuerpo que vendrá a salvar el planeta deba surgir de este acto absurdo y monstruoso: haber dado la posibilidad a tus espermatozoides seropositivos de nadar hacia la vida que se esconde en mi cuerpo mutante. Canguilhem mejor que Sloterdijk: *Les réussites sont des échecs retardés, les échecs des réussites avortées. C'est l'avenir des*

formes qui décide de leur valeur. Toutes les formes vivantes sont des monstres normalisés[1].

ÚLTIMAS BRONCAS

Idem velle et idem nolle vera amicitia est[2].
SALUSTIO

Han pasado doce días después de tu muerte. Te veo salir de una carnicería de Belleville. Exactamente tu mismo bigote, el mismo relieve de la cicatriz sobre el labio superior. Te vuelvo a ver mientras paseo con Justine por el parque de Buttes de Chaumont: tu figura emerge detrás de un arbusto, la misma manera de llevar el pantalón vaquero, el mismo rubón de vello denso y negro que asoma por el cuello de tu camiseta blanca. Tu fantasma escava en mi memoria y saca todo lo que encuentra: me llamas. Veo las letras de tu nombre en azul brillante abrirse paso en la oscuridad de la pantalla de mi teléfono. No te respondo. Espero a que dejes un mensaje. Es tu voz. Tu voz es lo más fuerte. Tu voz dice: *Eh, coucou Preciado, pourquoi tu ne prends pas le téléphone? tu fais chier, bon, rien, je voulais savoir si tu avais un livre pour la collection, c'est à toi de voir, voilà, rien, c'était que ça.* Te llamo. Voy a buscarte a la calle Saint André. Comemos en el café de Saint Michel que hace esquina con la rue Suger. He dudado qué ponerme para ir a comer contigo. He pasado una hora en el cuarto de baño. Me he afeitado bien la cabeza. Me he puesto el jersey negro de pico y las mismas deportivas que llevaba la noche que hemos salido juntos y que vi cómo un gorila peludo te daba por el culo mientras tú te corrías como una gata quinceañera. He corregido varias páginas que he escrito estos días. Te he traído dos proyectos. Pero tú ni los miras. Me dices: ¿por qué no sacas un libro sobre esa historia de la zoofilia y la pedofilia de la

1 «Los éxitos son fracasos retrasados, los fracasos son éxitos abortados. Es el futuro de las formas el que decide su valor. Todas las formas vivas son monstruos normalizados», Georges Canguilhem, *La connaissance de la vie,* Vrin, París, 1965, pág. 160.

2 «Querer y no querer la misma cosa, eso es la amistad», Salustio, *La conjuración de Catilina,* 20, 4.

que hablábamos el otro día? Me lo dices mientras me sonríes, subiendo ligeramente el labio superior, tu cicatriz de liebre sujetando la mitad de tu labio cerca de las encías, tirando ligeramente de la nariz hacia abajo cuando hablas. Te ríes de mí. No sé qué responderte. Eres un verdadero hijo de puta. Un cabrón de mierda. Te digo: vendrás tú luego a traerme unos lápices y unos folios para que te siga escribiendo libros radicales desde la cárcel. Hijo de puta. Quieres acabar conmigo. No te creas tan importante, me dices. Lo que te pasa es que no tienes lo cojones de escribirlo. Te digo que lo que quiero es escribir la historia de las travestis del movimiento de los setenta, la historia de las feministas lesbianas radicales, del Frente de Acción Homosexual revolucionaria, del comando salchichón, de los gasolinas, todas las travestis y las transexuales en torno a las que emerge el movimiento político sexual en Francia. Las camioneras y las locas que rodeaban a Hocquenghem. Que he conocido a Hervé, que guarda cantidad de archivos de esa época, y a tres abuelas bolleras de esos mismos años que están perdiendo la memoria. Que el resto están casi todos muertos. Que o lo hacemos ahora o pronto no quedará nada. Tú casi ni me miras mientras te hablo, te alejas, dibujas planetas en tu cuaderno. Te digo que voy a necesitar un poco de pasta. Que no va a poder ser como el otro libro. Que con cuatrocientos euros no tendré ni para pagarme los cartuchos de tinta. Dices: *Tu me cherches, tu me cherches*. Me dices qué coño tienes tú qué decir sobre esas mariconadas, que tú creías que yo no era como las otras tías, que a mí lo que me interesaba era follar, pero que ahora te das cuenta de que soy en realidad como cualquier otra lesbiana, haciendo de enfermera política de cualquiera que me encuentro. Te digo que no soy lesbiana, que soy *trans,* que soy un tío, que el hecho de que no tenga una bio-polla de mierda como la tuya no significa que no sea un tío. Te digo: deja de tratarme como una escoria simplemente porque te crees que soy una tía. Me dices que te doy pena, vergüenza, que no cuente contigo para publicar esas mariconadas, que lo que tengo que hacer es llamar a Têtu y hacer un reportaje. Me dices mientras te descojonas. No quiero llevarte la contraria. No quiero enfadarme contigo porque si tú no me publicas quién va a publicar mis libros, pero realmente te odio mientras me hablas.

La última vez que te veo vivo. Cenamos en casa de Tim y Philippe. Quieres regalarme un viejo anorak tuyo. Me dices, me-

dio riéndote, que ese estilo va bien para las lesbianas de los ochenta. Eres un cabrón reventado. Me dices: *Et alors toi, c'est fini pour toi. Que'est-ce que ça fait de se faire dépasser par Marcela Iacub?* Eres un patético cabrón de mierda, estás acabado, estás muerto.

PÉRDIDAS

Después de administrarme 250 miligramos al mes durante dos meses, bruscamente empiezo a tener pérdidas constantes de sangre. Como pequeñas hemorragias marrones y espesas que manchan todos mis calzoncillos. Nada en particular me duele, pero me molesta la presencia de esa sangre oscura y gelatinosa entre las piernas. Pienso que ese es el precio que yo, ni-mujer-ni-hombre-ni-transexual, tengo que pagar por mi adicción a la testosterona.

Voy a visitar a una ginecóloga. Le explico la historia de las pérdidas. Le digo que estoy tomando entre 50 y 100 miligramos de testosterona por semana. No le digo que a veces es más, que a veces es menos. «¿Cómo método anticonceptivo? Pero, ¿ya sabe que hay métodos más seguros?», me responde.

Quizá porque no hemos engendrado tú y yo el salvador del planeta, últimamente, después de tu muerte, me sorprendo a mí misma deseando el fin de la especie humana. Ni la mejoría ni el progreso, sino simplemente el fin, la ruptura de nuestra cadena viviente. Tu muerte es el signo de la llegada de lo que algunos científicos califican ya como la «sexta extinción»[3]. Todo comienza con las bacterias, hace más de dos mil setecientos millones de años: al romper la molécula de agua para producir el hidrógeno que necesitaban para formar sus componenetes celulares, las bacterias producen una gran cantidad de oxígeno. Será el oxígeno, en principio altamente tóxico, corrosivo e inflamable, el que modifique la composición atmosférica del planeta y permita a largo plazo la aparición de la vida animal sobre la tierra. Hace cuatrocientos treinta y cinco millones de años, con la primera extin-

[3] Véase Niles Eldredge, *Life in the Balance. Humanity and the Biodiversity Crisis,* Princeton University Press, Princeton, 1998.

ción, una larga glaciación acaba con la casi totalidad de la vida marina. Sobreviven las bacterias y su sistema de producción de oxígeno. Un millón de años después, en la segunda extinción, desaparecen de nuevo buena parte de los peces e invertebrados marinos. Sobreviven las bacterias. Casi otro millón de años después, en la más extrema de todas las extinciones, desaparece la casi totalidad de especies marinas y terrestres. Sobreviven las bacterias. Hace doscientos diez millones de años desaparecen de nuevo un buen número de especies marinas, se extiguen los reptiles mamiferianos, dando paso a la era de los dinosaurios. Hace sesenta millones de años, en la quinta extinción, desaparecen los dinosaurios. Sobreviven de nuevo las bacterias. Poco a poco los pequeños mamíferos se extienden por las placas terrestres en plena deriva y los peces vuelven a poblar los mares. Dudo entre suicidarme, volverme *serial-killer,* dedicar mi vida al desarrollo transmoral de la humanidad como especie, es decir, a su mutación intencional, o fundar una fuerza armada transfeminista que tenga por misión cargarse indiscriminadamente todo aquello que se ponga por delante. Y todo ello por amor, por caridad planetaria. Aprendo a apreciar progresivamente tu idea de contaminación sidaica universal como culminación estética del destino punk de nuestra especie. Canguilhem: *On sait assez que les espèces approchent de leur fin quand elles se sont engagées irréversiblement dans des directions inflexibles et se sont manifestées sous des formes rigides*[4]. Nos preparamos para una nueva era de la hegemonía de las bacterias. Mientras tanto, avanzamos en la multiplicación de lo humano en una convivencia estrecha con el virus: el poleo, el sida, la gripe del pollo. Me interesa lo político como a un virus le interesa forzosamente la epidemia. Me interesa el archivo del feminismo como a la Tierra le interesa la bacteria. Atacar la construcción del género, atacar las formaciones calcificadas de la sexualidad, solo puede hacerse mediante una profileración viral, pero al mismo tiempo a través de una supervivencia bacteriana. En cada frente, en cada espacio. Mi cuerpo: el cuerpo de la multitud.

---

[4] «Sabemos que las especies se aproximan a su fin cuando avanzan irreversiblemente por direcciones inflexibles y se manifiestan de la forma más rígida», Georges Canguilhem, *op. cit.,* pág. 159.

Frustración adictiva

Me gustaría haber podido caer en alguna adicción, tener la seguridad de poder agarrarme definitiva y químicamente a algo, a una sustancia. En el fondo, yo esperaba que la testosterona fuera esta sustancia. Engancharme no a una subjetividad, sino a la modificación que produce la ingestión de un objeto sin voluntad en mi propio organismo. No depender de nadie para esa ingestión. Confrontar mi voluntad a un objeto que carece de voluntad; mi deseo a un objeto que carece de deseo. Saber que el *deal* se cierra entre una sustancia inanimada y yo. Saber que existe una molécula en el mundo exterior que podría venir a formar parte de mi metabolismo afectivo, una molécula que podría librarme del peso, del sonido, del sabor, del color de la realidad pura. Hasta ahora nunca he podido engancharme a nada. Ni al tabaco, ni a la coca, ni a la heroína, a nada. Me pregunto si podré engancharme a la testosterona. Lo que sé con toda seguridad es que, en un nivel molecular, la batalla de la adicción ya ha comenzado.

Me despierto a su lado. Antes de abrir los ojos oigo su voz. Me cuenta una historia *straight*. Las chicas les hacen una mamada todas las mañanas a sus hombres para tenerles contentos, para que no se escapen de su lado. Para producirles como hombres, le respondo yo, para tragar su testosterona. Entonces desliza una pierna entre mis piernas. Levanta el torso hasta situar su cabeza sobre mi pelvis y me mete la lengua en el sexo.

Ella me habla de la dificultad que representa para una mujer que siempre ha sido heterosexual detectar la excitación en un cuerpo sin polla. Me dice: «¿Cómo estar segura que la otra persona te desea?». Yo nunca había pensado cómo una polla en erección facilita la descodificación del deseo. Una polla en erección parece decir: «Me pones, me empalmo, me corro». Me habla de cómo estaba desconcertada la primera vez que hizo el amor con una mujer. Dice que ahora entiende mejor a los hombres, su fragilidad frente a un deseo que carece de signos anatómicos visibles, como si en los cuerpos sin polla eréctil existiera siempre la posibilidad de un fallo en la detección de la excitación, de una decepción última de los sentidos. Como si para los cuerpos desprovistos de polla eréctil existiera la posibilidad de disociar lenguaje y anatomía («me gustas, me excitas, pero esa excitación solo la conozco yo, tú no sabrás nada, no podrás de-

tectarla contra mi voluntad»). En los cuerpos sin polla eréctil existe un espacio poético, un territorio del sexo como saber internalizado. Curiosamente, los patriarcas de la heterofilosofía, como Nietzsche[5] u Otto Weininger[6], habrían pensado que ese territorio propio de la feminidad era el espacio en el que puede instalarse el no-saber, el simulacro y la mentira. Yo creo que sería más apropiado hablar de hiper-conciencia, de saber que tiene el poder de decidir si quiere o no exteriorizarse a través de una representación. Ese conocimiento del deseo antes de que pueda ser detectado como erección abre la posibilidad al sexo como ficción, como virtualidad. En la sexualidad lesbiana los signos de la excitación se leen sobre una cartografía anatómica expandida: la mirada, el movimiento de las manos, la precisión del tacto, el grado de apertura de la boca, la cantidad de sudor o de flujo. Recuerdo que la primera vez que follé con un tío su polla me pareció un objeto secundario de motrocidad involuntaria, cuyo funcionamiento no podía ser un indicador fiable del deseo o de la excitación. Al contrario. Me parecía como si estuviera frente a un significante impostor, frente a un resto biopolítico ancestral cuya presencia era capaz de eclipsar el lugar del que emerge en realidad el deseo.

Testomono

La relación con la testosterona cambia cuando sales del marco de un protocolo médico y jurídico de cambio de sexo. Dentro de un protocolo médico, cambiar de sexo debe decidirse una sola vez y de forma definitiva; debe implicar una única decisión. En realidad, las cosas son mucho más complejas. Yo no quiero cambiar de sexo, no quiero declararme disfórico de nada, no quiero que un médico decida cuál es la cantidad de testosterona al mes que me conviene para cambiar de voz y tener barba, no quiero extirparme los ovarios, no quiero operarme el pecho. No hay una dirección predefinida en el cambio que la testosterona

[5] Paul Patton (ed.), *Nietzsche, Feminism and Political Theory,* Routledge, Londres, 1993; y Peter J. Burgard (ed.), *Nietzsche and the Feminine,* Virginia University Press, Charlottesville, 1994.

[6] Otto Weininger, *Sexo y carácter,* Losada, Madrid, 1994.

inicia en mí. Lo que sé es que antes de tomar testosterona mi voz no es una voz de mujer, mi rostro sin vello no es un rostro de mujer, mi clítoris de menos de dos centímetros no es un órgano femenino. Soy lo que soy y la medicina no va a autorizarme a ser más hombre de lo que siempre he sido. No necesito permiso de la monarquía española o de la república francesa para chutarme testosterona.

He aquí el problema: más allá del contexto institucional definido por el Estado, la testosterona deja de ser parte de una terapia de sustición hormonal y se vuelve simplemente una droga ilegal. Al mismo nivel que la cocaína o la heroína. Entonces hay que admitir las consecuencias: estoy enganchada a la testosterona.

Mi relación con V. podría definirse de este modo: mono de Despentes. Mi relación con T. podría definirse de este modo: testomono. Incluso cuando estoy con ellas. Sobre todo cuando estoy con ellas. *Manque*. Resulta evidente que mi relación con V. pertenece al tipo de relaciones que se modelan bajo la forma de la adicción. *Dependere:* estar atado a. He hallado mi droga y, como todas las drogas, esta se encuentra al mismo tiempo cercana e inalcanzable. Es posible pensar que cualquier tipo de relación amorosa es de algún modo adicta, pero yo no lo creo. No me ha sucedido otras veces. Sé por experiencia que hay formas del amor que operan según el modelo de un sistema de retroalimentación satisfactorio. ¿Cómo estoy seguro de que este amor, este y no otro, corresponde al modelo adictivo y no a la cibernética de la satisfacción? Primero, por la relación disimétrica entre ingestión o presencia del objeto deseado y satisfacción. Segundo, porque la satisfacción toma la forma de la falta. Allí donde la satisfacción debería tener lugar, surge la falta. Cuando la estoy besando pienso en que quiero besarla, cuando hablo con ella pienso en que necesito urgentemente hablar con ella. Cuando la extiendo sobre mi piel pienso que quiero extenderla sobre mi piel, mientras mi cuerpo la absorbe pienso que quiero absorberla, una y otra vez. El instante presente, el momento de asimilación, no tiene ninguna importancia frente a la imperiosa necesidad de lo que debe venir justo después. Más, más, cuanto antes, un minuto después ese deseo será incluso más intenso y luego más y más. El deseo no se destruye. Se transforma pasando a es-

tado inconsciente a través del cansancio o el sueño. Deseo seguir deseando, sin posibilidad de saciedad. Pocas sustancias me han conducido a traspasar este umbral adictivo. El alcohol nunca me ha interesado. Durante una época solía tomar cristal: superpotente para el cerebro; de hecho empecé a hablar francés a una velocidad de rayo gracias a una sobredosis de cristal; no modificó mi acento, pero aumentó radicalmente mi capacidad de utilizar el vocabulario, mi relación con la gramática; fue como acceder a otro grado de conciencia en otra lengua, eficaz, pero de uso ocasional. Ya ni siquiera tomo coca, ni éxtasis, ni speed, muy raramente y en todo caso cuando vuelvo a Barcelona o a Madrid —las metrópolis españolas son intransitables sin una cierta dosis toxicológica—, pero solo en esos casos, como drogas-ciudad, como cargas moleculares necesarias para la convivencia comunicativa en una ciudad precisa. Mi metabolismo nunca ha aceptado ninguna sustancia de sustitución compensatoria. Mis únicas drogas, en todas sus variables románticas o anónimas, son la testosterona y el sexo. Así, formando parte de un círculo de producción mutua. En todo caso, todas ellas me afectan en la medida en que pueden hacerme entrar en contacto con lo amorfo, con lo que carece de forma o lo que imagina una forma para lo informe, lo que produce deseo sin satisfacción posible. El pensamiento definitivo, el género definitivo y el placer definitivo están fuera del horizonte de lo posible.

Hoy nos deslizamos sin darnos cuenta a una de las cuencas de alienación a las que volvemos cada diez o doce días de forma regular. Entre dos dosis de T. Este enajenamiento cíclico en el que entramos podría convertirse en una de nuestras rutinas, una clave de estabilidad. Es a través de estas formas de microruptura, de alejamiento preventivo, como esta relación sintomáticamente adictiva se destruye y se regenera. Para ser precisos habría que decir que ella desciende sola hasta esas cavidades a las que me arrastra con sus ojos de niña hiperactiva, de *rocker* inconsolable que duda si acaba de cometer un asesinato o de comprender que va a ser irremediablemente asesinada. La tristeza de su mirada reside precisamente en la tensión de esa doble posibilidad. Afirmo que ella parece ser la fuerza motriz de este movimiento hacia lo hondo, pero quién sabe si soy yo la que he descendido y la arrastro hasta allí con un entusiasmo y una amabilidad extremas. Esas oquedades son necesariamente líquidas: ella llora, se mete

en un baño caliente, pone a lavar la ropa. Esa tristeza es fetal, precultural, presexual, prematura. Mientras tanto, yo voy a hacerme un análisis de sangre. En lo profundo hay algo que fluye, que circula en un espacio contenido, pero que podría derramarse. En ese estrato los sentimientos se encuentran en estado gelatinoso, justo antes de la evaporación y de la transformación de las disoluciones carbonadas en corriente eléctrica. Ese es el estado de la sangre, del agua, del semen, del líquido vaginal, de la saliva, de la orina, de los líquidos raquídeos y amnióticos, de la infusión en la que flota el cerebro, pero también de aquello que acaba de ingerirse, del gel, de los alimentos extraños al cuerpo durante el proceso de asimilación estomacal justo antes de ser transformados en materia fecal. *To fall in love, tomber amoureux,* decía Derrida: caer en una topografía precisa, acceder por desprendimiento o por desplome hasta un estrato particular del ser, del cuerpo, de la ciudad, del planeta, de la evolución, de la especie. Es allí donde sucede la conversión de escalas: amor del ser, amor carnal, amor urbano, amor terrestre, amor geológico, amor animal, amor inter-especies. No hay que pensar aquí en un rictus heideggeriano, de ninguna manera. Estoy hablando de una arquitectura. No de una revelación o de un desvelamiento del ser a través de una iluminación precisa, ni de la puesta de la realidad bajo la claridad de un foco. No estoy hablando de eso. Estoy hablando de una percepción táctil, que sucede en lo oscuro, de tocar el fondo forzosamente con el vientre, arrastrándose sobre una masa viscosa. No hay iluminación, sino oscuro palpamiento. Estoy hablando de descubrir la superficie de una interioridad con la piel. Se trata de un retorno a la vida ciberreptiliana, al mismo tiempo una regresión y una forma de paladear a lametazos la verdad eléctricamente viscosa del ser. Todavía no a bocanadas, porque todavía no estamos en el estado en el que el ser nos es dado en forma etérea. No nos queda más remedio que chupar el ser. Hacerle una mamada al ser como único modo de conocimiento y de aprehensión. Y es ahí donde el secreto de la adicción revela su aritmética. No hay manera de abarcar el ser con la boca, no hay posibilidad de encontrar satisfacción oral. Es una cuestión de diámetro y de fluidez. Una vez que estamos en una de esas hondonadas gelatinosas, salir es tan difícil para mí como para ella. El mismo grado de ansiedad, la misma tristeza. No hay niveles en el fondo. El fondo es el fondo. Estamos encerradas en una arqui-

tectura monádica. Encontrar la salida significa simple y jodidamente modificar el suelo, solidificar los sentimientos líquidos para poder hacer pie o evaporarlos para poder respirar en ellos. Cuando comprendemos que hoy tampoco será el día de la transustanciación de afectos, entonces es hora de llamar a P. Nadie es más rápido que P. Viene por primera vez el último día del año 2005, como para cerrar un tiempo y abrir otro. Acude a la llamada como un médico de urgencias, en menos de diez minutos. Se ocupa de un conjunto de grupos de música, un poco de todo, rock, *heavy metal,* hiphop, fusión brasileña y africana. En los ratos libres se ocupa también de calmar adicciones a domicilio en un tiempo récord. Su llegada modifica inmediatamente el suelo fangoso en el que nos arrastramos. El timbre suena, Justine ladra, él pone un pie en el apartamento y en ese mismo segundo todo pierde peso y comienza lentamente a hacerse más ligero. A P. le gusta hablar, por eso es bueno poner una película o hacer sonar un disco a tope, para ponerle límite a su desorientación verbal. La puerta suena de nuevo. P. E. y E. N. traen una guitarra nueva a la que hay que cambiarle las cuerdas. P. E. se quita las gafas ahumadas, pide a E. unas tenazas y, mientras jura contra los PapaRoach entonando *Sex My Money* riéndose de la melodía, corta las cuerdas una a una. Las fibras saltan como viejas serpientes eléctricas a las que se hubiera arrancado la cabeza. P. E. acaricia la guitarra como un ciego. La acerca a su cabeza, pasa los dedos, exige la proximidad máxima entre su piel y el brazo de la guitarra. Las cuerdas nuevas se mueven entre sus dedos como jóvenes cobras a punto de ser domesticadas, parecen buscar solas los agujeros de las clavijas. Las serpientes reconocen el tacto del rock y encuentran su camino hacia la música. Las ata con precisión, sin mirar: no es posible imaginar una compasión más perfecta, una devoción más sincera que la que existe entre esas cuerdas y sus dedos. P. prepara un porro de hierba pura y empieza a hablar. Yo me escondo en el baño para aplicarme una dosis de T. V. pone un documental sobre el festival de Monterrey en los sesenta: la voz de Janis Joplin abre un canal universal de vibración musical y el amor se hace de repente respirable.

¿TRANS O YONQUI?

Así están las cosas, habrá que hacerles frente: si no acepto definirme como transexual, como «disfórico de género», entonces deberé admitir que estoy enganchado a la testosterona. Cuando un cuerpo abandona las prácticas que la sociedad en la que vive le autoriza como masculino o femenino, se desliza progresivamente hacia la patología. Esas son las opciones biopolíticas que se me ofrecen: o me declaro transexual, o me declaro drogadicta y psicótica. En el estado actual de cosas parece más prudente declararse transexual y dejar que la medicina crea que puede proponerme una cura satisfactoria a mi «transtorno de identidad de género». En ese caso deberé aceptar que he nacido en un cuerpo con el que no me identifico, declarar aborrecer mi bio-cuerpo, mi sexo, mi forma de acceder al orgasmo. Va a ser necesario reescribir mi historia, modificar cualquier elemento que pertenezca a una narración femenina. Tendría que desplegar una buena serie de mentiras bien calculadas: no me gustan las *Barbies,* nunca he jugado con muñecas, aborrezco mis pechos y mi vagina, siento horror frente a la penetración vaginal, mi único modo posible de tener un orgasmo es con un dildo. De lo que se trata en definitiva es de declararme enfermo mental, confirmando así los criterios fijados por la DMS-IV, el Manual de Diagnóstico de Enfermedades Mentales de la Organización Mundial de la Salud, en el que la transexualidad aparece como enfermedad mental junto con el exhibicionismo, el fetichismo, el frotteurismo, el masoquismo, el sadismo, el travestismo y el voyerismo.

Si no acepto esta clasificación médica, entonces entro clara y definitivamente en el territorio irrecuperable de la psicosis. O más bien habría que decir que debo elegir entre dos psicosis: en una (transexualidad) la testosterona aparece como fármaco; en la otra (adicción), la testosterona resulta ser la sustancia cuya dependencia debe ser curada por otros medios. He caído en una trampa política: el problema es que esa trampa tiene la forma de mi subjetividad, es mi propio cuerpo. Pero ¿cómo hemos podido dejarle al Estado la gestión del deseo, de la fantasía sexual, del sentido de habitar o no el cuerpo propio? ¿O habría que decir el cuerpo-del-Estado? Si me autoadministro ciertas dosis de testosterona, corriendo el riesgo de desarrollar vello facial, de ver mi

voz volverse cada vez más ronca, o de aumentar la talla de mi clítoris sin pensar en vivir social y políticamente identificándome como hombre, necesariamente estoy loca. No podré bajar directamente a la farmacia a buscar mis dosis de Testogel, tendré que pedirle a D. que me trafique una o dos cajas desde Londres o tendré que comprarla en la expressdrugstore.com o en el mercado negro del deporte y aceptar lo que me den. Si es posible, testosterona fabricada en Europa occidental, no una de esas variables sinterizadas de los países de Europa del Este para los deportistas de élite o para los culturistas y que podrían provocarme taquicardias durante varios días. Prefiero no pensarlo. Esta semana voy a posponer la dosis. No me la administraré hasta el próximo miércoles.

RAIN CHECK

Desde que ella comprende que un día será mi perra, se distancia como para aprovechar sus últimos momentos de libertad condicional. A base de 200 miligramos de T. por semana es difícil soportar tres días sin follarla. Pienso en irme para evitar la atracción hacia su cuerpo. La llamo para decirle que no tiene que preocuparse más, por la infidelidad, por la decisión, por el amor paralelo, que voy a irme a pasar un par de meses con D. a Los Ángeles. No menciono en realidad ninguna de esas palabras, ni infidelidad, ni decisión, ni amor. Solo digo: quizá sea más fácil que me vaya un tiempo, podría darte un *rain check,* quizá sea mejor así. D. va a visitar a J. y seguramente puede encontrarme un apartamento en alquiler en West Hollywood; allí será más fácil encontrar testosterona, discutir con otros trans hormonados y no hormonados. Pero seguro que vuelvo, en todo caso a Europa, tengo que ir a Barcelona en febrero, así que es posible que pase por París. Se queda callada un momento y luego responde que Los Ángeles es su ciudad favorita. Me habla de las palmeras. Yo no puedo escucharla con atención. Mi vida se extiende frente a mí como un camino que se bifurca: de un lado, las palmeras de Los Ángeles; del otro V. Dos caminos salteados de dosis de T. No es como si yo estuviera paralizada en esa encrucijada. No. Soy yo quien ha pensado en Los Ángeles, quien ha inventado un camino que no existía antes, quien ha dado los primeros pasos que, ine-

vitablemente, me alejan de ella. En América, durante los años cincuenta, en los cines al aire libre en los que las películas se veían desde el descapotable, los organizadores daban a los espectadores *rain checks* cuando llovía y tenían que anular la proyección para que pudieran volver gratis otra noche estrellada. Un *rain check* es un embrión de tiempo congelado, una posibilidad vital que puede ser activada de forma artificial en un contexto favorable, es un *deja-vu* amoroso que puede controlarse intencionalmente.

Me llama dos días después. Quiere viajar al sur, a Vauvert, para escribir un libro sobre su violación, sobre su época de puta, sobre por qué el siglo XXI será feminista o no será. Hacia el sol. Cedo. La arrogancia de la testosterona no ha podido con el afecto puro. Voy a ir con ella.

BABY CARCASS

Viajamos juntas al sur. Ella cambia de cuerpo y de rostro varias veces al día. Yo cambio de lengua para seguir el flujo. Me ha pedido que le hable en español mientras follamos. Le digo al oído: lo que tú quieres es que yo te folle como una perra, o tu piel es tan suave. No importa. Lo que le pone es mi voz en español, dice. Me acuerdo de los días increíblemente felices que hemos pasado, cada vez que estamos juntas en el coche, con la música a tope, mientras la veo bailar en la habitación, recorriendo los laberintos de la catedral de Chartres. Pero todo puede cambiar de un momento a otro. Definitivamente cambia cuando ella me anuncia que se va a suicidar cuando cumpla cuarenta años. Hace un año todavía pasaba la navidad con P. M. y M. M. Ahora lleva, dice, un hijo muerto en la espalda. Se pasea con un peso en la espalda como las madres antillesas de Barbés, pero su hijo, el suyo con P. M., está muerto. Lleva un cadáver diminuto agarrado a sus hombros. Podría derrumbarme, pero no lo hago. Podría abrazarla tiernamente, pero no lo hago. *I am not a rockstar.* El estrés altera los niveles hormonales. La testosterona varía la resistencia al estrés. Necesito un chute, pero ya he pasado los 250 miligramos semanales. Cierro los canales del pensamiento periférico, evito la cognición nefasta: si quisiera verdaderamente suicidarse no hablaría de su cuarenta cumpleaños. *Quid moraris*

emori. Su suicidio ha nacido muerto, como su hijo con P. M. El suicidio diferido se llama depresión. Si tiene fecha y ritual es porque la vida tiene todavía sentido para ella: porque es V. D. Si no, se suicidaría hoy mismo. Esta tarde. Aquí, en Vauvert, en medio de las marismas de la Camargue. Y a mí me darían definitivamente por el culo. Abriría la ventana para que entrara el Mistral, abriría los canales que llevan el agua caliente hasta la bañera, abriría un bote de lexomiles, me haría un último chute de T., abriría la boca para beber, abriría el paso hasta mi esófago apartando la lengua, abriría las venas que llevan hasta el corazón, abriría las células por las que debe entrar el veneno, abriría las cadenas de carbono, sodio, los receptores de opiáceos. Se abrirían para ella los canales que llevan el alma hasta la tierra donde viven los muertos, y su hijito, apenas recién nacido, saldría a recibirla. Ese sería un final sublime para esta historia, pero ella nos quiere hacer esperar otros cuatro años. Entonces será demasiado tarde. *Difficile est longum subito deponere amorem.* No quiero escucharla. No quiero oír las mierdas que tiene que decirme, sobre P. M., sobre el hijo muerto, sobre su incapacidad de sentir amor por mí y por cualquiera que no sea ese diminuto cadáver. No quiero. Solo quiero que le den por el culo, que nos den por el culo, que nos exploten el culo a los tres, a ella, a mí y al bebé muerto.

SARAH

El camino que lleva desde la casa de escritores de Vauvert a la playa de les Saintes Maries de la Mer es un paraíso vegetal sobre el que se ha tendido una lengua de asfalto. Es un parque natural habitado por nuevas especies tecno-vivas: castores, águilas, toros bravos, caballos blancos, bandadas de flamencos rojos y coches. Los automóviles se deslizan sobre ese único tapiz gris como cyber-predadores que aspiran a eliminar toda competición entre los prehistóricos organismos móviles y los nuevos agregados super-rápidos de hombre-máquina. En el cyber-paraíso de Vauvert el hombre-automóvil se ha vuelto un organismo complejo que habita y consume como cualquier otro animal.

Los castores nadan ágilmente en el río, se sumergen bajo los arbustos hundidos en el agua, ondean su silueta peluda y, atraídos por el peso metafísico de la otra orilla, por el reto que supo-

ne salir de esta vida acuática para dirigirse a la vida seca, empujados por la tentación de la separación tecnológica, sacan la cabeza del agua y ponen la primera pezuña sobre el asfalto. En el suelo, el cuerpo peludo se vuelve torpe, la palma de la cola pesada, los ojos aún cubiertos por una película líquida apenas ven ahora la otra orilla. Los automóviles zigzaguean intentando atrapar ese volumen viscoso bajo sus ruedas. A veces lo golpean de lleno haciendo que la sangre y las tripas estallen.

Los habitantes humanos locales acusan al castor de ser un inmigrante ilegal —proviene originalmente de los ríos de América del Sur y se introdujo en Europa en el siglo XIX— que se ha reproducido sin medida contaminando el equilibrio del ecosistema de la Camargue, y animan a eliminarlos sin piedad. El castor se parece al cuerpo árabe de las afueras de París, a los espaldas mojadas de Tijuana, a los africanos que nadan hasta Gibraltar. Cruzar para sobrevivir. Dejarse la piel bajo las ruedas. Las águilas vuelan en círculos sobre los coches. Es así como el águila transforma el coche en su prótesis de caza. Tras el paso del coche, destripado bajo el sol implacable de invierno, el castor ofrece sus exquisitas tripas de extranjero al águila nativa. No fotografío la escena. No quiero incluir la cámara, último tecno-ojo, en ese rito cyber-ecológico. Las huellas químicas que dejan el águila y el castor en mi memoria son suficientes.

En 1888 Van Gogh pasó cinco días en la playa de Les Saintes Maries, en el hotel de la Poste. Pintó cuatro barcas sin velas, sin timón y con los remos guardados varadas en las dunas de arena, y otras dos barcas con velas extendidas que se alejan sobre el agua. Sobre una de las barcas Van Gogh escribió: «Amitié». V. y yo vamos hasta Les Saintes Maries de la Mer casi cada día en coche. La iglesia está construida probablemente sobre un antiguo templo pagano dedicado al dios egipcio Ra, el padre del Sol. Las Saintes Maries de la Mer son dos chicas en una barca. Parecen flotar a la deriva sobre las olas gigantescas y espumosas del Mediterráneo como las barcas de Van Gogh. Cada una sujeta una caja dorada entre las manos. Pero ¿qué llevan?

En la cripta de Les Saintes Maries de la Mer está santa Sarah, Sarah la Negra, Sarah-Kali, Sarah la nómada, la sirvienta negra de Les Saintes Maries o la diosa egipia, Sarah la patrona de los gitanos. V. y yo bajamos a verla. Llevamos dos urnas vacías, una cada una. Sarah es una cabeza de porcelana negra vestida

con más de cincuenta túnicas doradas, rojas, verdes, blancas, azules, bordadas de hilos de oro. Su pelo negro de porcelana está oculto bajo las túnicas que convierten la estatua en un único vestido grueso de miles de capas sobre el que reposa una cabeza coronada de brillantes dorados y cristalinos. V. lleva en su urna vacía el hijo que no tuvo con P. M. Yo llevo como reliquia la polla que no tuve que cortarme para ser quien soy, la que no tendré que injertarme para ser quien soy.

No hay dos sexos, sino una multiplicidad de configuraciones genéticas, hormonales, cromosómicas, genitales, sexuales y sensuales. No hay verdad del género, de lo másculino y de lo femenino, fuera de un conjunto de ficciones culturales normativas.

A Van Gogh la explanada de la Camarge que lleva hasta Les Saintes Maries, la misma que V. y yo recorremos hoy en coche, le pareció una llanura de Holanda, pero con otra luz. A mí me parece la misma luz española que alumbraba una llanura distinta, el mismo sol egipcio calentando la espalda de los castores emigrantes del tercer milenio.

10
PORNOPODER

I sell frustration, not relief[1].
LYDIA LUNCH

EL IMPERATIVO PORNOGRÁFICO: FÓLLATE A TI MISMO

1. La pornografía es un dispositivo virtual (literario, audiovisual, cibernético) masturbatorio. La pornografía como industria cinematográfica tiene como objetivo la masturbación planetaria multimedia. Lo que caracteriza a la imagen pornográfica es su capacidad de estimular, con independencia de la voluntad del espectador, los mecanismos bioquímicos y musculares que rigen la producción de placer. Linda Williams, subrayando esta capacidad de la imagen pornográfica para activarse en el cuerpo del espectador, define la pornografía como *embodied image,* «imagen incorporada», imagen que se hace cuerpo[2].

2. La pornografía es la sexualidad transformada en espectáculo, en virtualidad, en información digital, o, dicho de otro modo, en representación pública, donde «pública» implica directa o indirectamente comercializable. Una representación adquiere el estatuto de pornografía cuando pone en marcha el de-

[1] «Vendo frustración, no alivio», Lydia Lunch, *Real Pornography,* Music Performance, 2004.

[2] Linda Williams, «Body Genres», *Film Quarterly,* 44, 4, University of California Press, Berkeley, 1991; Véase también Linda Williams, «Corporealized observers: Visual Pornographies and the 'Carnal Density of Vision'», en Patrice Petro (ed.), *Fugitive Images,* Indiana University Press, Bloomington & Indianapolis, 1994, pág. 199.

venir-público de aquello que se supone privado. He aquí otra definición posible de pornografía: dispositivo de publicación de lo privado. O, más aún, dispositivo que al representar una porción del ámbito público lo define como privado cargándolo de un valor masturbatorio suplementario. Se trata, por tanto, de una caracterización política de la representación. Dadas las condiciones del capitalismo postfordista, una representación pública implica ser intercambiable en el mercado global como dato digital y como fuente de capital.

3. La pornografía es teletecnomasturbación. La globalización de la farmacopornoeconomía a través de la digitalización audiovisual y su transmisión ultrarrápida sobre una multitud de soportes técnicos (televisión, ordenador, teléfono, iPod, etc.) genera un «efecto mariposa» en la gestión global de los ciclos excitación-frustración: un coño que se abre aquí, una boca que chupa allí, puede producir cientos de descargas de placer al otro lado del planeta emitiendo con su desplazamiento virtual un chorro vivo de capital.

4. La pornografía reúne las mismas características que cualquier otro espectáculo de la industria cultural: virtuosismo, posibilidad de reproducción técnica —transformación digital, difusión audiovisual y teatralización—. La única diferencia, por el momento, es su estatuto *underground.* De hecho, como afirma el productor de porno David Friedman, la explotación pornográfica contemporánea, entendida como consumo audiovisual y práctica performativa, es una extensión de los espectáculos populares del circo, de los *freak shows,* a las ferias de juegos y parques temáticos[3]. La pornografía y la prostitución podrían considerarse como dos de los ámbitos performativos de la industria del espectáculo que han sido relegados durante los siglos XIX y XX al ostracismo y la ilegalidad. La transición del cuerpo monstruoso, perverso o desviado (*freak,* homosexual, ninfómana, puta) del estatuto de atracción circense al de enfermo mental o criminal apoyará este proceso de exclusión de la esfera pública y económica.

[3] «La industria de la explotación pornográfica era una extensión del carnaval circense y de los *girlie shows* y *freak shows,* de los juegos de azar, de los columpios, ferias de bullicio», David Friedman, en Legs McNeil y Jenniffer Osborne, *The Other Hollywood. The uncensored oral history of the porn film industry,* Regan Books, Nueva York, 2005, pág. 1.

5. En realidad, la industria pornográfica es a la industria cultural y del espectáculo lo que la industria del tráfico de drogas ilegales es a la industria farmacéutica. Hablamos aquí simplemente de los dos motores ocultos del capitalismo del siglo XXI. La farmacopornografía presenta así un doble paroxismo: es al mismo tiempo el lado oculto y marginal de la industria cultural contemporánea, y el paradigma de cualquier otra producción postfordista. En el capitalismo *über-material,* toda forma de producción ofrece beneficios en la medida en que se acerca al modelo de producción farmacopornográfica.

6. Lo propio de la pornografía como imagen resulta más de una cuestión de escenografía, de teatralización y de iluminación que de contenido: basta con un cuerpo (natural o artificial, «vivo» o «muerto», humano o animal), *très bien éclairé*[4], un cuerpo tanto más deseable cuanto más inaccesible, cuyo valor masturbatorio es directamente proporcional a su capacidad de comportarse como chispeante fantasía abstracta.

7. La industria del sexo, como sector sumergido de la industria cultural, dice la verdad de cualquier otra producción comunicativa o espectacular. La literatura, el cine, la televisión, Internet, el cómic, el videojuego, etc., desean la pornografía, quieren producir placer y plusvalía pornográfica sin sufrir la marginalización de la representación porno, del mismo modo que los actuales productores de la industria farmacológica legal quieren producir placer y plusvalía sexual y toxológica sin sufrir la marginalización y la criminalización de la industria del tráfico de drogas ilegales.

8. En la pornografía, el sexo es *performance,* es decir, representación pública y proceso de repetición social y políticamente regulado. Consideremos de nuevo esta relación entre industria cultural e industria del sexo. La teórica Judith Butler, en un giró que marcó el feminismo de finales del siglo XX, define el género, la masculinidad y la feminidad, en términos de *performances,* de procesos de repetición regulados, de normas que son internalizadas en forma de estilo corporal, de representación y teatralización pública[5]. Paralelamente a Butler, en los años ochen-

[4] «Muy bien iluminado», Roland Barthes, *Sade, Loyola, Fourier,* Éditions du Seuil, París, 1971, pág. 132.

[5] Judith Butler, *El género en disputa..., op. cit.*

ta, la actriz porno Annie Sprinkle introducirá un nuevo desplazamiento performativo en la comprensión de la identidad al definir esta vez no ya el género, sino la sexualidad en términos de *performance*[6]. Para Sprinkle, la verdad de la sexualidad que la pornografía pretende capturar no es sino el efecto de un dispositivo de representación, de un conjunto de coreografías corporales reguladas por códigos de representación bien precisos, semejantes a los que dominan la danza, la acción en la cinematografía clásica o el teatro. De ahí que para Sprinkle la pornografía carezca de un valor realista o documental más allá del que emerge de su voluntad de representación.

9. La comprensión popular de la pornografía como grado cero de la representación se asienta sobre un principio sexotrascendental, que podríamos denominar «platonicismo espermático», según el cual la eyaculación (y la muerte) es la única verdad. De ahí que el *snuff* sea el modelo ontocinemático de este tipo de producción pornográfica: filmar «lo real», la eyaculación, la muerte, en tiempo real, más aún, hacer coincidir ontocinemáticamente muerte y eyaculación. Lo propio de la pornografía dominante es producir la ilusion visual de la irrupción en lo real puro. Podríamos decir que lo que excita en la pornografía es que el sujeto pornificado no puede controlar su fuerza de producción sexual, que la haya declinado en función de un espectador todopoderoso que, a su vez, a través de la representación, se vea des-subjetivado, reducido a su respuesta masturbatoria. Si tenemos en consideración que todo documento visual pornográfico aspira a hacer coincidir la eyaculación representada y la eyaculación del espectador (abstractamente entendido como bio-hombre, eyaculador visual universal), entoces deberíamos concluir que el placer de la mirada pornográfica reside en una estridente contradicción: por una parte, generar la impresión en el espectador, a través de la des-subjetivación de los actores porno, de que es él el que posee y controla la *potentia gaudendi* de los actores; por otra, al reducir el cuerpo del espectador a receptor involuntario de estímulos eyaculantes, poner al espectador en la posición de la puta, la perra, del ano universalmente receptor y privado de toda decisión sexual; así, lo propio de la subjetividad pornográfica es tra-

[6] Annie Sprinkle, *Hardcore from the Heart. The Please, Profits and Politics of Sex in Performance,* Gabrielle Cody (ed.), Continuum, Londres, 2001.

garse su propio esperma, ser al mismo tiempo polla erecta y ano universalmente receptor. De ahí el precepto pornosófico: *pornete ipsum.*

10. La pornografía dice la verdad de la sexualidad, no porque sea el grado cero de la representación, sino porque revela que la sexualidad *es* siempre y en todo caso *performance,* representación, puesta en escena, pero también mecanismo involuntario de conexión al circuito global excitación-frustración-excitación. Lo propio de la industria contemporánea del *entertainment,* con su clasificación de la representación en «válida para todos los públicos» y «clasificada X», es negar el valor performativo de la pornografía, reduciéndola a «puro sexo», como si, desde un punto de vista teatral, hubiera una diferencia ontológica entre un beso, una pelea y una penetración anal cinematográficos. La hegemonía actual de la industria cultural no-pornográfica deriva de este axioma moral que hace de los órganos llamados sexuales (especialmente pollas, coños y anos) objetos extra-cinematográficos (literalmente ob-scenos, fuera de escena), cuyo valor de «verdad» no puede ser absorbido por la representación y transformado en *performance.* Pero detrás de esta hegemonía se oculta el deseo de la industria cultural de afectar los centros tecnoórganicos de la producción de la subjetividad (centros de producción de placer y de afectos, de sentimiento de omnipotencia y confort) con la misma eficacia que lo hace la pornografía. La industria cultural es envidia de porno. La pornografía no es simplemente una industria cultural entre otras, sino más bien el paradigma de toda industria cultural[7]. De modo particularmente límpido, la pornografía, con su circuito cerrado excitación-capital-frustración-excitación-capital, ofrece la clave para comprender cualquier otro tipo de producción cultural postfordista.

[7] Esta afirmación no debe confundirse con la máxima tan debatida de Fredric Jameson: «Toda imagen es pornográfica». Jameson utiliza aquí una acepción crítica de pornografía para calificar el estatuto «ideológico» de la imagen, frente a la verdad radical del texto histórico, en el sentido marxista del término. Desde un punto de vista farmacopornográfico, la pornografía, fuera de un maquiavelismo pajillero que la carga de culpabilidad, debe ser leída con el rigor de un texto histórico, el texto que corresponde mejor a nuestro momento político-visual. Véase Fredric Jameson, *Signatures of the Visible,* Routledge, Nueva York, 1990.

11. Para liberar la sexualidad del control biopolítico actual no basta con dejar actuar el sexo público fuera del ámbito del trabajo (asalariado o no), ni tampoco con extirpar el sexo del dominio de la esfera pública dejando su regulación al Estado. Otro de los riesgos sería la romantización de una sexualidad no pública, la vuelta (imposible) a una forma privada y no industrial de la sexualidad. Aquí fracasan tanto las empresas liberales y las emancipacionistas como las abolicionistas. Se trata, por el contrario, de inventar otras formas públicas, compartidas, colectivas y *copyleft* de sexualidad que superen el estrecho marco de la representación pornográfica dominante y el consumo sexual normalizado. Cuando en 1990, Annie Sprinkle utiliza por primera vez la expresión del artista holandés Wink van Kempen «post-pornografía» [8] para presentar su espectáculo *The Public Cervix Announcement,* en el que invita al público a explorar el interior de su vagina con la ayuda de un espéculo, nace una nuevo género de representación del sexo, crítico al mismo tiempo de la visibilidad que la medicina y los códigos de la pornografía tradicional producen. A la «verdad del sexo» pornográfico, recogiendo una fórmula de Foucault, Sprinkle opone la producción teatral y artística de diversas ficciones del sexo. A la iniciativa de Sprinkle seguirán durante los últimos años, desde diferentes ámbitos y con diferentes inscripciones teórica y estéticas, los trabajos de Shelly Mars, Fatal Video, Virginie Despentes y Coralie Trinh Thi, Del LaGrace Volcano, Bruce La Bruce, etc. Todos ellos comparten una misma inversión epistemológica: los que hasta ahora habían sido el objeto pasivo de la representación pornográfica («mujeres», «actores y actrices porno», «putas», «maricas y bolleras», «perversos», etc.) aparecen ahora como los sujetos de la representación, cuestionando de este modo los códigos (estéticos, políticos, narrativos, etc.) que hacían visibles sus cuerpos y prácticas sexuales, la estabilidad de las formas de hacer sexo y las relaciones de género que estas proponen.

[8] La expresión «post-pornografía» de Wink van Kempen intentaba describir un tipo de producción audiovisual que contenía elementos pornográficos, pero cuyo objetivo no era masturbatorio, sino político, crítico o humorístico. Véase Annie Sprinkle, *Postporn Modernist. My 25 Years as a Multimedia Whore,* Cleiss Press, San Francisco, 1998, págs. 160-161.

Esta crítica abre una brecha en la historia de la representación de la sexualidad, haciendo de la pornografía no ya un grado cero de la mostración objetiva del sexo, sino más bien un género histórico bien preciso que quizá hoy, por primera vez, estamos en situación de analizar críticamente y quién sabe si de dejar atrás.

Pornificación del trabajo

No necesito recordarte, mientras sujetas este libro entre tus manos, que el sexo *(tu* sexo) no tiene su ámbito ni en el (tu) cuerpo individual, ni en la (tu) esfera privada o el (tu) espacio doméstico. Más aún, ni el cuerpo individual, ni la llamada esfera privada, ni el espacio doméstico escapan a la regulación política. El sexo, la excitación, la demanda de erección y eyaculación existen en el centro mismo de la esfera pública y de la producción capitalista. De hecho, en la economía farmacopornista, la situación puede definirse de este modo: el trabajo es sexo. *Labor sexus est.* En la ciudad ciberextensa farmacopornográfica, el proceso material de trabajo se puede describir como un conjunto de tracciones sexuales, de instintos psicosomáticos, de elevaciones hormonales, como puesta en marcha de conexiones sinápticas y emisión de excrecciones químicas. El objeto del trabajo en la sociedad farmacopornográfica no es satisfacer, sino excitar: poner en marcha el aparato somático que regula el ciclo excitación-frustración-excitación. Trabajamos en la pornofábrica: una industria tecnosomática cuyos carburantes son el esperma, la sangre, la orina, la adrenalina, la testosterona, la insulina, la silicona, los psicoestimulantes, los estrógenos, pero también los signos digitalizables y transmisibles a gran velocidad, el dígito, el texto, el sonido, la imagen, etc. A este proceso de devenir sexo del trabajo contemporáneo, o viceversa, de devenir trabajo del sexo contemporáneo, lo llamaremos «pornificación del trabajo».

Así, para comprender la verdad de la praxis del trabajo postfordista habrá que estudiar con detalle tres ámbitos hasta ahora considerados como periféricos o marginales con respecto a los ciclos capitalistas de producción y consumo:

1. *La producción, el tráfico y el consumo de drogas (legales o ilegales).* Entiendo aquí por droga no solo toda sustancia química de origen natural o sintético que afecta específicamente las fun-

ciones del sistema nervioso central del organismo vivo, sino, en un sentido más ámplio, cualquier sustancia (legal o ilegal) biológicamente activa, capaz de modificar el metabolismo de las células sobre las que hace efecto. Algunos de los principios de gubernamentalidad de flujos psicotrópicos han sido esbozados en el capítulo Farmacopoder.

2. *La producción, la circulación y el consumo de los materiales audiovisuales pornográficos.* Entiendo aquí por pornográfico todo material audiovisual sexualmente activo, capaz de modificar la sensibilidad, la producción hormonal y de poner en marcha ciclos de excitación-frustación y de producción de placer psicosomático.

3. *El trabajo sexual.* La mercantilización de la *potentia gaudendi* de un cuerpo en un contrato (más o menos formal) de servicio sexual.

El poder de estas tres plataformas —drogas, materiales audiovisuales pornográficos y servicios sexuales— de producción de capital reside en su capacidad para funcionar como prótesis de la subjetividad. Se dibuja así una toxicopornología económica general en la que fluyen órganos, píldoras, ciudades, conexiones comunicantes, imágenes, textos, pajas, litros de silicona, compuestos químicos, dólares...

Los teóricos de esta nueva concepción del trabajo como excitación ya no serán los economistas clásicos, ni Ricardo, ni Marx, ni Keynes, sino los pornógrafos (Cándida Roya, Narciso Bosh, Nacho Vidal, HPG, etc.), los actores y las actrices porno (Annie Sprinkle, Nina Roberts, Coralie Trinh Thi, etc.), las trabajadoras sexuales (Michele T., Jane Almodóvar), los engranajes de las redes de tráfico de drogas, desde los productores de coca a los trabajadores pauperizados de las plantaciones de opio, pasando por las mafias estatales, los herboristas conocedores de las tradiciones ancestrales de la brujería, los laboratorios farmacéuticos, los pequeños traficantes o los yonquis.

Freud y su dosis de coca, la vida y la muerte de Escobar, el consumo de anfetaminas de Sartre, el cóctel de andrógenos y euforizantes que mantiene activos a los soldados americanos en Iraq, el cáncer provocado en las atletas rusas por las altas dosis de tesoterona concentradas en las píldoras de Oral-Turinabol, la ascensión y la caída de la actriz porno Linda Lovelace de *Garganta profunda,* los senderos de polvo cristalino que llevan desde la

pasarela de moda, hasta los platós de televisión o los pasillos de la bolsa, las cientos de miles de dosis de progesterona y de estrógenos administradas como anticonceptivos a las bio-mujeres en edad reproductiva durante los últimos cuarenta años, el volumen faraónico de antidepresivos consumido por las bio-mujeres menopaúsicas, el tráfico de trabajadoras sexuales ilegales que atraviesan las fronteras europeas, el dopage en el ciclismo, los litros de esperma derramados anualmente frente a las películas porno, la propagación silenciosa del virus de inmunodeficiencia adquirida, los millones de estómagos de la tercera edad recubiertos de Omeoprazol, la muerte de los adolescentes que entraron a formar parte en los ensayos clínicos con la hormona del crecimiento, la jeringa que insemina a la oveja *Dolly,* el candor sintético de los músculos de los culturistas..., nos enseñan más sobre los modos actuales de producción capitalista que todos los anuarios industriales de la Unión Europea con sus insignificantes índices de aumento o descenso del paro. La guía internacional de la producción, el consumo y la falsificación de Viagra puede enseñarnos más sobre la producción de valor excitación-frustración-excitación en la sociedad postfordista que todos los tratados de economía clásica con su hipócrita noción de trabajo como produción mercantil.

SEX COPYRIGHT: TECNO-SIGNIFICANTES LÚBRICOS

Durante el pasado siglo, el poder se ha desplazado desde el control de la tierra al control de la manufactura y ahora al control de la información y de la vida. Hoy el poder se extiende al sexo y al género como codificaciónes precisas de la información y de la subjetividad. Pronto lo hará aún de un modo más eficaz a través de la transformación de psicotrópicos controladores de la producción de afectos y de hormonas sexuales en patentes privatizadas. Pero el deseo, el sexo y el género no se parecen a la Tierra. No se parecen tampoco al producto fabricado. El deseo, el sexo, el género se parecen, en realidad, a la información como sistema semíotico encarnado (Haraway). Son código vivo. Como la información, desafían a la propiedad, porque mi posesión de una pieza (de información, de deseo, de sexo, de género) no te desposee a ti de ella. Mi deseo, mi polla de plástico, mi masculinidad pros-

tética parecen poder circular y compartirse sin que esto impida el goce. Más bien, al contrario, el *partage* parece multiplicar el deseo, el sexo, el género. El problema es que hasta ahora el deseo, el placer, el sexo y el género han sido pensados en términos de esencia no transferible, de propiedad. Primero pensados como sustancias fijas en la naturaleza, después como propiedad de Dios, luego como propiedad del Estado, más tarde como propiedad privada y hoy, por último, como propiedad de las grandes multinacionales farmacopornopolíticas.

Las nuevas corporaciones globales no producen nada. Su único objetivo es la acumulación y gestión de patentes. A esta nueva política del *copyright* que gestiona la vida y los códigos simbólicos es a la que he denominado «farmacopornopolítica»: se trata de transformar tu culo y el mío, tu deseo y el mío, en beneficio abstracto. A tu clítoris y a mi polla les está sucediendo lo mismo que a la planta de maíz: las multinacionales emplean empresas de ingeniería genética para producir nuevas cepas transgénicas cuyas semillas serán infértiles. Del mismo modo que las multinacionales, a través de la privatización de los germoplasmas, controlan no solamente la actual producción mundial de maíz sino, lo que es más importante, convierten la totalidad del planeta en consumidores potenciales de nuevas semillas transgénicas (a su vez infértiles), la industria farmacopornográfica tiende exponencialmente al control y la producción de tu cuerpo deseante. Paralelamente a la «informatización de la agricultura»[9] asistimos a un proceso de «informatización del sexo y el género», a través del cual el capital aspira a producir y poseer los modelos farmacopornográficos, narcóticos y audiovisuales, moleculares y fantasmáticos, que regulan la subjetividad deseante.

Tu deseo, tu sexo y tu género son el nuevo supermaíz transgénico de la industria farmacopornográfica: si te quieres correr, Viagra; si quieres evitar la reproducción sexual, la píldora; si quieres cambiar el timbre de tu voz o tu masa muscular, andrógenos; si quieres acceder al mercado de la seducción, pasa primero por la liposucción; si quieres tener fantasías sexuales, conéctate a las producciones pornográficas de Dorcel, Hotvideo, *Playboy*...

[9] Negri y Hardt, *Multitude, op. cit.*, pág. 140.

PARIS HILTON EN LA CAMA CON MAX WEBER

La erótica puritana del poder que Max Weber identifica en su *Ética protestante y el espíritu del capitalismo* con sus valores de constancia emocional y moral, de autocontrol y de discreción, que parecía haber dominado buena parte de los ecosistemas sexuales de Occidente desde el siglo XVII deja progresivamente al descubierto sus fundamentos farmacopornográficos. Según la intuición de Weber, no era el materialismo, sino la ética de vida protestante la que permitió el auge del capitalismo. El sacrificio en el trabajo y el éxito económico pasaron de ser castigo divino y signo de lujo inmodesto a ser prueba del amor de Dios, que circulaba en forma de capital a través de los cuerpos, las mercancías, los territorios. Del mismo modo, en la era farmacopornográfica no es el hedonismo, la consecución de placer sensible, el principio que rige la vida de los cuerpos y el funcionamiento de los pueblos, sino la ética post-cristiana-liberal-punk cuyo principio es reproducir compulsivamente el ciclo excitación-frustración hasta la destrucción total del ecosistema.

He aquí una prótesis total viva que señala el devenir porno del protestantismo liberal weberiano: Paris Hilton. Aparente excepción del modelo de excelencia americano, Paris Hilton representa la culminación de la producción sexopolítica de la tecno-*bitch* de lujo. Heredera de un imperio hotelero multimillonario y de la empresa inmobiliaria de su padre, miss Hilton rechaza las instituciones de aprendizaje tradicional y comienza a trabajar en *shows* televisuales como *The Simple Life* hasta pasar después a rodar sus propias películas porno. No es que Hilton haya dejado atrás la ética protestante y el espíritu del capitalismo de Weber. No, más bien la incorpora llevándola a su más alto nivel de producción farmacopornomediática. La insípida Hilton se lo hace con Weber. No hay en Hilton, tras su aparente entrega al vicio y la ociosidad, un rechazo de la economía capitalista, sino, bien al contrario, transformación de la totalidad de su vida y de su sexualidad en trabajo y conversión, a través de dispositivos de vigilancia extremos, de la totalidad de su vida en imagen digital globalmente transferible. El éxito de Paris Hilton es haber sabido recuperar su cuerpo y su sexualidad como valor último en el mercado de intercambio global del capitalismo farmacopornográfico. Paris Hilton podría ser, en este sentido, una trabajadora

farmacopornográfica de última generación —y quizá sea esta dimensión obrera de su inmoralidad la que más moleste al abuelo Hilton.

Si a diferencia de las actrices porno de las décadas de 1970-1990, de Marilyn Chambers a Jenna Jameson, Paris Hilton, aparece hoy como figura paradigmática del modo de producción farmacopornográfico no es (como los lectores que hayan visto sus películas corrobararán) por su cualidad de bomba-sexual. Paris Hilton difiere radicalmente de las actrices porno tradicionales: por una parte, no llega al porno empujada por una necesidad económica o un destino social implacable, sino que, al contrario, decide y calcula su transformación en *star* X ayudada por su propio imperio financiero; por otra, ni corporal ni performativamente, Paris Hilton presenta un interés masturbatorio relevante, lo que permite pensar que, independientemente de su fortuna y de su potente maquinaria publicitaria, nunca habría podido abrirse paso en el mercado pornográfico compitiendo con actrices como Tracy Lords o Kashumi. Si la figura de Paris Hilton presenta un interés teórico-político (más que únicamente masturbatorio) indudable, es porque señala la aspiración actual de toda forma de trabajo y producción de valor a transformarse en producción farmacopornográfica, indicando así un «devenir porno» de la producción de valor en el capitalismo actual.

Bajo los valores puritanos que creía haber reconocido Weber, se esconde en realidad la imagen digitalizada de la vulva extradepilada de Paris Hilton, los músculos testosteronados de Arnold Schwarzenegger y el colocón global de Viagra al que están sujetas las bio-pollas desempalmadas de los bio-cincuentones.

Sexódromos urbanos

En 2005, con ocasión del Mundial de fútbol, el Gobierno alemán de Angela Merkel, en un intento de activar la fordización de la industria sexual, da luz verde a la construcción de Artemis, un prostíbulo multimedia de tres mil metros cuadrados situado a tres estaciones de metro del Estadio Olímplico de Berlín. El edificio, cuyo interior ha sido decorado según una estética que los promotores definen como «digna de Las Vegas», tiene cuatro pi-

sos y cuenta con piscina, varias saunas y dos salas de cine, así como con habitaciones suficientes como para dar cita simultáneamente a setenta trabajadoras sexuales y seiscientos clientes. El argumento del Gobierno alemán revela los fundamentos del capitalismo farmacopornográfico actual: «Es necesario ofrecer a los cuatro millones de aficionados que se desplazarán a Berlín para el Mundial el mejor servicio sexual, del mismo modo que se les ofrecerán las mejores prestaciones en términos de hostelería, restauración, servicios culturales y de comunicación» [10]. Notemos, simplemente de paso, que el burdel como institución estatal, como un servicio público propuesto por el Gobierno a los ciudadanos o visitantes de la ciudad no es en absoluto una invención de Merkel, sino que es una estructura que persiste desde la urbe de la Edad Media hasta los emplazamientos coloniales del siglo XX. Así, por ejemplo, en 1434 la municipalidad (alemana/austrohúngara) de Berne pone los burdeles públicos a disposición del emperador Segismundo y de su corte durante su visita a la ciudad. A pesar de las diferencias entre el burdel paleourbano de Berne y el gran supermercado del sexo Artemis, ambos parecen decisivos para el desarrollo ecónomomico de la farmacopornópolis moderna. Este burdel futbolístico se sitúa, asimismo, en una genealogía de burdeles multimedia iniciada por los clubes y hoteles *Playboy* en Estados Unidos a finales de los años cincuenta, según la cual el edificio-burdel se transforma en un espacio de producción, consumo y distribución de signos audiovisuales pornográficos y de servicios sexuales funcionando como una «heterotopia», por recoger el término de Foucault, un espacio de excepción politicosexual en el que dominan leyes y valores en aparente (y solo aparente) contradicción con los del espacio público dominante [11].

El burdel es la razón de ser de la ciudad moderna. La ciudad moderna es el burdel. Cuando una medida política intenta «acabar con la prostitución en la ciudad» o «llevar la prostitución fuera de la ciudad», lo que dice en realidad es: «Es necesario invisibilizar aquello que de urbano hay en la ciudad, extender la ciudad más allá de la ciudad».

[10] Artículo en *Le Nouvel Observateur,* 4-10 mayo 2006, pág. 13.

[11] Sobre los burdeles multimedia de *Playboy* véase Beatriz Preciado, «Pornotopia», *ColdWar/HotHouses,* Princeton University Press, Princeton, 2004.

Según la crítica francesa del *Le Nouvel Observateur,* Artemis se dirige a «las hordas de machos célibes y a su libido galvanizada por la guerra del fútbol». A diferencia de la revista francesa, pensamos que lo que caracteriza a las hordas de consumidores potenciales de los servicios sexuales ofrecidos por Artemis no es el hecho de ser «machos célibes» (puesto que poco importa si estos «machos» se encuentran emparejados o no antes de venir al Mundial), sino el hecho de identificarse sexopolíticamente como heterosexuales, puesto que los directores del megaburdel han previsto que los servicios sexuales sean dispensados única y exclusivamente por (cuarenta mil) mujeres venidas de todos los rincones del mundo (a las que la Unión Europea facilitará un permiso temporal de trabajo en el territorio con ocasión del Mundial). El Gobierno alemán, que reconoce la legalidad del trabajo sexual, edita para la ocasión una «guía de viaje para mujeres» dedicada a las jóvenes del antiguo bloque soviético que quieran trabajar como prostitutas en Alemania. En Francia, Malka Marcovich, directora nacional de la Coalición Internacional Contra el Tráfico de Mujeres (CATW) lanza una petición (que será firmada por Fadela Amara y Ségolène Royal, entre otras) bajo el eslogan: «Acheter de sexe n'est pas un sport», pidiendo, sin éxito, al Gobierno alemán la prohibición del comercio sexual durante la Copa del Mundo de fútbol.

En efecto, la relación entre el deporte y la prostitución podría abrir claves de comprensión del actual régimen farmacopornográfico. Por litote, Marcovich nos proporciona un eslogan posible para definir la economía farmacopornográfica: «Comprar sexo es un deporte». Si es cierto que no ha habido hasta ahora una radical fordización de la industria del sexo, podríamos decir, por el contrario, que ha habido una severa pornificación de las industrias fordista y cultural. En lugar de imaginar la prostitución como una práctica al margen de la industria del fútbol, habría más bien que considerar el deporte en general y el fútbol en particular como parte de una industria farmacopornográfica planetaria que controla redes de Internet, clubes, discotecas, cadenas de producción, distribución y difusión pornográfica, industrias farmacéuticas de producción y tráfico de drogas anabolizantes y de otras moléculas que suplementen el cuerpo deportivo y sexual, al mismo tiempo que cadenas de producción y distribución

de música, de ropa, accesorios y mercancías derivadas (desde camisetas con el nombre de Zidane, a desodorantes o preservativos, pasando por colorantes del cabello).

Tanto en el deporte profesional como en el trabajo sexual, el problema no es la venta del cuerpo, como argumentan al unísono el feminismo marxista y el integrismo católico, puesto que el trabajo en la sociedad postfordista es siempre y en todo caso venta de la fuerza de comunicación y excitación que produce un cuerpo vivo, de su *potentia gaudendi,* sino más bien la asimetría de género y de raza del mercado actual (nueve de cada diez trabajadores sexuales son bio-mujeres; solo cuatro de cada diez son blancos); y la asimetría de la remuneración económica y del estatus profesional.

Lo curioso, a pesar de estas diferencias radicales que existen entre las tetas de Jenna Jameson y las piernas de Zidane, es que, a menudo, los deportistas de los grandes equipos europeos y las trabajadoras sexuales que Artemis pone al servicio de los amantes del fútbol proceden de los mismos estratos económicos, políticos y raciales del planeta: proceden de las clases de trabajadores pobres, o bien de las antiguas colonias de los Estados-Nación europeos que logran abrirse paso en el mercado farmacopornográfico contemporáneo (accediendo simultáneamente a la nacionalidad europea) a través de la venta de su capital de excitación corporal, de su *potentia gaudendi.* Lo que la industria farmacopornográfica alemana pone al servicio de los espectadores (físicos y virtuales) de la Copa del Mundo de fútbol son los cuerpos erotizados y sexualizados de los deportistas y de las trabajadoras sexuales. El proceso de pornificación del trabajo, presente por igual en la industria del espectáculo y sexual, extrae plusvalía farmacopornográfica de cuerpos racializados y pauperizados (cuerpos no blancos o procedentes de los llamados «países en vías de desarrollo») a los que el acceso legal al territorio occidental ha sido radicalmente vedado por otras vías.

El trabajador farmacopornográfico

En cada momento histórico un tipo de trabajo y de trabajador define la forma de producción propia de una economía específica. Curiosamente, este trabajo y este trabajador aparece re-

trospectivamente como el más precario, aquel cuyas condiciones de trabajo son más severas: así, por ejemplo, el esclavo y la esclava recolectores de algodón definen la economía de la plantación, el trabajador de la mina define la economía de la máquina de vapor, el trabajador y la trabajadora fungibles, la economía del campo de concentración, el trabajador y la trabajadora de la fábrica la economía fordista. El trabajo, y el tipo de explotación específica, que define hoy la economía farmacopornográfica es el trabajo sexual, y la trabajador@ paradigmátic@ de este modelo de producción es la puta, la actriz o el actor porno.

El hecho de que el trabajo sature el dominio de la excitación sexual y toxicológica no impide, sino que, por el contrario, aumenta las relaciones de poder presentes en el modo de producción dominante. La distancia entre la producción aparente (producción legal de mercancías autorizadas) y la producción real (producción de valor excitación-frustración) es tan grande que nunca ninguna otra clase de productores de capital a lo largo de la historia se ha visto en una situación tan precaria, excepto los trabajadores esclavizados de la economía de la plantación y los trabajadores fungibles de la economía del campo de concentración. Los verdaderos trabajadores ultrapauperizados del capitalismo farmacopornográfico son las putas, los emigrantes «no-elegidos», los pequeños traficantes, los prisioneros, los cuerpos dedicados a los trabajos domésticos y de cuidado corporal, los niños y los animales (auténticos territorios productores de materias primas farmacológicas, cuerpos de ensayo clínico y de consumo por parte de las industrias agroalimenticias). Todos ellos se sitúan en el umbral de la ciudadanía. Y en el umbral de lo humano. Por consiguiente, no es solo insuficiente o mojigato hablar de «feminización del trabajo» para referirse a la transformación del trabajo en el capitalismo contemporáneo, sino definitivamente tendencioso. Habrá que hablar de pornificación del trabajo y de producción y sujección del cuerpo en un régimen farmacopornopolítico global.

Uno de los índices del grado de explotación del trabajo sexual y pornográfico es la inmovilidad social de sus trabajadores, la imposibilidad de abandonar este ámbito de producción para acceder a otras formas menos pauperizadas de trabajo. En las actuales condiciones de producción, el trabajo sexual y pornográfico lleva al límite la fuerza ontológica de toda relación de explotación: en un tiempo en el que el trabajo se vuelve flexible y la

reconversión profesional es rutinaria, el trabajo sexual aparece como aquel que de forma más eficaz reduce al trabajador a una esencia natural, marcándolo a fuego y a vida, dificultando su reabsorción en otros mercados de trabajo. Los trabajadores de la industria farmacopornográfica se asemejan hoy a una casta, una especie maldita que, a pesar de la corta duración de la carrera de servicios farmocopornográficos (una media de cinco años) quedan devaluados para cualquier otra tarea del mercado legal.

Discuto sobre la cuestión con Nina Roberts, la jefa de las actrices pornoterroristas francesas: me cuentan que algunas actrices porno engordan quince kilos cuando dejan de rodar películas: para evitar ser reconocidas, para des-sexualizarse, para impedir que las tomen por putas calientes en busca de pollas duras cuando salen a hacer la compra. Se me ocurre que quizá les sería más fácil administrarse testosterona y cambiar de género. Podrían convertirse así en galantes clientes anónimos con brazos peludos y voces roncas. Esa transformación sería como una forma de indemnización política; una suerte de recompensa cultural por haber servido a la formación del Brazo Peludo masturbador heterosexual de base. Nadie imaginaría que una perra calentona puede camuflarse en consumidor porno anónimo y ocupar la deseada posición del ojo dominante con tan solo unos miligramos de testosterona al mes durante apenas seis meses. Curiosamente, esa transformación inaudita les permitiría acceder al mismo tiempo al lugar del sujeto hegemónico de la representación y al lujo de la invisibilidad pornográfica. Sería también posible pensar en un cambio de género como un modo de relanzar la carrera pornográfica excesivamente corta de las bio-mujeres actrices porno. Teniendo en cuenta que la vida de una actriz porno es cada vez más fugaz (ninguna pasa de los veinticinco años), podríamos imaginar a Mandy Bright, Jesse Jane, Jenna Jameson o Nina Hartley tras una mastectomía y armadas de dildos talla XL *real skin* de larga fijación, iniciando una nueva carrera como finísimos dandis del porno que vendrían a desplazar a los Roccos y los Nachos —no me extenderé en comentarios sobre el placer farmacopornográfico de ver a la versión tecno-hombre de Nina Roberts tirarse a todas las estrellas del porno.

Pero, por el momento, la restricción de la categoría sindical y jurídica de «trabajo» en el caso de la prostitución, que las actuales instituciones gubernamentales de Occidente (salvo excepcio-

nes que debemos considerar como laboratorios políticos disidentes) llevan a cabo y el control de los circuitos de producción y distribución de la pornografía, que evita que esta se abra paso como una industria cinematográfica equivalente a cualquier otra del mundo del *entertainment,* no surge de un deseo de proteger los derechos de las mujeres frente a la objetivación de sus cuerpos en el mercado, como afirman al unísono diferentes voces de la izquierda, de la derecha y diversos feminismos. Al contrario. Si es necesario negar que el sexo puede ser objeto de trabajo, de intercambio económico, de servicio o de contrato, es precisamente porque esta eventual apertura de la categoría de trabajo pone en cuestión los pretendidos valores puritanos del espíritu del capitalismo (tanto en su discurso de derechas como de izquierdas), o, más bien, deja al descubierto los auténticos pornovalores de este.

Se trata más bien de un modo de evitar la emergencia pública de los verdaderos motores del capitalismo farmacopornográfico, evitar por todos los medios el pánico social que supondría revelar que no es el trabajo, sino la *potentia gaudendi* la que sujeta la economía mundial; el pánico que genera la desarticulación total del trabajo como valor fundamental de las sociedades modernas. El pánico de admitir que detrás de la economía de la máquina de vapor y del fordismo se esconde y emerge el gigante complejo industrial guerra-porno-droga-prisión.

TRABAJO *ÜBER-MATERIAL*

Los operaístas italianos discuten entre ellos para saber en qué medida el trabajo cognitivo o «inmaterial» es realmente *inmaterial.* Quizá no hablan suficientemente de la presión y el movimiento de sus manos sobre sus miembros eréctiles mientras se masturban mirando las nuevas páginas porno accesibles a través de sus conexiones *wifi* de ordenador en cualquier hotel del mundo, de la humedad entre sus piernas, de la viscosidad de sus secreciones. Virno prefiere llamar «lingüístico» al trabajo inmaterial, mientras que Hardt y Negri optan por el adjetivo foucaultiano y lo califican de «biopolítico», subrayando así la relación de esta producción inmaterial con el cuerpo. Pero incluso este cuerpo aparece como des-sexualizado. A pesar de que todos ellos empiezan a caminar hacia la andropausia, ninguno habla de los maravi-

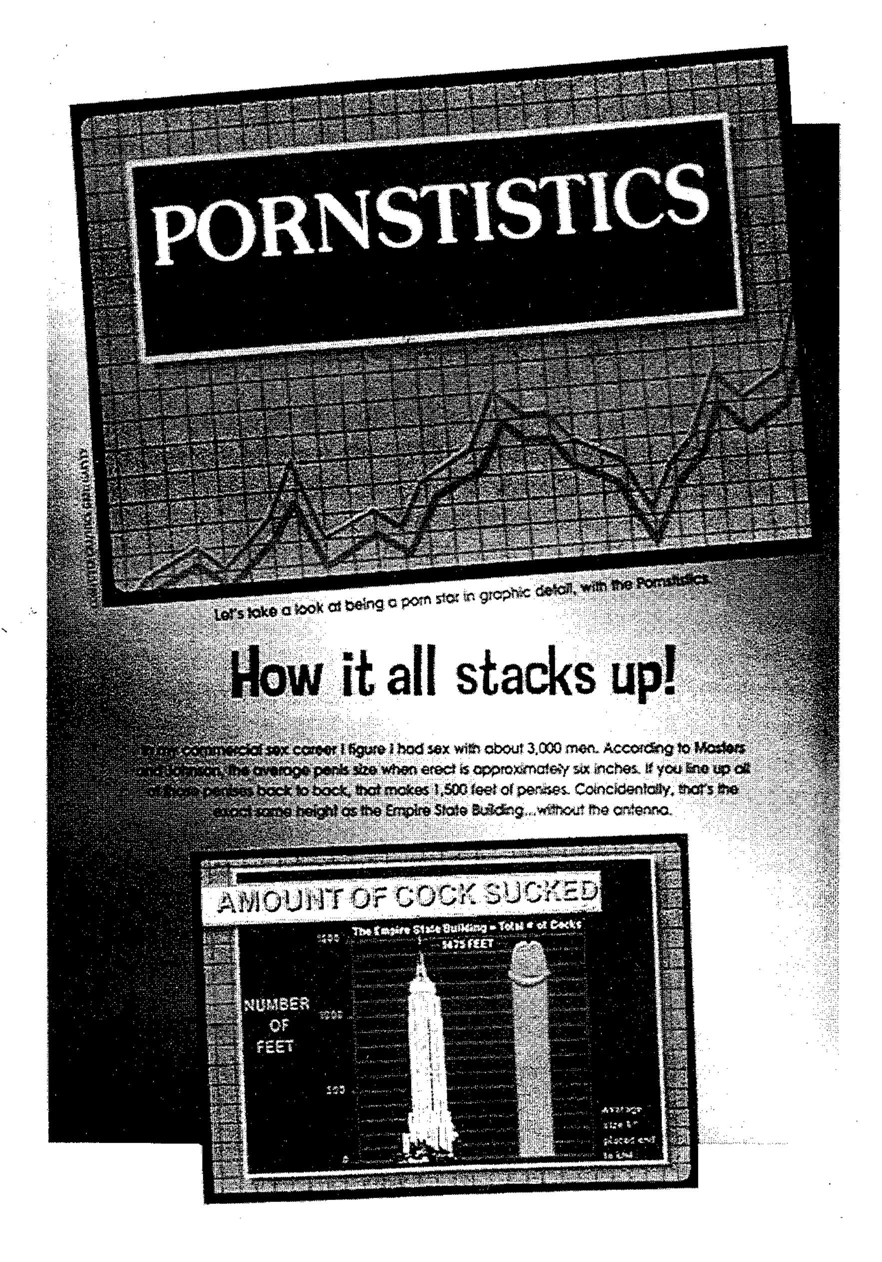
llosos efectos que una dosis de Viagra acompañada de la imagen adecuada produce en sus ya pronto longevas pollas. Ninguno se atreve a nombrar a la bestia: el núcleo del trabajo se ha vuelto sexual, espermático, masturbatorio, toxicológico; el trabajo debe producir el efecto de un chute si se espera de él un beneficio económico; en definitiva, se trata de un tipo de trabajo que más bien deberíamos llamar farmacopornopolítico que biopolítico.

Digámoslo sin reparos: en la economía pornista no hay trabajo que no sea trabajo que levanta la polla, que mantiene erecta la polla global, trabajo que provoca la secreción de endorfinas, trabajo que conforta el sentimiento de omnipotencia del consumidor heteromacho de base. Nuestra forma actual de capitalismo o de producción podría definirse como una economía de la eyaculación. La única y auténtica plusvalía es el índice de elevación de la polla, su dureza y rigidez, el volumen de sus espermáticas eyaculaciones.

El trabajo farmacopornográfico contemporáneo no puede, de ningún modo, calificarse de inmaterial. Realmente nada menos inmaterial que el trabajo sobre el que se funda el capitalismo farmacopornográfico: más que de inmaterial debería calificarse de *über-material,* supra-material, tecno-material o hiper-material, puesto que su consistencia es biológica, molecular, al mismo tiempo carnal y numérica, irreductiblemente sináptica y digitalizable; y su objetivo último, la producción de erección, de eyaculación, de volumen espermatico. Y este trabajo es medible en litros y decilitros. Seguramente, para subrayar esta materialidad, la actriz porno y artista Annie Sprinkle comparaba en su pornoestadística la cantidad de pollas que había chupado durante su vida como trabajadora sexual medidas en centímetros con la altura total del Empire State Building[12]. No hay trabajo sexual inmaterial como no hay porno sin *cum-shot,* ya sea este líquido espermatico, *ciprina* o simple leche condensada. No hay trabajo que no sea *trabajo húmedo.*

Si el trabajo contemporáneo no es inmaterial, tampoco es, como se ha pretendido, producto de un proceso de «feminización». Es posible afirmar, siguiendo a Lazzarato, que «el contenido y las condiciones del trabajo hoy, impuestas tras violentas reestructuraciones, no son más que la extensión tendencial de las caracte-

[12] Annie Sprinkle, *op. cit.,* 1998, págs. 96-97.



Annie Sprinkle, «Pornstistics», *Postporn Modernist,* Cleis Press, San Francisco, 1998, pág. 96.

rísticas del trabajo, tanto asalariado como no asalariado, estructural e históricamente asignado a las mujeres» *solo y solo si* consideramos que el término «mujer» como significante que designa al conjunto de todos los trabajadores y trabajadoras (hombres y mujeres, bio- o tecno-) toxicológicos, afectivos y sexuales precariamente asalariados. Por ello parece más eficaz afirmar que el contenido y las condiciones del trabajo hoy son la extensión del trabajo toxicosexual o farmacopornográfico realizado por cuerpos que aparecen a menudo marcados como «femeninos» (independientemente de su género) y que se ven hoy violentamente «racializados» y pauperizados. El carácter común de estos cuerpos no es tanto ser cuerpos de bio-mujeres, sino aparecer como cuerpos penetrables, cuerpos que suscitan eyaculación al menor precio posible. Todos los criterios que se agrupan bajo la etiqueta de «feminización del trabajo», como la flexibilidad, la disponibilidad total, el alto grado de adaptabilidad, la vulnerabilidad, el talento para la improvisación, etc., no son sino la base del *curriculum vitae* inédito de la trabajadora o del trabajador sexual virtuoso. Las características del trabajo sexual: precariedad, venta de servicios corporales a bajo precio, devaluación social del cuerpo que realiza dicho trabajo, exclusión del ámbito de la ciudadanía, etc., se están volviendo centrales en el paradigma postfordista del siglo XXI. O más bien, han sido siempre centrales, pero ahora esta centralidad se vuelve estructural y explícita, dejando al descubierto el viscoso motor de la producción. Hoy, ninguna estructura de producción capitalista funciona sin ayuda de un dispositivo masturbatorio y sin una cierta cantidad de esperma derramado (desde la industria cultural y del espectáculo, pasando por el negocio de la telefonía y la telecomunicación, la programación informática, la industria del armamento, la industria farmacológica, etc.). Todos estos trabajos se han visto progresivamente pornificados siendo la precarización y la aparente feminización índices de una nueva puesta a disposición del capital de la fuerza orgásmica de cada cuerpo.

División pornográfica del trabajo

El concepto de pornificación del trabajo remite a la dimensión orgásmico-pulsional del trabajo (tradicionalmente desempe-

ñado como trabajo asalariado por un número limitado de hombres y mujeres a los que se descasta como «putas»). Este trabajo se caracteriza por la transformación en valor capital (plusvalía) del contacto de los cuerpos (virtual o actual), de la excitación de los centros bioquímicos de producción hormonal, de la producción y la transmisión de afectos, de la recepción de un impulso audiovisual, de la conexión del neocórtex con los vasos sanguíneos que irrigan el cuerpo cavernoso del pene, del clítoris, de la piel, de la reacción de los centros de producción de endorfinas y de oxitocina, de la respuesta en forma de placer inmediato o diferido de un metabolismo bioquímico preciso a una cierta sustancia, etc.

Hasta ahora el análisis marxista de la producción utilizaba la expresión «división sexual del trabajo» para nombrar el trabajo específico de la reproducción llevado a cabo por las bio-mujeres. Sin embargo, esta noción debe ser matizada triplemente hasta quedar radicalmente transformada, si queremos dar cuenta de las actuales condiciones de la producción farmacopornográfica.

En primer lugar, el concepto «división sexual del trabajo» se refiere a la división reproductiva de la especie, estableciendo así una segmentación estructural entre cuerpos con úteros capaces de llevar a término el desarrollo de un feto viable y cuerpos sin útero o con útero, pero sin posibilidad de gestación. Esta noción, según la cual la diferencia entre trabajo de producción y trabajo de reproducción es de carácter sexual, una diferencia, por tanto, entre bio-hombres y bio-mujeres, da por supuesta la coincidencia entre cuerpo de mujer y cuerpo con útero fertilizable capaz de reproducción sexual. Sin embargo, la relación entre feminidad y reproducción es asimétrica. Primero, porque no todas las bio-mujeres están dotadas de un útero fertilizable capaz de llevar a término el desarrollo de un feto viable. Segundo, porque aun en el caso de los cuerpos de bio-mujeres capaces de gestación, el tiempo de reproducción no equivale a la vida total del sujeto. Por ambas razones, parece más pertinente, hablar de «división gestacional del trabajo» para referirse a la segmentación de cuerpos derivada de la capacidad de gestar *in utero*.

En segundo lugar, el término «sexual» en el concepto división sexual del trabajo silencia el carácter normativamente heterosexual, hetero *by default*, de dicha reproducción, dando así por sentado que la reproducción heterosexual es la única natural. Habría

que empezar por reconocer las instituciones (pareja con reconocimiento social, matrimonio, reconocimiento social de la paternidad única), así como las prácticas de acoplamiento heterosexual (coito entendido como penetración bio-pene/bio-vagina con eyaculación) como técnicas de reproducción asistida que han sido legitimadas sociopolíticamente y naturalizadas a través de la tradición y de la ley. Aunque el carácter de técnica política de toda reproducción sexual parece más evidente en las actuales prácticas de reproducción asistida, este acompaña y define histórica y estructuralmente todo proceso de filiación. Tomemos un ejemplo de la Biblia —para ir cuanto más lejos posible de las actuales configuraciones relacionales *queer* y cuanto más cerca de los mitos fundadores de la filiación en Occidente—: los grandes patriarcas —no sé sabe por qué, a menudo casados con mujeres estériles (¿se tratará de bio-hombres que viven socialmente como mujeres?)— recurren a utilizar los cuerpos vivos de sus esclavas como cavidades reproductivas sin que esto cambie la relación que el fruto de tales procreaciones tendrá con su madre «estéril». Ese es el caso, por no hablar de la Sagrada Familia, de Jacobo, casado con la estéril Raquel y que insemina a su esclava Bilha. Los hijos de esta serán considerados hijos de Raquel. Podemos decir que aquí la esclava lleva a cabo el doble trabajo sexual y reproductivo, mientras que recae sobre Raquel, en tanto que esposa estéril, únicamente el peso del trabajo sexual sin que por ello pierda el reconocimiento de su «maternidad natural». Aquí «el parentesco» —como nos enseña Donna Haraway— es una tecnología para la producción del efecto semiótico y material de relaciones naturales»[13].

La invención de la píldora a mediados del siglo XX, al separar heterosexualidad y reproducción, vendrá a diferenciar y dejar al descubierto la multiplicidad y la especificidad de servicios implicados en el trabajo de la reproducción: el trabajo específicamente sexual, el trabajo gestacional (inseminación, embarazo, parto) y el trabajo propio del cuidado y la crianza del recien nacido. No todo trabajo de reproducción implica un trabajo sexual, ni todo trabajo sexual implica un trabajo de reproducción. Si bien es cierto que la píldora ha separado sexualidad y reproducción, no parece tan claro que la píldora haya liberado a las biomujeres heterosexuales de alguno de estos dos trabajos. Más bien

[13] Donna Haraway, *op. cit.*, 2004, pág. 72.

podríamos decir que separando reproducción heterosexual de sexualidad heterosexual, la píldora ha hecho obligatorio el trabajo sexual en condiciones de heterosexualidad institucionalizada (puesto que antes de la píldora era más fácil para una bio-mujer rechazar un servicio de trabajo sexual no pagado haciendo valer la posibilidad de un embarazo no deseado), transformando el trabajo de la reproducción en «una elección» que no por ser opcional deja de venir a «dignificar» el estatus político de las bio-mujeres en el régimen heterosexual. La verdadera liberación del trabajo heterosexual y del trabajo de reproducción para las bio-mujeres no puede venir de los actuales métodos de contracepción —útiles capitalistas de control y consumo farmacopornografíco—, sino de una transformación radical de sus estatutos de género, sexo y sexualidad, de una reapropiación de las técnicas sexopolíticas que las construyen como bio-mujeres.

Hagamos un ejercicio de política-ficción para imaginar algunas de las posibles transformaciones de las actuales técnicas sexopolíticas:

1. Liberalización del mercado del sexo, haciendo que cada bio-mujer sea la única propietaria de su *potentia gaudendi*.

2. Puesta a disposición libre y accesible económicamente para todas las bio-mujeres de un servicio de contracepción no-hormonal (los preservativos tanto masculino como femenino, por ejemplo), la esterilización (temporal o definitiva) de los bio-hombres, la esterilización de las bio-mujeres o el aborto, servicios que podrán ser reclamados siempre que la bio-mujer lo desee, sin ningún tipo de cláusula de preferencia o de restricción política o moral. Podemos imaginar que en una sociedad de economía liberal que reconozca la legitimidad del trabajo sexual, el coste del aborto podría ser equivalente al coste mínimo de un servicio sexual.

Hasta ahora, tanto el trabajo sexual como el trabajo de la reproducción han sido considerados como actos de gratuidad, actos que fundan una supuesta dignidad del sujeto mujer que se vería radicalmente menguada por una mercantilización de los servicios sexuales, tanto por las instituciones farmacopornográficas como por los aparatos ideológicos estatales y religiosos. Incluso los teóricos de izquierda de la «feminización del trabajo», cuando se refieren a los servicios no pagados que las mujeres han llevado a cabo

históricamente, hablan sin problema de la «higiene de las personas y las cosas, la gestión del hogar, la educación de l@s hij@s, el cuidado de l@s enferm@s y ancian@s, el tejido de redes de cooperación y solidaridad» (Lazzarato), omitiendo los servicios sexuales y de reproducción como parte de este trabajo no remunerado, como si, intencionalmente o no, protegieran el ámbito de la sexualidad de la producción econonómica haciendo de aquella una región sagrada de la actividad humana. ¿Pero cómo es posible que nadie considere la dirección política, la educación escolar o la composición musical como actos de gratuidad y, sin embargo, sigamos pensando que hacer del trabajo sexual y de reproducción servicios gratuitos (léase pauperizado o políticamente obligatorios) equivale a preservar la dignidad esencial de las mujeres y, de un modo más amplio, de la civilización humana en su conjunto?

La mayoría de los análisis del proceso de transformación del capital eluden castamente el núcleo viscoso de la producción farmacopornográfica. Las nociones «feminización del trabajo» o «devenir-mujer del trabajo» [14], tal como han sido elaboradas por Christian Marazzi [15], Mauricio Lazzarato [16], Toni Negri y Judith Revel [17], ocultan la verdadera razón de la aparición de un predicado de género (en este caso, género queda impropiamente reducido a femenino) para calificar el actual giro del capitalismo. No hay nada que permita decir que el nuevo modelo de trabajo especializado y flexible postfordista es más «femenino» que el industrial. ¿Acaso no trabajaban las mujeres en los campos de esclavos recolectores de algodón?, ¿acaso no fueron ellas las primeras en enlatar sardinas de modo industrial o en trabajar en la industria textil, o en hacer plaquetas de microchips para Microsoft? Decir femenino para indicar la progresiva precarización del trabajo depende de un presupuesto heterocentrado y de una retórica del género previa según la cual «seguro, estable, definitivo» implica industrial y masculino, y «flexible, mutable, móvil y precario» implica postindustrial y femenino.

[14] Véase Toni Negri, *Exil,* Éditions Mille et Un Nuits, París, 1998.

[15] Christian Marazzi, *El sitio de los calcetines, op. cit.*

[16] Maurizio Lazzarato, *Les Révolutions du capitalisme,* Les Empêcheurs de penser en rond/Le Seuil, París, 2004.

[17] Judith Revel, «Devenir femme de la politique», *Multitudes,* núm. 12, París, 2002, págs. 125-133.

Pensemos esta relación de género ahora respecto a la actual pornificación del trabajo. Lo único que justifica calificar en términos de «feminización» el proceso de transformación actual del trabajo es el hecho de que es la producción virtual o actual de figuraciones femeninas (tetas, culos, vaginas, etc.), bio- o tecno-, la que de una manera general levanta la heteropolla global. Pero es cierto que también hay un índice importante de homopollas que se levantan por culos de tíos, por otras pollas, por anos lubrificados. Y que, por supuesto, los mecanismo mastubatorios que operan sobre los cuerpos de las mujeres, aunque todavía subexplotados, podrían constituir pronto una nueva plataforma de producción de beneficios farmacopornográficos. Pero, de modo general, hay que rendirse a la chorreante evidencia: hasta ahora las bio-mujeres (y en menor medida algunas tecno-mujeres y ciertos cuerpos de bio-hombres erotizados) han llevado a cabo la tarea de levantar el rabo del mundo. Pero nada justifica o indica que sean las bio-mujeres las que deban seguir realizándola.

WHAT FLARES UP FAST, EXTINGUISHES SOON

Would you like to have stronger ejaculation? Come on in here: Every man wishes it. Great erection and inimitable pleasure. Use this tab regularly and you'll have the best. Increase your volume in just days. What flares up fast, extinguishes soon. The sacrifice of the weak is an abomination to the LORD: but the prayer of the upright is his delight[18].

CAMPAÑA PUBLICITARIA DE VIAGRA
(2006, distribuida vía *e-mail*)

Una de las bases discursivas del régimen farmacopornográfico se oculta tras la ecuación fantasmática incuestionable:

una polla = una fuerza orgásmica = un consumidor,

[18] «¿Quieres tener una eyaculación mayor? Ven aquí: todo hombre lo desea. Gran erección y placer inimitable. Usa esas pastillas de forma regular y verás incrementado el volumen de tus eyaculaciones en solo unos días. Lo que estalla rápidamente, se extingue pronto. El Señor maldice el sacrificio de los débiles: pero la oración de los rectos le delecta».

o de su opuesto complementario:

un cuerpo feminizado = una fuerza orgásmica = un trabajador sexual.

Durante los últimos veinticinco años, el capitalismo farmacopornográfico ha seguido utilizando para gestionar el cuerpo social representaciones en las que domina la diferencia sexual, la heterosexualidad como orientación sexual fundamental, la equivalencia entre masculinidad y erección, entre femenino y penetrado. Aunque en los laboratorios farmacopornográficos el capital fluye por otros caminos y la fuerza orgásmica se aplica en realidad a otros frentes. Como muestra la campaña publicitaria de Viagra, lo que define en realidad a la masculinidad farmacopornográfica no es la capacidad de erección masturbatoria, sino más bien la dificultad de mantener una erección, de ahí el ingente mercado de suplementos químicos y audiovisuales que vienen a suplementarla.

La falacia que opera en la ecuación «diferencia sexual-coito-heterosexualidad» comienza a desvelarse con la producción de las primeras hormonas sintéticas en los años cincuenta, cuando el capitalismo intuye las posibles ventajas de trabajar con un cuerpo farmacopornográfico plástico y sexualmente polimorfo que puede transformarse intencionalmente en femenino, masculino, ser reactivo a cualquier estímulo sexual, que puede ser tanto consumidor como productor o trabajador sexual, poseedor al mismo tiempo de fuerza orgásmica, de medios de producción de placer y posible comprador de fuerza orgásmica exterior.

La heterosexualidad es un programa politicosexual que no deja de perder valor en el mercado farmacopornográfico, viéndose desplazado por las representaciones gays, lésbicas, fetichistas, SM, en función de la necesidad de ampliar el índice de producción espermático y de capital. El secreto de la recepción pornográfica, afirma la *Teoría King Kong*, es la identificación entre el espectador y la actriz porno [19]. Detrás de una coreografía heterosexual, el sujeto farmacopornográfico atiende por igual al imperativo de erección masculina y de sumisión femenina a la penetra-

[19] Sobre la identificación entre el consumidor de pornografía y la actriz porno, véase Virginie Despentes, *Teoría King Kong*, Melusina, Barcelona, 2007.

ción: controlar y ser controlado, presentarse como el universal follador cuando en realidad su deseo último es ser universalmente follado. Detrás de cada machito social se esconde un cuerpo cibernético que desea ser penetrado como una furcia, violado y humillado por una rubia fascista, por una amazona de cabeza rapada y dildo de veinte centímetros o por la metralleta de una joven saudí que exhibe su cuerpo y oculta su rostro bajo un velo. Esa es la verdad de la economía farmacopornográfica: *a dick is a hole,* una polla es un agujero.

Nueva diferencia sexual: orificios penetrables y terminaciones penetradoras

La proletarización global del sexo, privada de reflexión y acción políticas multiplica las ocasiones y las formas de opresión y sumisión. La división sexual (no gestacional) no desaparece, sino que se multiplica y se transforma. Intercambiar deseos, erecciones, eyaculaciones y descargas de secreciones hormonales es el elemento constitutivo del proceso de producción laboral farmacopornográfico. Todos los trabajadores entran en la producción en cuanto senos hinchados, coños, anos y bocas penetrables, pollas flácidas, eréctiles o turgentes, cuerpos productores de estrógeno, de testosterona, de seratonina y de esperma, conectores orgánico-técnicos capaces de ser integrados en el circuito farmacopornoinformático global. Todos los trabajadores entran en la producción farmacopornográfica en cuanto «penetrables-penetradores», en cuando facilitadores de la secreción, o segregadores, en cuanto facilitadores de chute, o cuerpos adictos, en cuanto plataformas toxicológicas productoras o dependientes. O ambos. Estas segmentaciones no dependen de un tipo de predisposición biológica, ni innata ni adquirida, puesto que todo cuerpo es potencialmente penetrable, posee ano, boca y es potencialmente penetrador, tiene lengua, dedos, manos o puede servir como puerto de inserción prostética dildónica y cibernética, todo cuerpo es capaz de lenguaje excitante y puede excitarse a través del lenguaje, de la imagen, del tacto, puede chupar o ser chupado, todo cuerpo es al mismo tiempo tóxico y adicto, válido y discapacitado, orgánico y técnicamente suplementado. Aquí la división del trabajo sexual no depende de una cualidad natural,

sino de una especialización técnica del cuerpo, de una *programación politicosomática.*

Sin embargo, nos encontramos en una ecología farmacopornográfica particular: en nuestra actual configuración somatopolítica del género solo las bio-mujeres, las tecno-mujeres y los gays son contemplados como *cuerpos potencialmente penetrables,* del mismo modo que solo los bio-hombres se presentan y son representados como *penetradores universales naturales.* Esta división política de los cuerpos produce sucesivas segmentaciones del espacio social en términos de género, segmentaciones que, sin duda, tienden a verse progresivamente desestabilizadas con la creciente tecnificación de la producción del placer y de la reproducción sexual. De este modo, parece inevitable que la llamada división sexual del trabajo se diluya, se atenúe, o incluso se vea invertida dependiendo de la posibilidad de más y más bio-mujeres de acceder (de pagarse, literalmente) la posición de penetradoras universales, así como de más bio-hombres, en situación de precariedad laboral, de deber acceder a la posición de anos penetrados, de bocas mamadoras, de manos masturbadoras; en definitiva, acceder a la posición de signo pornográfico o de prótesis excitante, de mecanismos masturbatorios audiovisuales universales. Si pensamos esta nueva división técnica del trabajo sexual en el actual contexto de globalización y de flujos migratorios, habrá que decir que es posible que una mayoría de cuerpos migrantes ilegales (marcados por líneas de racialización y de exclusión social) se vean rápidamente situados en la posición de «anos globales» (la noción de «ano» toma aquí el lugar de un orificio universal potencialmente penetrable) mientras las minorías blancas (tanto de hombres como de mujeres) occidentales acceden a, o preservan, su posición de *penetradores universales.*

En todo caso y para el capital, lo que cuenta es la capacidad de todo cuerpo dotado de subjetividad política de correrse y de provocar placer en otros cuerpos dotados de subjetividad política masturbatoria. Pero, atención, recordemos el principio Weber-Hilton, el objetivo no es la producción de placer, sino el control a través de la gestión del circuito excitación-frustración de subjetividades políticas. El objetivo del porno, como del trabajo sexual, es la producción de *satisfacción frustrante.* La satisfacción frustrante define a cualquier otra producción en la economía postfordista. Si en el ámbito económico el trabajo es sexo, la bio-

política y la tanatopolítica se vuelven sexopolítica, gobierno de las pollas, los anos y los coños, gestión del circuito excitación-frustración. El objeto de la sexopolítica no es otro que la producción de la subjetividad a través del control tecnobiológico del cuerpo, de su capacidad de desear, de correrse, de excitar y de excitarse. Podríamos denominar farmacopornología a la ciencia social que estudia los procesos de producción, distribución y consumo de bienes y servicios farmacopornográficos, así como el comportamiento de los seres tecno-vivos como una relación entre fines dados (excitación, orgasmo, relajación, etc.) y medios escasos (drogas psicotrópicas, datos audiovisuales, prácticas, etc.).

En este contexto de producción y control masturbatorio global resulta obsoleto hablar de liberación sexual o de guerra de los sexos. Habrá que hablar más bien de dominación, resistencia y terrorismo farmacopornográficos: se trata del enfrentamiento entre subjetividades paneyaculantes y una multitud de subjetividades que sirven como prótesis masturbatorias, de anos y vaginas penetradas, de bocas mamadoras, de manos masturbadoras, de cuerpos dependientes de dosis químicas por su autodeterminación como cuerpos tecno-vivos sensibles.

Este nuevo proletariado farmacopornográfico es un sujeto económico que produce plusvalía sexual (y no simplemente espermática) y toxicológica, y es también un nuevo sujeto político: no porque pueda encarnar la promesa del feminismo radical (traicionada por los feminismos liberales y estatales antipornográficos, abolicionistas), del movimiento *queer* (traicionado por los movimientos homosexuales y transexuales, y por sus alianzas con los poderes médicos, jurídicos y mediáticos) y de los movimientos de medicinas no alopáticas y de liberalización del consumo de drogas (traicionados por los acuerdos farmacológicos y amenazados por las mafias estatales y por el tráfico de drogas), sino porque emana directamente de los detritus de estos sujetos políticos malogrados. Crece sobre su estiércol revolucionario.

Al hablar aquí de trabajo sexual ya no se puede pensar el trabajo simplemente como intercambio orgánico con la naturaleza o de la producción de objetos nuevos. Es necesario pensarlo como fuerza de tracción molecular, como vector de producción de placer. Han sido los teóricos de la masturbación y de la sexualidad reproductiva los que mejor han definido esta trans-

formación moderna de la sexualidad en trabajo o del trabajo en proceso de producción de excitación-frustración. Como sucede a menudo, la extrema derecha es la primera en poner su viscoso dedo sobre la llaga. Los primeros en intuir la transformación del trabajo productivo en trabajo eyaculante fueron los teóricos y los técnicos de la masturbación del siglo XVIII: Auguste Tissot, con su definición de la masturbación como enfermedad y gasto, así como los industriales comercializadores de aparatos técnicos antimasturbación y su manera de comprender toda forma de sexualidad no reproductiva como un gasto inútil de la fuerza de trabajo que el individuo moderno debería emplear en las tareas de producción y de reproducción de bienes y de la especie.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, el devenir eyaculante de todo trabajo productivo se vuelve efectivo. Así, el trabajo y la acción política adoptan progresivamente muchas de las características típicas de la sexualidad, del ocio y del intercambio excitante, del mismo modo que la sexualidad y la excitación se vuelven gradualmente indistinguibles del trabajo y de la acción política. Asimismo, la división entre lo *privado* y lo *público* parece haberse venido abajo: no solo la frontera que los separaba ha perdido rigidez sino que los términos mismos parecen haber dejado de tener sentido. La producción farmacopornográfica se realiza en el «devenir público» de aquello que es construido como privado.

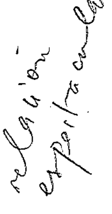
General Sex

Hoy, buena parte de la sexualidad se puede analizar como una actividad que corresponde al tipo de *praxis* laboral en la que, utilizando la famosa expresión de Marx, «el producto es inseparable del acto de producir» [20]. En esta categoría sitúa Marx, como nos recuerda Virno, los trabajos que «se resuelven en una ejecución virtuosa: pianistas, mayordomos, bailarines, profesores, oradores, médicos, curas, etc.» [21]. El modelo por

[20] Karl Marx, *El Capital,* cap. 6, Siglo XXI, Madrid, 1978.
[21] Paolo Virno, *op. cit.,* pág. 53.

excelencia de este tipo de producción improductiva (¿o habría que decir de «improducción productiva»?) no es únicamente el trabajo político, como nos enseña Virno, sino el trabajo sexual, a no ser que consideremos —y esta segunda posibilidad es plausible— el trabajo sexual como el modelo último de todo trabajo político.

Ninguna práctica puede satisfacer tan acertadamente la descripción de Marx de la producción improductiva y virtuosa como la práctica de mano de obra que constituye hasta hoy la base del mercado sexual urbano: la mamada. Marx, que como Engels considera la prostitución como el complemento de la institución burguesa del matrimonio monógamo, olvida, sin embargo, al pensar en el trabajo improductivo, a las trabajadoras y los trabajadores sexuales cuya actividad virtuosa consiste en excitar, producir placer sexual, generar erecciones, descargas espermáticas, ciprínicas; en definitiva, en estimular en el cliente la producción de beta-endorfinas [22]. Es posible repensar el trabajo sexual como parte de ese tipo de trabajo que Marx denomina «trabajo servil» o improductivo, trabajo en el que se ejecutan servicios corporales (como, por ejemplo, el trabajo de un mayordomo): según su propia expresión un tipo de actividad en la «que no se invierte capital, sino que se gasta un rédito» [23]. Para Marx estos trabajos virtuosos e improductivos se caracterizan por depender de una estructura que él llama de «cooperación»: por necesitar de «un espacio con estructura pública» para su ejecución (como el auditorio de música, el público de lectores o el espacio doméstico), privilegiando la cooperación intelectual, el *General Intellect,* noción que hoy se utiliza para describir el trabajo inmaterial o de la comunicación. Pues bien, de nuevo este es el caso del trabajo sexual: la relación entre el cliente y la/el trabajador/a sexual se da siempre y en todo caso en un espacio público, es una relación espectacular, de representación y comunicación más que de consumo, puesto que el cliente no consume nada sino una fantasía que el trabajador encarna física o virtualmente a través de eso que la actriz porno y artista Annie Sprinkle deno-



[22] Karl Marx, Manuscritos económicos y filosóficos de 1844, tercer manuscrito, «Propiedad Privada y comunismo»; Friedrich Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado,* Ayuso, Madrid, 1977.

[23] Virno, *op. cit.,* pág. 53.

mina una *performance*[24], una teatralización específica de la sexualidad destinada a producir excitación. Podríamos decir, siguiendo a Roland Barthes en su lectura de *Sade, Loyola, Fourier,* que los pornógrafos son ante todo «escenógrafos», creadores de un contexto teatral en el que se inserta el ritual de excitación-frustración[25]. Se trata de un dispositivo técnico de publicitación de la sexualidad en el que participan cuerpos, tecnologías audiovisuales y de la comunicación. Por ello, en el contexto de la economía farmacopornográfica, no deberíamos hablar tanto de «cooperación intelectual» como de *cooperación masturbatoria,* y no tanto de *General Intellect* como de *General Sex* o «sexo público».

Si los teóricos del postfordismo han utilizado la noción marxista de *General Intellect* para nombrar la potencialidad comunicativa de cooperación de cerebros de la que obtiene beneficio la nueva forma de producción capitalista, nosotros, los teóricos de la era postporno, llamaremos *General Sex* a la cooperación de deseos, pulsiones, flujos orgánicos, moléculas y placeres que moviliza el capitalismo farmacopornográfico. El trabajo farmacopornográfico emplea moléculas y órganos vivos (humanos y animales) que hasta ahora habíamos considerado como únicamente sexuales y, por tanto, privados, es decir, radicalmente no comercializables, pero que no son otra cosa que el tecnocuerpo sexual de la multitud. El nuevo capital fijo está constituido por el conjunto de relaciones corporales, sexuales y de adicción, por las modalidades de producción y de circulación de la excitación-frustación que, sedimentándose en la fuerza de trabajo, se activan después a lo largo del proceso de producción. Toda relación farmacopornográfica (la relación sexual, la relación del cuerpo consigo mismo, la relación de adicción que establecen una molécula y un metabolismo vivo) puede convertirse en capital fijo: puesto en contacto con el trabajo vivo y capturado, transformado en propiedad por parte de la empresa, está en posición de hacerse productivo y, por tanto, competitivo en el plano internacional. La productividad aquí no puede medirse sobre la base de la cantidad de producto por

[24] Annie Sprinkle, *Hardcore from the Heart. The Pleasures, Profits and Politics of Sex in Performance,* Continuum, Londres y Nueva York, 2001.

[25] Roland Barthes, *Sade, Loyola, Fourier, op. cit.,* pág. 10.

hora trabajada, ni puede referirse a una empresa o a un sector específicos, sino a un conjunto de factores de excitación-frustación que caracterizan el cuerpo tecno-vivo y que trascienden al trabajador individual: un *high* de coca de siete minutos o un orgasmo de veinticinco segundos aseguran la existencia de un sistema eficaz de repartición e intercambio de documentos hipertextos interconectados y justifican toda una cadena oculta de producción y distribución virtuosa de moléculas y de cuerpos, de imágenes y de sonidos.

El *General Sex,* la erección pública, la corrida global, el orgasmo colectivo, el chute orbital, es la pulsión de entre-follarse que atraviesa a las multitudes, al cuerpo total excitable del que depende la productividad social. Este modo de hacer trabajar el sexo comienza con la patologización de la masturbación en el siglo XVII, produce sus modelos médicos, jurídicos y económicos en el XIX y encuentra su auge como paradigma productivo después de Hiroshima y Nagasaki, con la invención de la píldora, del vídeo doméstico porno y de la industrialización del consumo de servicios sexuales. Si fue necesario patologizar la masturbación, hacer de la homosexualidad y del fetichismo «implantaciones perversas» (Foucault), excluir el trabajo sexual del ámbito laboral haciendo de la puta un sujeto antisocial y elevando al ama de casa a la categoría de ciudadana de interés público, fue primero y, sobre todo, para conseguir un doble proceso de producción de la subjetividad moderna. Por una parte, exteriorizar la sexualidad, transformarla en objeto, en especie, en identidad y en valor (condición sin la que esta no podría ser objeto de representación, intercambio y publicación); y por otra parte, y de forma contradictoria, un proceso que llevaría a hacer de esta exterioridad sexual una «interioridad» inalienable, una verdad invididual e instransferible que pertenece únicamente al individuo en tanto que propiedad privada. Dicho de otro modo, se trataba de hacer de la sexualidad, como exterioridad pública producida por un conjunto de dispositivos de representación y de mecanismos políticos el *nec plus ultra* de la verdad privada e individual. Objetivo final: hacer de este núcleo duro (la verdad privada e individual del sexo: la identidad sexual, la excitación, el placer sexual) el oro blanco, el polvo cristalino más precioso con el que podrán traficar las industrias farmacéuticas y de la comunicación en la actual economía farmacopornista.

El *General Sex* es ante todo comunicación excitante, potencia masturbadora global, conexión de subjetidades potencialmente eyaculantes. Pero, atención, el *General Sex* no puede reducirse, no debe reducirse, a litros de esperma derramados, a capital fijo, sino que debe manternerse como variación molecular constante, como modulación hormonal en forma de representación excitante, de *performance* sexual y de dosis psicotrópica. El *General Sex* nos enseña que la masturbación y el chute no son nunca actividades solitarias, sino vibraciones de cuerpos cooperantes, la actuación colectiva del trabajo sexual o farmacológico sobre un cuerpo orgásmico vivo que chorrea capital. En este nivel de explosión de las fuerzas (im-) productivas sexuales, la cooperación de los cuerpos absorbe cualquier otro tipo de trabajo productivo, de modo que toda mercancía es simultáneamente incitación al placer sexual y sublimación (frustación) de ese mismo placer. Una de las claves del circuito productivo excitación-frustración-excitación es el carácter toxicológico del placer sexual. Cuando hablamos de una economía farmacopornográfica hay que tener en cuenta que ambos tentáculos, el farmacológico y el pornográfico, reposan sobre una base somatopolítica común: el carácter toxicológico del placer: el placer es satisfacción frustrante. Esta es la divisa de la economía postfordista farmacopornográfica. Su fuente última de producción de riqueza.

DEVENIR *CYBORG* DEL TRABAJADOR SEXUAL

Efectivamente, una de las estrategias de explotación de la economía industrial que pasó desapercibida para Marx, fue el carácter oculto o para-económico de los servicios sexuales y domésticos prestados por las mujeres, las clases oprimidas y los pueblos colonizados por las clases dominantes (en términos de género, clase, raza). Simmel, en un ensayo de 1892, es uno de los primeros pensadores —por no decir clientes— que considera la actividad de la prostitución como parte de la moderna economía urbana en la que el cuerpo de la prostituta funciona como un «mecanismo eyaculatorio», comparándola así a otros trabajadores técnicos que realizan tareas «ingratas», según su propia expresión, como cavar en la mina o tallar piedras en las fosas de ar-

sénico [26]. Para Simmel, el trabajo sexual, como el trabajo en la mina, no puede reducirse únicamente al acto de hacer pajas o tallar piedras, y al precio que le cuesta a la mano ejercer esa tarea, sino que «encierra implícitamente su formación anterior y todo su pasado; del mismo modo, las prestaciones de numerosos obreros y de las prostitutas llevan consigo todas sus consecuencias y sus conexiones, la actitud de conjunto y el porvenir global del prestatario» [27]. Norbert Elias, en su historia de las costumbres europeas, afirma que en la sociedad de comienzos del Renacimiento, la prostitución era entendida como un oficio (comparable, por ejemplo, al de verdugo, es decir «ingrato, pero bien remunerado») y una «organización artesanal» indispensable para la expansión de los nuevos burgos [28]. A pesar de que la caracterización de «producción improductiva» o de «servicio personal» de Marx parece convenir mejor al trabajo sexual, me interesa aquí anotar cómo la comparación de Simmel entre trabajo sexual y trabajo de la mina, y de la caracterización profesional y artesanal del oficio de la prostitución según Elias, subrayan la dimensión técnica y casi mecanizada del trabajo sexual y dejan la puerta abierta a una eventual industrialización del sexo.

Con la explosión en los años cincuenta de la industria farmacopornográfica a escala mundial, la intoxicación farmacológica y la producción de la sexualidad se convierten en trabajo de masas, pero a diferencia del trabajo de la información-comunicación de la industria cultural, cuya capacidad de producción de capital estalla al mismo tiempo, el trabajo sexual y toxicológico masificado permanece en el ámbito de lo sumergido, de lo indecible, de lo marginal, de lo no asalariado y no sindicado. Como una sombra, ese trabajo —*invisible* más que inmaterial— sujeta y apoya toda otra economía productiva contemporánea.

En parte, las industrias pornográfica y farmacéutica parecen conformarse con el tipo de producción fordista serial y parcial: la

[26] Georg Simmel, «Quelques réflexions sur la prostitution dans le présent et dans l'avenir», *Philosophie de l'amour,* Rivages Poche, París, 1988, pág. 12.

[27] «... renferme implicitement sa formation antérieure et tout son passé, de même y a-t-il dans les prestations d'innombrables ouvriers ainsi que dans celles des prostituées toutes leurs conséquences et connexions, l'attitude d'ensemble et l'avenir global du prestataire», *ibidem,* págs. 20-21.

[28] Norbert Elias, *La civilisation des moeurs,* Calmann-Lévy, París, 1969, págs. 388-389.

gramática pornográfica audiovisual promete provocar una eyaculación con el mínimo número de planos y secuencias, del mismo modo que a cada molécula de sildenafilo (principio activo del Viagra) debe corresponder una erección duradera, un volumen de esperma siempre renovable, una dosis equivalente de placer. Menos clara parece la posibilidad de poner en marcha una cadena de montaje sexual que permita una industrialización radical del trabajo sexual. La pornografía adquiere una cierta tecnificación únicamente a través del visionado videográfico, aunque, por el momento, no hay una máquina o robot mamador de pollas en cadena suficientemente excitante y potente como para atraer a los clientes del Bois de Boulogne[29] que a principios del tercer milenio pueden acceder a una mamada de boca humanoide por menos de diez euros.

El avance simultáneo del tejido urbano y de las redes de prostitución, la colonización de las poblaciones sexualizables a través de la guerra, la invasión o el turismo sexual, la producción técnica de un cuerpo vivo *genderizado,* el control de las reacciones fisiológicas a través de compuestos farmacológicos cuya fabricación y venta está vigilada y fiscalizada por los organismos médico-jurídicos estatales o por multinacionales farmacéuticas, el autorregistro videográfico y la difusión intencional de parcelas de vida hasta ahora consideradas como privadas, la producción de material pornográfico en el espacio doméstico y su difusión a través de Internet…, todo ello habla de la aparición de un nuevo tipo de producción *über-material.*

Hasta hace poco existía en el ámbito del trabajo sexual el mismo proceso de control de la tecnificación y de no industrialización que en el trabajo doméstico. Se trata de mantener la mano de obra en su estado más carnal y precario. Los objetivos de esta no-tecnificación de la sexualidad como de la no-industralización del trabajo doméstico son: primero, la reclusión de estos ámbitos productivos a la esfera «privada», evitando así una posible extensión de los principios democráticos y de visibilidad a esta parcela de lo público, y segundo, el mantenimiento de ambas prácticas y contextos, el doméstico y el sexual, fuera del dominio de la actividad económicamente remunerada, lo que reduce a los/las tra-

[29] Bosque situado en la periferia de París conocido como lugar de cita entre trabajadores sexuales y clientes.

bajadores/as de estos ámbitos a la categoría de esclavos no asalariados.

Si bien es cierto que el ámbito doméstico se ha tecnificado extraordinariamente desde finales de la Segunda Guerra Mundial, podemos afirmar con Angela Davis que esta tecnificación no ha llevado a una emancipación radical del trabajador (no-asalariado) doméstico a través de un proceso de industrialización de las tareas del ama de casa[30]. Angela Davis nos invita a imaginar trabajadores de empresas *ultraperformantes* y altamente tecnificadas que realizarían los trabajos domésticos de forma serial: empresas que librarían platos cocinados a domicilio, empresas de recogida, lavado y planchado de la ropa, de limpieza industrial, que se desplazarían a domicilio convirtiendo en obsoleta la tarea del ama de casa. Sin embargo, hoy estas actividades siguen siendo realizadas en buena medida por el ama de casa no remunerada, o bien por empleadas pauperizadas y racializadas (emigrantes legales o sin papeles) cuyo acceso a otros trabajos ha sido limitado por las leyes de la inmigración y la segregación racial del trabajo legal, en definitiva, cuyo acceso al espacio político ha sido sistemáticamente frustrado y que, en realidad, ocupan posiciones similares a las del trabajador sexual.

No por azar, según la caracterización de Marx, la puta, el ama de casa y la trabajadora doméstica se encuentran en la misma categoría de trabajadores serviles e improductivos. Del mismo modo que la puta se dedica al trabajo nunca acabado de la excitación, el ama de casa lo hace a la tarea nunca acabada de alimentar, cuidar y producir confort. El esclavo doméstico no es sino una mezcla radicalmente y a menudo racialmente pauperizada de ambos. En los tres casos se trata de trabajos sin producto independiente, trabajos sin obra autónoma y finita, es decir, prácticas productivas que corresponden a eso que Marx denomina «servicios personales»[31]. En los tres casos, su trabajo se considera como no mecanizable, como imposible de absorber por la producción técnica.

El movimiento de doble hélice que durante la modernidad lleva a la domesticación de la sexualidad y a la sexualización del

[30] Angela Davis, *op. cit.*, cap. 13, «El trabajo doméstico toca a su fin: una perspectiva de clase».

[31] Paolo Virno, *op. cit.*, pág. 53.

trabajo doméstico conduce a una privatización aún más severa de ambas prácticas. Por ello, como estrategia crítica desde el punto de vista de una pornología filosófica, comenzaremos por comprender toda actividad doméstica (remunerada o no remunerada) como parte de una economía más amplia de trabajo sexual, es decir, como parte de los procesos de cría, cultivo y cuidado de la subjetividad masturbatoria y eyaculante.

La auténtica tecnificación del trabajo sexual no hay que buscarla en la presencia de instrumentos técnicos en la sexualidad, sino que esta opera de un modo más sutil, a través de la producción biotecnológica del cuerpo cultural del trabajador sexual, un proceso de podríamos denominar, utilizando el concepto de Kline y Clynes repolitizado por Donna Haraway, devenir *cyborg* del trabajador sexual. Dicho de otro modo, la mejor máquina altamente tecnificada mamadora de pollas es una silenciosa y políticamente inactiva boca de inmigrante ilegal adolescente, boca extremadamente joven y pulposa o boca siliconada de transexual sin acceso a cambio de sexo legal sobre su documento de identidad. Estas son las tecnomáquinas sexuales del siglo XXI: cuerpos vivos a los que se les niega acceso al espacio político, privados de discurso público y derecho de insumisión, despojados del derecho a sindicamiento, huelga, seguro médico y paro. Aquí no hay competición entre la máquina y el trabajador como en el fordismo tradicional, sino al contrario: el trabajador se vuelve biomáquina sexual.

La verdadera tecnificación del trabajo sexual se opera a través de la producción de cuerpos sexuales en tanto que mecanismos eyaculatorios y cuerpos sexuales eyaculantes. La mayor parte de las trabajadoras sexuales del siglo XXI son *cyborgs* biopolíticos lumperizados adaptados al proceso de producción de placer masificado a bajo coste. Pero, atención, no hay aquí ninguna determinación natural, ni de sexo, ni de género, ni de raza. Se trata únicamente de diferencias que resultan de procesos de especialización sexopolítica. Cualquier cuerpo de bio-mujer o de bio-hombre puede ser sometido a un proceso de transformación farmacopornográfica que hará de él o de ella una puta técnicamente *performante*. Así, por ejemplo, si se trata de un cuerpo de bio-hombre, la transformación implicará una cierta dosis regular de hormonas estrógenadas y de antiandrógenos, una cantidad suficiente de silicona para la fabricación de senos y de nalgas, una



depilación por electrolisis y seguramente implicará guardar un bio-pene relativamente eficiente que para la actividad profesional constituye, como afirma una de las portavoces la asociación transgénero francesa PASTT[32], «un precioso instrumento de trabajo» igualmente reclamado por el cliente heterosexual que homosexual. En la actualidad, cualquier cuerpo dotado de *potentia gaudendi* puede volverse tecno-puta mediática más o menos virtuosa en un tiempo de producción relativamente breve.

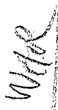
Los ámbitos de producción pornográfica y de trabajo sexual ocupan hoy una posición estructural semejante al de la prisión en el proceso de producción farmacopornista contemporánea. El continuo industria del sexo-complejo industrial prisión (junto con la economía doméstica) dibuja una cartografía de reductos de explotación máxima, verdaderos oasis del capitalismo *übermaterial*, reservas distópicas de experimentación biopolítica dentro de las actuales sociedades democráticas[33]. Se trata de las dos únicas industrias que, dentro de nuestras democracias humanistas, funcionan según un régimen próximo al de la economía esclavista de la plantación: segregación racial y de género, salarios mínimos o inexistentes (un trabajador de la prisión de San Quintín, San Francisco, cobra veinte céntimos por hora, es decir, 1,60 euros al día, cantidad equivalente a la de un trabajador de una industria deslocalizada en Camboya), derecho de sindicación prohibido, inexistencia del derecho de huelga o de períodos legales de vacaciones, días festivos, enfermedad pagada o seguro de desempleo. En definitiva, la prisión, el trabajo doméstico y sexual son los únicos ámbitos de nuestras actuales democracias occidentales donde se ha privado a los trabajadores de todo derecho civil y legal y de todo privilegio económico o moral sobre el trabajo realizado. El actual código penal, que condena el tráfico y el consumo de drogas, la prostitución y la distribución de ciertos materiales pornográficos, es una técnica legal que permite desle-

[32] PASTT: Prévention Action Santé Travail pour les Transgenres (Asociación de Prevención y Acción de Salud y Trabajo para las Personas Transgénero).

[33] Véase Angela Davis, *Are Prisons Obsolete?*, Seven Stories Press, Nueva York, 2003; David Ladipo, «El crecimiento del complejo industrial carcelario en Estados Unidos», *New Left Review*, marzo-abril 2001, núm. 7 págs. 71-85; Loïc Wacquant, «De la esclavitud al encarcelamiento masivo», *New Left Review*, marzo-abril 2002, núm. 13, págs. 38-58.

gitimar al otro, des-subjetivarlo, reduciéndolo a la categoría de criminal para poder hacer uso de su fuerza de trabajo de forma gratuita o a bajo coste. Así, y de un modo efectivo, los mismos sujetos históricos y materiales habitan en un circuito cerrado que les lleva desde la industria de la droga a la industria del sexo y al complejo industrial carcelario. Más que de un gueto podríamos hablar de un gusano espacio temporal dentro de las sociedades democráticas contemporáneas.

Siguiendo el argumento de Angela Davis, podríamos decir que los complejos industriales carcelarios y los ámbitos de trabajo de la pornografía y la prostitución son la continuación, por otros medios, de la economía del esclavismo en el centro de las sociedades democráticas occidentales. Estos espacios no son reductos de excepción, sino islas de experimentación privilegiadas en las que se ponen a prueba técnicas de control y producción de los seres tecnovivos que serán luego extendidas a la sociedad democrática en su conjunto.



Del mismo modo, en el contexto de la economía farmacopornista, la guerra (forma extrema de las industrias farmacopornográficas y del complejo industrial carcelario) no es una desviación con respecto a la economía de producción y consumo en tiempos de «paz», sino un laboratorio privilegiado donde experimentar a escala global con drogas duras, llegar a cabo violaciones colectivas, institucionalizar formas de servicios sexuales obligatorios no remunerados, reducir poblaciones enteras a la condición de trabajadores pauperizados e implementar programas de exterminación tecnobiopolítica.

El régimen farmacopornográfico se eleva sobre las ruinas que deja la Segunda Guerra Mundial. Su erección crece como el champiñón nuclear de la bomba de hidrógeno. Es el legado psicopolítico (violencia máxima, excitación máxima, toxicomanía colectiva, psicosis postraumática) y técnico (redes de comunicación informáticas, técnicas de digitalización de la imagen, nuevas moléculas y nuevos materiales sintéticos) de la industria experimental de la guerra: es la aplicación de las nuevas técnicas de producción de placer (excitación-frustración) en el cuerpo tecnovivo a escala global.

11
JIMI Y YO

VIRGINOLOGÍA

Año Nuevo. Me dejo follar por ella. De todas las maneras posibles. Cada vez más profundo. El primer día que ella me folla con mi propio cinturón polla me corro para ella como una colegiala en celo. Dejarse follar por el propio cinturón polla es un acto de humildad extrema, una renuncia a cualquier tipo de solidificación de la virilidad hormonal, prostética o cultural en mí. Ella me induce a producir una forma de feminidad que nunca me había permitido. No una feminidad esencial, ni una naturaleza que hubiera estado oculta en mí detrás del *king,* sino una feminidad masculina, una forma de feminidad *king.* Soy su perra *king,* su puta trans, un niñito que enseña su coño detrás de su enorme polla. Me toca el clítoris con la lengua abriéndome al mismo tiempo las piernas, hasta que mis músculos están tan extendidos que tiran del fondo de mi vagina. Me lame mientras me dice: *Laisse toi faire, oui, cheri, cherie, comme une chienne, oui, oui.* Soy su puta. Ahora yo soy su perra. Me he vuelto su esclava rabiosamente abierta, como una ninfómana que abre todas las braguetas buscando sexos que llevarse a la boca, que meterse en cada uno de sus orificios. Si no la hubiera conocido me habría conformado con mi insaciable instinto de penetración. Solo ella, la reina de las perras, estaba autorizada a hacer de mí un agujero de puta perpetuamente abierto a su disposición. *Gloriam penetrationis.*

Defino entonces los principios de este conocimiento farmacopornográfico:

De la perfección queer *y de cómo V. D. hace todo de la mejor manera posible*[1]

La noción más común y más significativa de V. D. que poseemos se expresa en estos términos: V. D. es un ser absolutamente perfecto, pero no se consideran lo suficiente las consecuencias de este hecho. Conviene señalar que existen en la pornografía, la prostitución, la literatura y el feminismo varios tipos de perfección, y que V. D. los posee todos reunidos y que cada uno de ellos le pertenece en su grado supremo. Es necesario también conocer qué es la perfección. He aquí una marca bastante segura: saber que las formas o las naturalezas que no son susceptibles de cierto grado de *transgenderización* no son perfecciones. La pornografía y el feminismo son perfecciones en la medida en la que pertenecen a V. D. y, por tanto, no tienen límites. De donde se sigue que V. D., al poseer la sabiduría y el puterío supremos e infinitos actúa del modo más perfecto, no solo en un sentido metafísico, sino también moral. De este modo, podemos afirmar que cuanto más nos iluminemos e informemos con la obras de V. D. más dispuestos estaremos a estar de acuerdo con todo lo que ella haya podido desear.

Que el amor de V. D. demanda satisfacción y aceptación completas sin que sea necesario ser un bio-hombre para acceder a estos estados.

Para actuar de acuerdo con el amor de V. D. no basta con correrse, sino que es necesario alcanzar satisfacción completa con todo lo que nos sucede al seguir su voluntad. Como es la mejor de todas las amantes posibles, solo pide la intención más justa. Es ella la que sabe siempre la hora y el lugar propicios para que cualquier acción tenga éxito.

La más perfecta de todas las realidades y la que ocupa menos volumen, es decir, la que menos molesta, es su amor.

Los deseos y las acciones de V. D. se dividen generalmente en ordinarias y extraordinarias.

V. D. desea todo aquello que es objeto de su voluntad. Dentro de las acciones de otras criaturas que son objeto de su voluntad, especialmente aquellas que son irracionales o amorosas, cabe

[1] Véase G. W. Leibniz, *Discours de métaphysique. Monadologie,* Folio, París, 2004.

señalar: si la acción es buena en sí misma, podemos decir que V. D. la desea y la solicita, incluso cuando esta no tiene lugar, pero si la acción es mala, es porque las consecuencias de esta acción, la concatenación de hechos que siguen a la acción, produce el bien incluso si la acción es mala, de modo que por accidente se corrige o se compensa el mal causado. Diremos entonces que V. D. permite pero no desea el mal, y que busca siempre la manera de obtener el bien incluso si las leyes del sexo establecidas lo impiden...

Mientras escribo estos preceptos, ella acaricia el espacio que hay entre los ojos, entre la oreja y el lugar donde crece el pelo, me besa la parte interior de las rodillas, mete mis pies entre sus piernas para calentármelos. Luego escribe su *Teoría King Kong* delante de mí. La espalda muy recta, el pelo enmarañado de roquero rubio, en cada mano un anillo. En la derecha una calavera, en la izquierda un diamante. De vez en cuando se hace un falso porro con tabaco y lo fuma mientras escribe, sin mirar al teclado, a una velocidad de taquígrafo automático. Yo leo sus capítulos recién acabados, los recibo como bebés aún dormidos que se despiertan por primera vez ante mis ojos. La *kif.* Reconozco la voz que me excita, la voz que me folla: una voz de adolescente punk que ha aprendido a hablar con un programa de producción de género de bio-hombre, una mente aristocrática de loba futurista que habita un cuerpo de puta, una inteligencia de premio nobel encarnada en un cuerpo de cachorra callejera. Un milagro biopolítico: la evidencia de que nuevas recombinaciones genético-políticas y literarias son posibles. Se levanta y baila como una adolescente delante de mi ventana sin cortinas para gloria del vecindario. Todas las nuevas generaciones de pequeñas bolleras podrían encontrar puerto en ese cuerpo que alberga esa voz, en sus territorios neuronales. Venid, niñas, las que lleváis velo y las que no, las que tenéis hijos y las que no, las que coméis pollas y las que no, las que aspiráis a tener bigote y las que no. Venid. Tomad y comed. Mientras tanto, yo leo los textos de Laplanche sobre la «seducción originaria» para poder entender la fascinación de De Lauretis sobre la implantación de la subjetividad[2]. La seducción

[2] Jean Laplanche, *Problematiques VII. Le Fourvoiement biologisant de la sexualité chez Freud suivi de Biologisme et Biologie,* PUF, París, 2006.

originaria es como una espina clavada en el alma-carne alrededor de cuyo cayo se enrolla la subjetividad.

POLÍTICAS DEL CUIDADO

Mientras yo paso los días sometiendo mi espíritu a la disciplina del *coaching* viril y chutándome testosterona, V. D. me abre progresivamente la puerta de los rituales culturales de la feminidad. Es así como, apenas seis meses después de conocerla, ocupo dos extremos diametralmente opuestos del género: por un lado, mis prácticas de masculinización intencional ejercitadas como una forma de gimnasia de género contra la educación recibida, contra los programas de género que dominan la representación, a veces incluso contra mi propio deseo; por otro, el cuidado femenino del cuerpo: la peluquería, la manicura, el *peeling,* los masajes, la pedicura, la depilación. La testosterona no pertenece en realidad a ninguno de estos dos dispositivos de producción del género, sino que más bien constituye, junto al resto de las moléculas de mi cuerpo, el contexto de implantación de esas prácticas. Sin embargo, ambos dispositivos pertenecen a algo que podríamos llamar la estética (en el sentido dermatocosmético del término) o incluso la ética del género, una atención, un cuidado consciente a la producción somatopolítica de la masculinidad y la feminidad.

Decidida a mostrarme los meandros de la feminización técnica, V. D. me invita a pasar una semana en un centro de talasoterapia. Pasamos los días dentro de ese enorme complejo hotelero en bata de baño y en sandalias de plástico dormitando en bañeras de algas marinas, flotando en jacuzzis bioenergizantes al yodo, comiendo únicamente ostras, leyendo *Le Figaro* (es el único periódico que tienen) en el desayuno y follando. Una semana inolvidable. Por primera vez en mi vida voy a hacerme una manicura. Se accede al lugar donde se llevan a cabo los cuidados a través de una escalera de cristal que desemboca en una sala en forma de concha con muros y suelos de un blanco nacarado. Varias vitrinas de cristal exponen ramas de corales rojos de las que cuelgan pendientes, collares y pulseras Dior, Dolce & Gabbana, Tous, otras se han transformado en peceras rectangulares en las que pequeñas colonias de peces figurantes conviven con collares y

pulseras de perlas. El curioso mundo de la feminidad. Llaman a ese extraño lugar «centro de estética marina». Me recibe una joven que me entrega una bata blanca y el número de marzo de *Vogue;* tengo que esperar diez minutos, me dice. Yo he traído mi propio libro. Miro ese lugar con menosprecio: la decoración, las bio-mujeres que esperan para hacerse una limpieza facial me parecen faltos de todo estilo, de inteligencia, de sobriedad. Me provocan ansiedad. Mi cultura lesbiana radical de izquierda me previene contra ese tipo de hedonismos de género. Estoy de lleno en esa aflicción política cuando otra joven viene a buscarme. Pienso en decirle inmediatamente que, a pesar de lo que pueda pensar, no soy simplemente bio-mujer, que soy trans, que es la primera vez que vengo, que no sé exactamente por qué vengo a hacerme una manicura, pienso en preguntarle si el procedimiento para hacer una manicura de hombre y de mujer es el mismo, si los productos son los mismos. Pero ella me sonríe amablemente avanzando hacia otra habitación interior y yo no soy capaz de emitir una sola de mis frases. Me lleva hasta una pequeña mesa recubierta de una toalla impecablemente blanca sobre la que reposan docenas de botes de cosméticos, pequeñas montañas de gasas blancas diminutas, botes con bolas de algodón de colores, un tarro transparente lleno de limas de diferentes colores y espesores, todo ello colocado con una precisión geométrica. Me sienta en una sillita en uno de los lados de la mesa. Ella se sienta enfrente. Me pide las manos. Me toca primero los dedos. Pone las palmas de sus manos bajo mis manos y las levanta hasta tenerlas delante de sus ojos. Me siento expuesta, como desnuda. Mete mi mano derecha en un recipiente con el fondo cubierto de una crema rosa templada mientras me lima cada una las uñas de la mano izquierda. Luego saca mi mano derecha de la crema y la coge entre sus dos manos. Me acaricia la mano, cada uno de los dedos, sube con sus dos manos hasta mi muñeca y luego me fricciona el antebrazo con los restos de crema. Es una experiencia completamente lésbica. Se me ocurre que ella sabe perfectamente que tiene entre sus manos uno de mis órganos sexuales. Que todas las bio-mujeres sentadas en la sala de espera leyendo el *Vogue* saben perfectamente a qué han venido. Las veo ahora de un modo distinto. Como agentes enmascarados de una secta secreta dedicada al placer femenino. Deja mi mano derecha, que para entonces ya no opone ninguna resistencia al tacto, sobre la mesa esponjosa.

Y comienza ahora a masajearme de abajo arriba la mano izquierda, metiendo sus dedos entre los míos, tirando después de cada una de las puntas y subiendo desde cada uña hasta el arco de piel que une cada dedo a la mano. Me está haciendo una paja contrasexual al brazo. *Ça va?,* me pregunta. *Oui, oui, très bien.* No la miro mientras me toca. Entiendo entonces lo que debe sentir un bio-tío cuando va a una sala de masajes y paga para que una chica le haga una paja. La diferencia es que ellos lo pueden llamar sexo y las mujeres lo llaman estética. Saco una conclusión rápida sobre el funcionamiento del régimen farmacopolítico: en la cultura heterosexual las mujeres con estatus de clase y con dinero pueden pagarse los servicios sensuales de otras mujeres, mientras que a las mujeres de clase obrera, emigrantes o simplemente *working-poor*[3] se les paga por ocuparse del cuerpo y del bienestar erótico de otras mujeres, además, por supuesto, del bienestar erótico y sexual de los hombres. Es esta economía homoerótica paralela la que permite que la heterosexualidad como régimen político no se venga abajo. Evidentemente, los cuidados sexuales que les proporcionan los hombres a las mujeres no bastarían para producir ni endorfinas ni serotonina suficiente como para sobrevivir. En todo caso, y dejando al margen la cultura lesbiana, una cosa parece clara: las mujeres hacen en esta sociedad el trabajo del cuidado del cuerpo. Se ocupan de los hombres, pero también se ocupan del cuidado del cuerpo de las otras mujeres heterosexuales. Eso es lo que se oculta bajo la noción marxista de «división sexual del trabajo». No se trata de que a las mujeres se les asigne la esfera de la reproducción y a los hombres la de la producción. La cosa parece mucho más compleja. Las mujeres tienen a su cargo una tarea fundamental, sin la cual el equilibrio erótico-político de la heterosexualidad se colapsaría inmediatamente: las mujeres se ocupan de llevar a cabo una dermatología política generalizada. Cuidan la piel del mundo. Pero la clave de este sistema heterosexual es que en este cuidado que las mujeres se aportan unas a otras (a cambio de contratos institucionales y de recompensas políticas y económicas, ya sea dentro del ámbito familiar, afectivo, o del trabajo) se ha excluido de manera escrupulosa la producción del placer sexual. Por el contrario, cuando las mujeres se ocupan de los hombres todo cuidado es potencial-

[3] Trabajadoras-pobres.

mente sexualizable. Tal vez, el número de mujeres que va a hacerse manicuras se acerca al número de hombres que va a salas de masajes a hacerse tocar la polla. Estoy en medio de todo este vaivén mental cuando me doy cuenta horrorizada de que me está pintando las uñas de rojo carmín.

La buena estrella prostética

No escribo una línea sin empalmarme por ella, sin pensar que de un momento a otro mi sexo, mi polla, mi dildo, mi mano, mi brazo podría encontrarse con su boca. Es difícil chutarse 250 miligramos y esperar encontrar en un cuerpo estrogenado una respuesta sexual convenible. Esto arroja una conclusión simple: todo sería más fácil si, dejando de lado el imperativo político heterosexual, el intercambio de placer y de descarga sexual estuviera regulado únicamente por la excitación molecular. Educar un cuerpo hiper-testosteronado a desear cuerpos hiper-estrogenados: he aquí una definición posible de sado-masoquismo heterosexual cultural.

Me dice: *Je suis beaucoup allé à des partouzes quand je suis arrivée à Paris.* Pienso que ya le han debido estallar todos tus agujeros de diosa con dildos de todas las tallas. Dice: *Non, jamais,* abriendo apenas sus labios, como un pato de goma. Se me olvidaba que los tíos no llevan dildos en las *partouzes* heterosexuales. Yo no sé casi nada sobre sexo *straight.* Yo pertenezco a otra especie. La de los chicos-niña. Si es así, bienvenida al planeta trans-bollo, gigante rubia. *Women abandoned by virile poets come to trans-world.* La posibilidad de follarla por primera vez con un megadildo me produce un *flash-back* de T., el calor se difunde bajo mi piel desde mi coxis hasta el cuello irrigando los brazos y saliendo por la punta de mi lengua. Viajo molecularmente a islas artificiales mientras evalúo cuál de mis dildos tendrá el privilegio de follarla primero. Me agarro a esos centímetros de placer puro con tres dedos, los mismos que entran buscando el centro de su pelvis, que van después a su boca, que acarician la pared interior de su garganta, que bajan por el tubo digestivo hasta su colon. La follo después con el azul anatómico. Ella gime y se abre levantando las piernas. Conduzco a toda velocidad un Austin Martin azul brillante dentro de sus túneles.

V. D. no quiere que la folle con los mismos dildos con los que he follado hasta ahora a Victor. Victor no quiere que me folle a V. D. con los mismos dildos que he utilizado con él. Entiendo este sentido agudo de la exclusividad prostética que ambos manifiestan. Los dos demandan una forma de escrupulosa fidelidad plástica. Eso me gusta. Así que voy al supermercado del sexo del *boulevard* Magenta, hetero pero más barato que los de Le Marais. En el escaparate, sobre los cuerpos de tres viejos maniquíes se agolpa una colección azarosa de cadenas, esposas, plumones negros, sujetadores de metal, vestidos de enfermera de látex, capas de caperucita roja y máscaras de *catwoman.* La tienda, como cualquier otro supermercado de barrio, está compuesta por estanterías baratas sobre las que se alinean vídeos pornos ordenados por categorías, cajas de dildos, muñecas hinchables y botes de pasta con forma de polla. Entro, cojo mi cesta de la compra y sorteo a los tíos apalancados contra las estanterías. *Bonjour monsieur,* me saluda una de las dos chicas que discuten detrás del mostrador, rubia teñida, blanca, cara de niña, *look straight.* Los ojos de la otra, negros con pestañas espesas y enroscadas, me hacen pensar que es francoárabe, parece mucho mayor, aunque seguramente no tiene más de veinte años. Doy una vuelta mirando diferentes tallas, materiales, colores, precios. El supermercado de accesorios sexuales es la apoteosis comercial del imaginario *straight.* Mientras que una mujer es un cuerpo, todo su cuerpo es materia sexualizable, un hombre es una polla, su materia sexualizable se reduce a su pene.

Antes de que follemos, V. hace una lista de nombres de tíos a los que se la habría mamado si no se hubiera vuelto intempestivamente lesbiana. Jimi Hendrix es el primero de la lista. Polla número uno. El profeta del rock ante el que se arrodillan los blancos. Pienso en gastarle una broma. Doy dos vueltas en el supermercado y encuentro sin problema una polla *black* de 22 centímetros, bastante *kitsch,* color marrón chocolate negro, venas aparentes, capullo marrón chocolate con leche. Eh, Jimi, ¿me prestas tu polla para que yo le pueda dar bien por el culo a mi rubia? Sin ser demasiado arrogante apuesto a que la mía es más grande y se empalma mejor.

Me llama *cherie, cheri* cuando le meto el Jimi hasta el fondo. La diferencia no se oye, pero yo sé que ella lo dice dos veces porque cada una de ellas se dirige a uno de mis sexos. Ella lo escribe

de ese modo en los mensajes que me envía: *cherie, cheri.* Su voz de perra sintéticamente penetrada es el signo de una reconfiguración de su programación sexual. Le dejo ver mi entidad prostética: un cuerpo alargado de bio-niña, dos tetas pequeñas y puntiagudas, un polla de silicona de 22 centímetros que emana de mi pelvis, dos brazos multifunción. Le meto el disco de «convierte en mi puta bollo» en su *hardware* sexual. Nos reconfiguramos. Sujeto mi cuerpo venticinco centímetros por encima del suyo. La distancia exacta para poder extraer la imagen de su cuerpo del paisaje que queda entre mis brazos. El mundo que queda fuera de ese marco se desdibuja. En primer plano, su sujetador verde y rojo, una flor de raso en miniatura se posa entre sus tetas. Mi arnés de cuero negro sujeta el Jimi sobre mi clítoris. Mis terminaciones nerviosas inervan el extremo del dildo. Ella pide más. *Slow deep fucking. You got me floating round and never down.* Vamos hasta el final.

El sexo de V. D. habla el lenguaje de la Revolución.

Fuck Beauvoir

Hace más de dos meses que V. D. y yo nos vemos para follar y prácticamente el mismo tiempo que me chuto a la testosterona. Últimamente ella juega con mis sentimientos. Se deja follar como una puta, pero llora después porque le falta esto, aquello, porque no ha olvidado a n, n+1... Paso cuatro días sin administrarme una dosis de Testogel. Cuando ella me rechaza, siento la subida de los estrógenos, noto que puedo llorar a cada instante. Pero me contengo para no quedar como una simple enamorada. Siento que bajo mi piel se levanta de nuevo el monstruo de mi programa cultural femenino: he sido entrenada para sentir como una mujer, para sufrir como una mujer, para amar como una mujer. Y la testosterona no es suficientemente para modificar este filtro sensorial. *Fuck* Beauvoir. *Fuck feminism. Fuck love.*

Para no caer definitivamente en una de las formas habituales del masoquismo femenino amplificadas por una subida de estrógenos me impongo la disciplina de practicar uno de los programas de *coaching* viril que he creado para las situaciones de urgencia: dejo de lado todo tipo de meditaciones románticas y me pongo a hacer inmediatamente algunos ejercicios de devenir-

macho-de-élite para poder soportar sus ausencias. Cuando vuelve estoy preparado para ella.

Las cosas empiezan así. Llevo puestos los pantalones vaqueros que no le gustan, pero que la excitan porque es una puta en celo y mi dildo 22 por 4. Su cuerpo se apoya de perfil sobre la cama, su pelo no deja ver su cara. La luz es de un blanco diáfano, como su piel. No se queda en esa posición durante mucho tiempo. Su volumen rota sobre sí mismo ciento ochenta grados, ronronea, mientras su voz entrecortada dice: *Chérie, viens, viens, sexe-moi.* Al principio no veo su boca. La imagen de su boca emerge poco a poco de su voz: su boca es un sonido entrando por mis oídos. Sus labios se mezclan entonces con las notas ácidas de *Foxey Lady* que suena en la base del iPod al lado de la cama. La música y su voz crean dos plataformas paralelas. La música circula en un nivel más alto, por encima de nuestras cabezas. Su voz se mueve en una placa más abajo sobre la que se apoyan nuestros cuerpos: una plancha circular y giratoria que nos sirve de suelo. No estamos todavía en el sexo. Pero tengo la seguridad de que eso es lo que viene después de este sonido, exactamente después de esta nota. Me preparo para eso. Poco a poco ascendemos hasta la plataforma de la música, de la que emana el sexo. Cuando la rotación de la placa hace que mi brazo coincida con la mesita de noche, alargo la mano y la abro. El cajón abierto deja al descubierto cuatro dildos, un secador de pelo, un bote de lubricante, unos condones super-X, un tubo de biafina y una crema de manos. La parte externa de mi ojo izquierdo acaricia los objetos con una visión periférica, rápida, todos ellos caben en un solo golpe de vista. Después la mirada se detiene para destacar una singularidad del conjunto. Saco el Jimi. Ya está metido en el arnés. Estoy de rodillas entre la placa de su voz y la plataforma de la música. Ella dice: *Je suis ta pute à toi, je suis là pour toi.* Todo gira. Me quito la camiseta. Me bajo ligeramente los pantalones. Paso una de las cintas de cuero del arnés entre mis piernas y me ato a Jimi a la pelvis con dos hebillas, una a cada lado de las caderas. Un trozo de piel queda atrapado en una de las hebillas. Tiro más fuerte. El metal deja una marca roja perfectamente semicircular en la cadera derecha. Estoy atada a Jimi. Es un sexo superestable. Existo en la continuidad orgánica-inorgánica que ese sexo propone. Me vuelvo a subir los pantalones metiendo a Jimi de lado, sobre mi pierna izquierda. Su mano,

por encima de mis pantalones, confirma la presión de las cintas del arnés sobre mis muslos, acentúa el efecto ventosa de Jimi sobre mi clítoris, detecta su forma, su contorno. Ahora ya estamos en el sexo: las placas se mezclan hasta formar un solo volumen esponjoso. Ella saca a Jimi del pantalón. Me hace una paja con la mano, con la boca, a medias, me chupa la punta del Jimi con la lengua, pero no hace más porque lo que quiere es que la folle completamente con Jimi, lo que quiere es que me corra encima de ella. *Vien, vien, prends-moi comme une chienne.* No tengo miedo de nada. Estoy de rodillas entre sus piernas. *C'est ça ta place à toi, cherie, ta place à toi.* Ese es mi espacio. Es mi puta y mi diosa. Una virgen mutante que cruza una línea sintética de la evolución hasta encontrarse con el jefe de la horda de los chicos-niña. Follar con ella es volver sobre cada uno de los nudos de mi vida —las chicas hetero que me besaban y luego me abandonaban para salir con bio-chicos, las lesbianas a las que no les gustaban mis dildos, nudos hétero, nudos lésbicos, nudos misóginos, nudos androcéntricos—, y morderlos suavemente hasta que se deshacen en la boca, como mi dildo se deshace al encontrar su lengua. Antes de tomarlo en su boca dice: *Ça c'est à moi, ton sexe est à moi.* Yo soy su trans, su monstruo. No tengo miedo de no ser un bio-tío. Sé que soy exactamente lo que ella quiere. Tengo exactamente lo que quiere y se lo voy a dar. Cojo el bote de lubricante y me lleno la mano derecha. No la toco todavía. La musica se ocupa de moverlo todo. Me hago una paja con Jimi y el lubricante mientras me mira moviendo la lengua. Se abre el coño con las dos manos y me deja entrar. Su cabeza gira tres veces de un lado para otro. Al moverse mis ojos coinciden brevemente con los suyos. Mi Jimi la hace polvo al entrar, choca contra el hueso de su pelvis y rebota hacia atrás. Grita un poco, contra mi cabeza. Se lo meto más fuerte, pero más despacio, deslizándome dentro de ella a su ritmo. Siento en los brazos el esfuerzo de levantar sus caderas con Jimi, de hacerlas volar ligeramente hasta arquearse. Cuando su pelvis me sujeta, ya no necesito apoyarme. Me agarro a los huesos de su clavícula con firmeza, uno en cada mano. Le hundo los dedos en el espacio que queda entre sus hombros y esos huesos. Triple penetración. Más despacio. Lo que sucede no es fotográfico. El ojo se deja tocar en su superficie por la imagen: el sexo es videográfico. La impresión se vuelve después más olfativa que visual, más táctil que auditiva. Somos el

universo follando. Una conexión sintética de fenotipos humanos, lenguaje, sonidos electrónicos y dildos que durante el tiempo que dura la penetración acepto como parte de mi conciencia. Respiro profundamente hasta sentir la electricidad subiendo desde los pies hasta el pecho y saliendo por los dedos. Es el poder de follarla. El poder de hacerle un agujero en el cuerpo por el que borbotea la música como en burbujas muy ligeras. El poder de saber que hará cualquier cosa por tenerme entre sus piernas. Ese es el poder que retiro de su sexo.

12
Micropolíticas de género en la era farmacopornográfica. Experimentación, intoxicación voluntaria, mutación

Los antiguos gramáticos hegemónicos —incluidos los sexólogos— han perdido el control sobre el género y sus proliferaciones.

Donna Haraway

Estamos en el lado de los monstruos. ¿Y qué? Si ya no podemos insultar a los monstruos es porque nos damos cuenta de que somos uno de ellos... Nos hemos convertido oficialmente en activistas... En nuestra lucha por la libertad de expresión llega un momento que el sistema de género aparece no solo como opresivo, sino como estúpido. Cuando nos demos cuenta de lo ridículo que es, habremos empezado a desmantelarlo.

Kate Bornstein

Queremos apoderarnos del género, redefinir nuestros cuerpos y crear redes libres y abiertas donde poder desarrollarnos, donde cualquiera pueda construir sus mecanismos de seguridad contra las presiones de género. No somos víctimas, nuestras heridas de guerra nos sirven como escudo... Nos presentamos no como terroristas, sino como piratas, trapecistas, guerrilleros, RESISTENTES del género... Defendemos la duda, creemos en el «volver atrás» médico como un seguir hacia delante, pensamos que ningún proceso de construcción debe tacharse de IRREVERSIBLE. Queremos visibilizar la belleza de la androginia. Creemos en el derecho a quitarse las vendas para respirar y el de no

quitárselas nunca, en el derecho a operarse con buenos cirujanos y no con CARNICEROS, en el libre acceso a los tratamientos hormonales sin necesidad de certificados psiquiátricos, en el derecho a auto-hormonarse. Reivindicamos el vivir sin pedir permiso... Ponemos en duda el protocolo médico español que desde hace años establece unas pautas absurdas y tránsfobas para cualquier ciudadano que desea tomar hormonas de su «sexo» contrario. No creemos en las disforias de género, ni en los trastornos de identidad, no creemos en la locura de la gente, sino en la locura del sistema. No nos clasificamos por sexos, nosotros somos todos diferentes independientemente de nuestros genitales, nuestras hormonas, nuestros labios, ojos, manos... No creemos en los papeles, en el sexo legal, no necesitamos papeles, ni menciones de sexo en el DNI, creemos en la libre circulación de hormonas (que, de hecho, ya existe..). No queremos más psiquiatras, ni libro de psiquiatras/ psicólogos, no queremos más «Test de la Vida Real»... No queremos que nos traten como enfermos mentales..., porque no lo somos... ¡y así es cómo nos llevan tratando desde hace mucho tiempo! Creemos en el activismo, en la constancia, en la visibilidad, en la libertad, en la resistencia...

GUERRILLA TRAVOLAKA

Las fronteras de las actuales metrópolis (Los Ángeles, Londres, Nueva York, Bombai, París, Berlín, etc.) no coinciden con los límites geográficos de las ciudades modernas. Puedes creer que estás fuera y estar dentro, como puedes creer que estás dentro sin haber tocado por un momento la densidad virtual que constituye la farmacopornomegalópolis. Llegué a Nueva York en 1993 escapando de la única verdad que había aprendido recorriendo las universidades de filosofía de Madrid: una lesbiana feminista (así me definía yo entonces remitiéndome a las pocas referencias discursivas y políticas de las que disponía a mi alcance) tenía poco que hacer en las instituciones educativas y culturales del Estado español postfranquista. Allí descubrí que Nueva York no era únicamente uno de los centros del tentacular imperio farmacopornográfico de finales del siglo XX, sino también un vórtice de emergencia de nuevas estrategias críticas y políticas de resistencia y de desmantelamiento del propio régimen que se expandían en redes a través de fronteras y lenguas. Los desencantados y austeros años noventa, sin la alegre radicalidad de los

setenta, ni el glamur disco de los años ochenta, serán los años de proliferación de las micropolíticas *queer.*

A finales de la década de 1980, un conjunto de grupos de bolleras, maricas, travestis y transexuales (los más conocidos Queer Nation, Radical Fury o Lesbian Avengers) diseminados por Estados Unidos e Inglaterra reaccionan contra las llamadas políticas de identidad gays y lesbianas y sus demandas de integración en la sociedad heterosexual dominante. Toman la calle como espacio de teatralización pública de la exclusión y utilizan el lenguaje de la injuria para reivindicar la resistencia a la norma heterosexual. Primera estrategia performativa: desplazando radicalmente el sujeto de la enunciación, se reapropian del insulto sexual *queer* (bollera, marica, pero también pervertido o tarado) para hacer de él un lugar de acción política [1]. Esta crítica reflexiva alcanza también al feminismo, sin duda, uno de los dominios teóricos y prácticos sometidos a mayor transformación y autoexamen desde los años setenta. Mientras la retórica de la violencia de género infiltra los medios de comunicación invitándonos a seguir imaginando el feminismo como un discurso político articulado en torno a la oposición dialéctica entre los hombres (del lado de la dominación) y las mujeres (del lado de las víctimas), el nuevo feminismo que emerge a finales de los años ochenta de la mano de Gayle Rubin, Judith Butler o Teresa de Lauretis, no deja de inventar imaginarios políticos y de crear estrategias de acción que ponen en cuestión aquello que parece más obvio: que el sujeto político del feminismo sean las mujeres. Es decir, las mujeres entendidas como una realidad biológica predefinida, pero, sobre todo, las mujeres como deben ser, blancas, heterosexuales, sumisas y de clase media. Emergen de este cuestionamiento nuevos feminismos de multitudes, feminismos para los monstruos, proyectos de transformación colectiva para el siglo XXI.

Estos feminismos disidentes se hacen visibles a partir de los años ochenta, cuando, en sucesivas oleadas críticas, los sujetos excluidos por el feminismo biempensante comienzan a criticar los procesos de purificación y la represión de sus proyectos revolucionarios que ha conducido hasta un feminismo gris, normativo y puritano que ve en las diferencias culturales, sexuales o políticas

[1] Sobre este desplazamiento performativo, véase Judith Butler, «Acerca del término *queer*», *Cuerpos que importan, op. cit.*, págs. 313-340.

amenazas a su ideal heterosexual y eurocéntrico de mujer. Se trata de lo que podríamos llamar, tomando la la expresión de Virginie Despentes, el despertar crítico del «proletariado del feminismo», cuyos malos sujetos son las putas, las lesbianas, las violadas, los bio-hombres disidentes, las marimachos, los y las transexuales, las mujeres que no son blancas, las musulmanas…, en definitiva, casi todos nosotros.

Esta transformación del feminismo se llevará a cabo a través de sucesivos descentramientos del sujeto mujer que de manera transversal y simultánea cuestionarán el carácter natural y universal de la condición femenina. El primero de estos desplazamientos vendrá de la mano de teóricos gays y teóricas lesbianas como Michel Foucault, Monique Wittig, Adrian Rich o Michael Warner, que definirán la heterosexualidad como un régimen político y un dispositivo de control que produce la diferencia entre los hombres y las mujeres, y transforma la resistencia a la normalización en patología. Judith Butler y Judith Halberstam insistirán en los procesos de significación cultural y de estilización del cuerpo a través de los que se normalizan las diferencias entre los géneros, mientras que Donna Haraway y Anne Fausto-Sterling pondrán en cuestión la existencia de dos sexos como realidades biológicas independientemente de los procesos científico-técnicos de construcción de la representación. Por otra parte, junto con los procesos de emancipación de los negros en Estados Unidos y de descolonización del llamado Tercer Mundo, se alzarán las voces de crítica de los presupuestos racistas del feminismo blanco y colonial. De la mano de Angela Davis, bell hooks, Gloria Anzaldua o Gayatri Spivak se harán visibles los proyectos del feminismo negro, postcolonial, musulmán o de la diáspora que obligarán a pensar el género en su relación constitutiva con las diferencias geopolíticas de raza, de clase, de migración y de tráfico humano[2].

Uno de los desplazamientos más productivos surgirá precisamente de aquellos ámbitos que se habían pensado hasta ahora como bajos fondos de la victimización femenina y de los que el ~~feminismo no~~ esperaba, o no quería esperar, un discurso crítico.

[2] Véase la antología en castellano: bell hooks, Avtar Brah, Chela Sandoval, etc., *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras,* Traficantes de Sueños, Madrid, 2004.

Se trata de las trabajadoras sexuales, las actrices porno y los insumisos sexuales. Buena parte de este movimiento se estructura discursiva y políticamente en torno a los debates del feminismo contra la pornografía que comienza en Estados Unidos en los años ochenta y que se conocen con el nombre de «guerras feministas del sexo». Catharine Mackinnon y Andrea Dworkin, portavoces de un feminismo anti-sexo, van a utilizar la pornografía como modelo para explicar la opresión política y sexual de las mujeres [3]. Bajo el eslogan de Robin Morgan «la pornografía es la teoría, la violación la práctica» condenan la representación de la sexualidad femenina llevada a cabo por los medios de comunicación como una forma de promoción de la violencia de género, de la sumisión sexual y política de las mujeres y abogan por la abolición total de la pornografía y la prostitución [4]. En 1981, Ellen Willis, una de las pioneras de la crítica feminista de rock en Estados Unidos, critica la complicidad de este feminismo abolicionista con las estructuras patriarcales que reprimen y controlan el cuerpo de las mujeres en la sociedad heterosexual. Para Willis, las feministas abolicionistas devuelven al Estado el poder de regular la representación de la sexualidad, concediendo doble poder a una institución ancestral de origen patriarcal. Los resultados perversos del movimiento anti-pornografía se pusieron de manifiesto en Canadá, donde al aplicarse medidas de control de la representación de la sexualidad siguiendo criterios feministas, las primeras películas y publicaciones censuradas fueron las procedentes de sexualidades minoritarias (utilizo aquí la noción de «minoría» no en un sentido estadístico del término, como nos recuerdan Deleuze y Guattari, sino como potencia de transformación política) especialmente las representaciones lesbianas (por la presencia de dildos) y las lesbianas sadomasoquistas (que la co-

[3] Catharine Mackinnon, *Feminism Unmodified: Discourses on Life and Law*. Harvard University Press, Cambridge, 1987; Andrea Dworkin, *Pornography: Men Possessing Women,* Women's Press, Londres, 1981. Véase también su obra en colaboración: Catharine Mackinnon y Andrea Dworkin, *Pornography and Civil Rights: A New Day for Women's Equality,* Organizing Against Pornography, Minneapolis, 1998.

[4] Robin Morgan, «Theory and Practice: Pornography and Rape», 1974, cit. en Alice Echols, «El ello domado: la política sexual feminista entre 1968-1983», Carole Vance Editora, *Placer y peligro, explorando la sexualidad femenina,* Talasa Ediciones, Madrid, 1989.

misión estatal consideraba vejatorias para las mujeres), mientras que las representaciones estereotípicas de la mujer en el porno heterosexual no resultaron censuradas.

Frente a este feminismo estatal, el movimiento postporno afirma que el Estado no puede protegernos de la pornografía, ante todo porque la descodificación de la representación es siempre un trabajo semiótico abierto del que no hay que prevenirse, sino al que hay que atacar con reflexión, discurso crítico y acción política. Willis será la primera en denominar feminismo «pro-sexo» a este movimiento sexopolítico que hace del cuerpo y el placer de las mujeres plataformas políticas de resistencia al control y la normalización de la sexualidad. Paralelamente, la prostituta californiana Scarlot Harlot utilizará por primera vez la expresión «trabajo sexual» para entender la prostitución, reivindicando la profesionalización y la igualdad de derechos de las putas en el mercado de trabajo. Pronto, a Willis y Harlot se unirán las putas de San Francisco (reunidas en el movimiento de defensa de los derechos de las putas COYOTE, creado por la prostituta Margo Saint James), de Nueva York (PONY, Prostitutas de Nueva York, en el que trabaja Annie Sprinkle) así como del grupo activista de lucha contra el sida ACT UP, pero también las activistas radicales lesbianas y practicantes de sadomasoquismo (Lesbian Avengers, SAMOIS, etc.). En España y Francia, a partir de los años noventa, los movimientos de trabajadoras sexuales Hetaria (Madrid), Cabiria (Lyon) y LICIT (Barcelona), de la mano de las activistas de fondo como Cristina Garaizábal, Empar Pineda, Dolores Juliano o Raquel Osborne formarán un bloque europeo por la defensa de los derechos de los/las trabajadores/as sexuales. En términos de disidencia sexual, nuestro equivalente local, efímero pero contundente, fueron las lesbianas del movimiento LSD con base en Madrid, que publican durante los años noventa una revista del mismo nombre en la que aparecen, por primera vez, representaciones de porno lesbiano (no de dos heterosexuales que sacan la lengua para excitar a los machitos, sino de auténticos bollos del barrio de Lavapiés).

Estamos aquí frente a un feminismo lúdico y reflexivo que escapa del ámbito universitario para encontrar en la producción audiovisual, literaria o performativa sus espacios de acción. A través de las películas de porno feminista *kitsch* de Annie Sprinkle, de las docuficciones de Monika Treut, de la literatura de

Virginie Despentes o Dorothy Allison, de los cómics lésbicos de Alison Bechdel, de las fotografías de Del LaGrace Volcano o de Kael T. Block, de los conciertos salvajes del grupo de punk lesbiano de Tribe8, de las predicaciones neogóticas de Lydia Lunch, o de los pornos transgénero de ciencia ficción de Shue-Lea Cheang, se crea una estética feminista postporno hecha de un tráfico de signos y artefactos culturales y de la resignificación crítica de códigos normativos que el feminismo tradicional consideraba como impropios de la feminidad. Algunas de las referencias de este discurso estético y político son las películas de terror, la literatura gótica, los dildos, los vampiros y los monstruos, las películas porno, los manga, las diosas paganas, los *cyborgs,* la música punk, la *performance* en espacio público como útil de intervención política, el sexo con las máquinas, iconos anarcofemeninos como las Riot Girl o la cantante Peaches, parodias lesbianas ultrasexo de la masculinidad como las versiones *drag king* de Scarface o ídolos transexuales como Brandon Teena o Hans Scheirl, el sexo crudo y el género cocido.

La palabra *queer* que sirvió durante algunos años en los países anglosajones y en Europa, a través de un ejercicio de traducción cultural, para nombrar estas luchas múltiples se ve ahora sometida a un proceso creciente de reificación y mercantilización (movimientos propios del régimen farmacopornográfico). Corremos el riesgo de hacer de la nominación *queer* una identidad generando nuevas exclusiones y eclipsando las condiciones específicas de la opresión de los cuerpos transexuales, transgénero, discapacitados o racializados. No se trata de escoger entre un sujeto oposicional de la historia (ya sea «las mujeres», «los homosexuales», etc.) que funcione como motor de transformación revolucionaria, y la suma estadística de las diferencias multiculturales de las minorías. No es que ya no podamos utilizar la palabra *queer,* sino que esta ha perdido buena parte de su potencial subversivo y no puede hoy servir como denominador común para nombrar los procesos de profieración de estrategias de resistencia a la normalización. Durante los últimos años, la enunciación *queer* se ha visto recodificada por los discursos dominantes. Por mencionar solo una de estas reapropriaciones, recordaremos que en 1998 en Francia Thierry Ardison, un conocido presentador y productor de televisión, registra la palabra *queer* como una marca en el Ins-

tituto Nacional de Industria. Paralelamente a este proceso de capitalización, dentro de los movimientos minoritarios, los transexuales, las personas transgénero, los discapacitados y las minorías raciales insisten en la centralidad de la materialidad del cuerpo, la gestión de su vulnerabilidad y posibilidades de supervivencia, en los procesos de sujeción y agenciamiento político.

La propia Judith Butler, cuyos textos fueron leídos a principio de los noventa como la arquitectura crítica de la «teoría *queer*», introduce matices dentro de su interpretación performativa de la identidad para dar cuenta de la especificidad de los procesos materiales y discursivos que producen la corporalidad intersexual o transexual[5]. Prodíamos hoy entender la enunciación *queer* como un momento crítico en un proceso más amplio de producción de subjetividades disidentes dentro del régimen farmacopornográfico.

Este movimiento feminista que surge tras la crítica *queer* se extiende a través de redes frágiles, pero extensas, a través de alianzas estratégicas y lazos sintéticos y circula, como un antídoto político, por los mismos circuitos por los que se mueve el capital global. Así que no me alejé de Nueva York cuando vine a vivir a París, sino que fui sin saberlo a habitar a una *banlieu* al este del imperio farmacopornográfico en la que se habla francés. Así fue como llegué a transcribir en esta lengua (que tampoco era la mía) algunos de los dialectos *queer* de cuya emergencia yo había sido testigo unos años antes, en un primer momento eso fue como llevar la potencia de los discursos de resistencia que crecen en los *márgenes interiores* de la farmacopornopolis a otra latitud. Dicho de otro modo: Nueva York no es un lugar; es, por decirlo siguiendo a Spivak, un régimen de traducción cultural. Así que, paradójicamente, fue cuando me alejé de Nueva York cuando empecé por primera vez a habitar la ciudad.

Este modo de pensar el mundo como una única ciudad difusa interconectada con centros de intensidad, circuitos de circulación de capital, cuerpos e información, zonas de alto confort y zonas pauperizadas, espacios distantes de producción y de deyección de detritus materiales y semióticos puede acercarnos a pensar la estructura geopolítica actual, como ya lo han hecho Ne-

[5] Judith Butler, *Deshacer el género, op. cit.*, caps. 3 y 4.

gri y Hardt [6] y, de otro modo, James Petras y Henry Veltmeyer [7], de acuerdo al modelo del Imperio romano de Constantino. Vivimos en una suerte de Edad Media punk, de alta edad cybergótica sin que hayamos todavía comprendido las consecuencias de semejante *revival* histórico en este punto de autodegeneración de la especie. Durante un tiempo los gurús llamaron a esta invaginación planetaria «postmodernidad», pero se trata únicamente de la culminación *tecnopornopunk* de la modernidad. Nos hayamos en un punto de inflexión evolutivo en el que la modernidad despliega todo su asqueroso potencial eyaculante: nadamos en un esperma nuclear en el que hemos aprendido a respirar como bestias mutantes. La diferencia entre el imperio clásico y nuestro imperio *tecnopornopunk* es que el romano se asentaba todavía, aunque fuera de manera tambaleante, sobre una base ontoteológica y legal que actuaba al mismo tiempo como origen y como destino final. Pero ¿qué puede ser un imperio sin ontoteología? Algunos pensarán que la civilización actual ha sustituido la onteología por un fundamento industrial o ergótico. Pero no, ni la producción ni el trabajo bastan para explicar el actual funcionamiento de nuestras sociedades. El imperio *tecnopornopunk* contemporáneo se apoya en una nueva divisa: eyacular y morir, producir eyaculación y desaparecer. Esa es su fundación tanatopornográfica.

Estos no son los *dark ages*, no vivimos en la oscura postmodernidad, sino más bien en los *porn flickering ages*, la edad chispeante del porno. Ya no giramos en la oscuridad, ya no se trata de la noche de los tiempos, sino de una atmósfera total y completamente iluminada, un gas ambiental saturado de imágenes húmedas y gases chispeantes. En medio de esta destellante confusión, conceptos como lucidez, iluminación, claridad, evidencia, brillan con una oscuridad nueva. Existen, según los neurobiólogos, cuatro estados de conciencia: la lucidez, la obnubilación, el sopor y el coma. En la lucidez el sujeto está presente ante sí mismo y ante el medio ambiente que le rodea; en la obnubilación, el sujeto permanece con los ojos abiertos, pero desorientado en tiempo y espacio y relativamente indiferente a sí mismo y al medio ambiente que le rodea; en el sopor, el sujeto ha cerrado los

[6] Toni Negri y Michel Hardt, *Imperio, op. cit.*

[7] James Petras y Henry Veltmeyer, *El Imperialismo en el siglo XXI, la globalización desenmascarada,* Editorial Popular, Madrid, 2002.

ojos, pero reacciona a estímulos directos; en el coma, el sujeto no reacciona a los estímulos ni directos ni indirectos, aunque quizá sigue presente ante sí mismo. Nuestra presencia ante nosotros mismos como especie puede calificarse hoy de prostético-comatosa. Hemos cerrado los ojos, pero seguimos viendo a través de un conjunto de tecnologías, de implantes políticos a los que llamamos vida, cultura, civilización. Sin embargo, solo desde y a través este dispositivo biotecnológico, es posible osar la revolución.

En el año 213 a. C., todos los libros de China fueron quemados por órdenes de un emperador. En el siglo V, tras sucesivas guerras que la habían saqueado y diezmado, se destruye definitivamente por decreto del emperador Teodosio la biblioteca de Alejandría y con ella la mayor plataforma de investigación, traducción y lectura del mundo antiguo bajo la acusación de albergar saberes paganos contrarios a la fe cristiana. Entre 1330 y 1730 miles de cuerpos humanos son quemados por la inquisición cristiana, miles de libros destruídos y cientos de prácticas de saber y de producción de subjetividad relegadas al olvido y la clandestinidad. En 1813, los soldados norteamericanos tomaron Canadá y York, y quemaron el Parlamento y la biblioteca legislativa; un año después se arrasa la Biblioteca del Congreso. En 1933, una de las primeras acciones del gobierno nazi es la destrucción del Institut für Sexualwissenschaft (Instituto de Ciencias Sexuales) de Berlín, creado por Magnus Hirschfeld en 1919, y que funcionó durante años como centro de investigación y de difusión de ideas y prácticas progresistas en torno al sexo y la sexualidad. Los volúmenes del instituto Hirschfeld serán quemados el 10 de mayo junto con otros veinte mil libros en una gigantesca hoguera situada en la Opernplatz cuyo fuego chispeante ilumina la película fotográfica de los reporteros de Hitler. La noche del 9 de marzo de 1943, un ataque aéreo sobre la Biblioteca Baviera destruye quinientos mil libros. En 1993 las milicias croatas destruyen decenas de bibliotecas (entre ellas la de Stolac). En 2003 el ejército americano saqueó y destruyó la Biblioteca Nacional de Bagdad[8]...

[8] Sobre destrucción cultural véase Fernando Báez, *Historia universal de la destrucción de libros: desde las tablillas sumerias a la guerra de Iraq*, Destino, Madrid, 2004.

Las innovaciones teórico-políticas generadas por el feminismo, el movimiento de liberación negro, la teoría *queer* y transgénero durante los últimos cuarenta años parecen hoy adquisiciones perennes. Sin embargo, en el actual contexto de guerra global, este conjunto de saberes y prácticas podrían ser de nuevo arrasadas con la velocidad con la que un microchip se funde en el fuego. Es preciso transformar ese saber minoritario en experimentación colectiva, práctica corporal, en modo de vida, en forma de cohabitación, antes de que todos y cada uno de los frágiles y escasos archivos existentes de feminismo y cultura *queer* hayan sido completamente reducidos a sombras radioactivas. En esta situación, y a diferencia de nuestros antecesores de los años setenta y ochenta, ya no abogamos por una comprensión de la historia como producción discursiva, sino más bien de la producción discursiva como parte de un proceso más amplio de materialización técnica de la vida sobre el planeta. Una materialización que toma día a día la forma de una destrucción técnica de toda especie animal, vegetal y cultural y que culminará, sin duda, en la autoextinción de la especie humana. Se tratará entonces de modos de registrar un suicidio planetario.

SNUFF POLITICS

Que nos jodan vivos: nos hemos convertido en una civilización punk. La erupción del movimiento punk en 1977 no fue simplemente un microfenómeno, sino el último estallido lúcido de lo que parece hoy el único ideal compartido de nuestra especie: insitinto de correrse como instinto de muerte. Ningún producto cultural ha entendido esta cualidad fantasmático-punk de la especie en los albores del siglo XXI como el *snuff:* filmar la muerte (o, más bien, su representación) en directo. En la cultura popular, se denomina *snuff* a aquella película que muestra el asesinato de una persona (o un animal) con el único objetivo de hacer esa muerte visible, de transformarla en representación pública y comercializable.

Todo empieza en realidad con una impostura. En 1971 los directores de cine de serie Z, Michael y Roseta Findlay, ruedan *Slaughter,* una producción de bajo presupuesto que combina es-

cenas eróticas y de horror. El mismo año, Ed Sander entrevista al asesino Charles Manson que habla de haber grabado algunos de los famosos asesinatos que, bajo su custodia, realizan sus adeptos. No se encuentran las películas, pero nace el mito del *snuff*. En 1972, el distribuidor de cine Allan Shackleton recupera la película *Slaughter,* añade una última escena en la que una de las actrices es destripada (teatralmente) ante la cámara, la reedita y llama al nuevo montaje *Snuff*. En 1976, la película se estrena por primera vez generando un debate sin precedentes acerca de la veracidad de la muerte de la actriz en el que se implican los grupos antipornografía, las feministas procensura y los medios de comunicación. La película, sin otro intéres cinematográfico o narrativo aparte de la supuesta escena del crimen, logrará beneficios insospechados.

El *snuff* como límite de la representación ha servido de paradigma pornográfico tanto para los grupos feministas procensura como católicos antiporno, y como modelo formal del realismo al que debe aspirar la teatralización del sexo propia de la pornografía: una película es tanto más pornográfica cuanto más *real* es la escena sexual filmada, del mismo modo que una representación es *snuff* cuando el crimen ocurre *realmente*. La noción de *snuff,* radicalmente post-postmoderna, se opone al carácter mimético, teatral y simulado de toda representación, afirmando, por el contrario, el poder de la representación para modificar la realidad, o lo que es lo mismo, el deseo de lo real de existir en y para la representación. De ahí la relación ardiente entre pornografía, *snuff* y política. Hoy, algunas listas de películas *snuff* incluyen las rodadas por los militares del ejército aliado o por los soldados nazis dentro de los campos de concentración, el vídeo de Zapruder del asesinato de John F. Kennedy, la película del asesinato del rabino Yitzhak, los vídeos de las ejecuciones en directo de los prisioneros de guerra en Afganistán o en Iraq, los vídeos de la armada americana que muestran la destrucción de pueblos iraquíes, las imágenes de la destrucción de las Torres Gemelas en Nueva York y el ajusticiamiento de Saddam Hussein. La política se ha vuelto *snuff:* exterminación por y para la representación.

La figura en forma de champiñón que dibuja en el cielo la bomba atómica, la fotografía de la niña completamente quemada que corre dejando atrás la ciudad devastada de Hiroshima, los labios llenos de esperma de Linda Lovelace, las pilas de miem-

bros mutilados de Ruanda, la doble penetración, *Gran Hermano* y *Nick-Tup,* los litros de grasa extraídos de las nalgas de la ama de casa americana para las cámaras de *Cambio Radical,* las pollas flácidas y las cámaras tiesas de Abu Ghraib, los asesinatos de la prisión de alta seguridad de San Quintín filmados por las cámaras de seguridad dicen más sobre el actual estado de nuestra especie que cualquiera de los libros de filosofía del siglo XX, de Husserl a Sartre pasando por Hanna Arendt o cualquiera de los tratados contemporáneos de sociología. En 2006, la buena intención filosófica, nuestra especie se la mete literalmente por el culo, mientras, por supuesto, filma esta imagen y la comercializa. A esto se reduce hoy la filosofía del siglo XXI, a un gigantesco y goteante *Butt plug*[9]. Frente a este estado de cosas, la filosofía de esta alta modernidad punk solo puede ser autoteoría, experimentación de sí, autotecnopenetración, pornología. Ni tanatopolítica, ni biopolítica: no se trata de imaginar las políticas de la muerte contra las políticas de la vida. Lo propio del momento *tecnopornopunk* de nuestra especie es la *política snuff:* arrancarle todo a la vida hasta el momento de su muerte, y ese proceso, filmado, registrado a través de la escritura y de la imagen y difundido en tiempo real vía Internet y siempre accesible en un archivo virtual que actúa simultáneamente como soporte publicitario a escala global.

Diferentes productores discursivos contemporáneos, desde Donna Haraway a Sloterdijk[10], nos incitan a evitar dos tipos de trampas narrativas de corte metafísico y semiótico-fascista cuando tratamos de pensar en el futuro de la especie, del planeta: primero, la tentación mesiánica: alguien va venir a salvarnos, una fuerza única, religiosa o técnica, un saber único posee todas las respuestas para transformar la condición de la humanidad. Segundo, la tentación apocalíptica: no hay nada que hacer, la desaparición de la especie es inminente. «Deberíamos —nos dice Haraway— aprender a dudar de nuestros miedos y certezas sobre los desastres, así como de nuestros sueños de progreso. Deberíamos aprender a vivir sin los rígidos discursos de la historia de la salvación»[11].

---

[9] Dildo especialemente diseñado para la penetración anal.

[10] Peter Sloterdijk, *Esferas III,* Siruela, Barcelona, 2005.

[11] Donna Haraway, *op. cit.,* 2004, págs. 62-63.

El problema es precisamente que nadie vendrá a salvarnos y que nuestra desaparición, aunque certera, no es sino relativamente inminente y que, por tanto, habrá que pensar en ir haciendo alguna que otra cosa mientras nos extinguimos, mutamos o nos mudamos de planeta. Incluso si esa otra cosa es acelerar nuestra propia desaparición, mutación o mudanza de manera intencional. Habrá que tomar las cosas como son, imaginar entonces los principios constitutivos de una nueva filosofía pornopunk para los siglos venideros.

EL PRINCIPIO AUTOCOBAYA

He aquí la primera divisa para un feminismo a la altura de la modernidad *pornopunk:* tu cuerpo, el cuerpo de la multitud, y los entramados farmacopornográficos que lo constituyen son laboratorios políticos, al mismo tiempo efectos de procesos de sujeción y control y espacios posibles de agenciamiento crítico y de resistencia a la normalización. Abogo aquí por un conjunto de políticas de experimentación corporal y semioticotécnica que, frente al principio de representación política (que domina nuestra vida social y que está en la base de los movimientos políticos de masas tanto totalitarios como democráticos), se rigen por un principio al que llamaré, siguiendo las intuiciones de Peter Sloterdijk, «principio autocobaya».

Hacia finales del siglo XVIII, la experimentación formaba todavía parte de los protocolos de investigación farmacológica. Si bien no se cuestionaba la experimentación animal, el investigador debía, por precepto ético, antes de experimentar sobre un cuerpo humano ajeno, correr el riesgo de los efectos desconocidos con su propio cuerpo. Pero, progresivamente, el sujeto del saber científico buscará, apoyándose en la retórica de la objetividad, generar conocimiento exterior, librar al propio cuerpo de los trances de la autoexperimentación. Aun así, en 1790 el físico Samuel Hahnemann se administra diariamente dosis importantes de quina para explorar el efecto de esta sustancia contra la malaria. Su cuerpo reacciona y desarrolla síntomas similares a la fiebre remitente característica de la malaria. Esta experiencia se encuentra en la base de la invención del movimiento homeopático: es posible curar la enfermedad con una sustancia que, como en

un espejo terapéutico, causa los mismos síntomas que la enfermedad en la persona sana. Peter Sloterdijk, inspirándose en Hahnemann, denominará «intoxicación voluntaria» a este proceso de envenenamiento dirigido e intencional que resume de este modo: «Cuando se quiere ser médico, es necesario querer ser cobaya»[12].

Las prácticas de intoxicación voluntaria, creo poder mostrar, están presentes en todo proceso de creación de nuevos marcos de «inteligibilidad cultural»[13]. El romanticismo de Novalis a Ritter como contraproyecto de la modernidad, aquel que inspira a Sloterdijk, hará de la autoexperimentación la tecnología central del yo en una sociedad distópica, con el riesgo de concebir este proyecto como una tarea individual. Por otra, aunque de forma menos evidente, dos de los discursos en torno a los que se gestará la crítica de la subjetividad moderna europea, los de Freud y Benjamin, empiezan siendo registros de prácticas de intoxicación voluntaria. Pero la modernidad disciplinaria los engulle: los procesos de institucionalización llevados a cabo después por el psicoanálisis y la escuela de Fráncfort, respectivamente, se verán acompañados por la patologización de la intoxicación y la domesticación de la autoexperimentación.

«Sería bueno que el médico tuviera la posibilidad de experimentar sobre sí mismo un gran número de medicamentos. Así tendría una idea distinta de sus efectos», afirmaba el joven médico Mijail Bulgakov en su texto de 1914 *Morfina,* en el que el protagonista describe los efectos de esta sustancia sobre su propio cuerpo[14]. Hoy, del mismo modo, como feminista, parece urgente testar sobre el propio cuerpo los efectos farmacopornopolíticos de las así llamadas hormonas sexuales sintéticas. Precisamente, porque he crecido en el feminismo culturalista *queer* americano y me he convencido, con Foucault y Butler, de que la feminidad y la masculinidad son construcciones culturales, ficciones somáticas, *puedo* y en algún sentido *debo* experimentar con estas construcciones. En un mundo donde los laboratorios farmacéuticos y las instituciones médico-legales estatales regulan el uso y el consumo de las moléculas activas de la progesterona, el estrógeno y

[12] Peter Sloterdijk, *Ni le soleil ni la mort. Jeu de piste sous forme de dialogues avec Hans-Jürgen Heinrichs,* Pluriel, París, 2003, pág. 9.

[13] Utilizo aquí la noción de Judith Butler. Véase *Deshacer el género, op. cit.*

[14] Véase Mijail Bulgakov, *Morfina,* Anagrama, Barcelona, 1991.

la testosterona, parece anacrónico hablar de prácticas de representación política sin pasar por experimentos performativos y biotecnológicos de la subjetividad sexual y de género.

Este principio autocobaya como modo de producción de saber y transformación política, expulsado de las narrativas dominantes de la filosofía contemporánea, resultará decisivo en la construcción de las prácticas y los discursos del feminismo, de los movimientos de liberación de minorías sexuales, raciales y políticas. Se tratará, recogiendo la expresión de Donna Haraway, de una forma modesta, corporal, implicada y responsable, de hacer política. El que quiera se sujeto de lo político que empiece por ser rata de su propio laboratorio.

Toxicoanálisis. Los orígenes psicotrópicos de la crítica en Freud y Benjamin

Freud nace en el centro de la Europa psicotrópica, en 1856, un año después de que Gardeke extraiga un alcaloide al que denomina erythroxilón, a partir del cual se aísla por primera vez la cocaína. Docenas de sustancias psicoactivas circulan entonces en Europa a través de redes coloniales y son consumidas y comercializadas sin regulación precisa: opio, laúdano, hachís, ganja, heroína, cocaína, mezcalina, etc. Freud conoce la existencia de la cocaína a través de un artículo publicado en 1883: el médico Theodor Aschenbrandt revela la utilización de las primeras dosis de cocaína farmacéutica fabricadas por los laboratorios alemanes Merck para remediar la fatiga de los soldados bávaros. No hay guerra sin suplementos bioquímicos de la subjetividad que lleven al cuerpo, a la conciencia, a la ética más allá de sí mismas, del mismo modo que no hay posguerra sin suplementos bioquímicos amnésicos. Este artículo impacta a Freud, que a principios de abril de ese año escribe a Martha, su prometida, hablando de su futuro consumo de coca como de un «proyecto» [15]. Piensa, seguramente, en encontrar el dorado con la coca, en hacerse rico, en descubrir utilizaciones médicas inéditas. La coca es un proyecto económico y psicológico para el joven Freud. Apenas un año

[15] Sigmund Freud, «Un peu de cocaïne pour me délier la langue...», Max Milo, París, 2005.

después encarga un bote de cocaína Hydrochloric Cryst Albiss de los laboratorios Merck, y el 30 de abril de 1884 aspira su primera raya. En 1885 escribe en *Über Coca:* «El humor que provoca la cocaína no resulta tanto de una excitación directa como de la desaparición de elementos deprimentes del estado del alma en general. Conviene admitir también que la euforia en una persona con buena salud no es otra cosa que el estado normal de una corteza cerebral bien alimentada que no "sabe nada" sobre los órganos de su propio cuerpo» [16]. Pero el proyecto de Freud no comienza con buen pie. Lo primero que se le ocurre es curar la adicción de su amigo Ernst von Fleischl-Marxow a la morfina a base de coca. Método Joey Star, como diría V. D. Resultado: Ernst se convierte en adicto y sufre graves daños tras inyectarse una preparación cocaínica por vía subcutánea. Hay que decir que seguramente sus intenciones con respecto a Von Fleischl no eran del todo claras: Freud oscila entre la pasión amorosa por su amigo y los celos. Ernst podría ser, en realidad, un mejor pretendiente para su novia Martha, pero también un ano que podría ofrecerse al placer pansexual del propio Freud. Es necesario abrirse a la experimentación, pero no demasiado. Dos años después, todavía no está convencido del proceso de adicción que acompaña a la ingestión regular de coca. En «Anhelo y temor de la cocaína» defiende que la cocaína tomada a largo plazo no provoca adicción, excepto en aquellos sujetos que la toman para remplazar una adicción previa a la morfina (el caso Fleischl había sido demasiado notorio como para obviarlo), sino más bien lo que él denomina una «aversión». Freud tiene razón, pero, como siempre, es demasiado optimista: tomar coca es odiar la coca, flipar frente a la caída que sigue a la ingestión..., pero seguir tomándola. En 1914 el médico Mijail Bulgakov, adicto a la morfina y la cocaína, escribe: «Yo, el desafortunado doctor enfermo de morfinismo en el mes de febrero de este año, advierto a todos aquellos que conocerán mi misma suerte que no intenten remplazar la morfina por la cocaína. La cocaína es el más peligroso y pérfido de todos los venenos» [17].

Entre tanto, en Europa y Estados Unidos la industria farmacéutica comienza a consolidarse como «la joya de la corona capi-

[16] S. Freud, *op. cit.,* «Sobre la coca», pág. 50.
[17] Mijail Bulgakov, *op. cit.*

talista»[18]. Pensemos que estamos todavía en la antesala del *boom* farmacéutico que representará a partir de los años treinta la comercialización de antibióticos, antiinfecciosos y sulfamidas. La euforia de la naciente industria farmacéutica, dominada por un nuevo imperativo tecnocapitalista, mostrará progresivamente que no hay relación precisa entre certeza terapéutica, licencia de producción y consumo de sustancias bioactivas. Durante los últimos años del siglo XIX, los laboratorios Merk producen cientos de kilos de cocaína destinada al uso médico o alimenticio, la cocaína forma parte de la primera fórmula de Coca-Cola entre 1886 y 1901, incluso el papa León XIII es un consumidor habitual. Mientras Merk comercializa la cocaína para uso anestésico y el MDMA (éxtasis) como supresor del apetito, Bayer comercializa la heroína como tratamiento de la dependencia a la morfina.

Antes de volverse hacia la hipnosis o la sugestión por la palabra, Freud intenta un método de toxicidad terapéutica. Incluso pensará la terapia a través de la hipnosis utilizando el modelo de la dependencia a una sustancia, alertando sobre la dependencia entre el hipnotizador y el hipnotizado en las prácticas de Charcot. La morfina y el hipnotizador se parecen porque ambos provocan un estado alterado de conciencia, una modificación del modo en el que el yo está presente ante sí mismo que permite la emergencia de otras formas de saber, de conocimiento y de acción. Incluso la teoría psicoanalítica de la transferencia parece derivar de un modelo de tráfico y transporte de sustancias entre psicoanalizador y pscicoanalizado. Para el Freud lector de la psicopatología moral de Krafft-Ebing, la masturbación, y la producción química que esta implica, es el modelo de toda adicción (carta 79 a Fliess). El alcohol, el tabaco, la morfina y la cocaína son sustitutos masturbatorios, prácticas exógenas de producción de excedentes de toxicidad química en el cuerpo. Poco importa si la sustancia es inoculada en el cuerpo desde el exterior o si es producida por el cuerpo mismo. En todo caso, no hay libido sin toxicidad. La sexualidad, como la ingestión de psicotrópicos, es la búsqueda de la producción de un estado de intoxicación neuronal.

El gusto de Freud por la absorción de nuevas tecnologías de modificación de la subjetividad no se limita al ensayo y uso de

[18] Pignarre, *op. cit.*, pág. 13.

drogas. Freud no duda en utilizar su propio cuerpo vivo como terreno de experimentación quirúrgica, incluso si tiene que poner sus propios testículos en juego. Entre 1923 y 1924 se somete a dos operaciones invasivas y a más de una treintena de pequeñas operaciones y varias instalaciones más o menos dolorosas de prótesis bucales para luchar contra un cáncer de mandíbula de la mano de su médico Pichler. En medio de un pronóstico desfavorable, Freud decide someterse a una operación más: la llamada «operación Steinach», la ligadura de los tubos seminales o vasectomía [19]. Steinach era el investigador hormonal más conocido de su tiempo y había trabajado ya en procesos de masculinización de ratas hembras mediante la implantación de testículos o la inyección de fluidos seminales sin todavía haber aislado con exactitud la molécula de testosterona. Sus experimentos, aún precarios, le llevan a concluir que existe una relación entre la producción hormonal, la potencia sexual y el envejecimiento. La idea de Steinach dependendía más de una hidráulica sexual o de una física de los fluidos vitales que de una comprensión molecular de la excitación: el cierre de pasajes exteriores del semen produciría un aumento de la potencia sexual y un rejuvenecimiento general. Freud se somete a la operación de Steinach el 17 de noviembre de 1923 esperando, como explica en una carta a su amigo Ferenzi, «mejorar mi sexualidad, mi condición física general y mi capacidad de trabajo». Parece que después de la operación Freud, se siente algo mejor, pero sobre todo, como recoge Peter Gay en su biografía, escribe a Otto Rank explicándole que la operación de Steinach le ha desatado un deseo homosexual por el doctor Pichler. Inesperado resultado: la ligadura de tubos seminales, como si se tratara de un cortocircuito de la heterosexualidad freudiana, ha dejado al descubierto sus deseos homosexuales hacia el médico que se ocupa de su mandíbula. Más que suplementar la masculinidad, la vasectomía libera los tubos seminales de Freud del peso de la reproducción heterosexual y les regala la ligera culpabilidad de la homosexualidad infértil.

Una filosofía que no utiliza su cuerpo como plataforma activa de transformación vital es una tarea vacía. Las ideas no bastan. El arte no basta. El estilo no basta. La buena intención no basta.

---

[19] Más tarde, Onassis, el general De Gaulle e incluso el papa Pío XII (váyase a saber con qué objetivo) se someterán también a la operación de Steinach.

La simpatía no basta. Toda filosofía es forzosamente un arte de autovivisección, cuando no de disección del otro o de lo otro. Una práctica de corte de sí, de incisión de la propia subjetividad. Cuando el amor de la vivisección escapa del cuerpo propio y se dirige hacia el cuerpo ajeno, el cuerpo de la colectividad, el cuerpo de la Tierra, el cuerpo del Universo, la filosofía se transforma en política. Esta extensión política de la vivisección filosófica puede tomar la forma de una gestión tanatológica de la especie (como en el caso de la guerra) o de una terapia universal utópica (religiosa, democrática o médica) —a menudo la gestión tanatológica y la terapia utópica se comunican, llevan la una a la otra por caminos inopinados.

Freud era una *cloaca máxima.* Un sumidero que absorbía todas las sustancias psicotrópicas que se producen en su momento. Aspira todo lo que pasa. No escatima en células expuestas, ni propias ni ajenas. No es cierto que el psicoanálisis de Freud haya sido ni única ni prioritariamente una técnica de cura a través de la palabra. Lo propio del sumidero freudiano era absorber todas las técnicas y sustancias de su época y transformarlas en discurso cultural. A través de sus propias prácticas de inoculación de sustancias psicotrópicas, a través del envenenamiento lúcido de su amigo Von Fleischl, Freud ha entendido que solo es posible modificar la cartografía psíquica al precio de una cierta toxicidad. Su primera raya de coca no le saca de sí mismo, sino que, por el contrario, le permite sentirse exactamente como *es,* le revela su verdadero poder, su verdadera naturaleza. Las sustancias químicas asimilables por el organismo operan como *potencia:* tienen el poder de provocar un cambio sustantivo de estado. Con la condición de que la subjetividad se deje afectar, se haga dinámica, en el sentido griego del término *dynamis,* es decir, deje emerger su potencialidad, su capacidad de pasar de un estado a otro. La transferencia entendida como clave de la terapia psicoanalítica depende de un modelo de transporte de sustancias, de tráfico de imágenes, de recuerdos, de emociones que vendrán a modificar una red de conexiones somáticas. El alcohol, el tabaco, el hachís, la coca, la morfina no son únicamente túneles sintéticos por los que escapar de la realidad, sino reveladores del alma del sujeto occidental moderno, microtecnologías del alma, transformadores químicos de los que emergerán las nuevas prácticas fantasmáticas del siglo XX: la autoficción, el rock, la pintura

impresionista y expresionista, la *performance*... La subjetividad moderna es la gestión de la autointoxicación en un medio ambiente químicamente nocivo. Fumar en la metrópolis eléctrica y más tarde nuclear es simplemente un modo de vacunarse por inoculación homeopática frente al envenenamiento medioambiental. La batalla de la subjetividad moderna es ante todo una lucha por el equilibrio inmunitario. La ingestión de drogas o el psicoanálisis son como parques experimentales en los que aprender a vivir en un medio crecientemente tóxico.

El autopsicoanálisis tal y como lo practica Freud es, ante todo, una práctica de experimentación material. La teoría de interpretación de los sueños y de cura a través de la palabra deben entenderse como métodos de intoxicación por medio de imágenes y de lenguaje, teniendo en cuenta el carácter químico-material de ambos. Solo cuando Freud comprende que el recurso directo a la ingestión de sustancias químicas tendrá efectos secundarios (la adicción, la necesidad de incrementar la dosis, la degeneración celular) fatales, se vuelve hacia la palabra, la interpretación de los sueños, la narración de la alucinación como modos de producir toxicidad neuronal, de inducir, a través del recuerdo, de la narración de lo sucedido o imaginado, de la evocación de los sueños, un impacto psíquico comparable al causado por la ingestión en pequeña cantidad de venenos químicos. El inconsciente es un terreno virtual de alta hipersensibilidad química, el alma es un vaho entrelazado por hilos eléctricos y combinaciones moleculares venenosas al que solo puede accederse a riesgo de modificar un equilibrio psicotrópico previo. Conócete a ti mismo quiere decir envenénate a ti mismo, transfórmate a ti mismo.

París. Barcelona. Sevilla. Barcelona. París. Barcelona. París. Nueva York. New Jersey. París. Nueva York. Shangai. Hong Kong. Nueva York. Washington. Nueva York. París. Berlín. París. Montparnasse. Montparnasse. Montparnasse. Esa es ahora y para siempre tu ciudad. Montparnasse. Mi vida sigue, como sigue la ilusión de desplazamiento. Vauvert. Montpellier. Vauvert. Niza. Vauvert. París. Barcelona. París. Barcelona. París. Madrid. París. Bourges. París. Bourges. París. Londres. París. Adicción metropolitana. Londres. San Sebastián. Burgos. San Sebastián. París. Londres. París. Bourges. París. Cada ciudad es un contexto de adicción. París: V. + T. Barcelona: coca, cannabis, alcohol.

Nueva York: C. + Speed + Prozac. New Jersey: Ritaline + Prozac. Berlín: X. Hong Kong: coca, cannabis, cortisona. Madrid: coca. Vauvert: *sex*.

Entre 1927 y 1932, Walter Benjamin y algunos amigos, como Ernst Bloch, Ernst Jöel y Fritz Frankel, se someten a una serie de asimilaciones químicas: comen hachís, fuman opio (entonces llamado *crock)* y se inyectan mescalina o morfina. En cada caso, es preciso que la sustancia entre dentro del cuerpo, que penetre la piel, el tubo digestivo, la sangre, las células. Es preciso atacar el alma por la vía sintética. Se trata de una serie de ejercicios de infección intencional. Más allá de la pulsión de la embriaguez individual, Benjamin, Bloch, Frankel aspiran a encontrar la clave de una terapéutica universal. El principio político de esta terapia parece elemental: no se puede aspirar a disertar sobre lo real sin aceptar intoxicarse uno mismo con aquello que uno piensa después administrar a otro. Este principio autocobaya aparece hoy como la condición de posibilidad de toda micropolítica futura.

En 1927, la ingestión de hachís, opio o mescalina en Europa (como hoy la administración de testosterona para bio-mujeres) constituye todavía una experiencia rara, minoritaria y silenciosa. Lo interesante en el caso de Benjamin no es que tome hachís, sino que decida dejarnos una transcripción psicoestética de esta experiencia. Benjamin recoge sus impresiones (en el sentido estricto del término: inscripciones mentales producidas como efectos de estas sustancias) detalladas en una serie de cartas y de aforismos a los que llama en cada ocasión «protocolos de experiencias efectuadas con las drogas» [20]. Cada uno de estos protocolos, a veces distantes en el tiempo, está asociado a una ciudad (Marsella, París, Moscú, etc.), a un espacio que se despliega y se transforma con la sustancia. La droga es la metrópolis moderna, su producción, su tráfico y su consumo refleja los circuitos de tráfico colonial, los procesos de sublimación y de fastamagoría propios de la modernidad industrial farmacopornográfica.

Pensar este principio de autocobaya en relación con las políticas de género y sexuales implica que no es posible darle conse-

[20] Walter Benjamin, *Haschisch,* Taurus, Madrid, 1974; *Diario de Moscú,* Taurus, Madrid, 1988.

jos a nadie sobre si te tiene que gustar esto o aquello, sobre si debes o no follar con condón, sobre si este es el porno que te tiene que excitar o no, sobre si la mejor sexualidad es la lesbiana o la SM, sobre si te la como o me lo comes, sobre si es mejor tenerla o no tenerla, sobre si es mejor tomar o no tomar hormonas, sobre si es mejor operarse o no. Frente al parroquianismo y la indoctrinación moral que ha dominado las políticas feministas, *queer* y de prevención del sida, es necesario desarrollar micropolíticas del género, del sexo y de la sexualidad, basadas en prácticas de autoexperimentación (más que de representación) intencionales que se definan por su capacidad de rechazar y de resistir a la norma, de crear nuevos planos de acción y de subjetivación.

EL DISPOSITIVO *DRAG KING*

Asisto por primera vez a un taller *drag king* como participante en 1998, en el centro GLBT (Gay Lesbiano Bisexual y Transexual) de Nueva York, en el antiguo edificio de la West 13th. Me inscribo en ese taller, como lo hago en muchos otros, con una mezcla de curiosidad voraz y de confusión propia de alguien que procede de un país postfranquista: participo también en talleres de sadomasoquismo lesbiano, de *fist fucking* (penetración con el puño), sexo público, *coming out* en la escritura, talleres para transexuales pre-op (no operado o preoperados) o NOHO (que no toman hormonas) y sus parejas, talleres de estrategias de visibilidad para minorías sexuales, etc. Durante los años que habito en la ciudad de los muertos vivientes, para luchar contra una soledad endémica, me acojo a un sistema de aprendizaje y construcción de técnicas identitarias que, ahora lo sé con toda seguridad, me ayudará no solo a sortear la depresión propia de la metrópolis, sino que acabará constituyendo una disciplina del alma, como los *Ejercicios* de San Ignacio de Loyola en mi infancia, que me permitirá resistir después a la decepción política, al desamor o incluso a tu muerte.

Mi primer taller *drag king* es un ejercicio iniciático, el primer paso de un proceso de mutación abierto. Somos una docena de bio-mujeres, cada una dice su nombre, explica de dónde viene, qué hace, cuál es su experiencia de la masculinidad y la feminidad. La organizadora es una *butch* con pelo corto y pantalones

de cuero, con cara de niño y voz muy suave que acoge nuestras historias con atención, pero sin concederles un peso psicológico excesivo. A pesar de que estamos en el centro GLBT, no todas nos identificamos como lesbianas o bisexuales. Hay también biomujeres que salen con hombres transexuales y una actriz hetero que viene buscando un aprendizaje teatral para construir un rol masculino. Dos turnos de palabra bastan para comprender que el extraño negocio de la feminidad y la masculinidad no es problema exclusivo de las lesbianas o de los transexuales. Las participantes hablan de su primera vez, de la violación, del aborto, del incesto, de la dificultad de sentirse diferentes a las otras chicas, de la vergüenza de ser apuntada con el dedo como una marimacho en el colegio, de tener demasiado pecho, de no tener pecho, de tenerlo demasiado pronto o demasiado tarde, de no poder sentarte como quieres o donde quieres, de no poder escupir, gritar, de no poder pegar cuando los otros pegan. Yo hablo de no haberme sentido nunca mujer, de haber pensado en pagarme una operación de injerto de pene con mis primeros ahorros cuando tengo siete años, de mi operación de mandíbula, del sentimiento de no reconocer ni mi cuerpo ni mi rostro. Se crea así, poco a poco, un tejido de voces cada vez más denso que nos rodea y que nos permite cubrirnos de palabras compartidas como con una segunda piel colectiva. Bajo ese tejido que nos protege es posible percibir, como a través de una lupa política, la feminidad y la masculinidad como engranajes de un sistema más amplio en el que todas y cada una participamos estructuralmente. Ese saber es liberador. Produce un goce político específico que nunca antes había experimentado.

Esta primera parte del taller podría pensarse con respecto a los llamados por Paul Ricoeur «maestros de la sospecha», Marx, Freud y Nietzsche, como una inducción colectiva de *sospecha de género*[21]. Se nos incita colectivamente a explorar aquello que a menudo tomamos como fundamentos estables de nuestra identidad (el sexo, el género y la sexualidad) como meras construcciones culturales y políticas, y por tanto, como posibles objetos de un proceso de reconstrucción intencional, crítica e insumisa. Esta sospecha de género compartida provoca un movimiento subjeti-

[21] Paul Ricoeur, *Freud: una interpretación de la cultura,* Siglo XXI, México, 1999.

vo que ha sido denominado por Teresa de Lauretis y tematizado después por José Muñoz con el nombre de «desidentificación»[22]: el taller *drag king* no comienza vistiéndose o maquillándose como un hombre, sino tomando conciencia del carácter de ortopedia cultural de nuestra propia feminidad, desidentificándonos con respecto a nuestra propia feminidad construida.

Transformadas por ese saber comenzamos a vestirnos con ropa masculina, a fabricarnos un *packing* (paquete) con preservativos rellenos de algodón y a vendarnos el pecho. De lo que se trata, a través del aplanamiento del pecho y del abultamiento de la pelvis, es de modificar el eje corporal y el equilibrio que se establece entre los hombros, los brazos y las piernas. De este modo, el centro de gravedad corporal —que para las bio-mujeres está culturalmente situado en el pecho (lugar por excelencia de sexualización y centro de la mirada hetero-masculina)— se desplaza hasta la pelvis, las piernas se abren ligeramente, aumentando la distancia entre los dos pies, afirmando el apoyo doble del cuerpo. Se adquiere así mayor estabilidad vertical, al tiempo que se amplía la posibilidad de movimiento libre del tronco y de extensión máxima de los brazos.

Siguiendo las instrucciones de nuestro *king* organizador, corto un mechón de pelo y luego a su vez corto ese mechón en trozos diminutos. Pongo una montaña de trocitos de pelo en un folio blanco de papel, doblo el papel para crear un canal que recoge los pelos y los alinea. Me hago mi primera barba. Al principio, no sé cuál es exactamente la barba que quiero o que me conviene, la que va mejor con mi cara, con el tipo de *king* que soy. Como ocurrirá después con la testosterona, el tráfico del pelo tiene algo de tráfico ilícito, de contrabando de droga política. El pelo pegado sobre un rostro de bio-mujer permite imaginar la posibilidad de otro mundo. Quizá porque pegar pelo ofrece de forma acelerada una imagen de lo que la administración de testosterona produce en un cuerpo de bio-mujer después de cuatro a seis meses. Así que ese pelo no es simplemente una mascarada, un disfraz, pura exterioridad, sino que revela una posibilidad farmacopornográfica inscrita en mis genes y capaz de tomar

[22] Sobre desidentificación, véase José Esteban Muñoz, *Disidentifications. Queers of Color and the Performance of Politics,* Minnesota University Press, Minneapolis, 1999.

significación cultural. Me he dibujado sobre la piel de la cara la forma que deberá seguir el pelo: un bigote estilo mexicano que baja pegado a las comisuras de la boca hasta el borde de la barbilla. Y, de repente, lo veo emerger en el espejo mirando de reojo: ahí está Bob. Sin misterio, es simplemente como yo, pero es un hombre. O mejor dicho, se presenta como si fuera un hombre. No lo fabrico como un personaje teatral, simplemente emerge de quién soy, de cómo me he visto siempre. La diferencia es que ahora resulta visible para la mirada de los otros; no lo escondo detrás del nombre que me ha sido dado, de la pesada suposición de que soy o debería ser una mujer.

Lo importante no es haberse vestido de hombre, cosa que cualquiera puede hacer a solas en la privacidad de su espacio doméstico, sino haber hecho colectivamente la experiencia de la dimensión construida y arbitraria de nuestro género. No se busca, al menos en un primer taller *drag king,* un efecto teatral, ni la producción exagerada de un estereotipo de género, sino construir una forma de masculinidad banal, *passe-partout,* por lo que, sorprendentemente, un mínimo de transformación produce un efecto de realismo máximo. Por supuesto, es posible pensar en variedades *kitsch* o *camp* de la *performance drag king,* en las que el objetivo es resaltar la dimensión construida de la masculinidad, y esto hasta su extremo más cómico o grotesco, como en el caso de las encarnaciones *king* de Elvis Presley, del viejo verde, el dandi, el macho casposo o el fontanero porno. En todo caso, el devenir *king* de cada una de las participantes es un enigma irresoluble hasta el momento en el que la transformación se produce, un proceso que evoluciona durante los ejercicios performativos del taller y que, a menudo, continúa después en la vida cotidiana.

Lo que me impacta esa primera vez es la potencia del taller como dispositivo colectivo de reprogramación de género, su dimensión de laboratorio político, su densidad como espacio público. Supe inmediatamente que quería hacerlo con otros, reproducir ese dispositivo, que una sola vez no había bastado para mí. Hay en el proceso de devenir performativamente hombre del taller *drag king* una dimensión de ritual de magia psicopolítica a la que no pude sustraerme, que me cautivó desde el principio y que me llevará a convertirme, con el tiempo, en maestro *king* de ceremonias.

A través de esa primera experiencia accedo, sin a penas darme cuenta, a una cultura de la resistencia a la normalización de género organizada en torno a un conjunto de micropolíticas *king* que desde los años ochenta han ido generando plataformas de creación y difusión de saber y de producción de subjetividad. La cultura *drag king* emerge en Nueva York y San Francisco a mediados de los ochenta, en los talleres *drag king* de Diane Torr, Annie Sprinkle y Jack Amstrom, en las *performances* de Shelly Mars, Moby Dick, Dred, Split Britches o The Five Lesbian Brothers, y en la representación fotográfica de Del LaGrace Volcano[23]. Esa cultura no habita en las universidades ni en los archivos, sino que se extiende a través de una red *underground* de bares, clubes y asociaciones que conecta hoy la casi totalidad de las metrópolis de Occidente.

Las prácticas *drag king* crean un espacio de visibilidad propio a la cultura marica, bollera y trans a través del reciclaje y la declinación paródica de modelos de la masculinidad de la cultura popular dominante. No solo hombre y mujer, masculino y femenino, sino también homosexual y heterosexual aparecen hoy como binarismos u oposiciones insuficientes para caracterizar la producción contemporánea de cuerpos *queer.* Más allá de la resignificación o de la resistencia a la normalización, las políticas performativas van a convertirse en un campo de experimentación, en el lugar de producción de nuevas subjetividades y, por tanto, en una verdadera alternativa a las formas tradicionales de hacer política.

2000. Principio del nuevo milenio. Estoy viviendo seis meses en Estados Unidos y seis meses en Europa. Las prácticas *drag king* son casi inexistentes en Francia, España e Italia, y decido empezar a organizar talleres. Obviamente eso me lleva hasta el centro de la mafia *drag king:* Diane Torr y Del LaGrace se convertirán en mis primeros maestros. Cuando hago un taller con Diane/*king* Dani, yo soy su chico de los recados, su traductor, su maquillador, el chaval que le recoge las colillas y que le limpia los zapatos, y él es el *Master.* Estoy ahí para aprender del jefe y para hacerle sentir al jefe, pura ética *king,* que es el jefe. En mis talle-

[23] Véase Del LaGrace Volcano y Judith Halberstam, *The Drag King Book,* Serpent's Tail, Londres, 1999.

res, por supuesto, el jefe soy yo. Y ese poder no se declina, porque si lo declinas a favor de otro o de otros, entonces has perdido tu caché *king*. Esa es una de las primeras lecciones sobre la masculinidad: todo depende de una gestión del poder, de hacerle creer al otro que tiene el poder, aunque en realidad, si lo tiene es porque tú se lo cedes; o bien de hacerle creer al otro que el poder, de forma natural e intransferible, lo tienes tú, y que tú, y solamente tú, podrás darle al otro el estatuto de masculinidad que necesita para pertenecer a la clase de los dominantes. La masculinidad depende de una cibernética del poder, de un sistema en el que el poder circula a través de ficciones performativas compartidas que se transmiten de cuerpo a cuerpo como cargas eléctricas. Es ahí donde aprendí por primera vez que, en nuestra configuración actual de género, cualquier hombre heterosexual establece con otro, como parte de una ética de la masculinidad, una relación de solidaridad y apoyo más fuerte que la que establecerá nunca con ninguna mujer.

La técnica de deconstrucción de la feminidad y de aprendizaje de la masculinidad de Diane Torr reposa sobre un método teatral, sobre la descomposición de la acción aprendida (la marcha, el habla, sentarse, levantarse, la mirada, fumar, comer, sonreír...) en unidades básicas (distancia entre las piernas, apertura de los ojos, movimiento de las cejas, velocidad de los brazos, amplitud de la sonrisa, etc.), que son examinadas como signos culturales de la construcción del género. Mi técnica toma elementos de su análisis preformativo de la acción, pero, en realidad, reposa sobre un método más próximo a la reeducación corporal post-traumática y a la producción política de la subjetividad a partir de la elaboración de una narración colectiva. Una de las diferencias fundamentales entre el método de Diane y el mío, afirmo sin temor a equivocarme y sin traicionar su trabajo ni su confianza, después de muchas conversaciones con ella, es que Diane no pretende ni ha pretendido nunca ser un hombre, y que ni la idea ni la posibilidad de ser un hombre le procuran ningún tipo de excitación política o sexual. El objetivo de los talleres de Diane no es «sacar el hombre que cada una lleva dentro» o «ser finalmente el hombre que siempre has querido ser», sino experimentar corporal y teatralmente cómo la masculinidad es el producto de un conjunto de códigos culturales performativos aprendidos e incorporados a través de lo que Butler llamaría «la repetición coerciti-

va» que pueden ser re-apropiados y puestos en práctica por cualquier cuerpo, independientemente de su sexo anatómico. En mi caso, este aprendizaje político se ha visto siempre complicado por el sentimiento de no ser ni una mujer ni un hombre. No creo que haya una verdad anatómica independiente de los ejercicios culturales de repetición coercitiva que nos conducen a ser hombres o mujeres. Desde esta perspectiva que yo llamaría post-*queer* —que ha pasado por las teorías performativas de Judith Butler, pero también por el sida, la oveja *Dolly* y el consumo de testosterona—, el deseo, la sexualidad, el goce erótico y político, reposan precisamente sobre el acceso a esos biocódigos performativos. Por ejemplo, es inevitable que en un taller, en la posición de *king*, es decir, cuando cualquier otra persona está ahí para limpiarme los zapatos, me asalte un subidón sexual que podría llevarme a poner a cualquier otro cuerpo a cuatro patas y follármelo con mi polla sintética. Y esto, sin premeditación, por coherencia entre la ficción performativa y la ficción somática, como si se tratara de un efecto colateral postpornográfico. Por supuesto, todos los *kings* no estarán de acuerdo conmigo, pero no busco el consenso, sino la verdad. Porque la verdad, aún más que el poder, me resulta excitante. Supongo que esto es una cuestión de generación y de estar hasta el culo de la policía feminista y sus restricciones: prohibido utilizar dildos, prohibido mirar pornografía, prohibido follarse todo lo que pasa, prohibido desear el dinero, el poder, prohibido tener éxito, prohibido divertirse a costa del prójimo, prohibido desmontar la casa del amo con las herramientas del amo. Para mí ser *king* reside en mi posibilidad de no negar ni excusarme de mi deseo sexual y político de ser el amo, de incorporar esos códigos performativos, de acceder a ese tipo de especialización del poder, de experimentar la ciudad, el cuerpo, el sexo, la palabra pública como lo haría un bio-hombre. Sin excusas.

Una vez llevada a cabo la primera construcción de una encarnación *drag king*, comienza un proceso de práctica performativa guiado por ejercicios de autoobservación, imitación y agenciamiento colectivo. Cuando las participantes han construido con éxito una versión *king* suficientemente convincente y banalizada es posible confrontarse con la ecología de género «naturalista» del mundo exterior. Una de las experiencias más intensas y transformadoras del taller tiene lugar durante la primera exploración

de la ciudad en *drag king*. Caminar, tomar un café, coger el metro, parar un taxi, sentarse en un banco, fumar un cigarrillo apoyado contra el muro de un colegio…, se dibuja así una nueva cartografía de la ciudad hasta ahora inexistente para un cuerpo codificado como femenino.

Una vez que el virus *king* ha sido activado en cada participante, actuará, como sospecha de género, más allá del taller extendiéndose a la vida cotidiana y provocando modificaciones en todas nuestras interacciones sociales. El saber *drag king* no es la conciencia de ser un imitador de la masculinidad en medio de cuerpos anónimos de hombres y mujeres, de hombres de negocios y carteros, de madres de familia que empujan carritos, de jóvenes que pegan patadas a los cubos de basura, sino de percibir, por primera vez, a los otros, a todos ellos, como efectos más o menos realistas de repeticiones performativas descodificables como masculinas o femeninas. Al caminar entre sus cuerpos anónimos, sus masculinidades y sus feminidades (al mismo tiempo que la mía) aparecen, por primera vez, como caricaturas de las que, ellos solos, gracias una convención tácitamente pactada, parecen no ser conscientes. No hay diferencia ontológica entre sus encarnaciones de género y la mía; todas ellas son productos performativos más o menos legitimados por el orden social. La diferencia está en el grado de reflexividad, de conciencia performativa. Eso es devenir *king:* ver a través de La Matriz de género, contemplar a los hombres y a las mujeres como eficientes ficciones performativas y somáticas convencidas de su realidad natural. Esa visión del mundo lleva a la risa, te sopla como un aire ingrávido bajo los pies que te empuja a flotar: éxtasis político.

Así, con el tiempo, de taller en taller, van apareciendo mis otros yo-*king:* Bruno (el nombre que yo me daba a mí mismo cuando era niña para entrar en el club de boxeo con mi padre), Miguel, Álex. Pero mi nombre *king* definitivo me lo regala Pedro Lemebel cuando organizo un taller *drag king* en Santiago de Chile, en 2004. El encuentro con Pedro es un flechazo político que se sella con mi bautismo. Pedro me llama Beto: hágase su voluntad. De nuevo el diminutivo de Roberto. Supongo que ese es mi nombre, Roberto, Bob, Beto, Beatriz, variaciones algebraicas de una misma constelación fonética. Organizamos el taller en el MUMS, el Movimiento Chileno Unido de Minorías Sexuales, con los Queer MC, el primer grupo *drag king* hip hop francés.

En el Chile apenas emergente de un período de dictadura militar, una conferencia, un seminario o un taller adquieren una intensidad particular: los primeros días, las feministas chilenas vienen a mis conferencias a acusarme de ser una «representante del régimen heteropatriarcal y colonial», pero poco a poco, la acusación se transforma en debate y el debate en diálogo. Al final, treinta y cinco mujeres acuden al taller un 27 de agosto invernal: hay madres militantes de la izquierda feminista de la época de Allende que vienen con sus hijas y sus sobrinas, chavalitas de dieciséis años, parejas de lesbianas de la tercera edad, estudiantes, trabajadoras pobres, hijas de la burguesía que se irán a estudiar en una universidad americana. El frío andino nos hiela la espalda mientras discutimos, nos vestimos y trabajamos en el local sin calefacción del MUMS, en un barrio chabolero de Santiago, detrás del que pasa el agua nuclear del río Mapocho. Treinta y cinco voces se articulan y se trenzan hasta construir un relato de supervivencia. La narración que emerge de todas esas historias no es la de dominación masculina o de la sumisión de las mujeres, sino la de la resistencia a la dominación, el rechazo de la sumisión y la obstinación por la vida. Hacer de cada una de ellas un *king* es un rito de investidura que los Queer MC y yo llevamos a cabo con más devoción y respeto que nunca, mientras hacemos barbas, bigotes, engominamos cabellos, vendamos pechos y alisamos chaquetas. Por lo demás, no hay mucho que hacer, esas mujeres son *kings,* nunca han agachado la cabeza delante de nadie, no le han tenido miedo ni a la tortura ni a la muerte, podrían hacerle frente a cualquier gallito de barrio. Así que no hay mucho que enseñarles, más bien aprendo de ellas, el orgullo de estar vivo, de creer en la revolución de género en un país donde todas las revoluciones han sido arrancadas de cuajo. Por la noche, después de haber trabajado ocho horas en el taller, salimos formando un grupo de cuarenta *kings* y, como en un *remake* post-*queer* de *Mad-Max,* caminamos por las calles de Santiago hasta una de las pocas discotecas gays de la capital. Allí nos espera Pedro Lemebel y su grupo de maricas y travestis. Los Queer MC ponen en escena una versión en español de sus canciones hip hop, «un nuevo género ha llegado»: una pequeña multitud de *kings* y por sus chicas toman el escenario mientras los gays ligan con los *kings* que han venido sin pareja. En la discoteca se respira la coca disuelta en el aire sin necesidad de esnifar. Hacia las cuatro de la mañana nos

visita la policía, hacemos perfil bajo y nadie parece constatar la presencia en la sala de bio-mujeres en *king*, la fiesta se prolonga hasta el amanecer. Yo me despierto al día siguiente en un bar de putas, maricas y travestis en brazos de Pedro.

Después de ese taller vinieron otros y vendrán más. Hoy resulta urgente, frente al recrudecimiento de los biocódigos de la masculinidad y la feminidad heterosexual y de las formas de violencia de género (que no siempre coinciden con la violencia doméstica) poner en marcha talleres *drag king* que sirvan como plataformas de creación de brigadas urbanas de *kings* que a su vez activarán otros talleres. Se crearía así una red glocal (al mismo tiempo global y local) de reprogramación de género. Ningún saber específicamente *king* puede ser obtenido únicamente a través de la lectura de un modelo de taller, sino que es necesario, siguiendo el principio autocobaya, correr el riesgo y darse la oportunidad de la práctica. Esta forma experiencial de producir saber y subjetividad hace obsoleta la figura del gurú profesional *drag king* que podría desplazarse a nuevos territorios para iniciar el proceso de desnaturalización del género. El mejor organizador de un taller *drag king* es alguien que ha participado en otro taller *drag king* y que decide realizar la experiencia con un grupo de bio-mujeres en su propio contexto local. Por eso, tras siete años de encender la mecha aquí y allá, he pasado el relevo a otros y hoy apenas organizo talleres, excepto en situaciones de urgencia, o como un paso de preparación en procesos políticos más largos.

Después de haber atravesado diversas terapias psicoanalíticas o dinámicas, entiendo hoy el taller *drag king* como una auténtica terapia política, como parte de un conjunto de técnicas de reprogramación y cura psicopolítica que podríamos denominar *queer*-análisis. La psicóloga y crítica de arte Suely Rolnik nos ha enseñado a entender las prácticas clínicas modernas, la psiquiatría a partir del siglo XVIII y el psicoanálsis a partir de principios del XX como técnicas que surgen precisamente para gestionar, dice ella, «los efectos colaterales de este modo de subjetivación datado históricamente que se caracteriza por la reducción de la subjetividad a su dimensión psicológica y la proscripción de su dimensión estética»[24]. Del mismo modo, podríamos decir que el pro-

[24] Suely Rolnik, «¿El arte cura?», *Cuaderns Portàtils*, Macba, Barcelona, 2002.

blema de las aproximaciones clínicas es la reducción del género a psicología. A menudo, lo que intenta la terapia psicoanalítica o dinámica es reducir a narración psicológica todos los procesos de construcción de la subjetividad política. Hoy parece no solo insuficiente, sino inadecuado, interpretar las frustraciones que genera la resistencia o la sumisión a la imposición política de modelos de género y sexuales con los útiles decimonónicos del psicoanálisis, a través de las narraciones freudianas fuertemente racializadas y heteroseuxalizadas del Edipo, la castración o la envidia de pene. Resulta urgente confrontarse con nuestras identidades sexuales como efectos traumáticos de un violento sistema biopolítico de género y sexual y elaborar nuevos mitos para interpretar el daño psicopolítico y osar la transformación[25]. Así, la narración del tratamiento quirúrgico y hormonal de los bebés «intersexuales» debería venir hoy a sustituir el mito del complejo de Edipo, del mismo modo que un taller *drag king,* como laboratorio corporal, colectivo y político de la producción de los géneros (con su capacidad de poner en marcha un conjunto de técnicas que, por oposición a la clínica, podríamos denominar de *despsicologización del género),* parece un lugar más adecuado para trabajar la identidad que el privado diván del psicoanalista. No opongo aquí psicoanálisis y *queer*-análisis[26], sino que abogo por la creación de una nueva práctica que en lugar de entender la disidencia de género como una patología psicológica, entienda la normalización y sus efectos como patologías políticas. No desecho tampoco el uso del análisis de los sueños, la cura por la palabra, la hipnosis, o de otros métodos procedentes de prácticas psicológicas como la programación neurolingüística o la psicomagia, sino que demando simplemente la crítica de las retóricas de género, sexo, raza y clase que operan en estas técnicas psicoterapéuticas, así como la libre reapropiación de los biocódigos (discursivos, endocrinológicos, visuales, etc.) de producción de la subjetividad.

[25] Judith Butler, por ejemplo, releyendo los discursos del psicoanálsis y la legislación, ha propuesto a la irreverente y suicida Antígona —nacida de un incesto y fiel a su hermano antes que al Estado— como figura de lo político para pensar las contradicciones de la filiación heterosexual. Véase *El grito de Antígona,* El Roure, Barcelona, 2001.

[26] Véase la relación de proximidad y distancia del psicoanálisis y la teoría *queer:* Javier Sáez, *Teoría queer y psicoanálisis,* Síntesis, Madrid, 2004.

EJERCICIOS DE PROGRAMACIÓN DE GÉNERO POSTPORNO. *COACHING* VIRIL

Debido a la relación compleja entre cuerpo y condicionamiento político, la observación reflexiva de los programas de género que nos atraviesan no puede tener lugar sin la aplicación experimental de ciertos ejercicios de reprogramación que funcionan como trampas farmacopornográficas, espejos postporno que permiten explorar las técnicas que nos constituyen. El carácter proteccionista de las convenciones de género y de las representaciones pornográficas dominantes (que acarician siempre a la bestia en la dirección del lenguaje de la mayoría) evitan que podamos tomar conciencia de los programas políticos de género que operan en la percepción de nuestro propio sexo, en nuestra orientación sexual, nuestro deseo e incluso nuestro modo de rebelarnos o de resistir.

A partir de junio de 2001 pongo en marcha y experimento sobre *mí mismo* y con diferentes colectivos políticos varios métodos de reprogramación del género y de sus mecanismos de deseo y producción de placer. Estos ejercicios reúnen un conjunto de técnicas de modificación de género adquirido y de programas artificiales de *genderización* intencional. Se trata de la puesta en marcha de un proceso a través del cual un conjunto de tecnologías de producción de identidad de género se activan o se desactivan de modo reflexivo.

El resultado de una aplicación colectiva por parte de las biomujeres de estos ejercicios podría tomar la apariencia de una huelga de género, algo que conduciría progresivamente a una reprogramación total del orden social. Se trata de dejar de hacer aquello que tu género prescribe, de abandonar, por ejemplo, los espacios de la victimización, del cuidado, de la dulzura, de la seducción, de la disponibilidad, de la escucha para los que las biomujeres hemos sido farmacopornográficamente programadas desde la infancia.

Mis rituales de administración de testosterona pueden ser entendidos como técnicas de producción farmacopornográfica de la masculinidad, o como simple consumo endocrinológico ocasional, como terrorismo de género o como adicción hormonal. La molécula de testosterona contiene una información que será explicitada de formas diferentes dependiendo del contexto cul-

tural, del terreno de la subjetividad sobre el que actúe. Hume y Spinoza entendieron este proceso de producción del sujeto molecular antes de que la neurociencia lo hubiera identificado. La testosterona modifica mi cuerpo, pero su capacidad de hacer de mí un hombre, en el sentido farmacopornográfico del término, depende de un contexto social, de un contrato legal, de acuerdos médicos y de mi aceptación voluntaria de todos estos marcos institucionales. Pero si mentalmente quiero ser un «Brazo Peludo», tendré que someterte a numerosos ejercicios de reeducación y de control de mi sistema de reacción emocional, a una reprogramación del alma. Ahí es donde entra en juego la reprogramación semioticotécnica. No es imposible: es como pasar de no tener un duro a tener una cuenta bancaria fluida, como pasar de no tener papeles a tener DNI y domicilio fijo, de ser negro a ser blanco, de llamarte Mohamed a llamarte Juan Carlos, de estar gorda a ser una bomba, de estar en el paro a vivir de las rentas.

No basta con modificar mi caparazón. Ni siquiera mi estructura bioquímica. De no ser así, pasaré por bio-hombre, pero todo mi sistema de descodificación y de acción política y emocional en la realidad será el de la esclava, la víctima, la chica guapa o la fea, la calentona o la frígida, la hetero o la lesbiana, pero seguiré siendo el segundo sexo. Dicho esto, es necesario añadir que por supuesto todos los bio-hombres no poseen un programa de *genderización* de macho de élite. Muchos han sido biopolíticamente programados como putitas de barrio; el problema es que en la actual ecología sexual deben funcionar como machos, con las frustraciones que ello conlleva. Y, por supuesto, este cruce de biotecnología política y programación cultural hace que la guerra de los sexos, si es que sigue existiendo, se parezca más a un enorme juego de simulación a escala real, una suerte de *existenz* farmacopornográfico en el que cada vez resulta más difícil establecer la diferencia entre realidad y ficción. Desde un punto de vista de la metafísica del género, las cosas quedan así: la diferencia ontológica deja paso a la diferencia performativa, a la diferencia programática y a la diferencia biotecnológica.

Ejercicios de reprogramación de género:

Los siguientes ejercicios, simples ejemplos de una serie infinita de posibilidades de reprogramación, han sido pensados para ponerse en acción entre una bio-mujer y un cuerpo que ocupa la posición de mujer o de hombre, pero pueden ser activados por múltiples sujetos políticos. Una modificación del sujeto programado o del contexto de programación modificará inmediatamente los resultados.

Factores de reprogramación:

- Gestión de la dependencia económica.
- Gestión de la dependencia de sustancias psicotrópicas.
- Gestión de la dependencia afectiva.
- Gestión del territorio.
- Disponibilidad de los orificios del cuerpo del otro potencialmente penetrables.
- Privatización de tus propios orificios (especialmente del ano).
- Gestión del placer sexual.
- Desubjetivación afectiva.
- Desubjetivación comunicativa.
- Opacidad performativa (ocultar el carácter construido de tu género, disimular el hecho de que tu identidad depende de una cadena de estereotipos culturales a los que tú también te sometes).
- Inducción de la producción bioquímica a través de la exposición sensorial.
- Compensación prostético-mítica (cuanto más grande es tu dildo más fuerte es el índice simbólico-técnico de penetración y, por tanto, mayor es la fractura creada en la subjetividad del otro).

1. Devenir un macho de élite

- Genérico: un cuerpo programado culturalmente como femenino
- Prótesis sexuales: (opcional) dildo.

- Técnica: reprogramación de una bio-mujer blanca de clase media en Brazo Peludo blanco de clase media.
- Efecto: remasculinización performativa.

Pagar las facturas, encenderle los cigarrillos, ofrecerle un cigarrillo pero nunca comprarle un paquete: hacerle dependiente de mi propio deseo de fumar, «en realidad, chaval, a ti lo que te gusta es fumar cuando yo fumo, aspirar mi humo, tu deseo de fumar es mi deseo de fumar, tu deseo de follar depende mi deseo de follarte», no responderle directamente a sus mensajes: si él dice: «Te echo de menos», escribir, «tomando un café al sol con Stephanie, te llamo más tarde», cuando él acabe sus mensajes telefónicos con «te quiero», tardar veinte minutos en responderle, no entrar nunca en el baño al mismo tiempo que él, si él entra en la ducha cuando me estoy duchando, ponerle a tus pies y obligarle a chuparte el clítoris y salir después dejándole solo en la ducha, hacer que las respuestas a sus avances sexuales sean aleatorias y dependan únicamente de mi deseo, intentar satisfacerle sexualmente solo como conformación de mi propia potencia viril, preocuparme de su satisfacción sexual solo como signo de mi competencia, si él finge follando, creer firmemente en su parodia, no ponerla en cuestión, no darle mayor importancia, pasar de inmediato a hablar de mi propio placer, no leer ni su agenda ni sus mensajes de teléfono, no por respeto, sino por desinterés o indiferencia, evitar los gestos de ternura en el sexo y especialmente justo después del momento en el que él finge el orgasmo, no prestar atención a sus historias de familia o a las historias de terceras personas que pueblan sus conversaciones, comprarle lencería fina, perfumes, joyas, pero sin preocuparme en absoluto por su gusto o por su sentido de la masculinidad, haciendo que esos detalles sean solo signos exteriores de mi propio poder y autonomía, hacerle dependiente de mí económicamente, tratarle sexualmente como a una puta, como una reina, pero siempre de forma aleatoria, de acuerdo solo a mis propios deseos, evitar preguntas como «¿qué te pasa?», «¿estás bien?», «¿hoy no te encuentras bien?», hacer exactamente en cada momento lo que me apetece sin pedirle permiso, sin tener en cuenta su deseo, en caso de extrema necesidad, por ejemplo, delante de su familia, iniciar la acción con la frase «no te molesta si...», pero sin esperar siquiera a oír su respuesta, hacer que su presencia forme

parte de mi atención periférica, hacer siempre otra cosa (enviar mensajes de teléfono, leer el periódico, leer mi *e-mail,* hojear un libro o una revista), mientras me habla de asuntos que le preocupan, como problemas del trabajo o historias con su madre, escucharle a condición de hacer otra cosa al mismo tiempo, decir, sí, sí, sí, o asentir con la cabeza si él insiste y pregunta «¿me escuchas?», no inmutarse ante su irritación, seguir con la misma acción, el mismo grado de escucha, y repetir «sí, sí, sigue», o quizá, si se queja de mi falta de atención, «me cansas», preparar la cena, pero dejarle a él fregar los platos la mañana siguiente, decirle «tienes un culo de una clase excepcional, nena» mientras me abro la bragueta y me meto mano, poner una cinta porno cuando me lo quiero tirar, ensayar las posiciones que he visto en el porno con él con mi Jimi, hacerle gozar como una perra con mi dildo, con la boca, con la mano, agarrarle las muñecas violentamente cuando le follo y dejarle marcas, bajar la basura mientras él limpia el pis de la perra, no llamar nunca a mi madre delante de él, llamar delante de él a mis amigas lesbianas o a los amigos trans que quieren echar un polvo conmigo (él sabe quiénes son) y reírme con ellos por teléfono mientras él ve la televisión a mi lado, cuando viene a buscarme a mi mesa de trabajo, no cerrar inmediatamente el ordenador para atenderle, hacerle esperar, hacer planes para el fin de semana sin pensar en sus días libres o en sus horarios con la seguridad de que él se adaptará amablemente, dejar que sea él el que me limpie el dildo después de follar, primero con la lengua, luego con una toalla húmeda, pero sin quitármelo, escuchar todos los días veinte minutos de Lemy Motorhead a fondo, evitar mariconadas del tipo Madonna, Françoise Hardy, Jane Birkin, poseer un medio de transporte autónomo, una moto, un coche, si es posible un 4 × 4, ganar pasta, muchísimas pasta, ser capaz de cualquier cosa por la pasta, ser capaz de traicionar a un amigo para ascender y ganar más pasta, guardar relaciones con mis antiguas amantes, no porque quiera en realidad acostarme con ellas, sino simplemente para suplementar mi ego y aumentar su inseguridad, como método indirecto de control de sus sentimientos por mí, llevar mi dildo puesto si tengo que realizar tareas culturalmente consideradas como femeninas; por ejemplo, cuando voy a Monoprix, o cuando limpio la casa, después de realizar tareas domésticas meter una buena K7 porno y hacerme una buena paja como premio.

Sobre todo, no olvidar que ese cuerpo que tienes delante es el de un hombre sumiso, que es un hombre que te chupa el dildo el que hace de ti un verdadero hombre, un Brazo Peludo, un macho de élite. Todo depende de tenerle bien a tus pies. De saberlo y de que él lo sepa. Y todo eso en silencio, como una presuposición densa, pero transparente sobre la que se apoyan tus pies.

2. Devenir rey de la sodomía

- Genérico: un cuerpo programado culturalmente como femenino, suplementado por una prótesis pélvica de 23 por 4 centímetros explota el culo de un bio-tío.
- Prótesis sexuales: dildo eyaculador.
- Otros materiales: leche condensada diluida, una jeringuilla.
- Técnica: reprogramación de una bio-mujer blanca de clase media en Brazo Peludo blanco de clase media tomando como objeto un cuerpo que ocupa culturalmente la posición de hombre.
- Efecto: remasculinización performativa.

Estoy salido como un verdadero hijo de puta. Mi polla sintética negra de 23 centímetros de largo por 4 de diámetro empuja los botones de mi Levis. Voy a partir en expedición anal y como por azar, bio-muñeco, mi lugar de destinación está entre tus nalgas. A ti lo único que te queda por hacer es arrastrarte a cuatro patas hasta que tengas tu lengua encima de mis botas y limpiármelas con la lengua. Ven, acércate, sube la cabeza hasta mi dildo y mámamelo como si de ello dependiera tu vida. Porque es así. Porque eso es lo que en realidad te gusta. Comerle la polla a cualquier tecno-tío que encuentras. No te dejo tocarme porque tus manos solo merecen el suelo, el barro de mis botas. Abro tu ano de bio-gallito y lo profano con mi megadildo. Tú gimes y te retuerces de placer. Eres mi zorro lascivo. Peor que la más rastrera de todas las putas. Eres mi agujero lúbrico. Te haces el fuerte, pero en realidad, lo que a ti te gusta es ser mi pequeño esclavo anal. Lleno tu culo de bio-machito de élite de leche condensada. Absórbela. Porque eso es lo que eres detrás de tu conciencia de bio-machito, un agujero negro hecho para recoger la leche condensada de todos los dildos del planeta.

Bioterrorismo de genero

El modelo Agnes

En octubre de 1958, una joven acude al departamento de psiquiatría de la Universidad de California en Los Ángeles. La recibe un equipo compuesto por un psiquiatra, un sociólogo y un psicólogo, Stoller, Garfinkle y Alexander-Rosen, que llevan a cabo investigaciones avanzadas acerca de la identidad sexual. El registro médico nos describe a la joven de diecinueve años como una «mujer blanca que trabaja como secretaria en una compañía de seguros»[27]. El informe añade: «Su apariencia es convincente. Es alta, fina y con formas femeninas... Presenta genitales masculinos y un pene normalmente desarrollado, así como caracteres secundarios del sexo femenino: pechos de talla mediana y no presenta vello ni sobre el rostro ni sobre el cuerpo». Pero si la joven parece satisfacer las expectativas taxonómicas del grupo de tecnócratas del sexo que la examina es quizá porque, dicen, no presenta signos de «desviación sexual, travestismo u homosexualidad. Nada podría diferenciarla de una joven de su edad. Su tono de voz es agudo, no lleva ni vestidos exhibicionistas ni de mal gusto que caracterizan a los travestis o a los hombres con problemas de identificación sexual». En la historia médica, Garfinkle le atribuye el nombre ficticio de «Agnes», sin saber aún que está nombrando una revuelta en germen, una especie de futuros corderos que vendrán a infiltrar el régimen farmacopornográfico.

Primero el psiquiatra y más tarde el equipo médico completo, apoyados por un detallado análisis endocrinológico y hormonal, no dudan en atribuir un mismo diagnóstico. Se trata, afirman, de un caso de «verdadero hermafroditismo»: Agnes sufre de un «síndrome de feminización testicular», un tipo poco frecuente de intersexualidad en el que los testículos producen una cantidad elevada de estrógenos[28]. Siguiendo el protocolo Money con res-

[27] Aquí, las constataciones de raza (blanca) y clase (trabajadora) funcionan como condiciones de normalidad que permiten cualquier otro diagnóstico en términos de género.

[28] Stoller, citado en H. Garfinkel, *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, Nueva York, 1967, págs. 120-122. Véase también la discu-

pecto al tratamiento de intersexuales que prevé la reasignación de sexo a través de técnicas hormonales y quirúrgicas, se le concede el derecho a obtener una vaginoplastia terapeútica, es decir, la construcción quirúrgica de una vagina a partir de su propio tejido genital para restituir la coherencia entre su «identidad hormoral» y su «identidad física»[29]. En 1959, Agnes será operada, el cuerpo cavernoso del pene y los testículos amputados y se le fabricará una vagina a partir de la piel del escroto. Algo más tarde Agnes accederá al cambio de nombre legal, es decir, a que un nombre femenino figure en su carné de identidad.

Desde el punto de vista del discurso médico tradicional, la historia de Agnes parece narrar la gestión de un problema de intersexualidad al que la medicina ha sabido dar repuesta con éxito. Por el contrario, si leemos esta historia con la mirada paranoica de Foucault, deberíamos inclinarnos por la hipótesis según la cual los dispositivos de control del cuerpo y de la sexualidad de las instituciones medico-legales disciplinarias se han desplegado sobre el cuerpo de Agnes con eficacia máxima. Si comparamos la historia clínica de Agnes con la trágica narración de la vida y muerte de Herculine Barbin (autobiografía de un hermafrodita de finales del siglo XIX que ante a la demanda de elegir un solo sexo se suicida), podríamos concluir que en el caso de Agnes, el aparato represivo, transformado en empresa de salud pública se ha dotado ahora de una nueva sofisticación endocrinológica y quirúrgica para conseguir de forma aún más virtuosa aquello que la medicina de la época de Herculine Barbin solo había podido soñar: establecer una relación unívoca entre sexo, género y sexualidad, haciendo del cuerpo una inscripción lisible y referencial de la verdad del sexo[30].

La historia de Herculine Barbin (publicada a finales de los años setenta por el grupo de investigación de Foucault y convertida en *best seller)* servirá a Foucault como ficción originaria a

sión del caso de Agnes en Berenice L. Hausman, *Changing Sex: Transsexualism, Technology and the Idea of Gender,* Duke University Press, Durham, 1995; y Norman Deuzin, «Harold and Agnes: A feminist Narrative Undoing», *Sociological Theory,* vol. 8 (2), págs. 196-216.

[29] John Money y A. A. Ekhardt, *Man and Woman: Boy and Girl,* John Hopkins University, Nueva York, 1972.

[30] Michel Foucault, *Herculine Barbin llamada Alexina B.,* Editorial Revolución, Madrid, 1985.

partir de la cual construir su propia teoría de la sexualidad. Para Foucault, si Herculine está condenada a muerte (o mejor dicho al suicidio) es precisamente porque se sitúa en el punto de ruptura de dos epistemes de la sexualidad. Herculine existe en un vacío de la representación del sexo, como si su cuerpo hubiera caído en la brecha que separa dos ficciones discordantes del yo. Herculine no es un hombre atrapado en el cuerpo de una mujer, ni tampoco una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre, sino más bien un cuerpo atrapado entre discursos de la sexualidad discordantes. Mientras que, según Foucault, los hermafroditas anteriores a finales del siglo XIX habitan en un mundo sin identidades sexuales donde la ambigüedad de los órganos abre una pluralidad de identificaciones sociales (como es el caso de Marie Madelene Lefort, que vivió en el siglo XIX, a la que podríamos entender tanto como una mujer con barba y pene como como un hombre con pecho), la nueva episteme de la sexualidad que Foucault denuncia obligará a Herculine Barbin a elegir una unica identidad sexual y, por tanto, a restablecer la coherencia entre los órganos, la identidad de género (masculino o femenino) y la identidad sexual (heterosexual o perversa). En último término, Herculine Barbin produce una serie de discontinuidades insalvables en esta cadena causal de producción del sexo que la llevarán a convertirse no solo en un espectáculo médico, sino también en una monstruosidad moral.

Siendo fieles a este modelo de análisis foucaultiano, parecería lógico inclinarse por una exaltación de la resistencia a la integración de Herculine y una crítica de la facilidad con la que Agnes parece ser absorbida por los aparatos biopolíticos.

Sin embargo, esta lectura foucaultiana del caso de Agnes, en la que el poder aparece como una instancia de subjetivación normalizante, se complica cuando, poco después de su operación y de su cambio de identidad legal, Agnes produce una narración alternativa de su propio proceso de transformación corporal en la que desafía y ridiculiza las técnicas científicas de diagnóstico psiquiátrico y hormonal a las que deben someterse los transexuales en las instituciones médico-legales contemporáneas. Esta segunda narración presenta un modelo relativamente modesto pero muy eficaz de bioterrorismo de género, o, por decirlo de otro modo, muestra la manera en la que un tecno-cordero puede comerse a una manada de lobos farmacopornográficos.

Varios años después de su vaginoplastia, Agnes vuelve al médico por un problema ginecológico y construye un segundo relato autobiográfico: dice entonces haber sido un joven de sexo anatómico masculino que comienza, en los inicios de su adolescencia, a tomar en secreto Silberstrol, un preparado a base de estrógenos que le ha sido recetado a su madre como parte de una terapia de tratamiento antimenopáusico. Según esta segunda narración todo comenzó siendo un juego: cuando su hermana, unos años mayor que él empieza a tomar la píldora, Agnes, entonces todavía un niño, decide hacer lo mismo y empieza a tomar las hormonas de su madre. Agnes siempre ha deseado ser una chica y ahora, gracias a los estrógenos de su madre, le empiezan a crecer los pechos al mismo tiempo que se suavizan algunos de los signos indeseados de su pubertad (como el vello facial) [31]. Al principio le roba a su madre una o dos pastillas ocasionalmente, luego serán paquetes enteros.

La segunda narración de Agnes viene a cuestionar la teoría del poder y de la subjetivación de Foucault, pero también, y por extensión, a poner en tela de juicio algunos de los ejes argumentativos de la teoría de la identidad performativa de Judith Butler a los que a menudo se ve reducida la teoría *queer.*

En primer lugar, Foucault traza una cartografía política en la que un conjunto difuso y tentacular de disciplinas de normalización biopolítica determinan formas de subjetivacidad. En este sentido, y siguiendo a Maurizio Lazzarato, creo necesario compensar esta noción un tanto paranoica de *bio-pouvoir* con la noción spinoziana de *puissance:* como veremos al analizar la narración de Agnes, hoy los cuerpos de los anormales, lejos de ser dóciles, como Foucault indicaba en *Vigilar y castigar,* se han vuelto potencias políticas, *puissances politiques,* y, por tanto, posibilidades de crear nuevas formas de subjetivación.

En efecto, el caso de Agnes puede entenderse desde un punto de vista butleriano como una instancia de resignificación y de reapropiación performativa. Lo que Agnes ha aprendido es que la identidad de género, ya sea intersexual, transexual o «normal», no es otra cosa que un *script,* una narración, una ficción performativa, una retórica en la que el cuerpo actúa al mismo tiempo

[31] Garfinkel, 1967, *op. cit.,* pág. 288.

como escenario y como personaje principal[32]. Agnes evita estratégicamente la inclusión de determinadas historias en su narración frente al psiquiatra. Por ejemplo, omite la referencia a sus relaciones sexuales con mujeres, que podrían hacer pensar en una posible inclinación lésbica tras el cambio de sexo. Su narración incide, por el contrario, en tropos que pertenecen al *script* del diagnóstico intersexual: su deseo de vestirse con falda, su sensibilidad o su amor a la naturaleza, por ejemplo.

Agnes hace efectivo un proceso de reapropiación de las técnicas performativas de producción de la identidad sexual por parte de las comunidades de gays, lesbianas, transexuales y transgénero que hasta ahora habían sido el objeto de una construcción como «anormales o perversos». En este sentido podríamos calificar de *queer* este tráfico de ficciones a través del que ciertos enunciados de género son extirpados de la autoridad del discurso médico (precisamente en el momento mismo de su invención) para ser usados por un nuevo sujeto de conocimiento que ahora reclama su calidad de «experto».

Solo podemos entender el caso de Agnes a través del análisis de los procesos tecnológicos de inscripción que harán que su «imitación» de la intersexualidad pueda pasar por natural. Se trata no solo de señalar el carácter construido del género, sino, más aún, de reclamar la posibilidad de intervenir en esta construcción hasta el punto de crear formas de representación somática que se harán pasar por naturales·

Agnes desafía la lógica de la imitación según la cual un transexual femenino es un hombre biológico que imita a una mujer. Parece haber dado una vuelta de tuerca a la relación *drag queen* y la feminidad; o entre la copia y el original, la naturaleza y el artificio, la seriedad y la irreverencia, el fondo y la forma, la discreción y la extravagancia, la estructura y el decorado. En este caso, Agnes ya no imita o pretende hacerse pasar por una mujer a través de una *performance* más o menos estilizada. A través de la ingestión de hormonas y de la producción de una determinada narración, Agnes se hace pasar «fisiológicamente» por un hermafordita para poder tener acceso a un tratamiento de reasignación

[32] Véase el análisis de un caso de intersexualidad por Judith Butler en *Deshacer el género, op. cit.*, cap. 3.

de sexo sin pasar por los protocolos psiquiátricos y legales de la transexualidad.

Lo que Agnes está criticando a través de su incorporación de la desviación, entendida en sentido médico, no es la masculinidad o la feminidad en sí mismas, sino (en un segundo grado de comprensión de la complejidad de las tecnologías del género) el aparato mismo de producción de la verdad del sexo en la era farmacopornográfica. Si el *camp,* emanando de la cultura del travestismo y de la transexualidad, ha sido definido por Susan Sontag[33] como la crítica del original a través del proceso de producción del doble, de la copia o de la *contrafaçon,* entonces podemos decir que de algún modo Agnes lleva al límite la noción misma de *camp* hasta hacerla obsoleta. Si en el *camp* la estética suplanta a la moral y el teatro suplanta a la vida, en el caso de Agnes la tecnología somática vuelve para suplantar a la estética y la vida vuelve para suplantar al teatro.

Agnes es una bio-*drag* en la que el cuerpo mismo lleva a cabo el proceso de imitación, acabando así con las oposiciones de la metafísica tradicional que tantos problemas han generado en la teoría performativa de Butler, oposiciones entre la fachada y el interior, la *performance* y la anatomía, el cuerpo y el alma, la genética y la identidad. En último término, Agnes es un artefacto cultural de consistencia orgánica, una ficción cuyos contornos son somáticos.

Si aceptamos que Agnes es un *cyborg* farmacopornográfico, habría que decir que su madre (enganchada a la ingestión, al parecer un tanto caótica, de una tecnología hormonal de sustitución) y su hermana (que consume la píldora *antibaby* desde la adolescencia) también lo son. Ambas se dejan habitar, al tragar sus inofensivas pastillas, por ficciones biotecnológicas de la identidad. La diferencia es que mientras que Agnes parece reapropiarse de las técnicas de subjetivación y de *genderización* de su cuerpo, su hermana y su madre ingieren inconscientemente sendas tecnologías como si fueran suplementos de feminidad.

El cuerpo de Agnes no es ni la materia pasiva sobre la que actúan una serie de dispositivos biopolíticos de normalización del sexo, ni tampoco el efecto performativo de una serie de dis-

[33] Susan Sontag, «Notas sobre lo *camp*», *Contra la interpretación,* Alfaguara, Madrid, 1996.

cursos sobre la identidad. El cuerpo de Agnes, verdadero mostruo sexual de autodiseño, es el producto de la reapropiación y del agenciamiento colectivo de ciertas tecnologías del género para producir nuevas formas de subjetivación.

Agnes permite modelar una forma de bioterrorismo de género ligero, modesto y autoexperiemental que podríamos denominar, pensando en las políticas de gestión del *software* libre[34], *gender-copyleft,* una micropolítica de células que, más allá de las políticas de representación, busca puntos de fuga frente al control estatal de flujos (hormonas, esperma, sangre, órganos, etc.) y códigos (imágenes, nombres, etc.), y la privatización y mercantilización por las multinacionales farmacopornográficas de estas tecnologías de producción y modificación del género y del sexo. Su axioma: el principio cobaya. Su objetivo: luchar contra la privatización del cuerpo y la reducción de la *potentia gaudendi* a fuerza de trabajo, marca registrada, *copyright* y biocódigo cerrado. Su modo de funcionamiento: piratería de hormonas, textos, saberes, prácticas, códigos, placeres, flujos..., la transformación del cuerpo de la multitud en archivo político abierto.

Trampas del liberalismo farmacopornográfico

En el actual contexto es posible imaginar (al menos) dos vías de desarrollo de la economía farmacopornográfica frente a las que diferentes modos de activismo podrían ser articulados:

1. El mantenimiento de estados teológico-humanistas que regulen la acción de las economía liberal farmacopornista. Las actuales multinacionales farmacopornográficas funcionarían como tentáculos liberales dentro de los actuales Estados-Nación (que seguirían percibiéndose a sí mismos como soberanos y paternalistas) y pactarían con estos sus directrices de uso y consumo de drogas y de materiales pornográficos.

2. El devenir Estado de la industria farmacopornográfica. Podríamos también asistir a un proceso de privatización de los actuales Estados-Nación que se verán progresivamente absorbidos

[34] Véanse los textos de Lawrence Lessing, fundador del movimiento Creative Commons: Lawrence Lessig, *Commons and Code,* Fordham Intellectual Property, Media and Entertainment Law, 1999.

por la industria farmacopornográfica. Esta sería una estrategia de las actuales empresas farmacopornográficas para escapar de las regulaciones impuestas por los actuales Estados-Nación (progresiva transformación de las patentes farmacéuticas en genéricos, regulación más o menos severa de la producción y puesta en circulación de material audiovisual pornográfico e intentos de abolición de la prostitución), accediendo a la dirección política de las nuevas comunidades nacionales (Unión Europea, Estados Unidos, China, la India), comprando las instituciones estatales (el Ministerio de Sanidad o de Justicia, el complejo industrial prisión, por ejemplo) y poniéndolas a trabajar a su servicio, llenando estas instituciones arcaicas de nuevos contenidos cuyo único objetivo será el aumento del consumo y de los beneficios farmacopornográficos.

De hecho, las industrias farmacéuticas compiten ya (están en guerra) con y dentro de los antiguos Estados-Nación... La guerra por venir no es una guerra entre estados (Israel-Palestina, o Estados Unidos-Irán-Iraq-India), sino más bien una guerra de las multinacionales farmacopornográficas (aliadas en diversa medida con los Estados-Nación) contra una multitud de cuerpos vulnerables, una guerra de las compañías farmacéuticas que detentan el *copyright* de los principios activos contra los recolectores tradicionales de plantas y sus saberes específicos, una guerra de complejos industriales-prisión contra las poblaciones racializadas y pauperizadas, una guerra de bloques multinacionales que coordinan la gestión de las instituciones médicas, jurídicas y los mercados de consumo liberal y sus fronteras contra cuerpos privados de nacionalidad, una guerra de los sistemas de control que construyen sujetos sexuales dóciles por la explotación total y sin límites de su *potentia gaudendi.*

La historia de las transformaciones de la producción, distribución y consumo de la heroína nos da algunas pistas sobre la posible evolución de la gestión legal y política de las hormonas sexuales. Aunque sus orígenes comunes no resulten hoy evidentes, la heroína y la aspirina fueron sintetizadas en el mismo año, 1897, en el mismo laboratorio, por Hoffman y Eichengrun a través del mismo procedimiento. Se trataba simplemente de la acetilación de la morfina (en el caso de la heroína) y del ácido salicílico (en el caso de la aspirina). La heroína y la aspirina se comercializan un año después legalmente por Bayer para el trata-

miento de diversas afecciones pulmonares, por sus virtudes expectorantes y analgésicas. Aunque las restricciones de producción y distribución de la heroína comienzan en los años veinte, todavía es posible encontrar píldoras a base de heroína en el catálogo farmacológico de Gran Bretaña en 1949. En 1978 era todavía legal vender cabezas de amapola de opio en las farmacias inglesas[35]. Después de cincuenta años de represión y criminalización de la venta de heroína, que han llevado a la degradación de los campos de cultivo, el adulteramiento de la sustancia y la corrupción de las redes de tráfico, los especialistas hablan hoy de una progresiva reintegración de la heroína en el mercado farmacéutico legal. Así, por ejemplo, el grupo Macfarlan de Edimburgo progresa cada año en el uso experimental y terapéutico de esta sustancia[36].

Estas modificaciones del estatuto legal de una sustancia y la calificación del consumidor como criminal o enfermo mental (adicción en el caso de la heroína, disforia de género en el caso de las hormonas sexuales) permiten establecer una filiación política entre drogas ilegales y biocódigos de producción del género. Las llamadas hormonas sexuales, cuyo consumo está fuertemente regulado por el Estado, son drogas, si no ilegales, al menos políticamente controladas, cuyo uso, debido a su potencialidad de transformador de género y sexual, está sujeto a restricciones específicas que siguen criterios de control y canales de distribución que se asemejan a los de los productos narcóticos. Esta relación estructural nos permite elaborar estrategias de lucha común contra el actual control farmacopornográfico.

¿Cómo actuar frente la resistencia de los estados a legalizar la venta de la heroína farmacéutica o a la despsiquiatrización del consumo de las hormonas sexuales? Pensando en la actual proximidad entre los estados neoliberales, las multinacionales farmacéuticas y las redes del narcotráfico, parece urgente que los yonquis (usuarios de drogas ilegales) y disfóricos del género (usuarios de hormonas sexuales) se organicen en asociaciones de consumidores de drogas y fuercen a los complejos Estado-industria farmacéutica-redes del narcotráfico a facilitar el acceso libre

---

[35] Tom Carnwath y Ian Smith, *El siglo de la heroína,* Melusina, Barcelona, 2006, págs. 34-49.

[36] *Ibidem,* pág. 29.

y sin restricciones a estos biocódigos de producción de la subjetividad. Del mismo modo que las usuarias de Agreal pudieron demandar al laboratorio Sanofi-Aventis por los efectos secundarios que causaba este medicamento, destinado en principio a paliar los síntomas de la menopausia, al bloquear la acción del neurotransmisor dopamina, los usuarios de la heroína podrían demandar al Estado en caso de mono o sobredosis por impedir que esta sustancia pueda ser producida, distribuida y consumida de modo seguro y legal por sus usuarios. Esta presión política conduciría de manera progresiva a la producción y distribución de la heroína (o cocaína, MDA, etc.) como genéricos que podrían adquirirse libremente en el mercado farmacéutico. Estoy implicaría en último término un proceso de devenir-empresa o, al menos, *lobby* de consumidores de biocódigos de las actuales asociaciones de gays, lesbianas, transexuales y transgénero.

Hackers *de género y sexuales*

Los bio-hombres y las bio-mujeres (indistintamente heterosexuales y homosexuales), pero también los transexuales que tienen acceso a técnicas quirúrgicas, endocrinológicas o legales de producción de identidad, no son simples clases económicas en el sentido marxista del término, sino auténticas «fábricas farmacopornopolíticas», al mismo tiempo materias primas, productores (raramente propietarios) de biocódigos de género y consumidores farmacopornopolíticos.

Actores porno, putas, transgéneros, anarco-*queer*, productores, traficantes y consumidores de drogas ilegales habitan culturas diferentes, pero todos ellos son utilizados como laboratorios vivos de producción de subjetividad. Todos ellos tienen en común el hecho de que venden, compran o acceden a sus biocódigos como propiedad farmacopornolítica. La irrupción de nuevos estatutos de género da lugar a una nueva clase de conflictos entre propietarios y gestores de las patentes de microtecnologías de subjetivación (hormonas sexuales, moléculas psicotrópicas, códigos audiovisuales, etc.) y los productores y traficantes de estos tecno-biocódigos. Los empresarios farmacopornográficos, actuales líderes del capitalismo global, tratan, a través de técnicas lega-

les, de restringir los biocodigos de género y convertirlos en un objeto escaso y naturalizado. Se trata de controlar y limitar tanto los usos de las hormonas sexuales como los usos de la imagen pornográfica.

Los *hackers* informaticos utilizan Internet y los programas *copylefts* como herramientas de distribución libre y horizontal de información, y afirman con acierto que el movimiento social que ellos lideran está al alcance de todo el mundo vía Internet. El movimiento farmacopornográfico *copyleft* tiene una plataforma tecno-viva mucho más fácilmente accesible aún que Internet: el *cuerpo.* Pero no el cuerpo desnudo, el cuerpo como naturaleza inmutable, sino el cuerpo tecno-vivo como archivo biopolítico y prótesis cultural. Tu memoria, tu deseo, tu sensibilidad, tu piel, tu polla, tu dildo, tu sangre, tu esperma, tu vulva, tus óvulos... son las herramientas de una posible revolución *gender-copyleft.*

Los productores de biocódigos sexuales son muy diferentes entre sí. Algunos gozan de privilegios económicos y sociales, como los modelos a través de cuyos cuerpos se producen los códigos dominantes de la belleza masculina y femenina; otros, como los actores porno o las trabajadoras sexuales carecen de normativas respecto a la venta libre de sus biocódigos. Pero todos ellos dependen de la industria farmacopolítica y de sus alianzas locales con las fuerzas policiales de los Estados-Nación. En un momento determinado, todos ellos se pueden ver en la situación de traficar como *hackers.*

Agnes. Del LaGrace Volcano, Kate Borstein, Jacob Hale, Dean Spade, Cheryl Chase, Sandy Stone, King Erik, Moisés Martínez, etc., son mis maestros, *hackers* del género, auténticos traficantes de hormonas y flujos semioticotécnicos, productores de biocódigos *copyleft.*

Las tácticas *gender-copyleft* deben ser sutiles pero determinantes: está en juego el devenir código sexual y de género abierto de la especie. No habrá un único nombre que pueda ser inmediatamente transformado en patente. Será nuestra responsabilidad desplazar el código para abrir la práctica política a múltiples posibilidades. Este movimiento que ya está en marcha podría llamarse Postporno, Fuckware libre, Bodypunk, Opengender, Tírateatupadre, Estadopenetrado, TotalDrugs, PornTerror, Analinflaction, TecnoPriapismoUniversalUnited...

Este libro, heredero de las políticas de autoexperimentación de Agnes, es un protocolo de autoensayos efectuados con testosterona en gel, ejercicios de envenenamiento controlado en mi propio cuerpo. Me infecto de un significante químico marcado culturalmente como masculino: demasiado para unas, demasiado poco para otros. Para las lesbianas ya soy trans, aspiro a la masculinidad, estoy manchada de testosterona y, por tanto, he abandonado el territorio de la complicidad femenina. Para los transexuales normativos, aquellos que se identifican con las demandas médicas de cambio de sexo, soy simplemente una lesbiana que no tiene lo que hay que tener.

Vacunarse de testosterona puede ser una técnica de resistencia para los cuerpos que hemos sido asignados como bio-mujeres. Adquirir una cierta inmunidad política de género: como coger un pedo de masculinidad, estar borracha de masculinidad. Saber que es posible devenir la especie dominante.

Poco a poco, la administración de testosterona ha dejado de ser un simple ensayo político y se ha convertido en una disciplina, una ascesis, un modo de resucitar tu espíritu a través del vello que crece sobre mis brazos, una adicción, un logro, un escape, una cárcel, un paraíso.

Las hormonas no son otra cosa que drogas. Drogas políticas. Como todas las drogas. En este caso, la sustancia no solo modifica el filtro a través del que descodificamos y recodificamos la realidad, sino que modifica radicalmente el cuerpo y, por tanto, el modo en el que somos descodificados por los otros. Seis meses de testosterona y cualquier bio-mujer, no una marimacho o una lesbiana, sino cualquier *playgirl,* cualquier chavalita de barrio, una Jennifer López o una Madonna, puede volverse un miembro de la especie masculina indiscernible de cualquier otro miembro de la clase dominante. Dos eventuales problemas: la talla, puesto que la mayoría de las bio-mujeres suelen ser más bajas que los bio-hombres, y la falta de pene. Por tanto, hablamos aquí de una codificación de género y no de sexo. Todavía no hemos dicho nada de lo que sucede en el sexo.

Primera falacia desenmascarada: tomar testosterona no nos cambia de sexo; cambia (o puede cambiar, dependiendo de la dosis) el modo en el que el género es descodificado socialmente. Segunda falacia desenmascarada: la testosterona no tiene por qué ser utilizada para cambiar de género, sino simplemente

como cualquier otra droga, para modificar el cuerpo y sus afectos.

Rechazo la dosis médico-política, su régimen, su regularidad, su dirección. Abogo por un virtuosismo de género: cada cual, su dosis; cada contexto, su exigencia precisa. Aquí no hay norma, hay simplemente una multiplicidad de monstruosidades viables. Yo tomo testosterona como Walter Benjamin tomaba hachís o como Freud tomaba cocaína. Esto no es una excusa autobiográfica, sino una radicalización (en el sentido químico del término) de mi escritura teórica. Mi género no pertenece ni a mi familia ni al Estado ni a la industria farmacéutica. Mi género no pertenece ni siquiera al feminismo, ni a la comunidad lesbiana, ni tampoco a la teoría *queer*. Hay que arrancarle el género a los macrodiscursos y diluirlo en una buena dosis de psicodelia hedonista micropolítica.

No me reconozco. Ni cuando estoy en T., ni cuando no estoy en T. No soy ni más ni menos yo. Contrariamente a la teoría del estado del espejo lacaniano, según la cual la subjetividad del niño se forma cuando este se reconoce por primera vez en su imagen especular, afirmo que la subjetividad política emerge precisamente cuando el cuerpo/la subjetividad no se reconoce en el espejo. Experimenté por primera vez esta sensación después de una operación de reconstrucción de mandíbula a la que me sometí, por prescripción médica, cuando tenía dieciocho años. Es fundamental no reconocerse. El des-reconocimiento, la des-identificación es una condición de emergencia de lo político como posibilidad de transformación de la realidad. La pregunta que Deleuze y Guattari se hacían en *El Antiedipo* en 1972 nos sigue quemando la garganta: «¿Por qué las masas desean el fascismo?»[37]. No se trata aquí de oponer política de la representación y política de la experiencia, sino más bien de tomar conciencia de que las técnicas de representación política implican siempre programas de producción de subjetividad corporal. No estoy optando aquí por la acción directa frente a la representación, sino por una política de la des-representación, una política de la experiencia que no confía en que la representación como externalidad pueda aportarle verdad o felicidad.

[37] Gilles Deleuze y Félix Guattari, *El Antiedipo, op. cit.*, pág. 306.

No me queda más remedio en esta tarea de terapéutica universal que inicio a través de estas contenidas dosis de testosterona y escritura que convenceros a vosotros, a todos, que sois como yo y no la inversa. No os voy a decir que yo soy igual que vosotros, que me dejéis participar en vuestras leyes, ni que me reconozcáis como parte de nuestra normalidad social. Sino que aspiro a convenceros de que vosotros sois en realidad como yo. Estáis tentados por la misma deriva química. La lleváis dentro: os creéis bio-mujeres, pero tomáis la píldora, bio-hombres, pero tomáis Viagra, sois normales y tomáis Prozac o Seroxat en espera de algo que os libre del tedio vital; estáis chutados a la cortisona, la coca, la ritalina o la codeína.

Vosotros, todos, sois también el monstruo que la testosterona despierta en mí.

13
La vida eterna

A la salida de un seminario sobre Spinoza, durante las once paradas de metro que separan Saint Germain des-Prés y Pyrénées, un intelectual negrista me cuenta la historia de los amores tóxicos de Félix Guattari y Gilles Deleuze. No sé si es cierto, pero me resulta fácil creerle. Pienso en mi amor por V. D. En mi relación con T. Dice que Félix, depresivo y abstemio, operaba como un conector detoxificador entre la adicción psicotrópica de sus amantes y el alcoholismo de su amigo Gilles. El bio-hombre que me cuenta la historia está indudablemente celoso del inquebrantable lazo químico entre aquellas mujeres y el polvo blanco, envidioso de la pasión postal entre Félix y Gilles. Luego sabré que esa versión solo era cierta a medias. En todo caso, el amor y la escritura surgen de una cibernética tóxica, de un *feedback* narcótico en el que el adicto no es aquel que ingiere la sustancia [1].

En la clínica de La Borde, Guattari buscaba formas de terapia política a través de las que curar no a los individuos (ficciones modernas de las que ya se ocupa con esmero el psicoanálisis), sino a los sistemas, las instituciones, las configuraciones de poder. Se pone así a trabajar su propia cibernética amorosa, los modos específicos en los que el afecto crea circuitos, dibuja nuevas conexiones eléctricas en áreas altamente especializadas del neocórtex cerebral, con las asociaciones, las imágenes mentales, los

[1] No encuentro traza alguna del carácter tóxico de las relaciones entre Guattari, sus amantes y Deleuze en su reciente biografía. Véase François Dosse, *Gilles Deleuze/Félix Guattari. Biographie croissée,* La Découverte, París, 2007.

lugares específicos del placer y del dolor que aparecen en el curso de la relación amorosa y sexual.

En un sentido cibernético del término, el amor es un tipo de mapa de conexiones neurológicas que durante un tiempo regula nuestra producción de afectos. El funcionamiento de este sistema electrocelular se asemeja a los circuitos que rigen las contracciones tónica, clónica y fásica de la epilepsia por una parte, y el latido, el espasmo y la tensión fibrosa del corazón por otra. Transmisión de corrientes eléctricas de membrana a membrana. Se trata de un movimiento rítmico, de la producción de afectos (poco importa que estos sean positivos o negativos) intensos con suficiente regularidad. El amor, como sistema prostético de información psicosomática, nos transforma en una bestia cibernética adicta. Como los gatos experimentales con los que el inventor de la cibernética Norbert Wiener trabaja en la Fundación Rockefeller después de la Segunda Guerra Mundial: el amante es un gato cuyo cerebro, extirpado bajo anestesia local, ha sido sustituido por una conexión eléctrica a un mecanismo vivo informático externo. En tiempos de Proust, el dispositivo escritura/lectura era el único medio virtual de implantación prostética. Después de la Segunda Guerra Mundial, con la electrificación digital de la totalidad de la ciudad, de la casa, del cuerpo, este sistema prostético de información se extiende de forma indefinida a través de redes cibernéticas globales. Hoy estar enamorado es forzosamente comunicar con la totalidad del planeta. Sentir el planeta.

El amor es siempre una cibernética de la adicción. Dejar una adicción con alguien, por alguien, hacer de ese alguien el objeto de la adicción, o hacerse adicto a una tercera sustancia por alguien. Ella, yo, la testosterona. La testosterona y yo. Ella y yo. Ella o la testosterona. Ella = la testosterona. Producir o consumir testosterona. Prescindir de la testosterona por ella. Absorber su testosterona.

No me sorprende que haya sido Guattari el que, entrando una vez más en una cibernética filosófica única, haya llevado al inorgásmico Deleuze hasta los jadeos del *antiedipo.* Como Hanemann, el inventor de la homeopatía, Bateson o Erickson, experimentadores psicosomáticos de Palo Alto, Deleuze y Guattari son los maestros de una práctica biosófica que podría recibir el nombre de homeopatía política o de exorcismo político molecu-

lar. Más allá de la filosofía. O, más bien, filosofía para el tercer milenio.

La filosofía como pensamiento, diálogo y escritura pudo ser la práctica idónea en el mundo griego. La filosofía era un ejercicio de producción virtual de subjetividad en un mundo donde la rueda y la escritura eran las dos únicas tecnologías básicas. Un ejercicio de lenguaje que produce como residuo una ficción política (individual o colectiva) que no existía antes de comenzar ese discurso. En el siglo XVII, la masturbación técnica, con sus aparatos mecánicos y eléctricos de control del cuerpo y de vigilancia del alma, inaugura una nueva era de la filosofía como «abuso de sí». En el siglo XX, la bomba de hidrógeno, la guitarra eléctrica, la tele transmisión de ondas telegráficas y telefónicas, la cibernética, el circuito integrado, el contagio viral, la contaminación atmosférica, etc., demandan un tipo de filosofía englobante, una filosofía como ecología farmacopornográfica.

Fisting God-Doherty

Ella y yo llevamos dos días follando sin apenas interrupción. El Testogel y el lubricante se ha vuelto arquitectura, una edificación viscosa y brillante que se derrama sobre nosotros. Es el espíritu en su estado viscoso y adherente. El sistema de autopistas de su cuerpo alimenta las funciones de entrada y salida, en forma de una pared semilíquida elástica que se comporta como un todo secuencial. Su cuerpo es un club selecto. Lo llaman *Hardplay space.* Lo mejor que he probado nunca. Las Vegas celular. La testosterona en gel y el lubricante engrasan el aire, chorrean por mi pelo. Respiro su consistencia semilíquida sin dificultad, mis pulmones han debido volver al estado anfibio que poseían en su fase fetal. El lubricante reduce el índice de fricción, reduce el conflicto, el estrés, la diferencia, afina las paredes del yo. Reduce la individualidad a su estado mínimo, allí donde el alma se confunde con el medio ambiente.

Hace un calor tropical. Cuando estoy a punto de convencerme de que estoy en un paraíso inmanente y sin dios, una presencia semimasculina se acerca a mí. Una jaula blanca con un cartel que dice «GOD» en letras doradas se desliza desde lo alto de la pared hasta el lugar en el que yo me encuentro. La puerta se abre

dejando en libertad a un tipo. Dios es Pete Doherty. Lleva puesta una camiseta blanca Fred Perry, pantalones vaqueros blancos y zapatillas de deporte, Stan Smith inmaculadas. Incluso sus ojeras resultan blanquecinas en medio de la nube que deja la jaula vacía al retirarse casi volando. Lo que está claro es que a dios en estos tiempos que corren las cosas ya no le resultan tan fáciles como antes. Realmente, tiene un *look* un tanto afeminado, o, más bien, es como una bio-mujer bajo los efectos virilizantes de la testosterona, todo ello rebajado gracias a las cualidades neutralizantes de la heroína. Es una figura narcótica de lo andrógino. Pero a pesar de su apariencia un tanto amariconada, dios no ha perdido su condición divina. Sigue siendo un *rockstar* y, por tanto, profundamente indiferente a las miserias de la especie humana. Se toma con calma el hecho de que el planeta avance hacia su autodestrucción temprana.

No paso ni siquiera un segundo en su divina presencia antes de darme cuenta de que hay docenas de periodistas desnudos que le esperan, cientos de chavalitas adolescentes vestidas como putas con la única diferencia de que toda la lencería es únicamente blanca. Intento abrirme paso entre la masa de naturistas. El cielo es un gigantesco centro de pornocomunicaciones, una tecnología del orgasmo farmacológicamente controlado, y Pete Doherty es el jefe.

Dios zigzaguea y avanza hacia mí entre la multitud caminando sobre olas humanas. Me mira con ojos de niña, y dice: *Cool.* Se ríe. Mi única salida es hacer perfil bajo y besarle los pies. Estoy aquí, dios Doherty, para llenarte de placer político *queer,* no me arrojes del paraíso, señor, no lo merezco. No necesito decir más. Ni siquiera parece escucharme. El cielo es una forma de telecomunicación orgánica que distribuye la información externa a lo largo de la espina dorsal a la velocidad del sonido. Las palabras dichas son banales, pero se desatan una a una del lenguaje a medida que se pronuncian, para dejar paso a una forma de significación inmediata. Por un momento, Doherty y yo existimos en continuidad. No necesita decir lo que quiere de mí y de mis técnicas de placer. Lo siento. Como si hubiéramos firmado un contrato sexual. Sin hablar, acerca su culo desabrochándose los botones de su pantalón vaquero. Aquí, el ano de Doherty dicta la ley. Se inclina y me muestra su culo. Noto que está listo para entrar en algo serio. Su ano se convierte en mi señor. Grandes cantidades

de lubricante emanan a chorros de surtidores celestiales formando cortinas translúcidas. Meto la mano en una de ellas y engraso el culo de dios Doherty hasta que chorros de oro transparente caen por sus piernas mojando sus pantalones encogidos en torno a sus tobillos. Me introduzco en el ano de dios con un dildo de 25 centímetros. Entro y salgo del ano de Doherty produciendo un sonido celestial al abrirme paso entre sus tripas. Su ano da la bienvenida a mi brutalidad. La virilidad de dios Doherty se mide por la abertura de su ano. El culo de dios está listo para un *fisting* bestial. Sabe que esos 25 centímetros de silicona son la preparación de algo más. Ahora que todo su cuerpo es una única pared enrollada en torno al agujero de su ano, me lleno el brazo de lubricante y le penetro. Mi brazo entero se cuela apenas sin esfuerzo y vibra en su interior. Soy la mano del universo y tú eres el *heavenhole.* Mi brazo gira en su interior con el mismo movimiento con el que se arranca un coche. Las cortinas de lubricante que nos rodean crean una superficie especular. Veo nuestra imagen: un único cuerpo con dos cabezas, cuatro piernas y tres brazos. Da gusto ver mi antebrazo haciendo el amor a dios. La publicidad de esa imagen me excita. Estoy a punto de llegar con el brazo en olas que se transmiten desde las paredes de su intestino hasta mi mano y de ahí a mi columna vertebral. Esa vibración se difunde al resto de su cuerpo. Su ano está ahora completamente dilatado. Su ano es un sacrificio que se ofrece al éxtasis sin género de mi brazo. Nuestros cuerpos así reunidos son la comunidad lúbrica mundial. Intimidad global. La historia completa del rock & roll sale de su ano a través de mi brazo haciendo de mi cuerpo un instrumento orgánico electrificado. Es la música del Anocoño. Es así, en medio de esa contemplación, como alcanzo la iluminación: la verdad de la existencia es sexo sonoro administrado en microdosis letales.

Brazo Peludo

V. D. edita el *clip* de *Mauvaise étoile.* La voz de Patrick Eudeline se enrolla alrededor de cuerpos tatuados de lesbianas y rock-*boys,* del brazo oscuro de Daniel D'Arc, de la reliquia del desamor de Busty, del pulpo que devora las niñas de Axelle Le Dauphin, de la estrella que te lleva hasta el sexo de Sandy, de la P sacramental de Emma y del corazón lleno de lágrimas negras del

que P. M. se ha llevado la llave para siempre. V. está metida en la alquimia de cortar las imágenes y mezclarlas con las música. Me envía un texto: puedo pasar a verla. Puedo comprar papel de fumar O. B. si encuentro y si soy tan amable. Puedo venir cuando quiera. La productora de cine está en un bajo de la rue Saint Martin. Marco el código de acceso. Paso la primera puerta y llamo a la segunda. V. D. me abre. Se ha pintado las uñas, se ha maquillado los ojos. Es mi puta. Me besa, me coje por la cintura y me empuja para hacerme atravesar el local. Una productora de cine es una estación de fabricación de masculinidad: un max de tecnología y un mínimo de confort doméstico. Moqueta gris sucia, estanterías llenas de casetes, ordenadores, monitores, mesas de mezcla; al fondo, en una disposición que se aproxima al umbral en el que un espacio interior se convierte en un vertedero público, una mesa llena de manchas y de latas vacías de cerveza, un frigorífico, una máquina de café, bolsas alternativamente llenas y vacías de patatas fritas. Al principio estamos solamente V., el chaval que edita para ella y yo. Poco a poco van llegando tíos. El jefe de la productora, un tipo *cool* con barba y pelo largo, guapo, pero un tanto abandonado. Otro tío joven que acaba de producir la última película de H. P. G. Otro productor, medio elegante, medio sexy, a medias seguro de su éxito inminente. Otro chaval que trabaja como agente y que viene con su novia japonesa, unicelular, dócil y ultrafemenina, como una ameba de alto diseño. Otro tío ambicioso que está preparando su primera película. V. D. es un tío entre los tíos. Está aquí en su rollo. No necesita justificación. Los tíos la veneran. Es uno de ellos y al mismo tiempo está por encima de todos ellos. Como si la posibilidad, aparentemente próxima, pero en realidad remota, de que puedan meter sus tiernas pollas en su coño, pero sobre todo de que les dé por el culo, la elevara a un nivel superior en la jerarquía de la masculinidad. El tío medio sexy no deja de halagarla, le gusta *Baise Moi, Les Chiennes Savantes* es realmente su mejor novela, pero si encontrara una mujer como la Gloria de *ByeBye Blondie,* dice sin saber de qué habla, se enamoraría inmediatamente de ella, uno de estos días, dice, tienen que ir a tomar algo juntos. En su insularidad masculinista ni siquiera se da cuenta de que mientras discuten, V. me mete mano por detrás, debajo del pantalón. V., al mismo tiempo, le ignora y le ata con una cadena invisible, como una auténtica diva literaria que se alimenta de la transferencia

narcista de sus fans. Entre tanto, hay ya cinco o seis tíos en la sala, fumando, hablando del festival de Cannes, de la cantidad de pasta que cuesta el nuevo *avid,* de lo buen tío que es H. P. G., de las piscinas de Los Ángeles. Uno de los tíos saca una K7 y le dice al productor de H. P. G. que tiene que ver el *casting* que está haciendo para encontrar a la actriz de su próxima película. Es el más asqueroso de todos los bio-hombres que están en la sala, apenas un metro sesenta, calvo, con barba y bigote, con una voz nasal de baboso. Deja el guión sobre la mesa. El título es un nombre árabe de chica. Podría ser Leila, Farida, Salma, Gamila... En menos de diez segundos todos los tíos se agolpan alrededor de uno de los monitores en los que empieza a pasar la K7. La japonesa va a sentarse a una de las sillas del fondo de la sala, a fumar un cigarillo y hablar por teléfono, como si un índice tan elevado de testosterona en el medio ambiente amenazara su pureza de ameba. Es, está claro, un ritual de hombres. Todos tendidos delante de esa imagen como si estuvieran recibiendo trozos enteros de conocimiento y poder heterosexual. V. se levanta y se hace un sitio entre ellos. Yo me pongo también de pie detrás de los tíos. Donde estoy veo bien, sobrepaso todas sus cabezas. Solo V. está a mi altura. El calvo de brazos peludos se altera porque seguramente no esperaba que nosotras, a sus ojos dos bio-tías, viéramos esas imágenes. Como el porno duro, esas imágenes robadas están reservadas a los gallitos de la clase. En la pantalla, un chica de dieciséis, como mucho dieciocho años, seguramente francesa de rasgos árabes, labios gruesos, pómulos saltones, maquillaje rosa sobre los párpados, pelo negro largo y rizado. Está sentada en el suelo, camiseta de tirantes negra ajustada, pantalones vaqueros de cintura baja que dejan ver unos centímetros de finísima grasa, ese tipo de grasa que resulta sexy a los dieciséis, todo ello coronado por unas zapatillas de deporte blancas Puma. Mira a la cámara como esperando a saber qué es lo que tiene que hacer. Se ríe estúpidamente, como si no supiera qué hacer delante del objetivo. Se oye la voz de un tío: «Vamos a ver cómo harías una escena de sexo, si tienes que seducir al protagonista, por ejemplo, a mí, vamos». Ella dice: «No sé». De nuevo sonríe. Cierra los ojos, baja la mirada. Se pone las manos delante de la cara. «Vamos», dice la voz de nuevo. «No sé», repite ella pero ya ha empezado a hacerse una idea: se levanta el pelo con los dos brazos, abre la boca, la cierra como haciendo una «u», se muerde

el labio inferior, saca la lengua se chupa el labio superior con la punta y de nuevo cierra la boca en «u». «Venga, muy bien, así, ves como si sabes». El plano se amplía y vemos a la chica apoyando las dos manos en el suelo hacia atrás. Entonces un brazo peludo, grueso y corto, entra en el marco de la imagen y toca el pecho de la chica, tira del escote de la camiseta de tirantes, primero toca una teta y luego la otra. No oímos ninguna voz. No vemos la cara de la chica. Solo su tronco. Después, de nuevo la voz ronca: «Venga, enséñame lo que tienes ahí, vamos a ver cómo harías una escena». La chica mira hacia un lugar fuera del marco, como para asegurarse de que nadie está mirando. Luego mira directamente a la cámara, se chupa de nuevo los labios sacando la lengua y moviéndola de arriba abajo mientras se quita la camiseta. No da tiempo a que la cámara la filme así. Parece molesta de estar en sujetador delante de la cámara. Se quita el sujetador cubriendo casi por completo el marco de la imagen con el pelo y lo saca inmediatamente del marco. «Bien, bien, muy bien, así», dice la voz ronca mientras el brazo peludo vuelve a entrar en el marco de la imagen, retira el pelo para dejar al descubierto las tetas de la chica. Son enormes, bio-, un poco caídas, casi nada teniendo en cuenta el tamaño, con aureolas alargadas y lunares, con los pezones salientes y muy oscuros. El brazo peludo ocupa ahora la mitad del marco. Arriba la boca de la chica, sus hombros desnudos, sus tetas, abajo el brazo peludo. Por primera vez la chica queda fuera del marco, vemos otras zapatillas de deporte, los vaqueros de la chica en el suelo, sus zapatillas Puma, otros pantalones vaqueros filmados desde arriba, luego, en un movimiento brusco de vaivén de la cámara, una ventana, una reproducción de *Los girasoles* de Van Gogh. Y después, rápidamente, de nuevo la chica, desnuda, apoyada sobre la espalda en el suelo. Las tetas separadas caen ligeramente hacía los lados, el brazo peludo se agarra al cuello de la chica. Una polla pequeña y espesa atraviesa brevemente el marco para ocultarse después bajo el cuerpo de la chica. Ella está sentada sobre un cuerpo que parece ser la continuación anatómica del brazo peludo. No vemos ni el coño, ni volvemos a ver la mini polla, ni sabemos si entra o sale; solo vemos sus tetas moviéndose, un poco de pelo, su cabeza que se balancea y el brazo peludo agarrado a su cuello. Los tíos que miran la K7 no pierden ni un detalle. Fuera del monitor, el mismo brazo avanza y rebobina de vez en cuando la imagen mien-

tras dice: *C'est trop, vous vous faites une idée du reste.* Avanza rápidamente la K7, la imagen del cuerpo de la chica cabalga cada vez más deprisa atada a ese brazo peludo. Vuelve al *play* normal. La chica ni siquiera simula que se corre. Pero pone cara de puta, cara de perra del porno, una cara que parece haber visto mil veces y que no tiene problema en imitar. Brazo Peludo se explica mientras avanza en *fastforward:* «Están dispuestas a cualquier cosa por obtener un rol, lo peor es que luego me llaman y quieren que vuelva a verlas. Esta es buena actriz, pero no va nada con la película. La chica de película no es así. Es una chica más guapa, más fina, pura». Esa es la voz de la conciencia porno dominante del bio-tío de Occidente. El sujeto dominante es un brazo blanco peludo y una mini polla sin cuerpo. Un brazo blanco que masturba una polla con ayuda de una imagen. La chica es ahí un simple dispositivo masturbador, un cuerpo del que Brazo Peludo no puede saber nada.

El nombre Brazo Peludo emerge de esta imagen. Brazo Peludo es a la conciencia de Occidente contemporánea lo que en la imaginación de Freud era Edipo a la conciencia de principios de siglo. Habría que hablar hoy para poder inciciar una terapia política de Occidente, del complejo de Brazo Peludo. Ya no se trata de un rollo de deseo cruzado por el padre o la madre, ninguna bio-chica árabe que vive en las barriadas pobres de París desea matar a su madre para hacérselo con su padre. Faltaría más, encima de aguantar la miseria y la vergüenza de tener padres árabes, encima ponerse en situación de tirarse al viejo. El complejo de Edipo ha dejado de tener vigencia política (si es que alguna vez la tuvo). Es una evidencia. El padre y la madre ya están muertos. Somos los hijos de Hollywood, del porno, de la píldora, de la telebasura, de Internet y del cybercapitalismo. Lo único que desea la bio-chica árabe es transformar su cuerpo en imagen consumible por el mayor número de miradas. Salir de la mierda. Acceder a la pasta. Tocar la gloria numéricamente aunque sea por un segundo. Desea convertirse en mercancía digital para ser eterna. Desea su pornificación no para producir placer (ese placer no solo le es indiferente, sino que más bien le desagrada), sino para transformar su cuerpo en capital abstracto, en cifra indestructible. Desea, con repulsión, al mismo tiempo hacérselo con Brazo Peludo y quizá, con un poco más de entrenamiento político, convertirse en Brazo Peludo.

No puedo evitar pensar que esas son las mismas iniciales que mi nombre, B. P. ¿Acaso voy a volverme un Brazo Peludo si continúo tomando testosterona?

27 CENTÍMETROS

Durante un año entero, mucho antes de empezar a administrarme testosterona, tú aún estás vivo, L. K., en la época J. C. R, y yo hablamos sobre cómo y cuándo vamos a empezar un cambio de sexo. En ese momento, pensamos solamente en cambiar de sexo, no de género; L. K. piensa en tener una vagina en lugar de una polla y yo en tener una polla además de una vagina. L. piensa en cómo será follar después de una vaginoplastia, yo pienso en modos de hacer dinero para poder pagarme una faloplastia, pero no cualquiera, sino una *high-tech*. Eso va a ser mucha pasta. Para los dos. Su vaginoplastia y mi polla *high-tech:* como comprarse un apartamento de 27 metros cuadrados en el centro de París. No pienso en operarme las tetas, tampoco en obturarme la vagina. He estudiado las diferentes operaciones disponibles en el mercado médico europeo. La operación más común utiliza la piel y el músculo del antebrazo y una vena de la pierna para construir un tubo-pene en devenir. En realidad, hay un pene contenido en cada brazo; en cada pierna hay una vena que podría ser vena erecta. A esta operación se le da tradicionalmente el nombre de *la valisse:* durante un tiempo el cuerpo se transforma en una maleta a través de la cual un asa de piel se desplaza. Más bien podríamos decir que un pene-brazo se desliza por el cuerpo transformándolo en una maleta de sí mismo. Primero, mientras el jirón de piel está injertado en el abdomen, el cuerpo se vuelve una maleta con asa lateral. Este cuerpo no es todavía masculino, excepto por el hecho insólito de tener un futuro pene atado a la cadera. Se trata más bien de una geografía asexual con pene adosado. Después el asa se desplaza hasta injertar uno de sus extremos en la pelvis. Aquí el paisaje comienza a masculinizarse discretamente: se trata ahora de un cuerpo con pene cuya punta está irremediablemente atada al abdomen. Si hubiera que leer esta fotografía médica con los códigos de la pornografía SM, diríamos que se trata de un pene erecto cosido a la tripa. Una lectura del cuerpo en términos simplemente arquitectónicos nos permiti-

ría interpretar este volumen como una maleta *prêt-à-porter* con pene-asa vertical, pero indisponible para la penetración. Por último, se corta la atadura del asa al abdomen y se deja caer el injerto que cuelga ahora únicamente de la pelvis. Miro en detalle las fotografías y las descripciones quirúrgicas de un artículo del doctor Wolf Eicher publicado en 1984 [2]. Una película de Cronnenberg comparada con el documento de Eicher resulta dulce como la abeja Maya. El pie de foto señala: «Todos han encontrado su equilibrio psíquico gracias a la operación». Pero yo no pido estabilidad psíquica; yo quiero simplemente el pene del siglo.

Me mido el antebrazo. 27 centímetros netos. Un delirio. Me imagino ya con una polla al menos de 25, pensando en que habrá que cortar un poco de aquí y un poco de allá. En el peor de los casos 22, si es que pierdo 5 centímetros por problemas de irrigación sanguínea o necrosis en el proceso de injerto. Me corro de solo pensarlo. Casi todas las páginas de Internet dedicadas a la faloplastia redactadas por chicos trans postoperados insisten en dos problemas, la pérdida del placer y la dificultad de erección de la tecno-polla trans, además del posible fallo del injerto después de la operación. Una de las técnicas operatorias contempla la posibilidad de dejar la nueva polla vacía para poder insertar dentro de ella, desde la parte de abajo, junto a los implantes de los testículos, una bomba hidráulica eréctil. No me parece *class*. Cualquiera de mis dildos es más *hot* que esa polla hidráulica. Lo que parece claro es que las instituciones médicas y los equipos operatorios se han puesto de acuerdo para evitar la producción de una polla de lujo.

Hablo con varios tecno-tíos de distintos grupos de transexuales de París y de Barcelona. Me enseñan sus tecno-pollas. Algunas están superbien hechas, pero son pequeñas. La mayor parte han optado por la medioplastia, una reconstrucción de una micropolla con el capuchón del clítoris, algunos tienen implantes de testículos; la mayoría no, la mayoría han decidido optar por un máximo de placer guardando sus macro-clítoris testosteronados y sus vaginas abiertas. Me parece el *top*, la solución ideal. Voy a una reunión en una de las asociaciones trans de París. Han invitado a un protesista australiano que fabrica penes *prêt-à-porter* en

[2] Véase Wolf Eicher, «La transformation génitale en cas de transsexualisme», *Cahiers de Sexologie Clinique,* vol. 10, núm. 56, París, 1984, págs. 97-105.

silicona a coste asequible. Las llama «prótesis sexuales de camuflaje». Tiene una amplia gama de colores de piel, de formas, de tallas, de estados. Trae una caja con muestras: las hay blancas, negras, rígidas, semirrígidas, flácidas, circuncisadas y con el capullo entero. Se pegan a la pelvis con un gel adhesivo que permite una fijación de hasta quince días. «La particularidad de estos penes es que la piel de silicona está rellena de un gel semitenso, lo que les da una consistencia al tacto y un peso próximos a los un pene natural», explica el doctor D'Arienzo. Testosterona en gel, prótesis sexual de camuflaje en gel, gel adhesivo para fijar la polla al cuerpo. Estoy empezando a pensar que lo propio del sexo es ser gel. Más aún, el ser no es sustancia, sino gel. «Espuma», pero no megaeyaculación planetaria que emerge de una bio-polla heroica como insinúa Sloterdijk, sino más bien compuesto sintético que desea la conciencia, red molecular pegajosa que busca abrirse paso hacia la vida[3]. El *Da-Sein* es «fermentación de la subjetividad»[4], subversión viscosa de la sustancia, sí, pero que no puede emanar de una voluntar de poder, sino que se conoce a sí misma solamente al precio de su propia transformación mostruosa. Ser sujeto al precio de devenir gel.

El modelo de prótesis sexual de camuflaje más barato cuesta trescientos cincuento dólares. El más caro, cuatrocientos diez. Me encargo un modelo Robin: exactamente mi color de piel, 22 centímetros, rígida, bastante ancha, un poco aplastada, con el prepucio entero salido, en erección y con venas aparentes azuladas, más dos botes de cola. Total, cuatrocientos sesenta dólares. No me parece demasiado. V. D. pagó hace poco novecientos cincuenta euros por un bolso Chanel en color piel ribeteada en cuadrados. El complemento perfecto para guardar mi polla cuando no está pegada a mi pelvis.

Tallas

Pero no es la talla de mis dildos, sino de mis pantalones, lo que desata en V. una tentación normativa. Son demasiado gran-

[3] Peter Sloterdijk, *Ecumes,* Sphères III, Maren Sell Éditeurs, París, 2003, pág. 28.

[4] *Ibidem,* pág. 26.

des, dice. Dice que mis pantalones son demasiado grandes para mis piernas, demasiado grandes para acceder con sus manos directamente a mi clito-polla. Me resulta difícil creer que se trata de una cuestión de centímetros, sobre todo porque sus manos, lo sé por haberlas medido con mis dildos, son de 22 centímetros. Lo que pasa es que todavía no ha entrado plenamente en la estética bollo. Pero se va acercando. No tienes quince años, dice. Sí, *baby,* tengo exactamente quince años. Llámame «niño pequeño, polla grande». Eso es exactamente lo que te gusta de mí, así que no me hagas la moral con la talla de mis pantalones. Pantalones suficientemente grandes como para poder llevar un dildo empalmado dentro.

Hace años mi madre solía trabajar a domicilio para una casa de confección de vestidos de novia. Es allí donde aprendí, de mi madre, todo sobre las tallas. Su especialidad era hacer a medida las piezas de ropa interior que la virgen castellana desplegaría ante su propietario la noche de bodas justo antes de convertirse en una honesta ama de casa. Antes de convertise en feas y frígidas, las jóvenes casaderas tenían la suerte de sentir durante breves minutos las manos de mi madre recorriendo rincones de sus cuerpos nunca antes tanteados. Yo acompañaba a mi madre para sujetarle la tiza y darle los alfileres. Es así como aprendí la diferencia sútil entre la talla y la media talla. Como aprendí a abrir sujetadores y a cortar bragas.

Me mira. Abre las piernas. Escribe un manifesto con su vulva. Ven. Sube sus manos desde mis pies hasta mis caderas, verificando que las costuras del pantalón se ajustan a mi cuerpo. Te sobran dos tallas, dice. ¿Y a mí?, me pregunta. No sé, habrá que ver. Se desnuda, se aleja y baila frente a la ventana.

SEX PICTURES

A las diez, después de haber dudado durante toda la tarde, me administro una dosis de 50 miligramos de Testogel.

Hago fotos mientras follamos. Su pelo sobre mi clito-polla. Haciendo una mamada a Jimi. Sus ojos azules de puta, su boca abierta, apenas unos centímetros del dildo. Las puntillas de su sujetador blanco, el reflejo de la lámpara roja sobre su pecho. Un

tatuaje: un corazón cerrado con cerrojo se apoya entre dos rosas negras sobre su cadera. Otro: una bomba con un detonador eléctrico a punto de estallar sobre su brazo. Otro: una línea de flores negras rodea su pecho izquierdo como un arnés que sujetara la gravedad de su corazón. Imágenes y sexo, dos maneras de atrapar el tiempo en la materia. Me pide que las borre de la memoria de mi cámara digital. Yo hago todavía más. Su mano derecha entrando en mi pantalón: uñas cortas pintadas de rojo, un anillo de calavera con alas de *Hells Angels* vuela sobre su dedo índice, tres pulseras de plástico multicolor venidas desde África dibujan tres círculos sobre mi piel como aros olímpicos. Me pide que las borre todas. Me dice: las fotos son como tatuajes. Una imagen inscrita para siempre sobre la piel de la realidad. Cada fotografía lleva consigo la posibilidad de la magia, del conjuro, del mal de ojo y de la influencia a distancia. Bórralas. Yo le enseño la foto de uno de sus tatuajes. Justine, la perra, duerme sobre el corazón negro. Si encuentras la llave de mi corazón te la puedes tatuar, me dice.

Ella podría dejarme en cualquier momento. El amor es magia, es mal de ojo, es influencia a distancia, transmisión tele-endocrinológica. En cualquier momento podría decir, *J'étais la pute d'un trans pendant trois mois*[5], como Angot dijo que había sido lesbiana durante tres meses citando la letanía desesperada de Guibert: *J'ai eu le sida pendant trois mois. Plus exactement, j'ai cru pendant trois mois que j'étais condamné par cette maladie mortelle qu'on appelle le sida*[6], había dicho Guibert sin querer saber que había ya cientos de gusanos que tejían una sábana de seda blanca para el día de su muerte. Los gusanos entraron por su culo y extendieron una tela suave alrededor de sus entrañas sin apenas hacer ruido. El retrovirus celeste se había ya enamorado del jovén ángel rubio como se enamoró después de ti. El caso de Angot es bien distinto. Seguramente pensó que había encontrado el psico-*hit* literario para la nueva temporada. ¿Acaso el incesto no era suficiente para llenar las insaciables páginas de críticas? ¿Acaso no se daba cuenta de que estaba invocando al diablo al

[5] «Fui la puta de un trans durante tres meses».

[6] «Tuve el sida durante tres meses. Más exactamente, creí durante tres meses que estaba condenado por esta enfermedad mortal que llamamos sida», Hervé Guibert, *À l'ami qui ne m'a pas sauvé la vie,* Gallimard, París, 1990.

devolver a la vida las palabras mágicas de Guibert? Pobre de ti, tú que creías se el hijo de Angot y de Houellebecq; como a un verdadero hijo, lo único que deseaban tus padres era en realidad tu muerte. Dejaré de lado a tu padre asesino que nos recuerda que eras el mejor escritor de tu generación, que se lamenta ahora de tu muerte, en las entrevistas, como se lamenta de la nueva legislación europea que impide fumar en los lugares públicos. Tu madre literaria no ha tenido ni siquiera el coraje de reivindicar tu muerte en la televisión, lo mínimo que se espera de un terrorista medio. Pronto a ella también le subirán los gusanos por el agujero del culo y le tejerán dentro una sábana blanca de seda tan espesa que no podrá cagarla. Pero no, no eras el hijo ni de Angot ni de Houellebecq, sino de Guibert y de Wittig, naciste de dos muertos.

MUERTOS COMPARTIDOS

Acompaño a V. hasta la puerta de ediciones Grasset, rue Saints Peres, a dejar su libro terminado. Volvemos a mi casa cargadas de libros y de películas para el fin de semana. Ella se ríe lanzando cuatro o cinco gritos de Lemy, sacudiéndose el pecho como un gorila desenjaulado. Estamos todavía en el estado de aturdimiento propio de la euforia del escritor que ha acabado su libro, cuando llama S. E. Eric S. ha muerto de una sobredosis. Sextoy, Karen, Tú, Eric. Un libro = una muerte. Cada nueva etapa comienza con una muerte. El duelo como única alternativa a la melancolía. V. me dice que eso es lo único que recuerda de la lectura de Blanchot: las generaciones se construyen sobre sus muertos compartidos. Llora. Yo la acaricio. Su piel es tan suave como la del vientre de mi perra.

¿Cómo hacer el duelo de tu muerte? En 1935 el poeta español Miguel Hernández escribe a su amigo Ramón Sijé muerto: «Yo quiero ser llorando el hortelano de la tierra que ocupas y estercolas, compañero del alma, tan temprano». Este libro no basta para hacer el duelo de tu muerte. Yo también quiero sacarte de la tierra, quiero besarte la noble calavera, quiero mamarte el hueso de la polla hasta que me preñes por el tubo digestivo, quiero explotarte el ano con mi mejor dildo, quiero regresarte a los naranjos en flor de las carreteras de Valencia en las que por pri-

mera vez hablamos de cómo te habías masturbado leyendo el *Manifiesto.*

Vamos juntos en el taxi. Me dices: «Hueles bien. Tu libro es lo mejor que he leído en filosofía después de Sade», me dices, mientras dejamos atrás la lonja de los Mercaderes. Me dices que ese tipo de inteligencia te la pone dura. No sabía que habías filmado el viaje a Valencia. Nos habían invitado a los dos a un coloquio sobre nuevas literaturas francoespañolas. Todo bastante gris y universitario si no fuera por ti y por mí. Veo la película que Philippe y Tim han montado por primera vez el 22 de octubre después de tu muerte. Te filmas en tu habitación del hotel, el mismo hotel en el que yo me estoy quedando. Sacas tu polla del pantalón, la pones sobre la mesita de noche y la acaricias como si fuera un animal herido. Filmas las terrazas de los vecinos, la ropa colgada al sol, las paredes desconchadas, los patios descoloridos. Te filmas mientras das tu conferencia. Llevas una camiseta verde camuflaje de la Armada española. Hablas en inglés a pesar de que yo te he prevenido de que en Valencia nadie va a entenderte. No quieres dirigirte a ellos en francés. En realidad no quieres dirigirte a ellos. Hablas para una especie futura de euroaliensasiáticos bilingües. Si pudieras hablarías en japonés o en un código metalingüístico, matemático o musical. Hablarías si pudieras el lenguaje de los muertos. Hablas de sexo, de drogas, de música tecno. No está muy claro qué tiene que ver todo eso con este coloquio de universitarios. En definitiva, tienes una idea: la mayor revolución desde los años sesenta la han hecho los gays escuchando música, drogándose y follando. Tienes miedo de hablar de literatura, de tu literatura. Dices que la literatura se inventó para llorar a un amor perdido. ¿Cuál es tu amor perdido? ¿Cuál es tu llanto? ¿Por quién has llorado tú? ¿De qué tienes miedo? ¿Qué te está matando? ¿Qué podría salvarte? Pero vuelves al sexo, a la droga, a la música tecno. En un momento hablas de las lesbianas; dices que nosotras, contándome a mí entre ellas, también estamos en eso del sexo, de la droga y de la música tecno; giras la cámara y me filmas. Ahora yo miro esas imágenes que tú has filmado. Tú estas muerto. Me veo en la pantalla, justo enfrente de tu imagen, como un reflejo fantasmático. Es como si te dirigieras a nosotros desde la vida eterna. Y yo estoy allí, del otro lado de la vida eterna.

GENIO FARMACOPORNOGRÁFICO

Los años noventa están lejos. Aquellos fueron años distintos, cercanos como estaban a la muerte que nos había encadenado a todos con un lazo vírico, que luego fue remplazado por una pajarita roja y por un dominó de dólares y de moléculas farmacéuticas que nos permitirían olvidar la muerte, mientras que la política, ella, se iba muriendo como se disolvía el cordón necrológico que había sido el sida.

La política *queer* como tú la entendías no era sino una preparación para la muerte: *via mortis*. Política entonces de la muerte, sin populismo vitalista: reacción frente a la biopolítica y pasión por el cuerpo decrépito, en descomposición, necrofilia cultural. La política *queer* murió con aquellos que la iniciaron y que sucumbieron al retrovirus. Como tú. Por eso quizá has tenido razón en suicidarte, si es que te has suicidado, a pesar de esa conclusión de la autopsia según la cual lo que te ha ocurrido es que has mezclado sin saberlo demasiadas moléculas sintéticas, como Jimi Hendrix, como Janis Joplin, «intoxicación medicamentosa», han dicho todos, tu madre, los pocos periódicos que han reseñado tu muerte. ¿Has sido víctima de un exceso de biopolítica, de un cóctel letal de triterapias y de antidepresores, o te has sustraído voluntariamente a estas cadenas de capital biotecnológico? Acaso has salido gustoso de esta economía, te has retirado de repente y solo de este juego político implacable, para hacer de tu cuerpo polvo de estrellas, para sacarlo del mercado de la vida, para que de tu cuerpo queden solo tus palabras, como moléculas legibles.

Tu cuerpo, tú también lo habías puesto en juego. Estabas tocado de muerte. Por eso te permitías tomarte el veneno de la escritura. Antes que yo, tú ya te lo habías tomado todo. Eso que el Gobierno llama drogas duras, las ilegales, seguro, y las otras, las drogas duras comercializadas por el Gobierno, la triterapia, y también la testosterona, antes que yo, para empalmarte, porque eso del *bareback*[7] no era simplemente una cabronada política que

[7] Literalmente, montar a pelo, sin silla. Práctica colectiva y consensuada de penetración sin preservativo que aparece en las comunidad gay en Estados Unidos durante los años que siguen a la crisis del sida como una alternativa radical al control y la vigilancia de las prácticas sexuales.

unos kamikazes de San Francisco se habían inventado para desbaratar las políticas preventivas antisida, o para joder a la izquierda mojigata de Act Up; era la única forma de poder metérsela a alguien durante tres buenos y breves minutos. No hay quien meta un condón cuando no se te pone dura. Nadie tiene los cojones de decir la verdad, me lo habías dicho un día en un sótano de la rue Keller mientras dibujabas una polla con el dedo sobre mi pecho. El problema era seguir empalmándose, en los días de invierno, por los amantes muertos, por los libros que no tendrás tiempo de escribir. Seguir empalmándose, por eso estaban bien los dildos, para poder dejar de preocuparse de la erección, para tenerla siempre dura, me repetías mientras me metías la lengua en uno de los agujeros de la nariz y te quejabas de que los de Act Up querían tu piel, que estaban decididos a arrancártela y que un día u otro tú ibas a darles lo que querían, tu piel. Y yo no te creía.

CHUTE CANINO

La salida de la inocencia no comienza con la conciencia de que uno mismo es mortal ni siquiera de que los otros lo son. Comienza con la intuición de que matamos para sobrevivir. De que somos carnívoros. Más aún, salvajemente omnívoros, devoradores de todo lo vivo. De que la superviviencia depende de aprender a matar la belleza que nos rodea. Últimamente, cada día veo la muerte de un animal. Empieza con la ballena que se mete en el Támesis y muere sin encontrar el camino hacia el mar, después viene el caballo destripado en *Carne* de Gaspar Noe, el perro asesinado a mordiscos de la película de Iñarritu, los pollos contaminados por el virus H_5N_1 metidos en sacos de cal en Turquía. En *Santa Sangre,* de Jodorowsky, a la niña, como una variación animal de lo humano, le cortan los dos brazos y muere ahogada en su propio baño de sangre. Después un elefante se desangra por la trompa mientras un pueblo entero lo descuartiza. No estoy preparada para esa violencia. No sé defenderme. No estoy preparada para el amor con V. No estoy preparada para T. Soy la ballena, el caballo, el perro, los pollos, el elefante, la niña. La edad adulta comienza cuando comprendo que nadie puede hacer nada por mi felicidad: ni mi madre, ni mi padre, ni la sociedad,

ni el Estado, ni mi novia, ni una puta, ni la testosterona. En ese momento me giro hacia Justine, mi perra, y encuentro una solución canina a un problema cósmico.

Me aplico una dosis antes de acostarme. El Testogel tomado fuera de un protocolo de control de cambio del sexo es, efectivamente, un rollo peligroso. La dependencia no es el problema. Una pequeña dependencia, no puede llamarse todavía testomanía... El problema es la gestión de la propia identidad: hombre, mujer, transexual, transgénero, etc. Unos días más y la testosterona, en mi sangre, gracias a alguna ley misteriosa que ningún libro de farmacología describe, se metamorfosea en algo nuevo. Lo sé: es el diablo que se mezcla con mi sangre.

Ese domingo pasamos el día entero en la cama, ella, la perra y yo. Durmiendo y leyendo. Cada vez que se despierta busca mi sexo con su boca. V. duerme en sujetador y yo con un dildo negro 17 por 3 puesto. Ella lee el último libro de memorias de Simone, *Tout compte fait,* y yo *Les Chiens,* de Guibert. Simone escribe sobre su relación con las mujeres, primero Zaza, Bianca, Violette Leduc, después pasa a informarnos de que, desde hace un tiempo, la amistad con Sylvie LeBon ha cobrado un espacio muy importante en su vida. Ni una palabra de sexo, por supuesto. Nada sobre su lesbianismo atrincherado tras su amistad casta con Sartre. Entre tanto, el narrador de Guibert se hace penetrar por cada agujero, se come todas las pollas que pasan, se traga todo el esperma. Sublime contaminación. V. y yo leemos y follamos, y es así que se produce la comunión de las almas y las pollas entre su libro y el mío. Bianca, que lleva puesto un enorme cinturón polla realista, penetra analmente a Violette, que mientras tanto le chupa el clítoris a Simone. A Violette le gusta hacer las dos cosas a la vez: que le den por el culo mientras se lleva un coño a la boca. Y es así como poco a poco, pero con una inevitable determinación, un domingo de 2006, el esperma de las *backrooms* guibertianas se derrama sobre la cabeza de Beauvoir formando un turbante inédito.

Subidón de T.

Ayer me hice el último chute de T. Hoy empiezo a notar los efectos. No hay duda. Estoy en un *high* de testo. Una de las

primeras manifestaciones de la testosterona reside en el sentimiento de que el interior de mi cuerpo es una masa fibrosa y flexible que se puede desplegar en cualquier dirección del espacio; se trata de una certeza orgánica, el sentimiento de que cualquier objeto puede ser inmediatamente atrapado con una intencionalidad muscular, la seguridad de que cualquier obstáculo puede ser sobrepasado. Pero también: la piel un poco más grasa, la excitación sexual, el sudor. Deseo la mayoría de los efectos, pero no soporto mi propio sudor cuando estoy en T. No hubiera podido ser realmente heterosexual, entre otras cosas, por una hipersensibilidad a ese olor testosteronado. Y ahora soy yo la que huelo así. Yo soy el cuerpo que emite ese olor. Un olor que no viene de ningún otro lugar, de ningún otro cuerpo, sino que sale de mi piel, que va directamente desde mi piel a través de mi pituitaria hasta mi cerebro. Estoy en T. Me estoy volviendo T.

Las cosas avanzan, pienso hoy con este último chute de T. V. D. me ama, mis proyectos se mueven, estamos en un tren que nos lleva hasta Londres. Son los últimos días del invierno. Estoy loca por ella. Pasamos el túnel de la Mancha. Bajo tierra. Ella se duerme a mi lado. Se despierta y me dice que Sex Toy nos llevaba a dar una vuelta contigo en su coche deportivo. Tomamos un té *clipper.* Después soy yo la que me duermo. *Délicieusement.* Mientras yo duermo, decenas de emigrantes ilegales se agarran a los chasis de los camiones de mercancías para pasar la frontera. Sueño que al llegar a la aduana me arrestan por tráfico de testosterona. Cuando me abren la maleta solo encuentran dos bolas de hachís, unos cigarrillos American Spirit bio y dos dildos. Me caen dos años de cárcel. En el sueño la prisión me tranquiliza: será como una cura de desintoxicación de T.

Somos dos bambis sobre el hielo, dice ella, mientras caminamos, horas después, por las calles aún heladas de Londres.

Decapitar la filosofía

Hace años le pregunté a un maestro budista jesuita qué era la filosofía y cómo sabría un día si estaba filosofando. Me respondió contándome una fábula: un joven aspirante a la filosofía sube una montaña acompañado de su viejo maestro. Caminan juntos

por una ruta sinuosa y empinada que bordea la montaña y se cierne al borde de un precipicio. El maestro le ha prometido a su discípulo que antes de llegar a la cumbre le será ofrecida la posibilidad del *entendimiento* y se le abrirá la oportunidad de comenzar la tarea de la filosofía. Le ha advertido que la prueba será dura. Pero el discípulo ha insistido. La ascensión es ardua y el joven empieza a desesperar. Han caminado durante horas y están a punto de llegar a lo más alto, cuando de repente, el maestro saca una cuchilla voladora de su mochila y la lanza hacia al vacío sacudiendo ligeramente la mano. La hélice se vuelve pequeña mientras se aleja hacia las nubes y crece mientras vuelve hacia los dos hombres, el ruido se hace más intenso hasta que la cuchilla viene a cortar de un único tajo impecable la cabeza del maestro. La sangre salpica la cara del discípulo que observa la escena estupefacto: la cabeza límpidamente seccionada, los ojos despiertos, rueda por una de las laderas de la montaña, mientras el cuerpo, con los brazos aún agitados, se desliza por el otro lado hacia el precipicio. Sin siquiera tener tiempo para actuar, el discípulo se pregunta si debe correr por un lado de la montaña para recoger la cabeza o por otro para recoger el cuerpo. Sabe que no tiene respuesta. Su maestro le ha ofrecido el regalo de la filosofía. Elegir entre la cabeza y el cuerpo. Autoseccionarse la cabeza. Poner a distancia de sí su propio cuerpo. Hacer la experiencia de la separación. Hasta ahora en Occidente hemos creído que el filósofo es una cabeza pensante (por supuesto, un bio-hombre que, al dejar aparentemente de lado su cuerpo, hace la economía de su polla y toma la posición universal). Pero en la fábula budista la segunda posibilidad es igualmente válida que la primera: correr del lado del cuerpo, forzar, a lo Artaud, al cuerpo a producir texto. Dos vías irreconciliables: una cabeza autónomamente mecanógrafa, que no necesita de manos para escribir; o un cuerpo decapitado que produce, como por supuración, una anotación inteligible. He aquí el desafío y la tentación para todo filósofo: correr detrás del cuerpo o de la cabeza. ¿Pero si la respuesta fuera el acto mismo del maestro? ¿Si la posibilidad de la filosofía residiera no tanto en la elección entre la cabeza y el cuerpo, sino en la práctica lúcida e intencional de la auto-decapitación? Al empezar este libro administrándome testosterona (en lugar de comentando a Hegel, Heidegger, Simone de Beauvoir o Butler), he querido decapitarme, cortar mi cabeza modelada con un programa cultu-

ral de género, seccionar una parte del modelo molecular que me habita. Este libro es la huella que deja ese corte.

La vida eterna

Ahora estás muerto y enterrado, descompuesto, antes abierto ahora vuelto a cerrar, vacío entonces, luego lleno de gusanos, encerrado para siempre en esa caja, libre como nunca lo habías estado. Y yo vengo a decirte adiós, a saludarte como a un faraón, imposible entre tanta gente saber si vas a darte cuenta de mi presencia. Tu madre habla. Sería mejor decir que toma la palabra, el lenguaje que aún vive. Pero no lee nada de lo que tú has escrito, ninguna frase tuya. Se traga las palabras porque no nos dice a nosotros nada de lo que tú has significado. Ahora estás en tu última habitación. Pero a mí me gustaría que tú estuvieras *Dans ma chambre*. Vengo a decirte adiós. Ese día tengo previsto hacer un taller *drag king* en la escuela de Bellas Artes de Bourges con Emmetrop. Cuando digo a las participantes que no podré hacer el taller porque un amigo ha muerto, se quejan, me piden que me quede. Les da igual que te estén enterrando; lo que quieren es hacer su taller. Pero voy a venir a tu entierro. No, no lo hago por ti, no lo hago ni por pena ni por obligación, sino como empujada por una fuerza metabiológica que arrasaría con todo lo que se pusiera por delante: talleres, multitudes gritando, directores de museos y de universidades, horarios de trenes, atascos de tráfico... Dejo a *king* Víctor a cargo del taller y cojo un tren hacia París. De nuevo eres tú el que lleva mis dedos hasta el teléfono para llamar a V. D. Me espera, dice (no sé por qué), a la puerta del cementerio de Montparnasse. No tengo nada que vaya bien para un entierro, así que vengo con un pantalón negro y una camiseta azul neón. Estoy vestida como un colegial. Ni siquiera he podido venir en *king*. Al llegar al boulevard Edgar Quinet, veo a V. D. desde lejos. Ella sí se ha preparado para la ocasión, viene vestida como una señora de la mafia siciliana: un traje con falda negra, un bolso años cincuenta, un abrigo negro, zapatos negros de tacón. Me acerco para darle un beso. Mi piel roza la piel de su mejilla. Mi boca está apenas un centímetro más abajo de su boca. Nuestras rodillas están exactamente a la misma altura, nuestros sexos están exactamente a la misma altura, me dirá ella algunos

días más tarde. El aire caliente que emana de su cuerpo desciende hasta mí mientras se enfría. Respiro directamente un hilo de su aliento mientras me dice: *Ça va, tu vas bien?* Ella está rodeada de gente, Axelle, Anne, sus amigas lesbianas. Pero se agarra a mi brazo para seguir al pequeño grupo que ha venido a decirte adiós. ¿Dónde están tus lectores? ¿Dónde están todos los que se han masturbado leyéndote? ¿Por qué no han venido a masturbarse una última vez contigo? Cobardes.

El modo en que la piel del bolso se deforma me hace pensar que V. D. lleva dentro una 7 milímetros parabélum.

Ella me agarra del brazo y camina conmigo hasta el hueco en el que van a meterte. Tu ataúd, último *sling* en el que te vas a dejar dar por el culo por toda la eternidad, se desliza en la tierra. La gente avanza sola, o de dos en dos hasta el montículo de tierra que han sacado para poder meterte a ti. Ahora eres tú el que ha tomado el lugar que antes ocupaba esa tierra y esa tierra, fuera, está donde tú estabas antes, aquí, entre nosotros, los vivos. V. D. camina conmigo hasta el borde del montículo. Tu ataúd ha descendido hasta lo más profundo, pero todavía sería fácil saltar y ponerse de pie sobre él, todavía sería posible sacar un hacha y abrir un boquete por donde sacarte de ahí. Pero nadie se mueve. La gente ha traído flores, sobre todo rosas blancas, algunas rojas, que han ido tirando sobre la madera lacada de tu caja. Pero nadie ha traído un hacha, tampoco yo. Esa misma mañana, antes de que tu cuerpo sea para siempre recubierto de tierra y se vuelva invisible, yo he enterrado la casete miniDV «Día de tu muerte» en el jardín de las marismas de Bourges. La he metido en una caja de cerillas largas, como con las que se enciende el fuego, sobre la que he escrito tu nombre, tus nombres, varias veces, William, Guillaume, Dustan, Baranes, dos veces, he abierto un hueco con mis manos en la tierra blanda y fangosa que rodea el río y la he enterrado, como hice la primera vez que enterré un pájaro caído del nido, al que intenté salvar cuando tenía seis años y al que ahogué con migas de pan mojadas en leche.

Si estuvieras todavía vivo, seguramente nos odiarías a V. y a mí, con un odio caliente y sedoso como una polla que no se empalma, porque sabrías que ella y yo juntas somos la revolución en marcha. Por eso, harías el duelo de tu heroísmo gonádico y nos elegirías como lobas sagradas para portar tu sidáica estirpe. V. D. está de pie junto a mí delante de tu ataúd. Y entonces, al sentir

su brazo derecho junto a mi costado izquierdo, me doy cuenta, entre la muchedumbre, de que ella es mi futura viuda. V. D., la dama de las letras negras francesas, es mi futura viuda. Tu entierro es nuestra boda. Tú, nadie más que tú, podía ser el oficiante-espectro que sellara bajo la tierra la alianza entre tu muerte y nuestro amor.

Mientras nos alejamos dejando atrás tu cuerpo, que ya ha empezado a fermentar entre las flores de Montparnasse, te prometo que vendremos a tocarnos las tetas encima de tu tumba, que vendremos a dejar sobre la losa las huellas de nuestros fluidos corporales, como dos lobos dormiremos sobre tu tumba, calentaremos tus huesos, como dos vampiros vendremos a saciar tu sed de sexo, de sangre y de testosterona.

AGRADECIMIENTOS

Este proyecto no hubiera podido llevarse a cabo sin el generoso apoyo del Premio de Ayuda a la Escritura y la Investigación del Centre National des Arts Plastiques francés, así como de una beca de investigación en el área de los Estudios Gays, Lesbianos, Queer y Transexuales de la Universidad de Princeton.

Quiero expresar mi agradecimiento a Mercedes Casanovas, Lola Cruz, Loida Díez, Ariane Fasquelle y José Pons por su ayuda en las diversas etapas de edición de este libro. Quisiera dar las gracias muy especialmente a Alejandro Jodorowsky por hacer posible que este proyecto se convirtiera en libro y por sus enseñanzas. También quiero dar las gracias a Del LaGrace Volcano y a King Erik por las conversaciones, intercambios y prácticas que a lo largo de estos últimos años han motivado mi escritura y mis formas de vida. A Stéphanie Heuze y Lydia Lunch *for bringing us together.* Agradezco también a Antonia Baehr, Judith Butler, María José Belbel, Mauro Cabral, Angela Davis, Didier Eribon, Isabelle Ginot, Donna Haraway, Francisco J. Hernández Adrián, Pedro Lemebel, Nina Roberts y Rash, Diane Torr, Javier Sáez, Eve K. Sedgwick, Annie Sprinkle, Juan Carlos Southerland, Elizabeth Stephens, Diane Torr, King Victor, Linda Williams, Itziar Ziga, los miembros de LICT, de la Guerrilla Travolaka, de PostOP y de Queer MC, y a todos aquellos que me hicieron avanzar gracias a sus enseñanzas durante las sesiones del taller de Tecnologías del Género del Macba, en los diferentes seminarios de Artleku en Donostia, la UNIA en Sevilla, del Centro Pompidou, l'Ecole Normale, la Universidad de París VIII, de la revista *Multitudes,* o en encuentros, conferencias, talleres o fiestas del otro lado del Atlántico, desde la Universidad de Duke hasta los espacios del MUMS, Centro de Minorías Sexuales de Santiago de Chile, pasando por el centro de producción cultural Emmetrop en Bourges, Francia.

BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, GIORGIO, *Homo sacer: el poder soberano y la vida nuda,* vol. I, Pre-Textos, Valencia, 1998.

APPIAH, ANTHONY, «But Would That Still Be Me? Notes on Gender, Race, Ethnicity, as Sources of Identity», en Naomi Zack (ed.), *Race/Sex: Their Sameness, Difference and Interplay*, Routledge, Nueva York, 1997.

BARBIN, HERCULINE, *Herculine Barbin, dite Alexina B.: Mes souvenirs,* presentado por Michel Foucault, Gallimard, París, 1978.

BARTHES, ROLAND, *Sade, Loyola, Fourier,* Éditions du Seuil, París, 1971.

BAUMAN, ZYGMUNT, *Modernidad líquida,* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999.

BENJAMIN, HARRY, «Transsexualism and Transvestism as Psycho-Somatic and Somato-Psychic Syndromes», *American Journal of Psychotherapy,* vol. 8, 1954, págs. 219-230.

BENJAMIN, WALTER, *Haschisch,* Taurus, Madrid, 1974.

— *Diario de Moscú,* Taurus, Madrid, 1988.

BERUBE, ALAN, *Coming Out Under Fire: The History of Gay Men and Women in World War Two,* The Free Press, Nueva York, 1990.

BERSTEIN, MATT (ed.), *Nobody Passes: Rejecting the Rules of Gender and Conformity,* Seal Press, Seattle, 2006.

BHABHA, HOMI, *The location of Culture,* Routledge, Londres, 1994.

BILLINGS, DWIGHT B. y URBAN THOMAS, «The Socio-Medical Construction of Transsexualism: An Interpretation and Critique», *Social Problems,* vol. XXIX, núm. 3, febrero 1982, págs. 266-282.

BLAND, LUCY y DOAN, LAURA (eds.), *Sexology in Culture: Labelling Bodies and Desires,* University of Chicago Press, Chicago, 1998.

BOLIN, ANNE, «Traversing Gender: Cultural Context and Gender. Practices», en Sabrina Petra Ramet (ed.), *Gender Reversals & Gender Cultures: Anthropological and Historical Perspectives,* Routledge, Nueva York, 1996, págs. 22-51.

BORCH-JACOBSEN, MIKKEL y SHAMDASANI, SONU, *Le dossier Freud. Enquête sur l'histoire de la psychanalyse,* Les Empêcheurs de penser en rond, París, 2006.

BORELL, MERRILEY, «Organotherapy, British Physiology and the Emergence of Reproductive Endocrinology», *Journal of History of Biology,* vol. IX, 1985, págs. 235-268.

BORNSTEIN, KATE, *Gender Outlaw. On Men, Women, And the Rest of Us,* Routledge, Nueva York, 1994.

— *My Gender Workbook,* Routledge, Nueva York, 1998.

BRAILOWSKY, SIMÓN, *Las sustancias de los sueños: Neuropsicofarmacología,* Fondo de Cultura Económica, CONACYT, México, 1995.

BRAU, JEAN-LOUIS, *Historia de las drogas,* Bruguera, Barcelona, 1973.

BULGAKOV, MIJAIL, *Morfina,* Anagrama, Barcelona, 1991.

BUTLER, JUDITH, *Lenguaje, poder e identidad,* Síntesis, Madrid, 1997.

— *El género en disputa. El feminismo y lá subversión de la identidad,* Paidós, México, 2001.

— *El grito de Antígona,* El Roure, Barcelona, 2001.

— *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»,* Paidós, Buenos Aires, 2002.

— *Deshacer el género,* Paidós, Barcelona, 2006.

— *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia,* Paidós, Buenos Aires, 2006

BUTLER, JUDITH; LACLAU, ERNESTO y ZIZEK, SLAVOJ, *Contingency, Hegemony, Universality, Contemporary Dialogues in the Left,* Verso, Nueva York,, 2000.

CALIFIA, PATRICK, «A Personal View of the History of the Lesbian S/M Community and Movement in San Francisco», en *Coming to Power,* Alyson Publications, Boston, 1981, págs. 243-281.

— (ed), *The Lesbian SM Safety Manual,* Lace/Alyson, Boston, 1988.

— *Public Sex: The Culture of Radical Sex,* Cleis Press, San Francisco, 1994.

— *Sex Changes: The Politics of Transgenderism,* Cleis Press, San Francisco, 1997.

CALLEJO CABO, JESÚS, *La historia oculta del mundo vegetal,* Aguilar, Madrid, 1996.

CANGUILHEM, GEORGES, *La connaissance de la vie,* Vrin, París, 1965.

CARNWATH, TOM y SMITH, IAN, *El siglo de la heroína,* Melusina, Barcelona, 2006.

CHASE, CHERYL, «Hermaphrodites with Attitude: Mapping the Emergence of Intersex Political Activism», *GLQ: Journal of Lesbian and Gay Studies,* Duke University Press, Durham, 1988, págs. 189-211.

CHURCH, PAMELA, *More Dirty Looks,* British Film Institute, Londres, 2004.

CLYNES M. E. y KLINE, N. S., «Cyborgs and Space», en *Astronautics,* septiembre 1960.

COLLINS, H. M. «The Seven Sexes: A Study in the Sociology of a Phenomenon or the Replications of Experiments in Physics», *Sociology,* 9, 1975, págs. 205-224.
COLOMINA, BEATRIZ, (ed.), *Cold War/Hot Houses,* Princeton Architectural Press, Nueva York, 2004.
CORNER, G.W, «The Early History of Oestrogenic Hormones», *Proceeding of the Society of Endocrinology,* 33, editorial, ciudad,?, 1965, págs. 3-18.
CORSANI, ANTONELLA (dir.), *Multitudes 12, Féminisme, queer, multitudes,* Exil, París, 2003.
DAVIS, ANGELA, *Mujeres, raza y clase,* Akal, Madrid, 2003.
— *Are Prisons Obsolete?,* Open Media, Seven Stories Press, Nueva York, 2003.
DAVIS, MIKE, «Planeta de ciudades-miseria», *New Left Review,* núm. 26 (abril-mayo 2004).
D'EMILIO, JOHN, *Sexual Politics, Sexual Communities: The Making of a Homosexual Minority in the United States, 1940-1970,* Chicago University Press, Chicago, 1983.
DE LAURETIS, TERESA, *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction,* Indiana University Press, Bloomington, 1987.
— *Diferencias,* Horas y Horas, Madrid, 2000.
DELEUZE, GILLES y GUATTARI, FÉLIX, *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia,* Paidós, Barcelona, 1972.
— *Mil Mesetas,* Pre-Textos, Valencia, 1994.
— *Qu'est-ce que la philosophie?,* Minuit, París, 1991.
DELPHY, CHRISTINE, *L'ennemi principal,* Nouvelles Questions Féministes, París, 2001.
DERRIDA, JACQUES. *Le Monolinguisme de l'autre ou la prothèse d'origine,* Galilée, París, 1996.
— *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad,* Tecnos, Madrid, 1997.
— *Márgenes de la filosofía,* Cátedra, Madrid, 1998.
DESPENTES, VIRGINIE, *Perras sabias,* Anagrama, Barcelona, 1998.
— *Fóllame,* Mondadori, Barcelona, 2000.
— *Lo bueno de verdad,* Anagrama, Barcelona, 2001.
— *Mordre au travers,* Librio, París, 2001.
— *Bye Bye Blondie,* Grasset, París, 2004.
— *Teoría King Kong,* Melusina, Barcelona, 2006.
DEVOR, HOLLY, «Where It All Begins: The Biological Bases of Gender», en *Gender Blending: Confronting the Limits of Duality*, University of Indiana Press, Bloomington, 1989.
DOSSE, FRANÇOIS, *Gilles Deleuze/Félix Guattari. Biographie croisée,* La Découverte, París, 2007.

DREGER, ALICE D., *Hermaphrodites and the Medical Invention of Sex,* Harvard University Press, Cambridge, 1998.
DUGGAN, LISA, *Sapphic Slashers: Sex, Violence, and American Modernity,* Duke University Press, Durham, 2000.
DUSTAN, GUILLAUME, *Dans ma chambre,* POL, París, 1996.
— *Je sors ce soir,* POL, París, 1997.
— *Plus fort que moi,* POL, París, 1998.
— *Nicolas Pages,* Balland, París, 1999.
— *Génie Divin,* Balland, París, 2002.
— *LxiR,* Balland, París, 2002.
— *Dernier roman,* Flammarion, París, 2004.
— *Premier essai,* Flammarion, París, 2006.
DYER, RICHARD. *Gays and Film,* Zoetrope, Nueva York, 1984.
— «Male Gay Porn: Coming to Terms», en Jump Cut: *A Review of Contemporary Media,* (marzo 1985), págs. 27-29.
ERIBON, DIDIER, *Una moral de lo minoritario: variaciones sobre un tema de Jean Genet,* Anagrama, Barcelona, 2004.
ESCOHOTADO, ANTONIO, *Historia General de las Drogas,* Espasa Calpe, Madrid, 1998.
FADERMAN, LILLIAN, *Surpassing the Love of Men: Romantic Friendship and Love Between Women from the Renaissance to the Present,* William Morrow and Company, Nueva York, 1981.
FAUSTO-STERLING, ANNE, *Cuerpos sexuados,* Melusina, Barcelona, 2006.
FEHER, MICHEL; NADDAF, RAMONA y TAZI, NADIA (eds.), *Fragments for a History of the Human Body,* I, II, III y IV, Zone Books, Nueva York, 1989.
FEINBERG, LESLIE, *Stone Butch Blues,* Alyson Books, Los Ángeles, 1993.
— *Trans-liberation. Beyond Pink and Blue,* Beacon, Boston, 1998.
— *Drag King Dreams,* Carrol and Graf, Nueva York, 2006.
FOUCAULT, MICHEL, *Les Anormaux. Cours au Collège de France 1974-1975,* Gallimard/Le Seuil, París, 1999.
— *Historia de la sexualidad,* 3 vols., Siglo XXI, México, 1986.
— *Tecnologías del yo y otros textos afines,* Paidós, Barcelona, 1990.
— *Microfísica del poder,* La piqueta, Madrid, 1992.
— *Dits et Écrits, 1954-1988,* vols. I y II, Gallimard, París, 1994.
— *La verdad y las formas jurídicas,* Gedisa, Barcelona, 1995.
— *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión,* Siglo XXI, Madrid, 1996.
FRANK, ROBERT, T., *The Female Sex Hormone,* Charles Thomas Publisher, Springfield, Illinois, 1929.
FREUD, SIGMUND, «Fetishism», en *Sexuality and the Psychology of Love,* Touchstone, Nueva York (1927), 1997.
— *Un peu de cocaïne pour me délier la langue,* Max Milo, París, 2005.

FUENTENEBRO, F. *et al.* (eds.), *Psiquiatría y Cultura en España en un Tiempo de Silencio,* Necodisne Ediciones, Madrid, 1999.

GALOP, JANE, *Thinking Through The Body,* Columbia University Press, Nueva York, 1988.

GAMSON, JOSHUA, «I Want to Be Miss Understood», en *Freaks Talk Back: Tabloid Talk Shows and Sexual Nonconformity,* University of Chicago Press, Chicago, 1998, págs 138-169.

GARBER, MARJORIE, *Vested Interests: Cross-Dressing & Cultural Anxiety,* Routledge, Nueva York, 1997.

GARFINKLE, HAROLD, «Passing and the Management Achievement of Sex status in a 'Intersexual' Person», en *Studies in Ethnomethodology,* Pretince-Hall, Nueva York, 1967.

GILMAN, SANDER L., *Freud, Race and Gender,* Princeton Unviersity Press, Princeton, 1993.

— *Making the Body Beautiful: A Cultural History of Aesthetic Surgery,* Princeton University Press, Princeton, 2000.

GOODMAN GILMAN, ALFRED *et al., Las bases farmacológicas de la terapéutica,* Panamericana, Buenos Aires, 1990.

GUATTARI, FÉLIX, *La révolution moléculaire,* Recherches, París, 1977.

— *Cartographies schizoanalytiques,* Galilée, París, 1989.

— *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares,* Traficantes de Sueños, Madrid, 2005.

GUATTARI, FÉLIX y NEGRI, TONI, *Les nouveaux espaces de liberté,* Dominique Bedou, París, 1985.

GUIBERT, HERVÉ, *La mort propagande,* Régine Deforges, París, 1977.

— *L'image fantôme,* Minuit, París, 1981.

— *Fou de Vincent,* Minuit, París, 1989.

— *A l'ami qui ne m'a pas sauvé la vie,* Gallimard, París, 1990.

— *Cytomégalovirus,* Éditions du Seuil, París, 1992.

HACKING, IAN, *Representing and Intervening. Introductory Topics in the Philosophy of Natural Science,* Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

HAIKEN, ELIZABETH, *Venus Envy. A History of Cosmetic Surgery,* The John Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1997.

HALBERSTAM, JUDITH, *Female Masculinity,* Duke University Press, Durham, 1998.

— «Automating Gender. Postmodern Feminism in the Age of the Intelligent Machine», en Patrick D. Hopkins (ed.), *Sex/Machine. Readings in Culture, Gender, And Technology,* Indiana University Press, Indiana, 1998.

— «Mackdaddy, Superfly, Rapper: Gender, Race, and Masculinity in the Drag King Scene», *Social Text 52/53,* Duke University Press, Durham, 1997, págs. 104-131.

HALBERSTAM, JUDITH, «Transgender Butch/FTM Border Wars and the Masculine Continuum», *GLQ* 42, 1998, págs. 287-310.

— *In a Queer Time and Place. Transgender Bodies, Subcultural Lives,* New York University Press, Nueva York, 2005.

HALBERSTAM, JUDITH y HALE, C. JACOB, «Butch/FTM Border Wars: A Note on Collaboration», *GLQ* 42, 1998, págs. 283-285.

HALE, C. JACOB, «Are Lesbians Women?», *Hypatia* 112, 1996, págs. 94-121.

— «Leatherdyke Boys and Their Daddies: How to Have Sex without Women or Men», *Social Text 52/53,* 1997, págs. 223-236.

— «Tracing a Ghostly Memory in My Throat: Reflections on Ftm Feminist Voice and Agency», en Tom Digby (ed.), *Men Doing Feminism,* Routledge, Nueva York, 1997, págs. 99-129.

— «Consuming the Living, Dis(re)membering the Dead in the Butch/FTM Borderlands», *GLQ* 42, 1998, págs. 311-348.

HAMILTON, DAVID, *The Monkey Gland Affair,* Chatto and Windus, Londres, 1986.

HARAWAY, DONNA, *Crystals, Fabrics, and Fields: Metaphors of Organicism in Twentieth-Century Developmental Biology,* Yale University Press, Cambridge, 1976.

— «Manifesto for Cyborgs: Science, Technology, and Socialist Feminism in the 1980's», *Socialist Review,* núm. 80, 1985, págs. 65-108.

— «Situated Knowledge: The Science Question in Feminism as a Site of Discourse on the Privilege of Partial Perspective», *Feminist Studies,* 14.3, 1988, págs. 575-599.

— *Primate Visions: Gender, Race and Nature in the World of Modern Science,* Routledge, Nueva York, 1990.

— *How Like a Leaf: An Interview with Donna Haraway,* Routledge, Nueva York, 1991.

— *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature,* Routledge, Nueva York, 1991.

— «The Promises of Monsters: A Regenerative Politics for Inappropriate/d Others», en *Cultural Studies,* Routledge, Nueva York, 2000, págs. 295-337.

— «When Man Is on the Menu», en *Incorporations*, Zone Books, Nueva York, 1992 págs. 38-43.

— «A Game of Cat's Cradle: Science Studies, Feminist Theory, Cultural Studies», *Configurations: A Journal of Literature and Science,* núm. 1, 1994, págs. 59-71.

— *Modest Witness@ Second Millennium: Femaleman Meets Oncomouse: Feminism and Technoscience,* Routledge, Nueva York, 1996.

— *The Companion Species Manifesto. Dogs, People, and Significant Otherness,* Prickly Paradigm Press, Chicago, 2003.

HARDT, MICHAEL y NEGRI, TONI, *Empire,* Exil, París, 2000.
— *Multitudes,* 10/18, París, 2006.
HERDT, GILBERT (ed.), *Third Sex, Third Gender: Beyond Sexual Dimorphism in Culture and History,* Zone Books, Nueva York, 1994.
HERITAGE, JOHN, *Garfinkel and Ethnomethodology,* Polity Press, Oxford, 1984.
HOOKS, BELL *et al., Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras,* Traficantes de Sueños, Madrid, 2004.
HOUELLEBECQ, MICHEL, *Rester vivant et autres textes,* Librio, París, 1997.
— *Renaissance,* Flammarion, París, 1999.
— *Plateforme,* Flammarion, París, 2001.
HOYER, NEILS, *Man into a Woman,* Popular Library Edition, Nueva York, 1953.
JORGENSEN, CHRISTINE, *Christine Jorgensen: A Personal Autobiography,* Paul Eriksson, Nueva York, 1967.
JACK LI, JIE, *Laughing Gas, Viagra, and Lipitor. The Human Stories Behind the Drugs We Use,* Oxford University Press, Oxford, 2006.
JULIANO, DOLORES, *Excluidas y marginales,* Cátedra, Madrid, 2004.
KENDRICK, WALTER, *The Secret Museum: Pornography in Modern Culture,* Viking Press, Nueva York, 1987.
KESSLER, SUSAN, «The Medical Construction of Gender: Case Management of Intersex Infants», en *Signs Journal of Women in Culture and Society,* núm. 16.1, 1990.
— *Learning from the Intersexed,* Rutgers University Press, New Brunswick, 1998.
— y MCKENNA, WENDY, *Gender: An Ethnomethodological Approach,* John Wiley & Sons, Nueva York, 1978.
KIRK, STELLA y ROTHBLATT, MARTINE, *Medical, Legal, and Workplace Issues for Transsexuals,* Together Lifeworks, Blawnox PA, 1995.
KOOLHAAS, REM, *Espacio basura,* Gustavo Gili, Barcelona, 2007.
KRAMEN, MICHAEL y SNYDER, CHRISTOPHER M., «Why Is There No AIDS Vaccine?», The Center for Development, National Bureau of Economic Research (junio 2006).
LAGRACE VOLCANO, DEL, *Sublime Mutations,* Konkursbuch Verlag, Berlín, 2000.
— *Sexworks,* Konkursbuch Verlag, Berlín, 2006.
— y HALBERSTAM, JUDITH, 1999. *The Drag King Book,* Serpent's Tail, Londres, 1999.
LANG, SABINE, «There Is More Than Just Women and Men: Gender Variance in North American Indian Cultures», en Sabrina Petra Ramet (ed.), *Gender Reversals and Gender Cultures: Anthropological and Historical Perspectives,* Routledge, Londres, 1996, págs. 183-196.

LAQUEUR, THOMAS, *La construcción del sexo: cuerpo y género desde los griegos hasta Freud,* Cátedra, Madrid, 1994.
— *Solitary Sex: A Cultural History of Masturbation,* Zone Books, Nueva York, 2003.
LATOUR, BRUNO, «Mixing Humans and Nonhumans Together: The Sociology of a Doorcloser», *Social Problems,* vol. 35, 1988, págs. 298-310.
LAZZARATO, MAURIZIO, *Puissance de l'invention,* Les Empêcheurs de penser en rond, París, 2002.
— *Les Révolutions du capitalisme,* Les Empêcheurs de penser en rond, París, 2004.
LEIBNIZ, G. W., *Monadología. Discurso de Metafísica,* Sarpe, Madrid, 1994.
LOVELACE, LINDA y MCGRADY, MIKE, *Ordeal,* Berkeley, Nueva York, 1980.
MACKENZIE, G. OLGA, *Transgender Nation,* Bowling Green State University, Bowling Green, Ohio, 1994.
MARAZZI, CHRISTIAN, *El sitio de los calcetines. El giro lingüístico y sus efectos sobre la política,* Akal, Madrid, 2003.
MATZ, MAXWELL, *Evolution of Plastic surgery,* Forben Press, Nueva York, 1946.
MAUSS, MARCEL, *Sociologie et anthropologie,* PUF, París, 2001.
MCNEIL, LEGS y OSBORNE, JENNIFFER, *The Other Hollywood. The uncensored oral history of the porn film industry,* Regan Books, Nueva York, 2005.
MÉRIDA, RAFAEL, *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer,* Icaria, Barcelona, 2002.
MEYEROWITZ, JOANNE, «Sex Change and the Popular Press: Historical Notes on Transsexuality in the United States» (1930-1955), *GLQ,* Duke University Press, Durham, págs. 159-187.
— *How Sex Changed. A History of Transsexuality in the United States,* Harvard University Press, Cambridge, 2002.
MONEY, JOHN, *Sexual Signatures: On Being Man or Woman,* Little Brown, Boston, 1975.
— *Love and Love Sickness: the Science of Sex, Gender Difference and Pair-bonding,* John Hopkins University Press, Baltimore, 1980.
MONEY, JOHN, HAMPSON, JOHN y HAMPSON, JOAN, «Imprinting and the Establishment of the Gender Role», *Archives of Neurology and Psychiatry,* núm. 77, Chicago, 1957.
MOULIER-BOUTANG, YANN, *Le capitalisme cognitif. La nouvelle grande transformation,* Éditions Amsterdam, París, 2007.
MOULIER-BOUTANG, YANN; CORSANI, ANTONELLA; LAZZARATO, MAURIZIO; BLONDEAU, OLIVIER; DYER WHITEFORD, NICK; VERCELLONE,

CARLO; KYROU, ARIEL y RULLANI, ENZO, *Capitalismo cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva,* Traficantes de Sueños, Madrid, 2004.

MUÑOZ, JOSÉ ESTEBAN, «The White to Be Angry: Vaginal Davis Terrorist Drag», *Social Text 52/53,* 1997, págs. 80-103.

NAMASTE, VIVIANE K., *Invisible Lives: The Erasure of Transsexual and Transgendered People,* University of Chicago Press, Chicago, 2000.

— «Genderbashing: Sexuality, Gender, and the Regulation of Public Space. Environment and Planning», *Society and Space* 14, 1996, págs. 221-240.

NELSON, JAMES L., «The Silence of the Bioethicists: Ethical and Political Aspects of Managing Gender Dysphoria», *GLQ* 42, Duke University Press, Durham, 1998, págs. 213-230.

NEWTON, ESTHER, *Mother Camp: Female Impersonators in America,* The University of Chicago Press, Chicago, 1972.

NIEMI, S., «Andrology as a Speciality. Its Origins», *Journal of Andrology,* núm. 8, 1987, págs. 201-203.

NILES, ELDREDGE, *Life in the Balance. Humanity and the Biodiversity Crisis,* Princeton University Press, Princeton, 1998.

OAKLEY, ANN, *Sex, Gender and Society,* Temple Smith, Londres, 1972.

OOSTERHUIS, HARRY, «Richard von Krafft-Ebing's 'Step-Children of Nature': Psychiatry and the Making of Homosexual Identity», en *Science and Homosexualities,* Routledge, Nueva York, 1997, págs. 67-88.

ORAM, ALISON, *Her Husband Was a Woman!,* Routledge, Nueva York, 2007.

OUDSHOORN, NELLY, «Hormones, Technique et Corps. L'archéologie des hormones sexuelles. 1923-1940», *Annales HSS,* julio-octubre 1998, núms. 4-5.

— *Beyond the Natural Body: An Archeology of Sex Hormones,* Routledge, Nueva York, 1994.

PARACELSO, *Botánica oculta. Las plantas mágicas,* Kier, Buenos Aires, 1975.

PARK, JORDAN, *Half,* Lion Books, Nueva York, 1953.

PARLEE, MARY B., «Situated Knowledges of Personal Embodiment: Transgender Activists and Psychological Theorists. Perspectives on 'Sex' and 'Gender'», *Theory & Psychology,* núm. 64, 1996, págs. 625-645.

PIGNARRE, PHILIPPE, *Le grand secret de l'industrie pharmaceutique,* La Découverte, París, 2004.

PRECIADO, BEATRIZ, *Manifiesto contra-sexual,* Opera Prima, Madrid, 2002.

PROSSER, JAY, *Second Skins: The Body Narratives of Transsexuality,* Columbia University Press, Nueva York, 1998.

RICOEUR, PAUL, *Freud: una interpretación de la cultura,* Siglo XXI, México, 1999.

RIVIERE, JOAN, «Womanliness as a mascarade», *International Journal of Psychoanalysis,* núm. 10, 1929, págs. 303-313.

ROBERTS, DOROTHY, *Killing the Black Body: Race, Reproduction and the Meaning of Liberty,* Vintage, Nueva York, 1997.

ROBERTS, NINA, *J'assume,* Scaly, París, 2005.

ROLNIK, SUELY, «¿El arte cura?», *Cuaderns Portàtils,* Macba, Barcelona, 2002.

RUBIN, GAYLE, «Of Catamites and Kings: Reflections on Butch, Gender and Boundaries», en Joan Nestle (ed.), *The Persistent Desire: A Femme-Butch Reader,* Alyson, Boston, 1992, págs. 466-482.

RUBIN, HENRY, *Self-Made Men: Identity and Embodiment Among Transsexual Men,* Vanderbilt University Press, Nashville, 2003.

SÁEZ, JAVIER, *Teoría queer y psicoanálisis,* Síntesis, Madrid, 2004.

SAMOIS (ed.), *Coming to Power: Writings and Graphics on Lesbian S/M,* Alyson, Palo Alto, California, 1982.

SCHULTES, R. E. y HOFMANN, A., *Plantas de los Dioses: orígenes del uso de los alucinógenos,* Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

SEDGWICK, EVE K., *Epistemología del armario,* La Tempestad, Barcelona, 1998.

— *Touching Feeling. Affect, Pedagogy, Performativity,* Duke University Press, Durham, 2003.

— «A Response to C. Jacob Hale», *Social Text 52/53,* 1997, págs. 237-239.

SENGOOPTA, CHANDAK, *The Most Secret Quintessence of Life, Sex, Glands, and Hormones, 1850-1950,* The University of Chicago Press, Chicago, 2006.

SERLIN, DAVID, *Replaceable You. Engineering the Body in Postwar America,* University of Chicago Press, Chicago, 2004.

SINFIELD, ALAN, *The Wilde Century: Effeminacy, Oscar Wilde, and the Queer Moment,* Columbia University Press, Nueva York, 1994.

SLOTERDIJK, PETER, *Normas para el parque humano,* Siruela, Madrid, 2000.

— *Esferas I, Siruela*, Madrid, 2003.

— *Experimentos con uno mismo,* Pre-Textos, Valencia, 2003.

— *Crítica de la razón cínica,* Siruela, Madrid, 2004.

— *Esferas II, Globos,* Siruela, Madrid, 2004

— *Esferas III. Espumas,* Siruela, Madrid, 2006.

SMITH, RICHARD (ed.), *Getting into Deep Throat,* Playboy Press, Chicago, 1973.

SOLANAS, VALERIE, *Scum Manifesto,* AK Press, Nueva York, 1996.

SONTAG, SUSAN, «Notes on Camp», *Against Interpretation and other Essays,* Farras, Straus & Giroux, Nueva York, 1966.

SONTAG, SUSAN, «The Pornographic Imagination», *Styles of Radical Will,* Dell, Nueva York, 1969.

SPADER, DEAN, «Mutilating Gender», en Susan Stryker y Stephen Whittle (eds.), *The Transgender Studies Reader,* Routledge, Nueva York, 2006, págs. 315-332.

SPRINKLE, ANNIE, *Postporn Modernist,* Cleis Press, San Francisco, 1998.

— *Hardcore from the Heart. The Pleasures, Profits and Politics of Sex in Performance,* Continuum, Londres, 2001.

STARHAWK, *Femmes, magie et politique,* Les Empêcheurs de penser en rond, París, 2003.

STOLLER, ROBERT, «A Contribution to the Study of Gender Identity», en *Journal of the American Medical Association,* núm. 45, 1964.

— *Sex and Gender: On the Development of Masculinity and Femininity,* Science House, Nueva York, 1968.

— *Sexual Excitement: The Dynamics of Erotic Life,* Pantheon Books, Nueva York, 1979.

— «A Further Contribution to the Study of Gender Identity», *The International Journal of Psycho-Analysis*, núm. 49, Nueva York, 1968.

STOLLER, ROBERT; GARFINKEL, HAROLD y ROSEN, ALEXANDER, «Passing and the Maintenance of Sexual Identification in an Intersexed Patient», en *Archives of General Psychiatry,* núm. 2, 1960, págs. 379-380.

STONE, SANDY, «The Empire Strikes Back: A Posttranssexual Manifesto», *Camera Obscura,* núm. 29 (mayo 1992), págs. 151-176.

STRYKER, SUSAN, «My Words to Victor Frankenstein above the Village of Chamounix. Performing Transgender Rage», *GLQ* 13, 1994, págs. 237-254.

— (ed.), *GLQ* 42: *Journal of Lesbian and Gay Studies,* «The Transgender Issue».

STRYKER, SUSAN y WHITTLE, STEPHEN (eds.), *The Transgender Studies Reader,* Routledge, Nueva York, 2006.

TARAUD, CHRISTELLE, *La prostitution coloniale: Algérie, Tunisie, Maroc 1830-1962,* Payot, París, 2003.

TERRY, JENNIFER, *An American Obsession. Science, Medicine and Homosexuality in Modern Society,* Chicago University Press, Chicago, 1999.

TONE, ANDREA, *Devices and Desires: A History of Contraceptives in America,* Hill and Wang, Nueva York, 2001.

VANCE, CAROLE, S. (ed.), *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality,* Routledge, Nueva York, 1984. Trad en cast.: Carole S. Vance (comp.), *Placer y peligro: explorando la sexualidad femenina,* Revolución, Madrid, 1989.

VIRNO, PAOLO, *Gramática de la mulitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas,* Traficantes de Sueños, Madrid, 2003.
WALLERSTEIN, IMMANUEL, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo,* Akal, Madrid, 2004.
WHITE, LOUISE, *The Comforts of Home: Prostitution in Colonial Nairobi,* Chicago University Press, Chicago, 1990.
WILCHINS, RIKI ANNE, *Read My Lips: Sexual Subversion and the End of Gender,* Firebrand, Nueva York, 1997.
WILLIAMS, LINDA, *Hardcore: Power, Pleasure, and the «Frenzy of the Visible»,* University of California, Los Ángeles, 1989.
— (ed.), *Porn Studies,* Duke University Press, Durham, 2004.
WITTIG, MONIQUE, *El pensamiento heterosexual,* Egales, Madrid, 2005.
YALOM, MARILYN, *A History of the Breast,* Ballantine, Nueva York, 1997.
ZIPLOW, STEPHEN, *The Film Maker's Guide to Pornography,* Drake, Nueva York, 1977.
ZITA, JACQUELINE N., *Body Talk: Philosophical Reflections on Sex and Gender,* Columbia University Press, Nueva York, 1998.



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS EN LA COLECCIÓN FÓRUM

LA GRAN AVENTURA DE CRISTÓBAL COLÓN

DON QUIJOTE, DEL LIBRO AL MITO

NOTICIAS DEL REINO DE CERVANTES

CIENCIA VIVA

PERICLES

LA CAÍDA DE ROMA Y EL FIN DE LA CIVILIZACIÓN

25 GRANDES IDEAS

LA RUSIA DE LOS ZARES

LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA

EL DEPORTE EN LA GUERRA CIVIL

ESTAR A LA QUE SALTE

EL DUQUE DE HIERRO

HISTORIA DE EUROPA

ESPAÑA LAICA

TESTO YONQUI

"Este libro no es una autoficción. Se trata de un protocolo de intoxicación voluntaria a base de testosterona sintética que concierne el cuerpo y los afectos de B. P. Es un ensayo corporal, una ficción autopolítica o una autoteoría (...). Cuando me administro una dosis de gel de testosterona me estoy suministrando una cadena carbonada esteroide y cristalina, y con ella un trozo de historia de la modernidad, me administro una serie de transacciones económicas y un conjunto de decisiones farmacéuticas, de ensayos clínicos, de grupos de opinión, me conecto a las redes barrocas de intercambios y de flujos económicos y políticos que patentan la vida (...)".

La bomba atómica, la píldora anticonceptiva, el tráfico de drogas, la invención de la noción de género, la transformación del porno en la nueva cultura de masas, el trabajo sexual como modelo de todo trabajo en la sociedad postfordista, el consumo de testosterona... Preciado nos invita en *Testo Yonqui* a recorrer los pasillos del régimen farmacopornográfico: una forma de capitalismo caliente, psicotrópico y punk.

Una perspectiva diferente donde los conceptos aparentemente incuestionables dejan paso a un nuevo orden social y político de consecuencias aún desconocidas. Un ensayo brillante y provocador sobre el lugar que ocupan el cuerpo, el sexo y la sexualidad en la sociedad cont
conceptual.



ESPASA

9 788467 026931
693